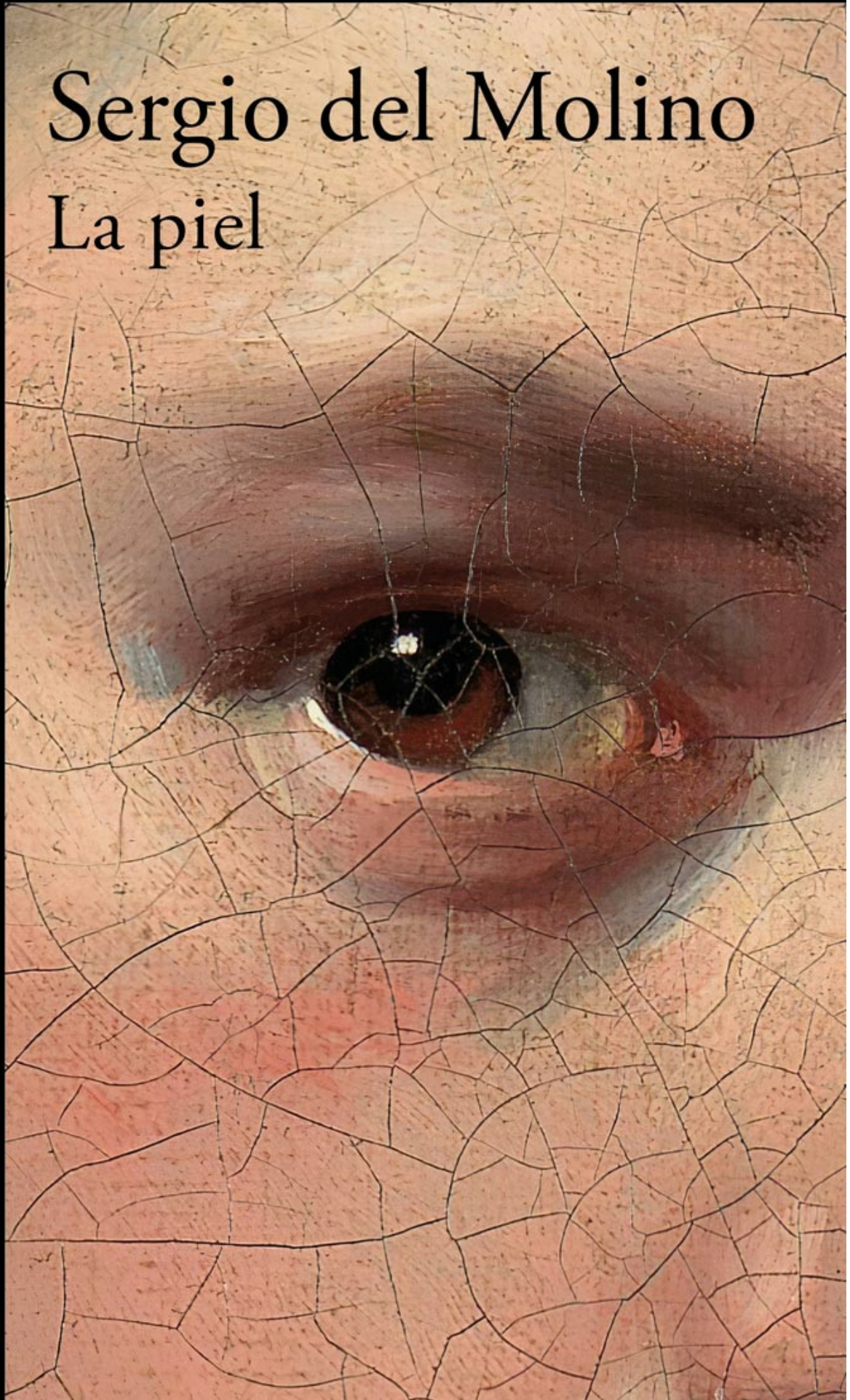


ALFAGUARA

# Sergio del Molino

## La piel

Narrativa Hispánica



Sergio del Molino

La piel

ALFAGUARA



SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks

@Alfaguara



@Alfaguara\_es



@editorial\_alfaguara

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*A Cris, más que nunca.*

*Todo estaría de maravilla,  
de no ser por la maldita piel.*

VLADIMIR NABOKOV

# Las brujas no existen

¿Te ha quedado claro cómo reconocer a una bruja? Vamos a repasarlo otra vez. Su saliva es azul, pero eso no importa, ya que se cuidan de no escupir para que nadie vea su color. Llevan zapatos incómodos porque no tienen dedos en los pies y ningún modelo les encaja. También te puedes fijar en la anchura de sus fosas nasales o la niña de sus ojos, que refleja un fuego o un cielo, pero esos detalles pueden confundirte. Hay mujeres con ojos raros y narices grandes que no son brujas. Porque una bruja, recuerda, no es una mujer. Parece una mujer, pero es otro tipo de criatura, del mismo modo que un vampiro no es un hombre, sólo lo parece. Lo más importante para reconocerlas son los guantes y el pelo. Las brujas siempre usan guantes, incluso en casa, y se rascan la cabeza a menudo porque son calvas y llevan peluca que les irrita el cuero cabelludo, por eso tienen manchas de eccema. El eccema de la peluca, lo llaman. Los guantes son para ocultar las uñas, que tienen forma de garra, rematando unas manos rojas y alargadas. ¿Te ha quedado claro? ¿Reconocerás a las brujas cuando te las cruces por la calle?

Papá, te he dicho mil veces que las brujas no existen.

Tiene siete años y aún pronuncia existen con dos equis. Lo hace en dos tiempos: exix y ten, con una pausa tras la segunda equis. Nunca se lo corrijo, y no sé si hago bien. Todos los padres nos enamoramos de los defectos del habla de nuestros hijos. Hasta los más histéricos, los que recurren al logopeda, viven como una amputación cada conquista del lenguaje. Esa segunda equis es un anzuelo fino que ni él mismo percibe en el paladar, pero que lo mantiene pegado a mi cuerpo. Yo le dejo decir exixten aunque sé que pronto dirá existen, alejándose un poco más de mí.

Claro que existen, le digo, y pronuncio muy bien la ese de existen, pues no quiero que sospeche que me burlo, ni tan siquiera que me divierte su pronunciación.

¿Cómo sabes que no existen?

Porque no existen, como no existen los fantasmas, ni los hombres lobo, ni los vampiros.

Cuidado, a los hombres lobo no puedes negarlos. Acuérdate del año pasado en Galicia, cuando oíste el aullido del lobisomem.

Eso pudo ser el viento.

El viento, dice.

Era verano, estábamos en una casita junto a una fraga y llevábamos varias semanas hablándole de cómo protegerse de las meigas y de las ánimas buscando amparo en el cruceiro más cercano, y de cómo interpretar las luces en hilera que podían asomarse desde el monte. Sin resultados.

Que no existen, nos decía.

¿Y por qué construyen tantos cruceiros?, le preguntábamos.

Pues porque los gallegos creen en esas cosas, respondía, con un poco de condescendencia y xenofobia.

Aquella noche había luna llena y me dio por imitar un aullido.

Papá, estate quieto, me dijo.

¿Quietos?, dije. Si no he hecho nada.

Ante mi respuesta, enmudeció, cagado de miedo.

¿Qué pasa, has oído algo?, le dije.

No, dijo. Nada, habrá sido el viento.

¿No habrás oído a un lobisomem, verdad?

Que los lobisomem no existen, ha sido el viento.

Pero me apretó muy fuerte la mano y aceleró el paso.

Su madre y yo nos sonreímos. Al fin, una brecha de terror, algo inexplicable en su mundo de certezas mullidas. Los niños tienen que cagarse de miedo junto a un bosque, y es deber de los padres propiciar ese terror, aunque sólo sea para que corran a buscar refugio entre nuestros brazos.

Con las brujas nunca he tenido la suerte que tuve aquella noche de verano en Galicia. Por más que repasemos los indicios que las delatan y por más veces que leamos el libro de Roald Dahl y que veamos la película con Anjelica Huston como Gran Bruja, no hay manera de que los muros de la ficción se desmoronen. El hijo duerme sin temor a que ninguna bruja golpee la ventana con sus nudillos después de apagar la luz.

Al salir del cuarto cada noche, dejo la puerta entornada, y la luz de la cocina encendida. No lo hago para ahuyentar un miedo a la oscuridad que él no siente, sino porque no quiere verse apartado. Sabe que tras el beso de buenas noches su padre empieza otra vida que no le incluye, y dejar la puerta abierta es una manera de recordarme que existe. Él sí, y no las brujas.

Buenas noches, avísame si entra una bruja en el cuarto.

¡Que las brujas no existen!

En el pasillo, antes de llegar al salón, empiezo a rascarme. Los brazos, la espalda, el pelo. Hay veces en que el cuero cabelludo se me irrita como si sufriera el eccema de las brujas. Si llevo las uñas un poco largas, me hago sangre, y esa sangre mancha la camiseta, la tapicería y las sábanas, delatando con gotas como las de la escena de un crimen esa naturaleza que he ocultado todo el día y que, a solas en la butaca, frente a una cena triste y cualquier cosa en la tele, libero y dejo supurar. Mi verdadero yo, sin camisas de manga larga ni zapatos. No distingo la luna llena de la nueva y tampoco busco presas para saciar mi hambre homicida. Como los verdaderos monstruos, no soy una amenaza para nadie, tan sólo busco refugio de un mundo que me perseguiría con teas y forcas si me viese como soy.

Ni siquiera mi hijo debe verme. Aunque me intuye. Si los hijos nos descubren, corremos el riesgo de que nos acepten como monstruos, y eso sería fatal para ellos. Por eso entorno la puerta y no la dejo abierta de par en par, para que no tenga la tentación de levantarse, aparecer por el salón y descubrir que las brujas no sólo existen, sino que son los padres.



## La carta del diablo

En el comienzo de la metamorfosis, cuando las manchas eran sarpullidos minúsculos que podían confundirse con un picotazo de pulga, yo vivía con una bruja en Madrid. Asomaba el otoño del 2000, tenía veintiún años y no era la primera vez que trataba con brujas, pero sí la primera en que convivía con una. Ella era amiga de una amiga mía. Esta última descubrió que aquella tenía una habitación libre en un piso de Cuatro Caminos y que andaba buscando un compañero para compartir gastos. Qué suerte, dijo mi amiga: tengo un amigo que está buscando una habitación. Y nos juntó.

Yo estudiaba periodismo, lo que quiere decir que sólo iba a la facultad a hacer los exámenes que preparaba la noche anterior con los apuntes fotocopiados que alguna chica muy aplicada había tomado con caligrafía de colegio de monjas. El resto del tiempo lo pasaba en otras facultades (en la de filosofía, por ejemplo, leyendo novelas francesas de la biblioteca) o en la Filmoteca Nacional, tragándome sin criterio las películas de todos los directores clásicos. Ella iba a mi misma facultad, pero estudiaba publicidad y relaciones públicas, acudía a clase a diario y a veces tomaba apuntes con renglones rectos y caligrafía de colegio de monjas. Estábamos matriculados en el mismo edificio, pero nos separaban varios mundos. Yo había elegido la pobreza y la pereza; ella soñaba con despachos en torres de cristal, cocaína y premios del festival de Cannes; yo me paseaba por el callejón del Gato, fumaba algún que otro porro sin tragarme el humo y me dejaba crecer el pelo.

Para encajar en su mundo de ejecutivos publicitarios debería rebajar un poco su personalidad brujeril, pero no demasiado. Bastaba con limar los aspectos más desagradables, como el eccema o la saliva azul. Por lo demás, unos toques de esoterismo siempre gustan en la alta sociedad. Hay que mantenerlos en un tono elegante e ibicenco, como esa ropa *adlib* que sólo sienta bien a los ricos muy bronceados. Una bruja puede ser buena publicista si no acaba con un turbante en un entresuelo de Getafe leyéndole los posos del café a amas de casa adictas a las tragaperras y convencidas — siempre con razón— de que sus maridos las engañan con las vecinas. Patricia, pues así se llamaba mi bruja, estaba aprendiendo a modular su registro esotérico para encajar en una fiesta de verano en Marbella, por eso me prevenía contra cualquier exceso de la brujería popular. Por ejemplo, me prohibía frecuentar La Milagrosa, una tienda de santería que había debajo de casa donde vendían unas velas negras con forma de pene gigante que a mí me hacían mucha gracia.

No juegues con eso, me decía, prométeme que no comprarás nada allí, son malas personas y hacen magia negra, te lo advierto.

Y negra era esa magia, pero de piel. Lo que de verdad le molestaba de La Milagrosa era que sus clientes venían del Caribe y del analfabetismo, y una publicitaria de moda no podía ganar un contrato de Coca-Cola presentándose con abalorios de vudú y canturreando en jerga africana. La magia, siempre refinada, blanca y europea. Asiática, todo lo más, y mejor india que china. Hay mucho racismo entre la gente esotérica, y a mí me daba rabia, porque me hacía ilusión comprar uno de aquellos penes gigantes, pero no lo hice por respeto a mi bruja racista.

Patricia tenía un tarot precioso que sólo podía tocar ella —se desimanta, decía, no puedes contaminarlo con tu energía— y que había diseñado un ruso blanco exiliado a saber en qué década y



en qué país. Por eso, la carta del diablo tenía la cara de Stalin. Cuando estaba solo en casa, me saltaba su prohibición, abría el cajón donde lo guardaba, lo sacaba del paño que lo envolvía y barajaba y acariciaba los naipes. Era un tarot muy colorido, como el arte ruso, con dibujos que parecían iconos bizantinos, de mirada fiera y directa. Me gustaba mucho manosearlo y me desilusionaba comprobar que Patricia nunca se daba cuenta de que había estado jugando con él. Jamás percibió que lo había desimantado o contaminado con mi propia energía.

Patricia, échame las cartas, le pedía cuando mi fe flaqueaba, con el fin de renovar mis votos.

Patricia remoloneaba. Estaba a gusto viendo la tele y no le apetecía despejar la mesita de cristal del salón, siempre llena de vasos y botellas.

Venga, va, Patri, tía, échame las cartas.

Resoplando y con desgana, se levantaba del sofá, apagaba la tele y sacaba el tarot del cajón.

Límpiame un poco este estercolero, que te va a salir una mierda con tanto vaso sucio, decía.

Barajaba y me pedía que cortase sin tocar la superficie de los naipes, sólo sus bordes. Luego iba sacándolos uno a uno y ordenándolos en filas, como un solitario, mientras murmuraba para sí. Nunca sabía si salían buenas o malas cartas. Patricia decía que eso era una frivolidad, que las cartas no eran buenas ni malas y que tampoco predecían el futuro, sino que proyectaban la personalidad. Siempre le quitaba importancia a la magia y lo reducía todo a una cuestión de energías naturales y bioquímica. No eran los objetos mágicos los que tenían poder sobre nosotros, sino al revés: nuestros cuerpos — envoltorios del espíritu— dejaban huellas que ella podía leer, logrando en unos minutos un conocimiento del otro que a los no brujos nos cuesta años de intimidad, convivencia y conversaciones nocturnas. Las cartas eran un diagnóstico del presente, nunca una previsión del futuro.

Y un diagnóstico complaciente, claro. Patricia me caracterizaba a mi gusto. O como ella creía que me iba a gustar: eres impulsivo, tienes mucha fuerza interior; no descuides tu lado racional, pues tiendes a ser muy sentimental, y eso está muy bien en según qué momentos, pero puede debilitarte. Uf, veo una energía sexual muy cargada, si chocas con alguien que vaya tan cargado como tú va a ser increíble, pero procura que no te domine.

Tranquila, Patri, creo que podré dominarme, no hace falta que pongas pestillo en tu cuarto esta noche.

Gilipollas. ¿A que no sigo?

Sigue, sigue, por favor.

Y seguía sacando cartas, hasta que salía Stalin.

¡El diablo!, me asustaba. Qué horror.

Te he dicho mil veces que el diablo no es malo. Precisamente para ti, no es malo.

Cómo no va a ser malo, si es Stalin, mira qué ceño fruncido y qué bigote. Es malísimo. Pero no me lo dulcifiques, podré soportar lo que sea. Cuéntame qué significa.

No hay un solo significado, esto no es una ciencia, es percepción, arte, interpretación. En esta tirada te está alertando sobre tus instintos, que te pueden traicionar. Mira, ha salido del revés.

Eso es malo.

Por las cartas que lo rodean, tiene que ver con la salud. ¿Te notas algo raro últimamente? ¿Algún dolor, alguna molestia?

Nada, la verdad.

¿Y esas manchitas del brazo?

Una erupción.

Lleva muchos días.

¿El diablo boca abajo indica mala salud?

Advierte de que algo se está larvando, de un peligro para el cuerpo, casi siempre sexual. No habrás follado sin condón, ¿no?

Joder con Stalin.

Yo sólo prevengo, que los tíos sois muy despreocupados y tú te juntas con cada loca que no me fio un pelo.

Que no, que ni con condón ni sin condón, si llevo semanas sin hacer otra cosa que ver pelis en la filmoteca. Como no haya pillado allí algo. Dicen que hay chinches.

Mira, como me traigas chinches a casa te tiro escaleras abajo. Y vigílate esas manchitas, que a mí no me parecen una erupción normal. ¿Te pican?

Un poco.

No te rasques.

No me rascaré, camarada Stalin.

Pero si te estás rascando ahora mismo.

Es que soy un disidente.

Y un imbécil. Déjame un rato tranquila, que voy a meditar en mi cuarto. Mañana tengo examen de estadística. Pide cita con el médico.

Se encerró con sus velas de supermercado (nunca de La Milagrosa) y su paquete de sal marina común con la que trazaba un círculo protector en el suelo, y no volví a verla hasta el día siguiente. Jamás la molestaba en esos trances, no tanto por respetarla como porque aquellos rituales me parecían una sobreactuación que ponía en peligro su metamorfosis en una bruja cosmopolita y liberal. No soportaba verla hundirse en un esoterismo tan chabacano.

Me quedé rascándome aquellas manchas de pocos milímetros cuyo color variaba del rojo al rosa blanquecino según la luz, el momento del día o lo hidratada o seca que tuviera la piel, hasta que me hice sangre. Reparé entonces en que no eran habones o granitos, como había pensado al principio, sino una superficie escamada. Las uñas habían quebrado las placas minúsculas, parecidas a la cicatriz de una herida, y habían provocado un sangrado leve. Unas gotas muy densas que se secaron enseguida y formaron una costra negra horrible que también me arranqué, dejando que sangrase otra vez. Rascar lo empeora todo, pero no hay quien se resista.

También me picaba la cabeza. Hacía un tiempo que me salía algo de caspa, lo que era muy molesto, llevando como llevaba el pelo largo, pero hasta ese instante no lo había asociado con las manchitas del brazo. Las escamas tenían la misma estructura que la caspa. Eran lo mismo. Un eccema. Una dermatitis. Una infección, pensé. Me gustaría decir que no le di la menor importancia, pero el diablo boca abajo me había sugestionado. Como todo creyente verdadero, me esforzaba mucho por aparentar escepticismo y bromeaba con Patricia mientras me echaba las cartas, hasta que se enfadaba porque no me lo tomaba en serio. Pero claro que me lo tomaba en serio. Por eso me reía.

Abrí despacio el cajón donde guardaba el tarot. Era la primera vez que lo cogía estando ella en casa. Ojalá no salga al baño o a beber agua, me dije, pero Patricia debía de entrar en trances auténticos, porque nunca la vi salir de su cuarto cuando meditaba. Busqué la carta del diablo, que volvió a aparecer boca abajo. Le di la vuelta y la observé un rato. Era hermosa.

Los naipes del tarot me recuerdan a los códigos miniados. Contienen toda la ingenuidad y la

sofisticación del mundo, esa idea tan cándida y consoladora de que lo complejo y hasta lo incognoscible puede expresarse en un símbolo críptico. Los arcanos mayores del tarot tienen una correspondencia cabalística. El diablo se identifica con la letra sámej, que según Patricia habla de la cáscara que nos envuelve. Su invocación se utiliza para librarnos de la contingencia y desarrollar nuestra personalidad más allá de los límites del envoltorio. El diablo y sámej quieren que nos despellejemos, que reventemos las costuras para acercarnos al Innombrable sin profilaxis. Sámej es un pelador de patatas que nos quita la piel para dejar el ego a la vista, pero yo sólo veo a Stalin de frente, muy enfadado, con cara de firmar sentencias de muerte, y no sé cómo puede ayudarme a encontrar a dios, a quien nunca he tenido muchas ganas de tratar.

No eran el terror soviético, ni la cábala, ni los arcanos mayores los que me hormigueaban en el estómago y me mareaban. La sugestión venía de unos días atrás, cuando Patricia me leyó la mano. Habíamos bebido un poco y se nos había hecho tarde en el salón. Estábamos cansados, pero no teníamos ganas de irnos a dormir y alargábamos la noche haciéndonos una compañía cada vez menos palabrera y más absurda. Mi mano acabó entre las tuyas por accidente, y no pudo evitar leerme la palma. La observó con mucha atención durante un rato. Me recorrió las líneas con la punta del dedo, con dulzura, casi sin tocarme, y me preguntó si quería saber.

Siempre quiero saber, Patri.

No te hablaré de las otras líneas, que son normales, pero la de la vida es rara, no había visto nada igual.

¿Por qué?

Lo normal es que sea larga y muy poco marcada, pero la tuya es muy breve, ¿lo ves? Y muy profunda, parece una herida, algo artificial. Es más honda hacia el final, pero no se diluye en la palma, como el resto de las líneas. Mira, acaba aquí, abruptamente.

¿Y qué quiere decir?

Bueno, ya sabes que las líneas cambian conforme cambia nuestra vida. Este no es tu destino, es un retrato de tu presente, del futuro que sucederá si no tomas conciencia de ti mismo.

Que sí, que vale, pero dime qué significa.

Si ya lo sabes, te lo acabo de decir: que tendrás una vida corta que terminará abruptamente. Puede que con un accidente o una enfermedad letal.

No sufriré, entonces.

Eso no lo veo. A lo mejor, sí. Pero esto describe una vida breve que se extingue de golpe.

Pues deberías aprovecharte de mí antes de que me muera.

Mira, tío, es muy tarde ya para el juego de la tensión sexual. En la noche y en nuestra relación. Además, me ha venido la regla.

Las brujas no tienen eso.

Las demás no sé, pero esta bruja se va a tomar un nolotil y se va a meter al sobre.

Antes de dormirme yo también en el sofá, con los anuncios de teletienda que echaban de madrugada en la tele, me convencí de que no cumpliría los treinta, y me pareció bien, quizá porque me sonaban muy lejanos desde los veintiuno que acababa de cumplir, o porque los días se me hacían largos y sumar miles de larguras hasta verme consumido en jorobas y huesos retorcidos por la artrosis me resultaba insoportable. Una muerte rápida, ojalá que limpia. Un paso veloz sin que diera tiempo a causar mucho sufrimiento, sin hijos a los que traumatizar y sin amores plañideros. No sólo era una idea más consoladora que cualquier arcano del tarot, sino que confirmaba mi fe más antigua.

Yo ya sabía que iba a morir pronto. Desde los ocho años. Mis padres y yo vivíamos en un pueblo valenciano muy turístico —hemos vivido en varios sitios, no como nómadas, aunque sí un poco ambulantes—, con una playa que se llenaba de madrileños en verano, pero también de franceses y alemanes. Antes que por la voz, a los forasteros se los reconocía por la blancura fofa de sus pieles norteñas, que deslumbraba desde lejos. Los niños del pueblo llevábamos un bronceado carbonífero desde los primeros soles de la primavera. Para cuando empezaba la temporada, estábamos completamente tostados y no necesitábamos crema ni sombrilla. Por eso corríamos por la playa del alba al ocaso, sin que nuestros padres nos dedicasen ni una mirada en todo el día.

Hoy envidio a mis padres, pues yo soy incapaz de apartar la vista de mi hijo un segundo en la playa y no dejo que corra de acá para allá donde no lo alcanzo o donde no sé con quién anda. Comparado conmigo, él es un niño burbuja o un animal de zoo, pero, a cambio de mi vigilancia paranoide, le ofrezco un mundo sin miedos. No sólo cree que las brujas no existen, tampoco concibe el mal cotidiano del pederasta, del secuestrador o del envenenador de caramelos. No tiene necesidad de saberlo, puesto que su madre y yo siempre estamos junto a él para ahuyentarlos. Mis padres no me vigilaban, pero me aleccionaban con un repertorio de cuentos de terror mucho más eficaces que el cuerpo nacional de policía. Sugestionados por esas historias, mis amigos y yo desconfiábamos de cualquier adulto que nos merodease. Si un coche aminoraba la marcha y paraba junto a nosotros cuando jugábamos en la acequia, echábamos a correr antes de que nadie se bajara de él. Si el vendedor ambulante de alfombras se hacía el simpático, le tirábamos arena y salíamos disparados. Esos eran los peligros fáciles de prevenir, de los que podíamos alejarnos al *sprint*, pero había otros mucho más intangibles e imprevisibles. El peor de todos era el de las agujas.

El cuento de terror más popular de 1987 era el sida. En el pueblo había una colonia punk muy notable que se reunía con sus crestas y sus perros en la misma plaza donde las familias tomaban horchata con fartons. No te acerques a ellos, decía mi madre. Los muy perversos —se contaba— acudían a pincharse cada noche a la playa y enterraban las jeringuillas en la arena con la aguja hacia arriba. Así, la gente que iba descalza a la mañana siguiente se pinchaba con ellas y se contagiaba. Podíamos huir de los secuestradores de niños, pero ¿cómo esquivar esas trampas? Yo pisaba la arena con aprensión. Incluso cuando corríamos y jugábamos al fútbol, miraba dónde colocaba el pie.

Era ya tarde y habíamos recibido el ultimátum de la retirada, por eso tal vez llevaba la guardia baja. Me dirigía a las duchas para enjuagarme la sal y la arena cuando un dolor punzante me atravesó la planta del pie derecho. Lo alcé y vi unas gotas de sangre que resbalaban desde un orificio minúsculo justo encima del talón. No quise revolver la arena, sabía perfectamente con qué me había pinchado. Avancé de puntillas hasta la ducha y orienté la planta del pie bajo el chorro hasta que dejó de sangrar. Apenas fueron tres gotas, en verdad, pero dolía como si me hubiese atravesado una estaca.

Estás cojo, ¿qué te pasa?, dijo mi madre mientras me ponía la camiseta y me daba las chanclas.

No contesté. Me monté en el coche en silencio y no hablé en todo el trayecto, ni bajo la ducha de casa, ni cuando me puse el pijama, ni cuando cené las judías verdes recalentadas de la víspera, ni cuando me quedé solo en el cuarto tras las buenas noches y que duermas bien.

Encendí la luz de la mesilla y me examiné el pie. Ahí estaba el punto, casi en el centro, redondo e invisible para quien no supiera qué buscar. Apagué la luz y me dormí en paz. No sentí angustia ni deseo de contárselo a nadie. Moriría flaco y desgredado, como los actores y los quinquis. Qué se le iba a hacer: tenía el sida.

Me resigné a no ver otro verano. Guardé el bañador y encaré el otoño convencido de que jamás pisaría otra vez la playa. Me puse el jersey creyendo que no cenaría esas navidades en el pueblo de mi abuelo. Me fui despidiendo en silencio y en secreto, sin sentido del drama ni de la puesta en escena. Esperar la muerte se parecía a esperar cualquier otra cosa, como la hora del recreo o la cita con el médico.

Pero pasaron los meses y seguí vivo. Llegó otro verano, y luego otro, y me salió barba y me cambió la voz y me convertí en un hombre y el corazón siguió bombeando sangre. Pero ni los relojes ni los calendarios me apartaron de la fe en mi condena: la muerte sólo se demoraba, no me había librado de ella. El sida estaba latente en algún lugar de mi cuerpo, esperando la chispa adecuada. Tardaba porque sabía de mi indiferencia y quería sorprenderme llegando cuando me hubiese olvidado del pinchazo, porque a la muerte le gustan la tragedia y la puesta en escena y no soporta a los lánguidos que no tiemblan ni lloran ni suplican que se lleve a otros.

Cuando Patricia me leyó la mano y describió esa línea de la vida corta y profunda, no le dije nada sobre el punto rojo que tengo justo encima del talón del pie derecho. Esperaba que lo adivinase, que resplandeciera, místico, como un *ajna chakra* podal, pero ella tenía demasiado sueño y le había venido la regla y quería tomarse un nolotil, y así no hay quien perciba lo trascendente. Por más que insista en que las brujas no son humanas, todas las que he conocido tienen una humanidad que palpita tanto como la mía, y a mí siempre me ha sorprendido que podamos conocer a los demás cuando nuestro propio cuerpo nos distrae del mundo. Es imposible reparar en el dolor ajeno si el nuestro hace ruido a todas horas.

¿Verá Stalin el punto rojo de mi pie, con esos ojos de emperador bizantino en la carta del diablo? A él también le distraen los diablillos que le hacen cosquillas en los pies, porque al diablo del tarot siempre lo acompañan diablillos traviosos. Puede que Stalin frunza el ceño porque no puede rascarse donde le tocan los diablillos como me rascaba yo el brazo y me arrancaba la costra y volvía a hacerme sangre. El hieratismo de los iconos nunca me ha parecido un atributo de poder, sino la expresión de una molestia. Es posible que Justiniano o los Pantócrator terribles de las iglesias venecianas no quieran fulminar a sus súbditos con la mirada, sino que estén reprimiendo las ganas de rascarse. Aquel Stalin no me juzgaba, sólo estaba incómodo y tenía ganas de quedarse a solas para rascarse como un animal o darse un baño en la dacha. Si hubiera observado la carta con más atención habría descubierto algo de sorna en la niña de sus ojos, esa burla compasiva que los enfermos de la piel nos lanzamos unos a otros. Yo no sabía aún que estaba enfermo, pero Stalin debía de saberlo, que para eso era un arcano mayor del tarot.

Ahora lo sé y voy a contárselo a mi hijo. Dejaré por escrito esas historias de terror que aún no le puedo escenificar en su cama antes de dormir porque están protagonizadas por monstruos que existen, y lo que existe no es para niños. No porque les vaya a asustar, sino porque ya se hartarán de ello cuando dejen de ser niños y todo exista.

Cada noche le leo un capítulo de un libro de Roald Dahl. Hemos leído de todo, pero últimamente es Dahl quien nos obsesiona. Le sucede lo que a mí: cuando un escritor le enamora, no se detiene hasta leerlo entero. Leer en voz alta no es sólo convertir las letras en sonidos, sino interpretar. No imposto voces para distinguir a los personajes, ni canto las canciones de los oompa-loompa, ni exagero alargando las vocales y gestualizando a cámara lenta, como hacen los cuentacuentos infantiles que toman a los niños por lesionados neurológicos. Mi puesta en escena es mucho más sutil: no dejo de ser yo en ningún momento, y a la vez soy el narrador y los personajes. La

metamorfosis sucede por modulaciones imperceptibles de la voz, o eso creo, porque no tengo claro en qué momento mi hijo deja de escucharme a mí para escuchar a los personajes y al narrador.

Dahl sintoniza con las frecuencias más perversas de la personalidad infantil. Quienes no conocen a los niños tienden a tratarlos como piezas de museo que hay que preservar en urnas y admirar desde lejos, sin tocarlos ni exponerlos a la intemperie, pero los que se atreven a oler su aliento saben que los niños absorben sin mella males que los adultos no soportan. Somos nosotros, los mayores, quienes tenemos miedo, porque el miedo auténtico sólo procede de la experiencia. Tenemos miedo al hambre cuando vemos que no podemos pagar las deudas del banco. Tememos la guerra porque vimos lo que les hizo a nuestros abuelos. Nos aterra la enfermedad porque hemos llorado en los funerales de nuestros amigos. El miedo sin experiencia sólo es una locura filosófica, por eso los niños no se asustan de veras. Hay una oscuridad inmaculada en el fondo de cada niño, y Roald Dahl sabía combinar las palabras para acariciarla. El miedo, así contado, es divertido para el hijo, pero insoportable para el padre.

En cuanto apago la luz y salgo de su habitación, al transformarme en lo que soy, me refugio en el Roald Dahl adulto, en esa literatura que escribió para los mayores de edad y que, como todo lo que no se escribe para niños, está llena de consuelo y esperanza.

«Skin» es uno de mis relatos preferidos. Drioli, un tatuador de poca monta —no sé si hay tatuadores de mucha monta—, se hace amigo de Soutine, un pintor parisino de tan poca monta como él que vende sus primeros cuadros. Para celebrarlo, ambos se emborrachan en el estudio del segundo y la noche termina con Drioli ofreciendo su espalda como lienzo. Enseña a su amigo la técnica del tatuaje y Soutine pinta en su piel una obra maestra. Muchos años después, Drioli pasa por delante de una galería de arte y se entera de que su amigo, ya difunto, es un pintor cotizadísimo. Él sigue siendo un desgraciado, pero tiene un Soutine en la espalda. El viejo borracho Drioli al que nadie quiere deviene una obra de arte de enormísimo valor. La piel de su espalda, al menos. Me ahorraré contar el final, aunque ya se adivina que será terrorífico.

El traductor español prefirió titularlo «Tatuaje», tal vez porque le sonaba más peligroso, hampón y siniestro que «Piel», pero es un error, porque el cuento no habla de la obra tatuada sino del lienzo. La metáfora es la epidermis: allí llevamos a los amigos muertos. Las borracheras que compartimos con ellos quedan por siempre entre los poros y el vello, se arrugan conforme el colágeno se endurece y se transforman como nos transformamos nosotros. Si un restaurador nos examinara con rayos X, descubriría mil capas de bocetos y repintados, firmas ilegibles de artistas que olvidamos y hasta formas borrosas de hijos que no llegaron a nacer.

Envejecer consiste en contarse, pero mi piel de monstruo no relata el pasado, sino el futuro. Se va muriendo para enseñarme lo que seré, no le interesa lo que he sido. Anticipa la degradación biológica, el regreso a una forma embrionaria, amorfa y sanguinolenta, que cierra el círculo de la vida y demuestra que nunca hubo ni habrá alma que me sublime: sólo células, escamas, polvo, sangre seca, cuerpo puro.

Para qué seguir desviándome y compadeciéndome. Los monstruos somos muy pesados, siempre gimoteando en nuestras torres y mazmorras, egocéntricos, doliéndonos del asco del mundo cuando el mundo ni siquiera se fija en nosotros. La bella y la bestia tienen en común que ambos se sienten observados. Por guapos o por feos, el narcisismo es idéntico.

Quiero hablarle a mi hijo de mi línea de la vida, de esa muerte que aún no ha llegado pero no faltará, de mis brujas verdaderas y de mis puntos rojos en la planta del pie. Quiero hacerle un

catálogo de monstruos, mis congéneres, personajes devorados por la misma psoriasis que me rompe a mí. Lo dejaré por escrito para que lo lea cuando yo no pueda leérselo o no tenga sentido hacerlo porque ya no le arroparé ni le daré las buenas noches ni me iré dejando la puerta entornada con la luz de la cocina encendida.

Empezaré por la carta del diablo.



# Una piscina en Sochi

Érase una vez un señor con bigote que gobernaba desde las llanuras de Europa hasta el mar de Japón, y desde el polo norte hasta los desiertos de Persia. Esos habían sido los dominios de los zares, hasta que los amigos del señor con bigote, que se hacían llamar bolcheviques, mataron al último zar y a toda su familia y fundaron otro imperio. Al principio saquearon los palacios, pero luego decidieron quedárselos, y poco a poco le tomaron gusto a la vida noble. Eran tipos muy duros, acostumbrados a gritarse, a llevar pistola y a dormir en el suelo sin abrigo. Se llamaban con motes, como todos los guerreros. El principal era Lenin, es decir, el Leniano, el que venía del río Lena. El señor del bigote se hacía llamar Stalin, es decir, el Hombre de Acero. Para sus amigos bolcheviques era el *Vozhd*, el guía. O Koba. Sólo los más íntimos podían llamarle Iósif Visariónovich.

Los bolcheviques habían dedicado media vida a luchar contra los zares y conocían los fríos de las celdas siberianas y del exilio de todas las capitales de Europa. No había razón para que, una vez conquistado el país y exterminados sus enemigos, siguieran durmiendo en catres clandestinos y comiendo gachas. Stalin venía de Georgia, pero no le gustaba que le hablasen en georgiano. Él prefería el ruso, la lengua imperial y común, el idioma de la igualdad y del Estado. A veces, algunos paisanos, preocupados por salvar la vida propia o la de alguien querido, le hablaban en georgiano para ablandarlo, pero sólo lograban enfurecerlo más, tal vez porque le recordaban a esa madre anciana a la que nunca visitaba en Tiflis o esos inviernos de infancia sin caviar ni faisanes en la mesa. A Stalin le gustaban el aquí y el ahora, y el aquí y el ahora sonaban a ruso y eran deliciosos y abundantes, como lo era el socialismo pródigo que se derramaba por todo el país gracias a su bondad infinita.

El hambre se podía saciar y el frío se podía mitigar con leña y abrigos de piel encargados a los sastres de París, pero había secuelas de la vieja lucha que ningún palacio, porcelana, pintura de Rubens o champán podían consolar. En Siberia, en los años en que los jueces zaristas lo tuvieron condenado, se le congeló un brazo, y desde entonces sufría dolores reumáticos atroces. También le habían diagnosticado una amigdalitis crónica y una afección dermatológica sin cura (la psoriasis, claro). Cuál de estos males se debía a la guerra revolucionaria y cuál era un castigo de la genética resultaba imposible de dilucidar para la ciencia médica de aquella época. Lo terrible era la impotencia: Stalin podía cambiar el mundo, pero no podía dejar de rascarse. Para qué sirve ser todopoderoso y temido desde las llanuras de Europa hasta el mar de Japón y desde el polo norte hasta los desiertos de Persia si cada noche los huesos duelen y la piel escuece.

Fue Mikoyán, el fiel armenio Anastás Mikoyán, camarada de los tiempos heroicos, quien le habló de Sochi.

Hay un pueblito en el mar Negro, le dijo, cerca de la frontera con Georgia, que te va a venir muy bien. Acabamos de inaugurar un ferrocarril que lleva hasta allí. Verás qué clima, qué bosques, qué tranquilidad. Las aguas son milagrosas. Anímate, te buscaré una casita apañada, sin muchos lujos, pero ideal para descansar.

Stalin fue a Sochi, y como Stalin era la URSS, toda la URSS fue a Sochi a veranear. Aquel

pueblocito, que hasta mediados del siglo XIX ni siquiera aparecía en los mapas de Rusia, empezó a crecer y a crecer y a crecer. En el paseo marítimo, que no era más que un camino al pie de las montañas, brotaron grandes construcciones. Sanatorios de eficacia probadísima; hoteles con botones de librea y conserjes que hablaban francés, y Packards negros de cristales gruesos con chóferes que abrían las puertas y sabían quedarse muy erguidos y en silencio mientras las damas salían o entraban del vehículo.

Al igual que el pueblo, la dacha fue creciendo desde aquella casita apañada que prometió Mikoyán hasta devenir un palacete con varios edificios y amplísimos jardines boscosos. Entre los árboles colocaron unos sillones de mimbre y una mesa grande de mármol cubierta siempre de papeles, porque el camarada Stalin no descansaba nunca.

Aunque el verano en Sochi puede ser sofocante, con temperaturas de casi treinta grados y una humedad altísima, Iósif Visariónovich se sentaba en su trono de mimbre con pantalones largos y camisa abotonada hasta el cuello. A veces, una camisa blanca con bolsillos. Otras, una camisa verde militar. Frescas, holgadas, de tela liviana, como los pantalones, pero siempre bien abrochadas. No hay foto en la que aparezca remangado o despechado, como salen los fieros bolcheviques que lo acompañaban, a veces con el torso desnudo y sudado, jugando a algún deporte.

Aquellos bolcheviques crecidos en el Cáucaso, tan campestres, acostumbraban a bañarse desnudos, pero Stalin no participaba en esas reuniones masculinas. Para hablar con él lo mejor era sentarse a su mesa de mármol en uno de los sillones de mimbre o pasear por el bosque o, mejor aún, acompañarlo en una de sus cenas interminables. Esto no quiere decir que el *Vozhd* no pasase calor como cualquier otro bolchevique caucásico y que no disfrutara de los placeres del agua fría en la piel. Por eso se hizo construir una piscina privada, de poca profundidad y convenientemente aislada por una cerca, a la que nadie podía entrar.

Artiom, hijo, ven a bañarte con tu viejo, cuéntame qué has hecho hoy.

Artiom Fiódorovich Serguéiev era un chaval que despertaba a la adolescencia en aquellos primeros años treinta del siglo XX. Su padre fue Fiódor Serguéiev, uno de los bolcheviques más apabullantes que tuvo la revolución, amigo íntimo de Stalin desde los días de agitación salvaje y camarada de armas en la guerra civil. Mucho más que un hermano. El atrevido Fiódor murió, por desgracia, de la forma más tonta y menos honorable para un guerrero de su talla: se estrelló durante las pruebas del *aeromotowagon*, un invento soviético que pretendía hacer trenes de alta velocidad colocándoles un motor de avión. Naturalmente, el *aeromotowagon* descarriló y mató a todos sus ocupantes nada más ponerse en marcha.

El pequeño Artiom apenas tenía tres meses cuando quedó huérfano, y fue el propio Lenin quien le dijo a Stalin que debía adoptar al chiquillo. Stalin se convirtió así en su único padre realmente existente, y en verdad que le quería tanto como a sus hijos de sangre. Puede que incluso más porque, conforme Artiom crecía, se le iban asomando a la cara los rasgos apasionados de Fiódor, a quien tanto echaba de menos.

Artiom, hijo, deja lo que estás haciendo y ven a bañarte con tu viejo.

Al otro lado de la cerca, el *Vozhd* se quitaba la camisa holgada y los pantalones claros de verano para mostrarse desnudo de la coronilla a los pies. No ha quedado testimonio de lo que veía Artiom: qué llevaba su padre adoptivo impreso en la epidermis. No lo contó porque no le llamó la atención. El cuerpo de nuestros padres es ruido y paisaje familiar. Ni siquiera lo vemos. Nada hay en sus arrugas, durezas y gorduras que nos pueda sorprender o intrigar. Para Artiom, Stalin en la piscina no

era un secreto de Estado soviético expuesto a sus ojos.

Había otra persona que tenía acceso franco a la piscina privada: Serguéi Kírov, el tío Serguéi para Artiom, otro de los camaradas de los viejos días. Stalin, Serguéiev y Kírov formaban un trío inseparable y representaban el bolchevismo más aventurero y menos intelectual. Siempre dispuestos para la lucha, habían compartido penas en los momentos más agónicos de la revolución y de la guerra civil. Artiom pudo haber sido adoptado por Kírov tanto como por Stalin, pues los dos eran los amigos del alma de su padre, a quienes este confiaba todo sin la menor reserva, pero Stalin acabó como padre que encauzaba y adiestraba la cabeza loca del mozo, y a Kírov le tocó ser el tío obsequioso que le otorgaba los caprichos. Cada verano, cuando las obligaciones de Moscú le concedían un respiro, Serguéi Kírov tomaba un tren y llegaba a Sochi en el Rolls-Royce oficial que le traía desde la estación.

Su irrupción ponía la dacha en pie de fiesta. ¡Ha llegado Kírov, poned el champán a enfriar, que preparen asado, que vengan los niños! El estajanovista Kírov, que venía de planificar grandes obras públicas y de supervisar planes quinquenales en Leningrado, disfrutaba horrores de los días de Sochi y se paseaba por el bosque semidesnudo. Rodaba por el suelo con los niños, se adentraba en la espesura con los perros y bebía y cantaba hasta la madrugada como sólo los viejos bolcheviques sabían beber y cantar. Todo el mundo quería a Kírov. Toda la URSS quería al guapo y carismático Kírov. Las madres soviéticas lo querían de yerno y las jóvenes del Komsomol, de marido. O de amante, mejor. ¿Quién no soñaba con que el heroico Kírov se colase en su dormitorio con una rosa en esa boca de dientes blancos?

A Kírov lo amaba el país entero, y Stalin, que lo quería más que nadie, empezaba a sentir celos de tanto amor patriótico.

Kírov, deja eso, vamos a bañarnos a mi piscina, charlemos un rato.

Y el bueno de Kírov pedía terminar antes la partida de gorodki, que iba ganando, como siempre que jugaban a ese viejo deporte ruso. Sólo Kírov tenía el privilegio de decirle a Stalin que esperase un rato cuando Stalin le pedía que acudiese. El resto del país dejaba lo que estuviera haciendo y se plantaba en su presencia, pero Kírov seguía jugando como si Stalin no existiera, y Stalin aguardaba sonriente en su sillón de mimbre, fingiendo que no le importaba.

Déjale, se decía a sí mismo, es Kírov, el bueno de Kírov.

Los dos camaradas pasaban media tarde en la piscina, fumando y charlando recostados en el borde. Kírov era la única persona ajena a su familia que podía ver a Stalin desnudo, por eso su distancia dolía tanto.

¿Qué te pasa, amigo mío? ¿Por qué no dejas Leningrado y vuelves a Moscú? Te necesito en Moscú, no puedo gobernar esto yo solo.

Kírov carraspeaba y miraba hacia otro lado. Le daba una calada al cigarro, echaba la ceniza fuera de la piscina y se disculpaba.

Cuando termine el plan quinquenal, Iósif Visariónovich. Hay mucho trabajo en Leningrado.

Que lo haga otro, decía el *Vozhd*, ven a Moscú, te lo pido con el corazón.

La popularidad de Kírov no dejaba de crecer. En Leningrado, la ciudad de la revolución, era un héroe y un virrey que manifestaba demasiada independencia de criterio. En las charlas de piscina ya había comentado que había que aflojarles el dogal a los campesinos, que no podía someter el campo a una represión tan sumaria. A Stalin no le parecía mal que se lo dijese en el baño, pero Kírov había empezado a decir esas cosas en el Politburó y en el partido de Leningrado. Incluso se atrevía a

sugerirlas en la prensa.

Por supuesto, no se hablaba de política cuando compartían el baño con Artiom, cuyo cuerpo revelaba verano tras verano unas formas cada vez más musculosas y potentes.

Serás un magnífico bolchevique, como tu padre. En la hora decisiva, servirás al ideal soviético con el mismo honor que tu viejo, le decían los dos camaradas, admirados ante aquella metamorfosis de la adolescencia que chapoteaba en la piscina poco profunda.

El suicidio de Nadia, la segunda esposa de Stalin y madre de Svetlana, supuso una tregua entre ambos. En noviembre de 1932, Nadia Alliluyeva se descerrajó un tiro en su dormitorio y Stalin no se enteró hasta el día siguiente. Kírov consoló a su camarada, lo arropó y le prodigó todo el cariño viril que un bolchevique furioso y sentimental puede dar a otro bolchevique furioso y sentimental, que nunca es mucho, pero sí muy escandaloso. En el verano de 1933 no faltó a su cita en Sochi, y en sus largos baños privados intentó rearmar el vigor de su amigo, a quien se culpaba en los mentideros de Moscú de la decisión de Nadia.

Tú no crees nada de eso, ¿verdad, Kírov?

¿Cómo puedes insinuar algo así, Iósif Visariónovich?

Alza el vaso por Nadia, querido, álzalo y di una de esas cosas bonitas que sólo a ti se te ocurren.

Con el otoño regresaron a Moscú, y el partido y el Estado absorbieron todas las energías del *Vozhd*, que se fue olvidando de Nadia y del consuelo dulce de su amigo, a quien empezó a percibir como intrigante y peligroso, allá en su virreinato de Leningrado. De vez en cuando Kírov le hablaba de Ucrania, de la necesidad de detener lo que fuese que la URSS estuviera haciendo allí, de la conveniencia de dejar de matar de hambre a los campesinos.

Ay, Kírov, harías cualquier cosa por ganar un aplauso de ese pueblo que te jalea y te adora. Cualquier cosa, hasta envenenarme, hasta colgar mi cabeza de lo alto del Kremlin.

El verano de 1934 no fue tan bello. El sol de Sochi siguió calentando los sillones de mimbre con la ternura de siempre, las partidas de gorodki divirtieron a todos como siempre y Artiom y Kírov le acompañaron en sus baños eternos con tabaco y vino como siempre, pero nada sabía igual. El recuerdo de Serguéiev se confundía con otras muertes, incluida la de Nadia. Se les acumulaban las ausencias, y un hombre sólo puede convivir con unos pocos fantasmas a la vez.

El pulso de Kírov a Stalin era ya imposible de ocultar y se escenificaba en las reuniones del Politburó. El segundo sabía que habían tentado al primero con los arrumacos de la traición, pero Kírov se había negado a dar el golpe. Aun así, la distancia entre los dos amigos era insoportable. Al atardecer, acodados en el borde de la piscina, sentían que el agua se enfriaba cada vez más pronto.

Es hora de salir, querido Iósif Visariónovich, se va a hacer de noche.

No, ve tú, yo me quedo fumando un rato más.

¿Solo?

Siempre estoy solo, Serguéi.

Otro otoño cayó sobre el mar Negro y Stalin regresó al Kremlin, y Kírov, a su Leningrado, y la URSS y el partido siguieron funcionando con su histeria imperturbable, hasta que llegó el 1 de diciembre.

Aquella mañana, un tipo entró en el Instituto Smolny, el templo bolchevique de Leningrado donde Vladimir Illich había organizado todo el poder para los soviets y Trotski había armado al ejército rojo. Kírov, como jefe local de la ciudad, tenía el despacho allí, y se movía por sus pasillos y escaleras zaristas como por su propia casa. En 1934 los bolcheviques creían que habían derrotado a

todos sus enemigos y no se molestaban en rodearse de escoltas ni en tomar precauciones de seguridad, por eso aquel individuo pudo entrar sin ser importunado, colocarse detrás de Kírov cuando este marchaba por un pasillo, y dispararle un tiro mortal con la pistola que llevaba oculta en el abrigo.

Cómo lloró Stalin en el Kremlin cuando se enteró. Cómo corrió a Leningrado a maldecir sobre la mancha roja que su sangre había dejado en la moqueta del Smolny. Stalin rugía sobre el cadáver de su hermano, y cuando Stalin rugía, rugía la URSS entera. El Estado al completo se retorció de dolor y rabia y clamó venganza. Que no escapara ningún culpable. Que su cabeza se colgase a la vista de todo el pueblo soviético como escarmiento para los enemigos y asesinos del proletariado universal. Que se amañasen pruebas, que se torturase a los sospechosos hasta que no pudieran ni confesar por no tener dientes ni lengua con los que relatar sus crímenes.

Claro que hubo quienes creyeron que Stalin fue quien planeó todo para quitarse de encima a un rival, pero no tantos como lo creyeron después. En 1934 se le había caído la venda a muy poquita gente, y la mayoría eran tratados de locos, o peor, de reaccionarios burgueses. Años después no tenía ningún mérito señalar a Stalin por matar a su amigo porque la muerte de Kírov fue una anécdota casi compasiva en comparación con el matadero industrial que montó después, pero en aquel mes de diciembre muy pocos eran capaces de imaginarlo. Por eso, cuando Stalin acusó a los trotskistas y a los enemigos del pueblo de apuñalarlo en su mismo corazón, casi nadie encontró motivos para desconfiar de la sinceridad de su llanto y de su comprensible derecho a la venganza.

La muerte de Serguéi era sólo la primera parte del plan. La segunda era destapar el complot. El partido, decía, estaba corrompido de arriba abajo por agentes provocadores. Trotskistas a sueldo de occidente, enemigos del pueblo que horadaban como termitas el triunfo del proletariado. Había que hacer limpieza a fondo, y el funeral de Kírov, al que acudió media Rusia y en el que Stalin se dejó retratar con la cara desencajada por la rabia, era el momento propicio para anunciarla. Los trotskistas traidores habían golpeado a la URSS en su mismísimo corazón, en el inviolable Instituto Smolny, matando a un héroe popular. El cuerpo tibio del camarada Kírov clamaba venganza: o desinfectamos bien el país, o nos comerán las ratas y los parásitos.

En los años siguientes, se cree que millones de personas fueron mandadas al gulag o a la muerte en una sala de la cheka diseñada para ello (con el suelo de cemento levemente inclinado para que escurriera la sangre y un sistema de mangueras que permitía limpiarlo todo en pocos minutos y prepararlo para la siguiente ejecución). Aunque Stalin no dejó de ir ningún verano a Sochi, los papeles de su mesa redonda tenían que ver cada vez menos con la producción de acero y la construcción de carreteras. Casi todos eran listas de nombres. Antes de cenar, con la brisa del mar Negro que no le rozaba la piel, pues en su silla de mimbre seguía vistiendo camisa y pantalón largos, daba el visto bueno a las ejecuciones del día siguiente. Su hija Svetlana se acercaba a darle las buenas noches y él le hacía cosquillas o le gastaba una broma con palabras georgianas, y Svetlana se iba a dormir mientras él, rascándose la psoriasis con una mano, calculaba la cuota de capturas y muertes del día con la otra. Se enfadaba si las listas eran cortas y se reía y hacía chistes con la pipa en la boca si eran largas, pues significaba que el Estado cumplía sus objetivos.

La tarde del 25 de agosto de 1936, más de un año y medio después de la muerte de Kírov, Stalin estaba en Sochi. Dicen que tomaba el sol del final de verano, amable y tostado. A las 20:48, mientras cenaba al aire libre, recibió un telegrama de Moscú: «El Politburó ha decidido rechazar las solicitudes y cumplir la sentencia esta misma noche». El *Vozhd* no respondió, sólo acusó recibo, y

siguió cenando mientras el sol se sumergía en el mar Negro. Qué maravilloso país era aquel. No podía haber ocasos mejores que los de aquella costa bendita. Contra su costumbre, esa noche se retiró pronto. Seguramente estuvo leyendo en su dormitorio, pues no sabía dormirse antes de la madrugada, pero ya no se preocupó por los asuntos de Estado y dejó descansar a los funcionarios. El camarada Stalin parecía en paz. Transmitía una felicidad muy plácida que resultaba mucho más inquietante que su felicidad natural y orgiástica. Qué raro que no corriese el vino, que no sonasen tonadas populares en el gramófono y que ningún compadre contase chistes. Quienes estaban más enterados de lo que sucedía en Moscú andaban más inquietos. Aquel telegrama decía que, en pocas horas, Kámenev y Zinóviev serían ejecutados de sendos disparos.

Kámenev y Zinóviev eran bolcheviques viejos, camaradas de Lenin, protagonistas de la revolución de octubre. Nunca hasta esa noche la represión había llegado a figuras tan importantes. Al no responder el telegrama, el *Vozhd* daba su visto bueno al fusilamiento que anunciaba a todo el orbe soviético que nadie estaba libre; cualquiera podía ser declarado un enemigo del pueblo.

Entre el 1 de diciembre de 1934, cuando Kírov recibió el tiro por la espalda y aquel 25 de agosto de 1936, al círculo de Stalin se habían incorporado dos individuos: Nikolái Yezhov y Andréi Vishinski. El primero, bajito y colérico, dirigió la investigación del crimen de Kírov (en la que acabó acusado el mismo Trotski, como autor intelectual) y fue premiado con la dirección de la policía política. El segundo, fiscal, preparó la acusación de los juicios, bajo la premisa de que todo reo es culpable hasta que se demuestre lo contrario. Cínico y cruel, tenía los nervios finos y no soportaba las escenas de violencia, por eso se limitaba a actuar en los tribunales, donde podía desatar un terror más intelectual con su mirada y sus réplicas sarcásticas. Creo en la conveniencia de mantener al pueblo siempre en vilo, decía.

Yezhov y Vishinski tenían algo en común con Stalin, además del compromiso de exterminar a los enemigos de la URSS: una salud infame. Vishinski vestía trajes impecables, un poco por dandismo, pero otro poco para ocultar las manchas de la piel, que se rascaba con disimulo. A veces sufría brotes en partes visibles del cuerpo, como las manos o la cara. Lo de Yezhov tenía peor camuflaje, pues saltaba a la vista —lo llamaban el enano— que su cuerpo era un desastre agravado por un alcoholismo noctívago y sicalíptico y un estrés laboral que le provocaba crisis nerviosas. Ambos, según todos los testimonios históricos, tenían la misma psoriasis que el *Vozhd*.

Por muy extendidas que estén las afecciones cutáneas, ¿qué posibilidades hay de que un dictador con psoriasis reclute a dos esbirros con su misma enfermedad para ejecutar su plan de exterminio más ambicioso? Un plan que, además, se expresa como una venganza por la muerte del único amigo que podía ver al tirano desnudo.

Yezhov, el enano, estaba casado con una mujer de bandera con la que compartía un frenesí sexual insaciable. Yevguenia Feigenberg era una de esas chicas judías muy cultas que solían rondar a los bolcheviques. Qué atraía a aquellas mujeres brillantes hacia esa cuadrilla de depravados es un misterio que no llego a explicarme. El bolchevismo era puritano, como todo movimiento que se debe a una causa superior. Los revolucionarios estaban casados con la revolución, pero en las noches de esa camarilla había chicas más parecidas a las de las novelas de Scott Fitzgerald que a las de Gorki. Nada de abnegadas madres coraje ni monjas al servicio del ideal: eran literatas, artistas, muchas de ellas judías, criadas en familias anticonvencionales que creían en el amor libre y en cosas parecidas. A Stalin, viudo dorado, le rondaban con su alegría descocada, pues todos decían que el *Vozhd*, con sus camisas abotonadas hasta el cuello y su voz de cantor georgiano, era irresistible para sus

*stalinettes*. En las sobremesas sin fin de Sochi y del Kremlin, coqueteaba tontamente con ellas y permitía que ellas coqueteasen un poco con él, pero siempre manteniendo las distancias. Ni siquiera aquellas muchachas libres conseguían romper su pudor. Si alguna vez, en medio de una batalla de miguitas de pan o en el desorden de las carcajadas de la enésima botella de vino, se relajaban y se sentaban en sus rodillas o acercaban tanto su cara a la suya que podían olerse el aliento, el *Vozhd* se incorporaba y se alejaba unos pasos, turbado. Tampoco le gustaba bailar lento, prefería los castos bailes campesinos con aire entre los cuerpos. A diferencia de muchos de sus camaradas bolcheviques, Stalin fue toda su vida un señor georgiano chapado a la antigua. Hasta en su gusto por las mujeres era convencional: le atraían las chicas rubias, aldeanas y pechugonas, inocentes y sin ingenio, que pudieran ser, además de amantes, mitad madres y mitad criadas.

Yevguenia Feigenberg era todo lo contrario a una campesina que acarrea cántaros de leche recién ordeñada. Mundana, ingeniosa, estilosa y cultísima, hacía olvidar con su sola presencia que cada noche desaparecían en Moscú varios camaradas a los que unos señores de traje iban a buscar en un Packard negro y nunca se volvía a saber de ellos. Mientras Yevguenia animase la fiesta, nadie echaba de menos a los ausentes. Su matrimonio con Yezhov era abierto y es posible que tampoco estuviera muy informada de las actividades concretas de su marido al frente de la policía política. Todos marcamos el límite de nuestro propio conocimiento, y Yevguenia sabría hasta donde ella misma quisiera saber. Trabajaba mucho, el pobre Nikolái, demasiado para sus huesos oxidados y su constitución enclenque. Su horario era nocturno, le gustaba dormir por la mañana, y al terminar la jornada, casi al amanecer, se desahogaba con orgías en su piso de las que Yevguenia tampoco quería enterarse mucho.

El enano Yezhov se tomaba su tarea como un empeño personal y artístico. Aunque el camarada Stalin la planteaba en términos burocráticos, exigiendo el cumplimiento de cuotas en cada distrito, y él mismo había diseñado una metodología de matadero industrial, Yezhov no renunciaba al arte y al instinto porque era ese tipo de monstruo, tan necesario para el éxito de unas buenas purgas, al que le gustaba mancharse las manos.

Los engendros de piel enferma quieren contagiar sus manchas, erupciones y heridas a todos. Ya que el picor y la vergüenza no desaparecen ni en los mejores balnearios, se consuelan provocando que la corteza del mundo enferme y se estropee como la suya propia. Si consiguen el poder suficiente, llevarán la sequedad, el escozor, la sangre del rascado y la fealdad de las escamas al último rincón del planeta. Stalin, Vishinski y Yezhov se complementaban muy bien. El último, el más afectado, el único que no podía disimular con mangas largas, se encargaba del trabajo menudo, como el capataz a pie de obra. Vishinski hacía la labor previa: criaba a los reos en su tribunal y los dejaba listos para el matadero de Yezhov, pero no asistía a las torturas ni frecuentaba los sótanos de la Lubianka. Siempre impecable, no se salía del foco del escenario y representaba la humillación pública de los camaradas en desgracia, haciendo que firmasen sus confesiones de culpabilidad. Era un buen contador de historias, aunque a veces se le iba la mano. En el juicio de Kámenev y Zinóviev, se inventó que el asesinato de Kírov había sido planeado por el hijo de Trotski y los conspiradores en el hotel Bristol de Dinamarca, y así lo hizo confesar a los reos. Resultó que el hotel Bristol había sido demolido en 1917 (tal vez el último año en que Vishinski lo visitó), lo que comprometió gravemente la credibilidad de la confesión. Stalin se enfadó mucho al enterarse.

Idiotas, ¿no podíais haber puesto que conspiraron en una estación de tren, que de eso hay en todas partes?



Pobre Vishinski, escritor de novelas de misterio encerrado en el cuerpo de un fiscal soviético.

A veces imagino que todos esos millones de muertos, toda esa humillación, todo ese miedo y todo ese frío nacieron de un baño: el 25 de agosto de 1936, mientras Kámenev y Zinóviev esperaban clemencia en Moscú y la única persona que podía proporcionársela fumaba en silencio y a solas en su piscina de poco calado en Sochi. Los historiadores hablarán de poder e ideología, de fuerzas enormes que colisionan como si fuesen sucesos cósmicos y radiactivos, de complejísimas causas y consecuencias y de bibliografías que nadie podría leer ni así tuviera diez vidas. Como yo no soy historiador, puedo decir sin que suene a herejía que fueron el picor, el dolor reumático, la vergüenza y, sobre todo, la envidia del bronceado y de la piel fina sin más imperfección que una peca diseminada en el nacimiento del cuello, lo que causó el desastre. Sin Kírov y sin Artiom, que, como todo adolescente, pronto se sintió demasiado mayor para pasar la tarde desnudo junto a su padre — pudiendo desnudarse junto a casi cualquier chica comunista del mundo—, la psoriasis de Stalin volvió a ser un secreto de Estado, protegida por una cerca que todos los funcionarios tenían prohibido traspasar. Y allí, sumergido hasta la barriga en las aguas medicinales de Sochi, amorrado a su pipa eterna, sin un papel para firmar ni un Politburó al que insultar, el *Vozhd* devenía el villano ideal y supremo.

El agua fría enrojece las escamas, que, cuando están secas, se blanquean, y con el sol de un día de verano pueden camuflarse en la piel. Hay que fijarse mucho para apreciar la decoloración en seco, pero el agua enciende las manchas, delatando la enfermedad a kilómetros de distancia. Es un fogonazo breve que, en realidad, anuncia una curación. Un simulacro de curación, lo que los enfermos de psoriasis conocemos como el paréntesis del verano. La radiación del sol, el yodo, el salitre y los minerales del agua fresca asedian y reducen las placas, que sólo rebrotan en el baño, entre las arrugas de la humedad por el remojo prolongado. Ese bienestar de la piel expuesta al sol desaparece en el agua. De pronto, nos acordamos de esa maldición que habíamos olvidado. En la piscina, el monstruo recuerda que lo es.

Y es esa iridiscencia cárdena, esa forma que tiene la piel del enfermo de latir e importunar, la que induce a la venganza. Sólo otros enfermos como Vishinski y Yezhov podían entender ese instinto irrefrenable de exterminar a todos los pieles-lisas, a todos los que se bañan en piscinas abarrotadas y toman el sol sin preocuparse por la mirada del otro, a todos los que se acarician de los pies a la cara, sin que el roce de sus dedos pulse una región prohibida, esos pequeños gulags donde se concentra el pudor más miserable. Desde la piscina de Sochi, el latido rojo de las manchas húmedas transmitía un código paranoico, parecido a las voces interiores de la esquizofrenia, que ordenaba acabar con todos hasta no dejar uno solo, hasta que el mundo entero se comprimiese en el agua ya fría de esa alberca muy poco honda, encarada a un cielo que recibía las vaharadas de humo de su pipa eterna.

No quiero que entiendas, hijo, y por eso no me atrevo a contártelo, que ese monstruo brillante y rojo de la piscina de Sochi también soy yo.

# El monte mágico

La historia de Stalin en su piscina de Sochi desmiente la fe en la bondad de los monstruos. En su empeño por civilizarse, la humanidad ha ido integrando a los deformes. Los monstruos han pasado de ser demonios a parecer criaturas a las que no basta con dar cariño. Hay que admirarlos porque son héroes, los Aquiles de estos días bajos en azúcar y grasas saturadas. El pobre Frankenstein, el pobre Quasimodo, el pobre Fantasma de la Ópera e incluso el pobre Freddy Krueger. Incomprendidos, marginados y zaheridos, nos enseñan que la mala es la sociedad y que ellos sólo se defienden, abocados al crimen como una fiera del zoo se revuelve contra los niños que se burlan al otro lado de los barrotes. Si les hubiéramos dejado en paz, no se habrían visto obligados a matarnos.

No les faltan amantes a todos estos monstruos. Una de mis películas preferidas cuenta una historia de amor entre una enfermera y un licántropo. En *Un hombre lobo americano en Londres*, David y Jack, dos mochileros norteamericanos, sufren el ataque de un hombre lobo en los páramos de Inglaterra. Jack muere, pero David sobrevive, adquiriendo así la maldición. En la siguiente luna llena, se transforma en una bestia y se dedica a devorar a transeúntes por las calles de Londres. En el ínterin, se ha enamorado de la enfermera Price (inolvidable Jennifer Agutter, de la que yo también vivo enamorado), que poco a poco ha de rendirse a la evidencia de que su novio es un licántropo y no un chavalín un poco traumatizado por la muerte de su amigo. Lo moderno, lo que define la relación de mi mundo con los monstruos, se escenifica en la secuencia final. Tras fracasar en su intento de suicidarse, David se refugia en un cine porno de Piccadilly Circus y allí se transforma. Tras una breve matanza, la policía logra acorralarlo en un callejón, pero antes de que lo acribillen la enfermera Price intenta salvarlo. Desborda el cordón policial y se interpone entre los tiradores y la bestia, a la que mira a los ojos. Por un instante, parece que el lobo la reconoce y duda. Es posible que la enfermera Price haya penetrado toda la costra de bestialidad para llegar al núcleo humano de David. Por suerte, John Landis, el director de esta maravilla de película, es tan inteligente que no nos deja resolver el misterio. La bestia muere en el callejón sin que sepamos si podía redimirse mediante el amor.

Landis, como yo, tiene el alma antigua y cree que los monstruos deben morir por el hecho de ser monstruos, no como la etapa final del camino del héroe en la que el cielo se ilumina y los pecados de la humanidad quedan absueltos. El enamoramiento de la enfermera Price no es lúcido ni virginal, sino perverso —como los buenos enamoramientos—, y David es un cobarde egoísta que sabe que la única forma de eludir su pulsión homicida es cortarse las venas, pero no se atreve, es incapaz de sacrificarse por el bien común. No hay nada admirable en él: el lobo muere bien muerto. Y, sin embargo, el espectador no puede evitar pensar que la bestia es la única víctima verdadera de la historia. Todos los que caen en sus fauces y garras se lo merecen, en cierta forma. Son seres patéticos sorprendidos en momentos poco favorables de su vida. El licántropo casi les está haciendo un favor borrándolos de un cuadro donde no encajan, y sus asesinatos tienen algo de número cómico. Sin embargo, la muerte del lobo es trágica. Quizá sea el único momento trágico de toda la película. Y eso es así porque Landis sabe que no podemos vivir sin estos bichos. No podemos matarlos sin sentir

que nos matamos a nosotros mismos y que todo ese mal es culpa nuestra.

Por eso la historia de Stalin es tan luminosa, porque es un monstruo imposible de redimir. Ninguna enfermera Price lo mirará en sus últimos segundos apelando con lágrimas a lo más tierno de su humanidad. Stalin nos recuerda que hay monstruos malos cuya maldad individual no es consecuencia de la maldad social. La teratología (la disciplina que estudia las deformidades) ha hecho un esfuerzo de siglos para separar la fealdad física de la moral, y eso ha acabado empapando la literatura: los monstruos malvados fueron relegados poco a poco a lo *pulp* y a lo extremo, pero desaparecieron de las películas que van a ver los novios al cine. Batman sigue teniendo malvados deformes, pero de una forma tan estilizada y metafórica que no los asociamos con deformes de verdad. Hay que dar por seguro que cada vez que un enano, un gigante, un jorobado, un licántropo o un hombre elefante protagonizan un relato, su papel va a ser siempre bueno e incluso heroico.

De acuerdo en que los enfermos de la piel formamos un capítulo menor de la historia de la teratología y que podemos hacer que nuestra monstruosidad pase inadvertida, pero a la vez somos una de las formas más comunes de monstruosidad, y pocos contadores de historias han resistido la tentación de adornar a sus villanos con una marca cutánea, aunque fuera una cicatriz, un parche o una decoloración. Darth Vader es quizá el último gran malvado con la piel destruida, obligado a ocultarla tras un casco y una capa negra, pero incluso él se redime salvando a su hijo, Luke Skywalker. Stalin no. Stalin liquida a millones de personas mientras toma baños en su piscina privada.

No sólo no puedo disociar la piel enferma de Stalin de su maldad amoral, sino que su historia me fuerza a plantear mi propia condición de monstruo. ¿Y si existe alguna correlación entre mis manchas de psoriasis y mi forma de ser y estar en el mundo? Si creo que Stalin mató a los sanos tras perder al único de todos ellos que podía verle como monstruo, su querido Kírov, ¿no puedo ser yo también un vengador? Claro que no soy un asesino, pero hay formas de maldad menos groseras, sutiles y dolorosas, que no implican problemas con la policía. Los enfermos de psoriasis refinamos el arte del camuflaje para alejar las miradas de las placas. Yo no lo hago tanto por vergüenza como por ahorrarle la incomodidad a los demás y obligarlos a mirarme a los ojos. Así escrito, parece casi un gesto de bondad, pero lo que busco con el confort ajeno es que mantengan la distancia. Muy poca gente puede penetrar la coraza del monstruo y mirarme como miraba la enfermera Price al final de la película. La cordialidad casi nunca desemboca en confianza, y a la larga noto que me empiezo a mecer en una misantropía suave que puede acabar en crueldad. Conforme añado capas de algodón y fibras sobre mi piel para esconderla, mi sensibilidad hacia el mundo se amortigua y los problemas de los demás me suenan ridículos, extraños y minúsculos. Un ensimismado es siempre un asesino de masas en potencia: si no te importa la suerte del mundo, puedes firmar su extinción sin temblor ni culpa.

Pero hay algo todavía más perturbador en esa imagen de Stalin en la piscina de Sochi. La lámina de agua rota, golpeando los bordes con cada movimiento. Esa atracción amniótica irresistible. La torsión de los minutos, que se refractan al sumergirse. En el baño, todos somos inocentes. Lo que quiera que seamos en seco lo dejamos suspendido, junto a la camiseta, la toalla, la crema solar y la novela a medio leer. Por eso Artiom no percibía a un tirano. No tenía que ver con que Stalin fuera su padre —todo padre es un tirano para sus hijos, al fin y al cabo—, sino con el agua que ablanda y brilla y con esa forma de fusión de los cuerpos a través del líquido.

Lo sé como se saben estas cosas, por haberlas vivido. Cuando pienso en Stalin en Sochi en

realidad pienso en mí en otro balneario donde solemos acudir unos días cada verano. Alhama de Aragón es uno de esos pueblos que se hicieron burgueses en el siglo XIX, cuando los señoritos de Madrid pusieron de moda tomar las aguas. El resultado de aquellas fiebres termales fue un conjunto bellísimo de edificios diseminados por un parque que fue arruinándose a lo largo del siglo XX, hasta que los gobiernos socialistas mandaron allí a todos los jubilados de España por un precio tan ridículo que les resultaba más barato que quedarse en casa. En el XXI, las viejas ruinas se restauraron y reabrieron los salones de baile, los restaurantes con sumiller y las suites de la última planta, pero la maldición del termalismo social quedó en el aire como el formaldehído que impregna las salas de autopsia.

Hay tres hoteles en el balneario: el de los pobres, el de la clase media y el de los ricos. Aunque a veces hemos querido ir al de los ricos, siempre nos conformamos con el de las clases medias. Por tacañería. El de los pobres, al que es obligatorio entrar para rellenar los papeles médicos y contratar los tratamientos, huele a espera y a pañal. Por sus pasillos aún deambulan los beneficiarios de los bonos del Imsero, dando pasitos inverosímiles con piernas que han perdido casi toda su capacidad de locomoción. Al hotel de los pobres hay que entrar y salir deprisa, antes de que un viejo se muera delante de ti y te arruine el fin de semana, obligándote a prestar declaración ante el juez de guardia.

Me esfuerzo en fingir que no existen el hotel de los pobres ni sus huéspedes. Ya me identifico demasiado con la enfermedad y con la muerte en mi vida cotidiana: cuando me tomo vacaciones, quiero sentirme más vivo. Por eso me meto en las termas, que imitan unas bóvedas romanas, con su circuito de chorrillos y piscinas heladas y saunas. También me emborracho un poco después de cenar en la terraza donde a veces tocan grupitos de jazz, pero, sobre todo, me dedico a pasearme en albornoz por el parque y a bañarme en el lago termal, que rodea una isla con césped donde están los cambiadores, unos aseos y un bar que debió de funcionar en tiempos de Alfonso XII y ahora se usa para guardar las sillas. Llegar temprano, reservar dos tumbonas junto al borde poniéndoles toallas encima, y sumergirme en el agua medicinal que brota del monte a casi treinta grados, es sin duda una de las mejores cosas que he hecho en mi vida.

Antes de que tomáramos la costumbre de ir a Alhama pasé algunos años sin bañarme. Me negaba a ir a la playa y me excusaba de cualquier cita en piscinas, ríos, lagos o pozas. En Alhama perdí la vergüenza que me obligaba a contemplar a los demás desde la orilla, con pantalón largo y camisa. Quizá porque nadie es bello en Alhama y no me siento intimidado por el torso hercúleo de ningún adolescente. Alhama, como todos los balnearios del XIX, es un escenario asexuado donde todos los monstruos pasan inadvertidos. Aun así, la primera vez que me bañé me costó mucho quitarme la camiseta.

Venga, va, vergonzoso, tírate, me decía Cris, siempre empujándome, siempre forzándome a desechar ese miedo de mí mismo, que considera exagerado e injusto.

Me apetece leer un rato, luego me baño, dije.

Pero ella no consintió. Casi me tiró al agua, o tiró de mí, y yo me quité la camiseta y me zambullí, más para evitar una escena —los viejos del hotel de los pobres empezaban a volverse hacia nosotros como girasoles con reuma— que por convicción.

En cuanto el agua me cubrió, me sentí la magdalena de Proust. No el Proust que se come la magdalena, sino la magdalena misma al caer en el té y desplegarse como un origami de miles de páginas y frases subordinadas de párrafo entero. Yo mismo, miguitas de bollo, me transformé en mi propio tiempo perdido y, antes de que pudiera dar forma al pensamiento epifánico, decenas de peces

acudieron a comerme. Al igual que una magdalena, mi psoriasis se deshacía en fragmentos que devoraban, peleándose por los trozos, como hacen siempre los peces.

Al principio, el cosquilleo es muy grato, pero los animales depredan, no son atracciones de spa, y sus acometidas son cada vez más violentas. Los peces más grandes, que tardan en llegar porque vienen del centro del lago, hacen daño. Me canso pronto de dejarles hacer y nado un poco para quitármelos de encima. Son atrevidos y no se espantan por un par de patadas: llevan toda su vida conviviendo con humanos decrepitos e inofensivos, no son como los peces de mar o de río que han visto cómo sus amigos se enganchaban en anzuelos y acababan asados a la parrilla unas horas después. Los peces del lago de Alhama se saben invulnerables, por eso me persiguen. En cuanto me quedo quieto, me asaltan. Tengo que bracear y patear continuamente para mantenerlos a distancia.

Este acoso dificulta la epifanía, aunque no la impide. Avanza torpe, sin la fluidez psicodélica de lo epifánico, pero con cierto ritmo y nervio. Mi conversión en magdalena culmina con una breve historia ilustrada de mis baños, que se proyecta en mi mente como esa película que ven los que están a punto de morir. Mi infancia playera, antes y después del punto rojo en la planta del pie. El mar amoroso de Biarritz, unos cuantos mediterráneos, alguna pincelada de norte con mareas altas y bajas, un par de ríos que no recuerdo dónde estaban y dos o tres cenotes mexicanos, oscuros, exóticos y con olor a camarón.

Todos los baños son el mismo baño. Cada vez que nos sumergimos en el agua, retomamos el placer donde lo dejamos. No importan las décadas o los kilómetros que medien entre una y otra zambullida. El griego Heráclito debía de ser un tipo muy seco para no entender eso. Cómo van a cambiar el río y el hombre la segunda vez. Todo lo contrario: nada ofrece una prueba más rotunda de la inmutabilidad que la lista de los baños de un individuo. Hay unos señores en San Sebastián que se bañan cada mañana en la playa de la Concha, haga el tiempo que haga. Lo hacen como burla del tiempo, de su propia vejez y hasta de su muerte. Cada vez que se meten en el agua vuelven a la primera inmersión. El pasado, el presente y el futuro son ficciones de gente seca y vestida. Las distancias, también. Un baño en la Patagonia y otro en Noruega son el mismo baño en la misma agua. Por eso los exploradores perseguían la fuente de la eterna juventud: la buscaban en un baño, el único sitio donde puede encontrarse.

Esto, que tan evidente será para tantísimos bañistas acostumbrados a dejarse mecer por las olas, a mí sólo se me reveló aquella mañana en Alhama de Aragón mientras huía de los mordiscos de los peces, a quienes dejaba hacer a ratos, un poco por cansancio y otro poco porque creía que me iban a comer de verdad la psoriasis y que saldría del agua limpio y sano.

No me equivoco tanto como parece. Los minerales de esa agua, unidos a un sol de verano que se escurre matizado entre las ramas altas de los árboles que plantaron hace siglo y medio, contraen la enfermedad en un solo día. Mejoro tan milagrosamente que me extraña no ver una caravana de tullidos en la puerta comprando botellitas de agua medicinal como si fuera la de Lourdes. Aquí no hay santas ni apariciones marianas ni basílicas de peregrinos, pero hay edificios del siglo XIX tan ingenuos como cualquier catedral —porque se hicieron con la fe de quien creía vivir en un mundo civilizado— y la parte sagrada e histórica está cubierta con las citas de los romanos que ya venían a curarse los dolores de huesos en tiempos de Cristo. El pueblo, además, es mucho más bonito que Lourdes, y la gastronomía es mejor. No sé a qué se debe esta displicencia católica hacia los poderes milagrosos de Alhama de Aragón, pero a mí en Lourdes no me han hecho nada bueno y del lago de Alhama salgo fuerte, terso y con ganas de follar, algo muy violento en un sitio tan de Tánatos y tan

poco de Eros.

¿Y si nos damos una ducha antes de bajar a comer, y nos quitamos el olor a lago?, le digo a Cris, que nota mi erección aunque intente disimularla con la toalla.

Cruzamos el parque en albornoz, fingiendo no ver a los moribundos que salen de ponerse cataplasmas o sanguijuelas en el hotel de los pobres, y apenas cerramos la puerta de la habitación — del hotel de clase media, libre de zombis y lleno de parejas de Majadahonda y Torrelorones sin apetito erótico— nos entregamos a un follar bruto y ruidoso, como no lo hacemos en casa. Su piel, siempre suave, adquiere en el balneario un lustre brillante casi sobrenatural, y yo me siento poseído por un vigor que me asusta y que se debe a que he dejado la psoriasis en el lago, como si con ella hubiera olvidado también todas esas cortesías de niño bien educado que atendió con aprovechamiento las clases de educación sexual del instituto. Cromañón perdido, podría pasar la tarde emulando a algún superhéroe del porno. Ni siquiera me duelen los huesos.

Qué bien se folla en Alhama y con qué beatitud me adormezco mientras Cris se ducha para bajar a comer y yo pido unos minutos más, sucio, oliendo a sus fluidos, a los míos y al lodo del lago, el pelo apelmazado sobre la almohada, y me fijo en esas pizarras sueltas que cubren el monte que se ve desde la ventana y que ocultan el secreto del valle, los poderes del agua que me devuelve la humanidad por unas horas. Por unos días, todo lo más. Me amodorro y me resisto a meterme en la ducha porque no quiero perder el efecto, que sé tan efímero como una colonia. Ay, si pudiera vivir en Alhama como un Hans Castorp, el protagonista de *La montaña mágica* de Thomas Mann, y morir sin ruido una noche de invierno. Pero la fantasía de la curación sólo funciona, como todo buen hechizo, en el recinto sagrado. Tan pronto nos subamos al coche, empezará a perderse. Antes de salir a la autopista ya notaré el primer picor, y a la altura de Calatayud no podré evitar rascarme. Antes de recorrer cincuenta kilómetros, mi naturaleza de monstruo habrá emergido de nuevo y los días de Alhama serán sólo un paréntesis que confundiré con un sueño, como los buenos recuerdos.

Esto sólo pasa cuando vamos solos. Otros años viajamos la familia completa, con el hijo, y Alhama se descubre como un horizonte de sucesos del deseo que se traga cualquier malentendido erótico. Gozamos entonces de esa otra sensualidad ajena al sexo, muchísimo más perversa y compleja, de padres e hijos. El sexo, por mucho que lo recubramos de misterio, no deja de ser una puesta en escena simple, previsible y mecánica. Por eso se divorcia la gente, porque cree que se ha cansado de follar con la misma persona, pero en realidad de lo que están cansados es de follar. O peor: están cansados de necesitar follar, que es el mayor incordio al que nos sometemos, mucho más difícil de sobrellevar que el del hambre y la sed, placeres variados y ricos que evolucionan con los años.

Un melómano puede refinar su gusto hasta límites, si no infinitos, sí cósmicos. Y lo mismo puede sucederle a un gourmet, que puede desafiar a sus papilas con combinaciones y texturas nuevas. La mayoría de los placeres de los sentidos toleran un desarrollo muy elástico que los hacen, en la práctica, inagotables. Agotar las posibilidades del sexo, en cambio, está al alcance de cualquiera. Ni siquiera los más bestias, como el marqués de Sade, pueden aguantar más de cien páginas sin volverse repetitivos, y cualquier aficionado sabe que no hay nada más monótono que la pornografía. En cuestión de semanas, si le pone empeño, un adulto sano puede experimentar todos —absolutamente todos— los placeres sexuales que existen. No hay más que ver la evolución del adolescente en celo, que pasa de la torpeza inmaculada de la primera vez al virtuosismo del profesional malabarista en menos de un año. Se puede alcanzar la perfección en el follar antes de los veinte, y pasar el resto de

la vida emulando y evocando aquellas proezas sin añadirles nada sustancial y sin que la variedad y cantidad de parejas aporte novedades significativas (más bien, al revés). En cambio, un melómano puede pasar noventa años explorando la música con una dedicación maníaca y aún le quedarán muchas sorpresas por descubrir. Lo mismo, a un comilón refinado. Entre una hamburguesa de McDonald's y un menú de la Osteria Franciscana hay muchísima más distancia conceptual, estética y antropológica que entre un polvo rápido en la cocina y una orgía versallesca con andróginos, coros de esclavos nubios y masajistas tántricos. Cada cultura y cada región expresan su historia en la cocina, haciendo de cada aldea un archivo de sorpresas, pero, hasta donde yo sé, en todas las culturas y regiones se folla más o menos igual —varía la consideración pública y moral del sexo: hay sociedades más reprimidas y otras más abiertas, pero, a la hora de follar, la mecánica es la misma—, y el turismo sexual, a diferencia del gastronómico, busca más burlar la ley y las costumbres del país de origen que probar sabores exóticos. Si hay muchos menos melómanos y gourmets que erotómanos es por una simple cuestión de hormonas, que, como todo lo malo de la vida, se corrige con la edad. Si el sexo fuera un placer intelectual, dejaríamos de practicarlo a los dieciocho años, completamente hastiados de él.

La cercanía entre padres e hijos cuando los hijos son pequeños es mucho más compleja y poética que cualquier relato mitológico de raptos y coitos celestiales entre dioses griegos, pero no sé qué pudor incomprensible impide a muchos padres gozar de ella con toda su furia y desborde. Además, es tan corta que se esfuma tan rápido como la infancia misma.

El hijo tiene un poco de miedo al agua. No sabe nadar y vive lejos de piscinas y mares. Sumergirse es una atracción terrorífica que sólo acepta en brazos de sus padres. El lago termal es hondo para él, y yo sólo hago pie en las orillas, así que cogemos un churro para que flote. Al principio, confía mucho en nuestros brazos y apenas en el churro, pero poco a poco se relaja. El agua está buena, no hay olas y los peces —a él, sí— le hacen cosquillas. Superados los minutos del prelude, el baño toma cuerpo, ritmo y altura, como una sinfonía de Mahler que empieza muy bajito, como si no se encontrase, y compás tras compás va despertando a la orquesta. Todo lo que en la tierra es duro, hosco y marrón se vuelve armonioso y claro en el agua. Los padres y los hijos nos entendemos en el baño como no nos entendemos nunca en ningún otro sitio.

Vamos hacia lo hondo, no te preocupes, que yo me quedo cerca, agárrate al churro, estoy aquí, no me he ido, tranquilo, ¿quieres ver cuánto cubre? Espera, que me sumerjo. ¿Lo has visto? He levantado los brazos y no sacaba las manos del agua, aquí hay más de tres metros. No es mucho para un lago, pero está muy bien para nadar. ¿Le hacemos una aguadilla a mamá? Agárrate a mis hombros, que te llevo como si fuera una lancha motora.

No hay una intimidad más cerrada y nítida. En el agua, con el hijo, estar se conjuga como ser. Por estar, somos, y tan sólo somos. Él es el hijo y nosotros somos los padres, y no hay necesidad de justificar nada. No hay que defender una identidad, no hay que construir un relato, como diría un político, no hay que adoptar ningún papel ni sentirse parte de una jerarquía u organización. Somos, nada más. De una manera esencial y a la vez sencilla, sin tragedia. Eso buscaba Stalin con Artiom en Sochi: ser.

Esta metafísica se entiende mejor con el cuento que viene ahora. Un cuento sobre las cosas que hacen los papás cuando los niños no miran.



## La chica más guapa de Sandy Ground

Érase una vez un escritor al que le preocupaba mucho llevar los trajes bien planchados. Tras un vuelo, la aerolínea le perdió una maleta y tuvo que dar unas conferencias en Europa con el mismo traje de lino arrugado, y pasó por ello una de las mayores vergüenzas de su vida. Un periodista lo hizo notar en un periódico. Señaló con sorna las arrugas de su trajecillo, y el escritor, que era muy famoso y estaba acostumbrado a pronunciar frases imperativas que acababan en los titulares de sus entrevistas, quiso estrangular al autor del artículo mientras le gritaba que no era culpa suya, que la compañía aérea le había perdido el equipaje y que él sólo era una víctima de la desidia corrupta de las grandes corporaciones.

No quiero ridiculizarlo, es un escritor al que me tomo muy en serio, pero es importante entender que la presencia física le preocupaba tanto como los adjetivos o las reseñas de sus libros. Por eso añadiré, sin que deba nadie reírse por ello, que si vistió el mismo traje de lino arrugado durante su girilla de conferencias fue porque no tuvo tiempo de conseguir una sastrería de confianza, pues no iba a entrar a la buena de dios en cualquier tienda a comprar un frac que podría haber servido para amortajar a un príncipe austrohúngaro. En Europa, bien es sabido, todo se salda y se recicla, y todos los porteros de los edificios de Viena son archiduques destronados. El escritor venía de una familia pobre y había conseguido con su trabajo todo lo que tenía, que era mucho, por eso odiaba aquella Europa llena de pobres que venían de familias ricas y deseaba volver a Nueva York, donde el dinero se expresaba sin complejos y quedaban judíos que sabían ganarlo.

Alguna vez, al recordar su infancia, concluyó que podía haber sido menos pobre de lo que le habían contado, porque no se parecía a la de los libros de Dickens: fue al colegio, tuvo guantes de béisbol, comía a diario, a veces compraba bollos o chucherías en las tiendas del barrio y tomaba el sol con su madre en el patio trasero de una casa que, si bien no parecía una mansión, era coquetuela y armonizaba con todas las de aquel pueblo de Nueva Jersey en los años de la guerra. Menos mal que su padre lo desengañó: no, hijo, claro que lo pasaste mal en la infancia, porque éramos pobres. Nos esforzamos mucho por que tuvierais una vida feliz y normal, pero nos matábamos a trabajar y no teníamos de nada.

Más tranquilo, pues le gustaba la idea de superar la pobreza, se recostó en sus sueños de *self-made man* y saboreó, como si fueran tostaditas de caviar, los recuerdos de sus notas del instituto, que le hicieron ganar una beca y una plaza en Harvard; su título de Harvard y su llegada a Nueva York con una copia compulsada bajo el brazo, y esa sonrisa tímida con la que asomó por el despacho del editor de *The New Yorker* cuando le entregó una resma de papeles mecanografiados que, quizá, quiera dios, podrían interesarle.

Lo demás era una mezcla de historia y leyenda. Artículos que se pagan muy bien y que despiertan el interés de editores tripudos con despachos llenos de polvo que se asoman al Downtown. Libros que son saludados como, posiblemente, la nueva gran novela americana (y cómo duelen esos *posiblemente*, tan llenos de condescendencia: ¿no pueden ahorrárselos y decir sin más que son la nueva gran novela americana?). Traducciones a lenguas europeas, algún que otro premio y

presidentas de clubes de lectura de Iowa que escriben largas cartas de admiración entre cuya caligrafía picuda se percibe, como la colonia que impregnaba las viejas misivas de amor, una excitación sexual que el correspondiente acoge como quien acepta un cumplido. Luego, qué sé yo, dinero que empieza a caer como lluvia fina sobre la familia del escritor y que se transforma en apartamentos en Manhattan que años después se venden para comprar una casa en la playa, apartada del mundillo literario de Nueva York, pero no tanto que dé pereza ir a una cena o invitar a los amigos.

El escritor encarnaba esa idea de Escritor por la que tantos chavales en tantos pueblos del Medio Oeste mandaban artículos a los periódicos locales o se escapaban una noche en un autobús que los dejaba en Port Authority con tres dólares en el bolsillo, la dirección de un albergue y una máquina de escribir portátil a la que se le atascaba la letra pe. Se entiende que los trajes eran muy importantes porque el escritor debía representar el papel de Escritor ante los futuros escritores. Como un relevista, portaba la llama del fuego olímpico, y un traje de lino arrugado podía apagarla. En aquellos años sesenta, la elegancia ya no era una forma desengañada de estar en el mundo, sino un alegato político.

Ese vestir burgués, tan poco *engagé*, tan ordenado y tan monógamo, no tenía un reflejo en sus libros. El escritor tendía a lo grotesco. Quiero decir, a lo guarro, sin paliativos. Le gustaba recrearse en los detalles más viscosos del sexo y exaltaba los olores del cuerpo y sus deformidades y vergüenzas. El personaje que protagonizaba sus novelas y con el que ganó todos los premios que un escritor de Nueva York puede ganar, salvo el Nobel, era un tipo que se fue a por tabaco y no volvió. El hombre del traje gris que un día se harta de su trabajo perfecto, de su mujer perfecta, de sus hijos perfectos, de su casa perfecta y de sus trajes perfectamente planchados, y se lanza a vivir una vida auténtica, porque —epifanía mediante— ha descubierto que su vida hasta entonces era falsa, pese a estar formada por objetos tangibles y muy verdaderos, como verdaderos eran el trabajo y la familia que tenía.

El escritor se inventó a un tal Conejo, protagonista de media docena larga de libros premiados y aplaudidos. Conejo era un salido, siempre obsesionado con follar y con los cuerpos ajenos. Conejo era un desgraciado, un merodeador, un cobarde que prefería las sombras de los callejones a la luz de las avenidas. El escritor que lo inventó, en cambio, era un anfitrión excelente alabado por los intelectuales de Nueva York, que juzgaban sus cenas siempre divertidas e ingeniosísimas; un marido ejemplar y monógamo; un madrugador disciplinado que entregaba los artículos a tiempo y sin erratas; un hijo del que sus viejos padres sentían orgullo, y un padre muy cariñoso adorado por sus hijos. Al atardecer, asomado al porche de su casa de Long Island, miraba las dunas de las playas atlánticas, daba un sorbo a su whisky sin hielo (merecido, tras un día de trabajo monástico en la nueva novela de Conejo) y se reía de ese destino que aún le esperaba como limpiador de cristales, conserje del edificio de sus amigos de Manhattan o Tom Joad en cualquier tazón de polvo y del que a duras penas había escapado, Harvard mediante.

Sigue esperando, Conejo, murmuraba antes de meterse dentro, porque hacía frío y la cena estaba lista.

Era una cena de despedida. Al día siguiente tomaría dos aviones, y aquella vez no le importaba mucho que le pudiesen perder las maletas, pues apenas llevaba un bañador y unas sandalias. Como las cigüeñas, emprendía una migración anual hacia tierras calientes y lo hacía solo, para no interrumpir el curso escolar de sus hijos, acostumbrados ya a esas ausencias estacionales del padre.

Te pica mucho, ¿verdad?, preguntó su mujer, rascándole la espalda con una cadencia dulce, buscando la caricia antes que el alivio físico.

Es sólo una noche más, decía él. A partir de mañana, adiós.

Tienes la guerra ganada, John.

Ojalá. Creo que sólo voy a ganar algo de tiempo con esta batalla. Son estrategias de diversión antes de la ofensiva del verano.

Enfermo desde los seis años, el escritor había probado todos los ungüentos y brujerías del mercado. Aprendió a meditar para evitar ese estrés que dicen que afecta tanto a la piel, pero se aburrió, abrió los ojos y se puso a trabajar. Dejó de comer chocolate y dulces, así como las comidas grasientas, y concluyó que las restricciones de la dieta tenían el mismo efecto que un conjuro de los indios navajo. Por eso aquella cena tenía de todo: sopa de almejas de Nueva Inglaterra, estofado de carne y tarta de chocolate, con una botellita de champán frío para los entrantes y otra de Burdeos para los platos fuertes, pues la ocasión lo merecía.

Se habló de la psoriasis como de un enemigo ya casi vencido. El mantel era el mapa de operaciones de una estrategia que iba a aplastar todos los focos de resistencia.

Cuando papá vuelva, decía su mujer, tendrá la piel perfecta.

El escritor bebía y sonreía ante los aplausos de sus hijos pequeños. Como a todo buen general, las noches como aquella lo llenaban de un sentimiento confuso, mezcla de euforia y nostalgia. La victoria, tan anhelada, se vuelve indeseable la víspera de la batalla, y entendía que Wellington se sintiera huérfano cuando derrotó a Napoleón en Waterloo. Conocemos al enemigo mejor que a nuestros amantes y amigos. Lo estudiamos más, nos identificamos con él. En cierta forma, cada noche al desvestirnos y echar un último vistazo al espejo del dormitorio, nos convertimos en él. John Updike sabía que la psoriasis, ese enemigo rojo y blanco, era él mismo. Derrotarlo supone siempre aniquilar una parte de sí, y seguro que el duque de Wellington se pasó el resto de su vida añorando a Napoleón.

Los críticos y los lectores creían que sus novelas hablaban de la mediocridad burguesa y que sus trajes, esa armadura contra la infancia pobre, eran parte del juego, pero casi nadie sabía, porque no lo había escrito y apenas lo había hablado con su mujer, que Conejo no era la sublimación de un deseo libertario, sino la libertad misma de su enemiga la psoriasis.

Años de vergüenza y de estrategias de ocultamiento con mangas largas, pañuelos, corbatas y chaquetas lo convencieron de que la psoriasis era su musa y que había algo incontrolado y selvático en su prosa que se debía a la enfermedad. Conejo corre sin rumbo, tan imprevisible como las escamas que motean toda la piel en invierno. Puede aparecer en cualquier parte y hacer cualquier cosa. La gente creía —y él mismo lo creyó al principio, y dejaba que lo argumentasen así, sin corregirles ni matizarles— que Conejo era lo que él hubiera sido de atreverse a excusarse en mitad de la cena, sacar el coche del garaje y conducir hacia el interior del país. Pero Conejo era algo mucho más profundo y monstruoso: era lo que él sería si dejase que la enfermedad lo dominase. Sin estrategias de guerra, sin disciplina, sin culto al dios Sol, John Updike sería una bestia que cruza una carretera de noche, deslumbrada por los faros del coche que conduce el propio John Updike.

En sus memorias lo escribirá con más mimo. Si la psoriasis era un defecto genético que consistía en que el cuerpo produce muchas más células de piel de las que puede soportar —de ahí que se amontonen en escamas y placas—, la enfermedad era una sublimación del propio ser. Había más persona de la que la persona misma podía soportar. Como un superpoder, la psoriasis le dio el don

de la genialidad. «Siempre que he mostrado, en mi apocada vida, algo de coraje y de originalidad — escribí—, se ha debido a mi piel».

Por eso el silencio, la sonrisa y la mirada entrecerrada en aquella cena de despedida.

Para llegar a Anguilla había que tomar un avión a San Juan de Puerto Rico, y desde allí, otro aparato de hélices que aterrizaba en el aeródromo de aquella reliquia antillana del Imperio Británico que se mantenía apartada de las migraciones turísticas, sin hoteles, sin restaurantes y sin coctelerías, poblada por un puñado de negros descendientes de esclavos y media docena de blancos descendientes de piratas que aún se creían, diez generaciones después, la avanzadilla de la civilización británica entre los salvajes. Era tal su insignificancia que ni siquiera las mafias habían descubierto sus virtudes como paraíso fiscal y lavadero de fortunas, pues la administración colonial no recaudaba un solo impuesto. Pero era precisamente este olvido y esa decadencia los que atraían a John Updike unas semanas cada año, cuando el sol de invierno era demasiado flojo en Long Island y buscaba sin consuelo una playa ardiente y solitaria.

A falta de un alma que mercar, el escritor ofrecía al dios Sol su ADN, que es su equivalente ateo. El bombardeo de fotones, sin crema ni sombra ni más protección que un bañador ajustado, destruía la estructura celular de la epidermis, provocando una explosión de melanina que nada podía contra los ataques ultravioleta. Updike sabía que se arriesgaba a un cáncer de piel, a quemaduras y a un sinfín de males que los dermatólogos enumeraban con preocupación y carraspeos, pero todos esos desastres no eran nada si las placas se aclaraban, empequeñecían y desaparecían. A los pocos días de exposición brutal al sol caribeño, su piel enferma ya casi parecía normal. Roja, crujiente, con textura de pescador de ballenas, aunque sin psoriasis.

Se alojaba en una casita de huéspedes muy modesta llamada la Casa del Capitán, y cada mañana salía con su toalla, su bañador y sus sandalias y se internaba en la playa de Sandy Ground más allá de las últimas casas, donde no había viejos ni niños ni pescadores que lo molestasen. Solo, en una soledad que el primer día celebraba con regocijo, se tumbaba un rato boca arriba y otro rato boca abajo, hasta que todo el cuerpo devenía un escozor palpitante. Se asaba a conciencia, y regresaba al pueblo por la carretera, sonriendo y con cara de lelo, saludando a los vecinos que le devolvían el saludo desde el porche con esas sonrisas amplísimas que se dedican a los locos inofensivos y simpáticos. Mira, se decían entre ellos, ya vuelve el blanquito coloradote, y parece feliz, el tipo.

Por la tarde entretenía el tedio leyendo en el porche novelas de Ian Fleming que sacaba de la biblioteca de Sandy Ground, un caserón desportillado y desierto que no tenía un solo libro suyo en el catálogo, sólo novelas y tratados de historia de autores británicos, pues la bibliotecaria, una ancianita blanca de moño canoso y nariz puntiaguda, no creía que hubiera nada digno de ser leído en los libros extranjeros. Como la ancianita era en verdad muy anciana y muchas tardes prefería quedarse en casa alargando la siesta, se había agenciado a una ayudante que limpiase el polvo a los tomos de la *Enciclopedia Británica*.

La primera vez que John Updike la vio tras el mostrador, preguntó azorado por la bibliotecaria titular, que le había guardado un par de novelitas. La joven estaba al tanto y se las tendió con una amabilidad y una dulzura que lo estremecieron. A punto estuvo de salir corriendo, sin tocarlas siquiera. El intelectual mundano, el celebrado creador de Conejo, de pronto se sentía imberbe y tartamudo. Iba en camiseta y pantalones muy cortos, dejando a la vista grandísimas porciones de piel que jamás habría exhibido en Nueva York. Llevaba un par de días en Anguilla y aún no se había curado: vastas regiones de psoriasis tatuaban sus brazos y sus piernas. No le importaba enseñárselas

a la bibliotecaria blanca, perfectamente asexual, pero se desmadejó ante aquella joven de piel negra que le tendía unos libros de espías que tampoco estaban a la altura de un intelecto respetable. Tendría que haber pedido un tratado de Nietzsche o una novela rusa, si tales cosas existieran en aquella biblioteca. Qué vergüenza: un blanco enfermo y ridículo que ni siquiera podía compensar su asquerosa presencia física con una mente rica y profunda. Se miró con los ojos de la chica y anticipó las burlas con las que sería descrito a sus amigas al cerrar la biblioteca.

Hasta aquellos viajes caribeños, John Updike apenas había tratado con negros. Aunque creció en Nueva Jersey, donde no existía la segregación, en la práctica vivió en un gueto de anglos y judíos donde los negros ni siquiera eran una minoría. Todo lo más, un estereotipo que asomaba de cuando en cuando por el barrio para barrer los almacenes de las tiendas o vender algodón de azúcar en las ferias. En Harvard había unos pocos estudiantes negros, pero no se relacionaban mucho con la mayoría blanca, y en el mundo literario de Nueva York escaseaban tanto como en los poblados esquimales. Tenía más de treinta años y su contacto con la negritud había sido, en el más generoso de los adjetivos, esporádico. Tal vez por eso no estaba prevenido ante la belleza inquietante y poderosísima de aquella muchacha que le tendía las novelas de espías en la biblioteca.

El creador de Conejo sabía que el cuidado de la piel iba más allá de la coquetería. Si le avergonzaba su enfermedad era porque lo convertía en un macho no apto para el apareamiento, a pesar de que, sin que él supiera cómo ni por qué, las mujeres nunca hubieran mostrado el menor remilgo ante su aspecto, como probaban tanto su esposa y sus hijos como todas aquellas chicas universitarias con las que había hozado en los bares de Nueva York. Su currículum sentimental impresionaba tanto como el literario, sin cartas de rechazo ni fracasos, pero eso no le consolaba el amor propio de gallo de corral que necesita cacarear a gusto, cresta en alto. Los trajes eran un sucedáneo torpe de la verdadera exhibición de poder machuno: el placer de pasear desnudo por una playa o de tumbarse al sol en una piscina de Los Ángeles como hacían sus amigos del cine. Anguilla no contaba. Anguilla era un arenal casto donde la desnudez era pura terapia.

En vano se consoló pensando que la psoriasis podía haberle pasado inadvertida a la chica. Si él no estaba familiarizado con las sutilezas de la piel negra, pensó, lo mismo le sucedería a ella con la blanca. Tal vez tomase aquellas manchas por decoloraciones propias de un blanco. O tal vez ni las percibiera, como esos racistas a los que les cuesta discriminar a unos negros de otros. Cabía la posibilidad de que lo viese como un blanco más, indistinguible de los otros pocos blancos de la isla, lo cual era a la vez un consuelo y un ahogo, pues significaba que no despertaría jamás su deseo, confundido su cuerpo en el paisaje lechoso de la blanquitud.

Cuantísimo ignoraba el escritor, por suerte. Qué alivio llevar una vida de trajes y debates literarios y no sentirse nunca apelado por las luchas negras. De haber conocido el nombre de Marcus Garvey, por ejemplo, que postulaba la vuelta de todos los negros de América a África, no habría regresado para devolver la novela a la biblioteca ni habría encontrado fuerzas para darle las buenas tardes a la muchacha. Y si supiera que algunos seguidores de Garvey creían que los blancos son descendientes de Caín y que su blancura es una enfermedad, un castigo por haber matado a Abel, ni siquiera hubiera vuelto a viajar a Anguilla. La piel blanca como sarna bíblica. Todos los blancos, leprosos que se vengan del castigo divino explotando a los hijos de Abel, que serán liberados por un mesías negro que no sólo llevará a su pueblo a la tierra prometida, sino que hará con los blancos lo que hay que hacer con los leprosos: meterlos en una barcaza con cascabeles y soltarla río abajo. Menos mal que tales ideas no habían llegado ni a la isla ni a la mente de John Updike. Bastante le

pesaba la conciencia de leproso como para enterarse de que no había baño de sol ni remedio en el mundo que pudiera hacer que la chica de la biblioteca lo contemplase como se contempla a alguien sano.

Al atardecer, reclinado en la tumbona de la Casa del Capitán, no se concentraba en la trama de los espías. Ya no sabía quién espiaba a quién ni en qué ciudad europea tomaba martinis el protagonista. Dejó el libro y se amodorró con los sonidos de la isla, los pescadores que volvían en bici, las conversaciones a gritos de los vecinos, los pájaros de nombre imposible y todas esas cosas que se meten en las novelas para dar ambiente.

Despertó de noche y con hambre. Se vistió y se acercó a una especie de restaurante que servía hamburguesas y cerveza donde se reunían los tres o cuatro americanos blancos que rondaban la isla y que lo saludaban con un gesto desde lejos, preguntándose mutuamente qué diablos hacían en aquel atolón. El escritor sospechaba que nada bueno. Buscar diamantes. Apalear a esclavos en plantaciones de caña de azúcar. Enterrar doblones de plata perulera. Tramar un golpe de Estado contra su majestad británica. A saber qué. Otras veces se dedicaba a especular sobre sus vidas y a pensar cómo podría convertirlos en personajes de un libro de Conejo ambientado en el Caribe, pero aquella noche, mientras devoraba con ansia la hamburguesa y pedía otra pinta de cerveza, todo su pensamiento estaba en la forma de los labios de la ayudante de la biblioteca. Tan curvos y a la vez tan llenos y brillantes, pozos para despeñarse en su fondo.

Siempre le costaba dormir los primeros días, por las quemaduras de la espalda y del torso, que hacían de las sábanas una tortura, pero lo que le robaba el sueño eran las manos, los ojos, la sonrisa de la joven. ¿Cómo podía ser? Apenas había pasado un par de minutos con ella y habían cambiado dos frases. Ni la había visto de pie. Intentó masturbarse, tanto para espantar la visión como para dormirse, pero a la segunda sacudida sintió que profanaba algo y paró. Qué sensación tan adolescente y romántica, tan impropia de Conejo.

En aquel clima pegajoso, vestir con pantalones largos y camisa era más grosero que ir desnudo, pero se propuso no volver a enseñar la piel en la biblioteca mientras no estuviese aceptablemente curada. Acudió casi todas las tardes, alegando que leía muy deprisa y necesitaba recambio de lecturas. Las noches tropicales eran largas e insomnes.

Si sigues a este ritmo, pronto te habrás leído la biblioteca entera. ¿Cómo puedes tener la luz encendida hasta tan tarde? ¿No te comen los mosquitos?, le preguntó ella, y él no supo decirle que los mosquitos eran como los seguidores de Marcus Garvey que creen que la piel blanca es hija de Caín, y que en su vida había visto criaturas más despectivas y tiránicas que los mosquitos, siempre buscando la sangre del mejor pedigrí, clavando el aguijón en las pieles fértiles y dejando incultos a los sarnosos, tiñosos y leprosos como él.

Tengo una buena mosquitera y derrocho repelente, dijo.

Y ella se levantó, se inclinó sobre el mostrador y pareció que entrecerraba los ojos e iba a besarle, pero sólo aspiró hondo.

No hueles a repelente, dijo.

Y tú, ¿qué haces para que no te piquen?

Me acuesto pronto y soy buena, dijo.

¿Era eso una incitación al coqueteo? De haber estado en Nueva York, habría hecho un gesto al barman y habría pedido un whisky doble sin hielo, y lo que quiera la señorita, pero en la biblioteca pública de su majestad en Anguilla no sabía qué decir ni cómo comportarse.

Ella parecía divertirse con las visitas de aquel blanco. Después de todo, la biblioteca no era el sitio más concurrido de Sandy Ground y las tardes se le hacían tan largas como las noches sin dormir para Updike. Tenía diecisiete años y había estudiado la secundaria en el colegio británico de la isla. Su intención era postularse a una de las becas del gobierno para ir a Londres o a Liverpool o a la ciudad inglesa que fuese para graduarse en algo de humanidades. La bibliotecaria anciana, que había sido profesora en el colegio, le ayudaba con los papeles y le había escrito una carta de recomendación. Sí, le gustaba la literatura, no lo descartaba, pero había tan pocas becas que se amoldaría a lo que surgiera, si la suerte le sonreía. No, por John Updike no le venía nada. Lo sentía, no leía libros americanos. ¿Mark Twain? ¿*La cabaña del tío Tom*? No le sonaban, pero le gustaba mucho el cuento de navidad.

Mira, lo tenemos aquí, ¿lo quieres?

¿Navidad en Anguilla, con este calor y esta playa?

Oye, que somos cristianos, aquí la navidad es sagrada.

En Nueva York nieva y hace mucho frío.

¡Como en el cuento de navidad! Lo primero que quiero ver de Inglaterra es la nieve.

La chica nunca había salido de Anguilla. Aunque no conocía otra porción de mundo, estaba persuadida de que la isla era, con diferencia, la región más repugnante, atrasada, zafia e infame del planeta.

Créeme, le decía él, hay sitios mucho peores. En mi ciudad, mucha gente está convencida de que las islas como Anguilla son el paraíso.

¿Y por qué no vienen a vivir aquí, si tanto les gusta? Porque tú eres el único blanco bueno que hay en Sandy Ground.

¿Qué quieres decir con blanco bueno?

Eres el único que viene a la biblioteca.

Eso no me convierte en bueno.

¿No crees que eres bueno?

No soy el peor de los hombres, desde luego, pero de ahí a considerarme bueno... En serio, echarás mucho de menos esta isla cuando estés en Inglaterra, que es un sitio horrible y sucio donde llueve todo el día, la comida es un asco y la gente se suicida después del té de las cinco.

Si esta isla fuera el paraíso que dices, John Updike, no dejarían que los negros viviéramos en ella.

El escritor alargaba cada vez más las visitas a la biblioteca. A veces se quedaba hasta el cierre. Ayudaba a la chica a colocar los últimos libros y la esperaba mientras daba dos vueltas a la llave y sacaba la bicicleta del cobertizo. Se despedían en el porche y la veía desaparecer carretera abajo, en dirección al pueblo, mientras él apuraba los últimos rayos de sol sosteniendo con las dos manos una novela de Somerset Maugham sobre un capitán de barco que sufre dispepsia y lleva contrabando a Singapur. La devolvería al día siguiente sin haber leído más que unas pocas páginas del principio, otras del medio y otras del final, para poder contarle a la chica de qué iba y cuantísimo le había gustado, pidiéndole que le buscara más títulos del mismo autor.

Por la noche, después de cenar en el sitio donde los blancos empezaban a emborracharse —y lo miraban desconfiados por no emborracharse con ellos, pues para un borracho toda forma de sobriedad es sospechosa—, se acostaba en su habitación con una dispepsia parecida a la del capitán de la novela de Somerset Maugham y se masturbaba, ya sin recato, imaginando todo tipo de entregas y posturas. En sus delirios onanistas, unas veces la piel de la chica olía fuerte a sudor, y en otras, a



agua de colonia fresca como la que se les echa a los bebés en el pelo. Unas noches la suponía lasciva y fácil, desempeñándose como una mujer que lo sabe todo sobre el sexo y es capaz de acorrallar a un hombre adulto contra un mostrador y montarle como a un pollino asustado. Otras, era él quien la guiaba, inocente y Caperucita, hasta su guarida de lobo, y tenía que vencer su resistencia tímida y religiosa con zalamerías y susurros, hasta que ella abría las piernas, siempre reticente, no entregada del todo, pero tampoco forzada, sólo convencida a medias. Entonces, de su vagina húmeda y velluda le llegaba un olor a orquídeas echadas a perder, un poco dulzón y un poco muerto. Era todo lo lejos que estaba dispuesto a fantasear como sátiro. Él no era Conejo: sus delirios de cama se presentaban aptos para todos los públicos.

No sabía qué papel de la chica le excitaba más. ¿Mantis religiosa o sólo religiosa? ¿Intimidante y sensual o tímida y guardiana de su honra? Con todas tenía orgasmos fenomenales que llegaban a asustarlo y que atribuyó a la insolación y al régimen de vida de la isla, tan diferente de su existencia cotidiana en casa. Al terminar, se dormía profundamente y despertaba con la boca seca y una sensación de culpa recóndita e indefinible que no desaparecía ni tras la ducha ni tras el desayuno inglés de dos huevos, judías, beicon y dos tazas de café negro, y que lo acompañaba en su camino a la playa. Aunque no le hacía mucho caso, ahí se quedaba, arañando las paredes del estómago como los peores remordimientos, hasta que por la tarde volvía a cruzar el porche de la biblioteca.

Mientras tanto, el sol había cumplido su parte del trato y, a cambio de los núcleos de las células de la epidermis, le había regalado una piel lisa, uniforme y muy bronceada, aunque siguiera siendo marfileña para los estándares de la población local. Ya no iba a su cita lectora de la tarde en camisa y pantalón de vestir, sino con un polo Lacoste más bien ajustado y con el botón del cuello abierto, unos pantalones cortos que más parecían calzoncillos y unas sandalias al final de sus dos piernas peludas y algo torneadas, después de tanto pasear hasta el final de la playa de Sandy Ground. Mientras se vestía, en el espejo de su dormitorio se le aparecía un buen ejemplar de macho blanco en sus treinta y pico, ni gordo ni flaco, bien resultón. Quizá no fuera el pavo con la cola más florida, pero no tenía por qué esconderla en sus devaneos por el corral. Y, sin embargo, al entrar en la biblioteca y dejar la novela sobre el mostrador, soltándola de un golpe para llamar la atención de la chica ayudante, que siempre andaba distraída en otro cuarto, se sentía más torpe y adolescente que cuando quería invitar al cine a una compañera del instituto y las palabras no le salían.

Ella jamás se inquietaba por su presencia ni por los ratos cada vez más largos que pasaban juntos. No recelaba de él, pero tampoco le daba pie a tocarla ni a acercarse de ningún modo que no fuera casto. Por mucho que lo desconcertaran los códigos de esa relación, estaba más que claro que no había el menor interés sexual por su parte. Si intuía el deseo de él —y algo debía de intuir, por más que fuera una aldeana de un atolón caribeño que no sale en los mapas: esas cosas se sienten sin aprenderlas—, no le daba la menor importancia ni temía nada. Ya podía acudir él cada tarde con menos ropa, que no se le iban a ver los cuernos de sátiro.

Casi mejor, se decía. Si la chica alertaba a sus padres o a su hermano de que se sentía amenazada por un blanquito, no sólo se vería frustrado su plan de retiro y curación, sino que tendría que dar algunas explicaciones en casa cuando los niños preguntasen por qué no podían volver en verano unos días a Anguilla, con lo que les gustaba Anguilla. Sus escarceos bibliotecarios ya eran una maniobra de riesgo que no podía permitirse, aunque se resolvieran en un platonismo perfecto e intachable. No quiso, sin embargo, renunciar al placer de aquellas tardes, a escuchar los planes de futuro de su amada o sus lecciones sobre la historia de la isla, que conocía muy bien a pesar de —o precisamente

a causa de— odiarla con toda su alma. Con el discurrir de los días, y conforme se convertía en el lector que más libros había retirado de la biblioteca pública de Sandy Ground desde su fundación, incluso apreció la paradoja en la que se había encerrado a sí mismo: su piel se hallaba en el óptimo sexual, pero nunca había estado tan lejos de disfrutarlo, con su oscuro objeto de deseo a tan pocos centímetros, tan sonriente y tan amable, pero intocable.

Con la piel ya curada no tenía sentido alargar más la estancia. Arañó tres o cuatro días más de los previstos alegando que el sol había tardado en hacer efecto, pero los lectores de Conejo lo reclamaban para dar conferencias en no sabía cuántos pueblos infames sin playa ni biblioteca pública de su majestad, y su editor y su agente ya le habían mandado sendos telegramas interesándose por su fecha de regreso. Los trajes, colgados en el armario de la casa de Long Island, pedían ser metidos en maletas y facturados por compañías aéreas.

No se atrevió a despedirse de la ayudante. Al principio pensó en hacerle un regalo, pero no supo qué y concluyó que cualquier gesto sería interpretado como un tributo de amor cortés. Aún creía que la chica se burlaba de él a sus espaldas, que entretenía a sus amigas con anécdotas del blanquito pesado que acudía todas las tardes a coger libros que no leía y a pasearse casi desnudo por la sala de lectura. Un blanquito que vino cubierto de manchas rojas y que se marcha casi tan moreno como yo, un tipo raro que dice que es escritor y que anda por aquí solo, quién sabe para qué.

No, era mejor no regalar nada, ni tan siquiera despedirse.

La víspera de su vuelo de regreso a Nueva York vía Puerto Rico, acudió a devolver un libro y, para no despertar sospechas, tomó prestado otro que sabía que no iba a poder devolver: el único delito real que cometió aquellos días. Un volumen de ensayos de Stevenson, porque *La isla del tesoro* le parecía demasiado obvio. Fue en pantalón largo y camisa, para darle a la velada un punto solemne que escapó por completo a la ayudante, y no pareció notar diferencia alguna en su indumentaria. Updike estuvo algo más locuaz y le habló de varios escritores americanos a los que debía leer si quería salir alguna vez del gueto de la literatura inglesa. También le preguntó si conocía a Martin Luther King y las luchas de los negros estadounidenses.

Ni idea, dijo, a la biblioteca sólo llega el *Times* con cuatro días de retraso, y me aburre muchísimo leerlo.

A decir verdad, John Updike tampoco estaba al tanto de esas cosas y ni siquiera sabía por qué se las preguntaba.

Se interesó por la beca universitaria: la vieja bibliotecaria le había dado esperanzas. Al parecer, un secretario del gobernador de Anguilla tenía un primo en Londres que trabajaba en el ministerio de Educación, y le habían dicho que iban a ampliar las becas para la gente de las colonias.

Qué bien, dijo él, ojalá tengas suerte.

Rezo cada noche, confesó ella, para salir de este banco de arena. Qué envidia me das, John Updike, siempre en aviones, siempre viajando a ciudades grandes por todo el mundo. ¿Cuándo te irás?

Pronto, contestó, desviando la mirada.

Ojalá pudiera irme contigo a Nueva York. Debe de hacer mucho frío en Nueva York, ¿verdad?

Creo que anuncian tormentas de nieve, sí.

Tormentas de nieve, suspiró: qué maravilla, John Updike.

Al día siguiente, durante la escala de Puerto Rico, se sentó en un bar que imitaba una coctelería en el aeropuerto de San Juan. Su traje arrugado lo camuflaba entre los ejecutivos americanos que se

emborrachaban con Jack Daniel's y buscaban conversación entre los desconocidos de su alrededor con una mirada vidriosa y ovina que pedía desesperadamente unos minutos de cháchara sobre béisbol o sobre el hijo de puta de Fidel Castro. Su bronceado, por suerte, lo hacía poco apto para el trato amistoso, pues lo delataba como un tipo ocioso que había tomado mucho el sol. No era un buen americano productivo que hubiera repartido su tiempo de viaje entre comidas de negocios y clubes nocturnos. También el libro que sostenía en las manos, los ensayos de Robert Louis Stevenson con la pegatina de la signatura en el lomo, lo catalogaba como un tipo poco recomendable, tal vez comunista.

Aquel obeso que disimulaba su calvicie con un peinado de cortinilla era, por desgracia, lo bastante marginal y estaba ya lo bastante borracho para no sentirse intimidado o no apreciar los rasgos de elitismo intelectual que derrochaba John Updike, por lo que se arrimó en la barra y alzó su vaso en gesto amistoso:

A casa, ¿verdad?

Sí, a casa.

¿Nueva York?

Sí, Nueva York.

Yo casi: Nueva Jersey.

Yo nací y crecí en Nueva Jersey.

Ajá, lo intuía. Por mucho que uno se remilgue (y usted, amigo, es un tipo refinado, se ve a la legua), los de Jersey nos reconocemos. Hay una burricie que no se borra, ¿verdad? Como una marca de nacimiento.

Si usted lo dice.

Brindemos por volver a casa. Llevo una semana en esta isla y estoy harto de chicanos y de pieles marrones. Tengo unas ganas locas de comerme una buena tarta de queso y de ponerme un puto abrigo, estoy hasta los cojones de este calor. Venga, amigo, brinde conmigo: por el hogar.

Sí, claro, ¿por qué no? Por el hogar.

## Brevísima historia del racismo

No puede decirse que Felix von Luschan desperdiciase su vida. Exploró varios continentes, descubrió unas ruinas hititas en Anatolia (la prodigiosa ciudad de Sam'al), estudió las culturas aborígenes de Australia y Nueva Zelanda, recorrió Sudáfrica, dio conferencias a lo largo y ancho de Estados Unidos y llenó un museo de Berlín con las piezas que recogió de sus viajes. Y, sin embargo, para la historia sólo es el autor del método que lleva su nombre, compuesto por treinta y seis baldosas ordenadas en una escala cromática que representa todos los tonos posibles de la piel humana.

Tuvo la inmensa suerte de morir en Berlín en el invierno de 1924, cuando a casi nadie en Berlín le importaba quién fue ni qué hizo. Si hubiera aguantado vivo una década más —y como su enfermedad fue súbita, y su deceso, repentino, bien podría haberlo hecho: cuando murió, acababa de volver de una expedición en Egipto, y nadie se va a Egipto de expedición si cree que va a morir a la vuelta—, habría visto cómo sus trabajos se discutían para justificar la eugenesia y tal vez hubiera sido llamado como experto para avalar las esterilizaciones masivas y las leyes raciales nazis, lo que le habría supuesto algo más que una incomodidad. Porque Felix von Luschan, pese a lo que sus baldositas de colores indujeran a pensar, era quizá el único antropólogo no racista de todo Berlín. O, por lo menos, era todo lo antirracista que podía ser un antropólogo de Berlín en 1924.

Treinta y seis baldosas: un pantone para la piel, el instrumento perfecto para el racista profesional. Una herramienta para clasificar a los seres humanos en treinta y seis clases diferentes que se pueden segregar y jerarquizar. Mediante las baldositas, cada ser humano sabe qué lugar ocupa en la sociedad y puede meterse él mismo en la jaula correspondiente.

Von Luschan diseñó su método después de viajar por el mundo y examinar toda clase de pieles, y con él sistematizó el saber que los racistas habían acumulado desde el siglo xv, que es cuando empieza la historia del racismo. Antes de que se pudieran cruzar los océanos, los europeos no tenían una conciencia muy clara de la variedad de tonos de piel que hay en el mundo, y no porque no conocieran ese mundo —los romanos pusieron embajadas casi en China y no pocos se habían perdido por el corazón de África—, sino porque viajaban muy despacio. A pie o en camello, los contrastes entre las culturas se diluyen. Incluso hay una teoría que dice que un peregrino que viajase desde Rumanía hasta Compostela en la baja edad media (es decir, de punta a punta de la parte del imperio romano donde se hablaba latín) no se daría cuenta de que cambian los idiomas, pues las lenguas románicas están tan juntas y los dialectos varían tan poco de unos valles a otros —en un pueblo usan una palabra distinta para decir puerta, pero el resto sigue igual; en el siguiente, cambia un artículo o se conjugan los verbos de un modo levemente distinto, pero como todos los vecinos se parecen y se entienden, no se perciben como lenguas extrañas— que no distinguiría el gallego del rumano. Para apreciar el contraste hay que viajar de golpe: el rumano que vuela a Compostela hoy no entiende lo que le dicen porque no ha podido acostumbrarse a todas las hablas intermedias.

Con la piel sucede lo mismo. La gradación que reflejan las baldosas de Von Luschan sólo se aprecia entre colores extremos, pero como la melanina está asociada a la geografía, cuando se viaja

despacito es difícil darse cuenta de que la piel de la gente se oscurece conforme se va al sur. Cuando los europeos pudieron viajar del tirón a cualquier sitio del planeta, tomaron una conciencia súbita y catastrófica de estos contrastes cromáticos. Los textos romanos están llenos de reyes que hoy sabemos que eran negros, aunque los cronistas no creyesen necesario señalarlo.

Von Luschan, ya lo he dicho, no era racista. Escribió que no había pueblos salvajes ni inferiores y que, en el caso del Congo, los únicos salvajes eran los belgas. No llegó a cuestionar el imperialismo, aunque sí deploró el comportamiento de los imperios. Sus treinta y seis tonos cromáticos no pretendían subrayar las diferencias entre los seres humanos, sino demostrar sus semejanzas.

Aunque no pudo probarla, porque en su época la dermatología no tenía herramientas para ello, enunció la hipótesis de que las diferencias raciales entre las personas sólo respondían a factores ambientales, climáticos en su mayor parte, que se trasladaban a los genes mediante la selección natural. Luego tenía ideas más confusas, pero gratas e inofensivas —incluso revolucionarias en aquella Alemania obsesionada con la pureza—, sobre la virtud de la mezcla y el comercio. No existen las razas puras, decía, pues todas se cruzan y se contaminan, por eso la paleta es tan amplia y hay más colores mestizos que genuinos. Negó la existencia de los arios como negó la de los judíos. Para llevar un *von* en su apellido y proceder de una de las familias austriacas más rancias, no era mal tipo.

Fue un italiano, Renato Biasutti, quien mejor aprovechó las baldosas de colores de Von Luschan. Cuando este murió en 1924, Biasutti era un profesor de Florencia que recorría a pie el norte de Italia para estudiar los tipos de viviendas rurales que la industrialización relegaba al desván de la mitología. Obsesionado por esa Italia que desaparecía bajo sus pasos, era también un hombre de mundo que conocía el África italiana (Libia, Eritrea, Somalia...) y la que no era italiana. Como Von Luschan, viajó por Estados Unidos y exploró Egipto, y tal vez por esa manía que tienen los profesores de seguirse los talones unos a otros mientras mascullan sus propios pensamientos, recogió aquel testigo en forma de baldosas que encontró tiradas entre las pirámides, donde las había dejado el alemán antes de morir.

La Italia fascista no se preocupaba por las razas como su aliada Alemania, pero quería ser un imperio como el romano y que los esclavos nubios volvieran a desfilar por los foros ante la vista complacida del *Duce* y la algarabía de la plebe. Por eso, el trabajo de Biasutti era patriótico: cualquier forma de cartografía hecha en Italia demostraba el poder del *fascio*. Durante años, el profesor florentino viajó y acumuló quintales de fotografías y cuadernos de campo de una gran nómina de colaboradores que culminaron en 1941, en plena guerra total, en *Le razze e i popoli della Terra*: cuatro volúmenes encuadernados (cómo no) en piel, con profusión de mapas e ilustraciones, impresos en Turín sin el menor sentido de la austeridad.

La obra es la traslación al mapamundi de las baldosas de Von Luschan: un atlas de la distribución del color de la piel humana por los cinco continentes, la enciclopedia definitiva del racismo.

*Le razze e i popoli della Terra* no dejó de reeditarse tras la guerra, y su autor siguió siendo admirado y respetado —más, si cabe— en la Italia democrática. En la década de 1960, era una obra de referencia citada en todas las universidades del mundo, aunque cada vez se hiciera por razones más médicas que antropológicas. Han sido los dermatólogos quienes más se han interesado por ella, y aunque hoy tanto la escala de Von Luschan como el atlas de Biasutti son antiguallas de almoneda sin más valor científico que un tratado de alquimia, sirvieron durante mucho tiempo como guía elemental para explicar uno de los misterios más dolorosos de la piel: su capacidad para dividir a

las personas.

Estos trabajos constataban la diversidad humana y su distribución geográfica, y fueron utilizados como prueba de que la segregación racial era un fenómeno natural que había que preservar, argumento del gusto de los supremacistas blancos de Estados Unidos y de los ideólogos del apartheid, sin olvidar a toda la ralea de eugenésicos alemanes. Cada cual con los suyos, sin mezclas que perviertan un plan que bien podría estar en el mismo Génesis o en la mente del demiurgo que diseñó el mundo o, para los más descreídos, en los mecanismos de la selección natural. Cualquier alteración de ese orden era perversa y decadente. Y, sin embargo, Von Luschan y Biasutti querían demostrar lo contrario. El primero tuvo la suerte de morir pronto, pero Biasutti supo qué fue Auschwitz y quién fue el doctor Josef Mengele, y vivió lo suficiente para que le llegaran los ecos de los discursos de Martin Luther King en esos Estados Unidos cuya segregación racial conoció de primerísima mano cuando los recorrió con un juego de baldosas de colores en la maleta comparándolas con los tonos de las pieles que se iba encontrando.

Desde la década de 1970 la dermatología ha demostrado cómo funciona lo que para estos profesores sólo era una hipótesis. La piel segrega melanina para protegerse de la radiación ultravioleta, que causa daños celulares profundos. El bronceado es una reacción defensiva que puede acabar transmitiéndose de padres a hijos. La selección natural provoca que los individuos con más melanina predominen en las zonas próximas al ecuador y que los que tienen menos melanina abundan en las cercanas a los polos, donde la radiación es menor. Pero se necesitan muchas generaciones para que esa selección natural altere el color de la población, por eso los negros que viven en Noruega no tienen hijos blancos. También influye la forma en que los seres humanos aprenden a protegerse del sol: los blancos que viven en África ecuatorial no lo hacen a la intemperie, por lo que la piel de su prole va a tardar muchas más generaciones en oscurecerse e incluso es posible que, si viven en casas adecuadas y viajan en coches con aire acondicionado, nunca se conviertan en negros. Esa sería la razón por la cual los indígenas del Amazonas no son negros: aún no han pasado suficientes generaciones desde que sus antepasados emigraron de Asia y, además, han aprendido a protegerse del sol mejor que los africanos. La dermatología de hoy prefiere hablar de fototipos en vez de razas o colores de piel, porque relaciona la pigmentación con la luz solar y sólo con la luz solar.

El mapa de Biasutti puede leerse como el primer alegato científico a favor de la igualdad de los seres humanos, pero que tuviese un fondo de asepsia o de contribución a una idea ecuménica no quiere decir que no pudiera leerse también como una justificación del racismo, como así fue. Tampoco el doctor Viktor Frankenstein quiso crear un monstruo y acabó persiguiéndolo por el Ártico. En sus cuatro volúmenes, *Le razze e i popoli della Terra* era prolijo en apuntes etnográficos que detallaban las diferencias culturales. Puede que Von Luschan no creyese en la existencia de pueblos salvajes, pero en este libro hay una clasificación de la que puede deducirse una jerarquía, como esas barajas de naipes que representaban a familias de chinitos, negritos, moritos y blanquitos.

El racismo es un impulso tan poderoso que funciona desde la simple taxonomía. Una enumeración de razas basta para teñir de racismo todo un discurso y es más que suficiente para que los ganaderos del mundo empiecen a estabular a las personas y a criarlas en granjas separadas, porque la piel es la primera bandera tribal que dibuja fronteras entre ellos y nosotros. Luego vendrán las banderas de tela y de colores chillones, los pendones y las plumas, los escudos y las trompetas, pero la piel es el grado cero de la discriminación, y cualquier cosa que se parezca a un bestiario sirve para montar un

zoológico. De todos modos, es un cierto consuelo saber que estos trabajos, que abrieron la puerta a la consideración de las razas como meros accidentes ambientales, nacieron en medio de la sublimación salvaje del racismo del siglo XIX, en la Alemania que se preparaba para Hitler y en la Italia fascista. Ni siquiera entonces estaba todo perdido.

Puede que haya en el mundo más formas de racismo que razas o que tonos de baldosas de Von Luschan, pero, con permiso de todos los demás racismos, es el de los blancos hacia los negros el que, desde su misma simplificación cromática (no hay blancos ni negros en la escala Von Luschan, ninguna piel tiene esos colores extremos), resume todos los demás y los desborda en el tiempo y en el espacio. Desde el primer barco negrero que llegó a América hasta que Nelson Mandela fue elegido presidente de la nación que lo metió media vida en la cárcel, los africanos —nativos o de origen— han protagonizado el episodio más largo y cruel de la historia universal de la infamia, del que, en esta brevísima narración, sólo trataré los reflejos.

Me centraré en Banyoles, un pueblito a la vera del Pirineo catalán, en medio de una meseta feraz en cuyo centro hay un lago o *estany*, famosísimo por sus carpas y por los viejecitos franceses que lo navegan en barcos que a veces se hunden y los ahogan y hacen que las carpas engorden con carne de viejecito francés. Por mucho que las autoridades se esfuercen, cuando se vuelcan barcos grandes, es imposible sacar todos los cuerpos y siempre quedan en el fondo algunos, para deleite de la fauna acuática. Esos peces se pescan luego y se sirven en los restaurantes locales a otros viejecitos franceses que ignoran que, entre trago y trago de tinto del Penedés, se están comiendo a viejecitos franceses, consumando una de las formas de canibalismo más encantadoras y eficientes que se conocen.

Al margen de estos ahogamientos trágicos que ningún estanque, laguna o lago está libre de padecer, Banyoles es una localidad coqueta y plácida donde nada hace sospechar que haya sido el campo de la última gran batalla del racismo imperialista de Europa en África. Como sucede en todas las localidades coquetas a la vera de los Pirineos, sus vecinos prefieren hablar de otras cosas y les molesta mucho que se les recuerde la historia del Negro o que se insinúe que las carpas de su *estany* deben su sabrosura a una dieta rica en viejecitos franceses.

Esa fue mi primera impresión de Banyoles cuando lo visité con unos amigos y dormimos en un camping a la orilla del lago: que sus habitantes eran gente seria que se tomaba muy en serio todo y que disuadían a los forasteros como yo, mirándonos con cara muy seria, de abundar en chistes soeces sobre taxidermia e historia natural o sobre mi preferencia por la carne frente al pescado en la carta de los restaurantes.

Hacía muy poco que se habían llevado al que algunos periodistas llamaban con sorna «el vecino más ilustre» del pueblo. Lo sacaron de noche, para que no se armaran tumultos, en una furgoneta blanca sin logotipos ministeriales ni nada que pudiera delatar su misión. El Negro de Banyoles, famoso en el mundo entero, viajó a Madrid, donde fue desmembrado y liberado de todos los aditamentos que su taxidermista le había colocado ciento setenta años atrás, y fue enviado dentro de un féretro infantil a Botswana, donde recibió sepultura tras un funeral de Estado con representantes de aquel país y de España, en un acto reparador de las venas abiertas del imperialismo.

Ya no había Negro en Banyoles cuando yo fui, y pronto no habría tampoco museo Darder, la institución donde se exponía desde 1916, como parte de una colección de historia natural, con ejemplares disecados de cientos de especies. Los museos de historia natural, tengan o no tengan negros, son también una antigualla que va desapareciendo o transformándose en centros de reflexión

sobre la naturaleza y el medio ambiente, pero ya no tienen sentido como galería de animales muertos expuestos en posturas audaces.

El Negro había pasado casi todo el siglo XX en una vitrina de la intitulada Sala del Hombre del museo Darder de Banyoles sin que casi ninguno de los poquísimos visitantes que llegaban hasta allí mostrase escándalo o incomodidad. De hecho, en un libro que celebraba los ochenta años de la institución, sólo se recogían ciertos reparos, expresados en la década de 1960 por algún vate local melindroso que creía que exponer a un africano disecado podía animar a los africanos a hacer lo mismo con europeos, y que, si bien se entendía que se disecasen cadáveres de africanos, tan decorativos y exóticos, con su lanza y su escudo, y esos collares y abalorios tan monos, sería de pésimo gusto visitar una localidad encantadora del estilo de Banyoles, pero al pie del Kilimanjaro, y encontrarse en una vitrina a un pastor catalán con su barretina y su gayata, congelado en el trance de llamar a sus ovejas al orden. Eso, si no se les ocurría disecar a otro tipo representativo de la sociedad, como un señor de Barcelona, dueño de una fábrica textil, ataviado con levita y sombrero hongo y mirando con el ceño fruncido un reloj de oro de muchos kilates que saca del bolsillo.

Más allá de ese comentario de alguien aterrado por la posibilidad de que disecasen a su abuelo, a nadie le pareció mal que el Negro estuviese en su salita, rodeado de cocodrilos, avestruces y otras maravillas de la fauna. Hasta que Alphonse Arcelin, un médico nacido en Haití pero residente en Cambrils y miembro del Partit dels Socialistes de Catalunya, lo descubrió, se llevó las dos manos simultáneamente a la cabeza y empezó a incordiar a su partido, en Barcelona y en Madrid, para que retirasen a aquel señor y le diesen la sepultura que todo ser humano merece.

Como respuesta, el alcalde de Banyoles lo invitó a visitar la bella localidad, donde, además de disfrutar de un relajante baño en las aguas cristalinas del *estany* y de apreciar las delicias de la gastronomía local, podría corroborar *in situ* que no había nada indigno ni racista en la magnífica colección del museo Darder. Arcelin aceptó la invitación, pero se presentó en Banyoles con un grupo de ciudadanos negros, activistas contra el racismo, y unos ramos de flores que tenía intención de depositar a los pies del Negro. El personal del museo le dijo que no se podía entrar con flores, y la gente de Banyoles, con su alcalde a la cabeza, se sintió muy ofendida por la actitud ofendida del médico haitiano, a quien juzgaban susceptible y quisquilloso, pero, sobre todo, forastero y, por tanto, sin legitimidad para opinar sobre las cosas del pueblo. Además, la campaña de Arcelin estaba teniendo mucho éxito entre los periódicos de España y de fuera, y aunque eso beneficiaba al museo Darder, que pasó de no recibir ningún visitante a recibir muchos, los empresarios del sector turístico de Banyoles preferían que su pueblo fuera conocido por las aguas cristalinas del *estany*, las vistas monumentales de los Pirineos, la calidad del aire o el sabor del pescado, antes que por aquel Negro de cuya existencia casi nadie sabía nada y que de repente indignaba a todo el mundo. En resumen: no estaban seguros de que, a la larga, les fuera a beneficiar que la opinión pública internacional considerase que Banyoles era un pueblo racista, por más que a la corta atrajese a muchos visitantes.

La bronca creció y creció, porque Arcelin era obtuso, pero los de Banyoles más, y el primero aprovechó que se iban a celebrar unos juegos olímpicos en Barcelona en 1992 (algunas de cuyas pruebas de remo se iban a disputar en el *estany*) para llamar la atención de los países africanos. Nigeria y algunos otros amenazaron con boicotear los juegos si no se retiraba al Negro y se le daba un entierro digno. Pero, cuanto más presionaban las embajadas y el propio gobierno de España, más se empeñaban en Banyoles en mantener a su Negro. Diseñaron camisetas, se manifestaron en la plaza e hicieron del culebrón una cuestión de honor. El Negro se queda, gritaban.



Mientras tanto, Nelson Mandela, Jesse Jackson, Kofi Annan y todas las figuras intelectuales y mediáticas negras del mundo recibieron cartas de Arcelin, se dieron por enteradas del escándalo y emitieron su juicio condenatorio. Por mucho que los vecinos de Banyoles gritasen y coreasen, nada pueden los afanes de un pequeño pueblo al pie de los Pirineos contra la indignación de tres continentes, por lo que, no sin grandes refunfuños y cortes de mangas, en 1997 empaquetaron al Negro y lo metieron en el depósito. Dejaron, eso sí, la vitrina vacía. Tres años después, lo llevaron a Madrid, y luego a Botswana, donde descansa en aparente paz desde entonces, en una tumba donde se le llama EL NEGRO, en español. La elección de Botswana como tierra de sepultura fue un tanto arbitraria, pero aún no he llegado a ese punto.

La herida todavía escuece en Banyoles, donde muchos creen que el caso fue un agravio más del Estado español contra la voluntad de los catalanes, a quienes no se dejó decidir el destino del Negro. España nos robó el Negro, dijeron los que ahora dicen, a secas, España nos roba.

Más allá de esta historia, bien conocida y narrada capítulo a capítulo por los principales periódicos, está la propia historia del Negro en sí. ¿Quién fue esa persona en cuyo nombre tantos hablaron y cómo llegó a una vitrina del museo Darder de Banyoles? Aunque dos periodistas, Jacinto Antón y Miquel Molina, empezaron a investigarlo, ambos le perdieron el rastro en París, sin poder remontarse a África, y ha sido un holandés llamado Frank Westerman, que se obsesionó con el Negro desde que lo descubrió en un viaje mochilero por España en 1983, quien más se ha acercado a la verdad. No se sabe quién fue, pero se tiene una idea bastante plausible de quién pudo ser.

Westerman contó sus hallazgos en un libro titulado *El negro y yo*. De adelante hacia atrás, el periplo que narra fue como sigue: el Negro llegó a Banyoles en 1916 como parte de la colección donada por Francesc Darder, enamorado del pueblo —y de su *estany* y de la fiesta de la pesca— desde que, en 1910, pasó una temporada tomando sus aguas para curarse de lo que parecía una gota pertinaz. Darder había sido una estrella del faranduleo barcelonés, pero en 1910 era un viejo pasado de moda que se sentía despreciado por los mismos vecinos que antaño lo adoraban. Por eso, despechado, sacó su magnífica colección de ejemplares disecados de la ingrata Barcelona y se la regaló a los nobles y cariñosos vecinos de Banyoles. Estaba muy enfermo y temía, tal vez con razón, que a su muerte todo ese legado acabase malvendido en rastros y casas de subastas de provincias, o comprado al peso por un trapero. Donándolo al pueblo donde encontraba alivio para sus dolores se aseguraba su pervivencia, y su intuición no le falló. Vivió lo suficiente para inaugurar el museo al que el ayuntamiento puso su nombre en 1916, y murió en paz con el mundo y consigo mismo —con los barceloneses, no tanto— en 1918.

Francesc Darder era una mezcla de científico loco y vendedor ambulante de crecepelos que se hizo famoso divulgando hallazgos y maravillas de la historia natural. Se dedicó a llevar a Barcelona animales exóticos de todos los continentes, fundamentalmente de África, como jirafas, leones y elefantes, y organizaba gabinetes y exposiciones de ejemplares disecados que compraba en París.

Aprovechando la Exposición Universal de 1888, convenció al ayuntamiento para exhibir todos esos animales sin jaulas, en espacios abiertos, en el Parque de la Ciudadela. Se convirtió, así, en el fundador del zoológico que todavía hoy está abierto en el mismo lugar.

Mientras duró esa exposición que transformó Barcelona, Darder organizó muchas actividades paralelas, una de las cuales fue mostrar un ejemplar de negro *bochuano* en el piso superior del Café de Novedades. Es la primera noticia que se tiene del Negro en España. Westerman cree que Darder lo compró o lo consiguió en París un par de años antes, en 1886, en una venta de saldos. Es posible

—pero esto no se ha llegado a comprobar— que hubiese estado expuesto hasta finales de la década de 1860 en un escaparate de la place des Vosges de París, como reclamo de la tienda de taxidermia de la Maison Verreaux.

Este comercio había desaparecido en 1875 y sus propiedades habían sido malvendidas a varias firmas parisienses, que especularon con ellas. Así fue como el Negro acabó en manos de Darder, que lo compraría en un lote junto a algunos animales. Aunque en 1886 ya no existía la Maison Verreaux, su fama entre los coleccionistas de historia natural permanecía intacta: durante casi todo el siglo XIX fueron los taxidermistas más apreciados de Europa, y entre sus clientes se contaban museos y universidades de varios países, así como una pléyade de nobles excéntricos que querían presentarse ante sus huéspedes como grandes cazadores y les compraban para ello leones, panteras y esas cosas.

Westerman, sin embargo, no encuentra pruebas de quién tuvo al Negro en París. La creencia aceptada es que decoraba el escaparate del negocio familiar, pero en la misma place des Vosges vivía por aquella época Victor Hugo, y es de suponer que le llamaría la atención encontrarse cada mañana con ese guerrero con lanza y escudo, pero no dejó constancia de ello en ningún escrito y tampoco hay ninguna referencia literaria o periodística que lo comente. Tal vez estuviera en el salón de algún cliente de los Verreaux, a resguardo de cotillas y gacetilleros. Lo único cierto es que llegó a París en 1831, procedente de Sudáfrica.

El hilo del quetira Westerman termina en Ciudad del Cabo, y no en Botswana. Fue desde ese puerto de donde salió el Negro, convenientemente embalado, rumbo a Francia. Westerman ha localizado incluso el lugar donde lo disecaron —con una técnica muy fina alabada por los especialistas del museo nacional de Antropología de Madrid que lo desmembraron ciento sesenta y nueve años después para enterrarlo en África—: la South African Institution, hoy museo de Ciudad del Cabo. En una carta de mayo de 1831, Jules Verreaux anunciaba a su maestro y colega Georges Couvier el envío de un cargamento en el que destacaba «un bosquimano disecado muy bien conservado». Verreaux aseguraba que había asistido a su funeral y que aquella misma noche lo desenterró y lo llevó a la capital sin que sus deudos (que lo habrían matado en castigo por la profanación) se enterasen.

El investigador holandés llegó a Sudáfrica y, remontando la llamada ruta de los misioneros, contactó con un arqueólogo, David Morris, que identificó tres posibles tribus a las que podía pertenecer el Negro (basándose en el estudio de sus armas) y la comarca en la que, con pocas dudas, vivió. Si lo enterraron en Botswana es porque ese país se considera heredero político de la cultura bosquimana, y al Negro lo identificaron como tal, pero esto, a juicio del periodista, es un disparate que habría que corregir.

Hasta aquí, el muy fascinante hilo de Ariadna que enmadejó Frank Westerman. Pero el libro donde lo cuenta se titula *El negro y yo*, es decir, que lo que narra en él no es tanto la historia del Negro como la historia de cómo la investigó y cómo esa investigación se relaciona con su propia identidad y su condición de blanco y ciudadano de una antigua potencia imperialista.

Westerman mezcla los capítulos centrados en su investigación con relatos autobiográficos sobre su pasado como cooperante en Haití y Perú, su desengaño posterior de la cooperación y su trabajo periodístico en Sierra Leona. Son historias que nada tienen que ver con el Negro de Banyoles y que, en mi cinismo —o en mi ignorancia soberbia, es difícil distinguir una cosa de la otra—, atribuí a la necesidad espuria de llenar páginas porque lo del Negro, compuesto por cuatro datos y tres documentos cogidos con alfileres, no daba para un libro. Tuve que llegar al final para entender que

esa era la verdadera historia que quería contar, la de sí mismo enfrentado al espejo racista. En términos cristianos, un examen de conciencia. Como todo buen texto cristiano, *El negro y yo* examinaba una conciencia que no había cometido pecados, pero se sentía culpable por los que cometió el prójimo en otras épocas.

Al final, Westerman viaja a Sudáfrica en pos del Negro gracias a una escritora y profesora universitaria afrikáner, Antjie Krog, que lo invita a dar una charla en su facultad. Allí descubre que la democracia post-apartheid practica una forma nueva de segregación racial, con el fin de hacer visible la desigualdad, y cómo la raza sigue siendo un factor de conflicto. Por eso hay universidades para blancos y para negros, lo cual no quiere decir que los blancos no puedan estudiar en las universidades de negros y viceversa, sino que hay un sesgo cultural en cada institución que no se puede obviar y que preside toda la convivencia. La universidad donde da clases Krog (que es blanca y desciende de la minoría que orquestó el apartheid) es negra y defiende, por tanto, puntos de vista negros. Por eso, lo que más les intriga a los estudiantes que asisten a la charla que da Westerman allí es que un blanco europeo se haya ocupado de un tema negro que no le concierne. Esa incompreensión implica que sus opiniones, en tanto que pronunciadas por una boca blanca, no tienen el menor valor. Los blancos —le explica Krog— ya no tenemos argumentos.

Todos los relatos tangenciales y toda la paja del libro son en realidad una pregunta implícita que se hace el propio autor: ¿por qué diablos me interesa esta historia? ¿Qué se me ha perdido en ella y qué tengo que decir? La respuesta es desoladora: nada. No puede decir nada que no suene paternalista, condescendiente, pío o cursi. Puede opinar, por supuesto, e incluso se atreve a apoyar la idea que tuvo el alcalde de Banyoles de convertir el museo en un centro de interpretación del racismo, poniendo al Negro en su contexto, explicando su historia y enseñando a las generaciones futuras qué fue el imperialismo, pero en realidad se arrepiente de cada cosa que dice. Por eso nos cuenta su desengaño como cooperante y cómo decidió reciclarse en periodista: porque un blanco de hoy sólo puede encogerse de hombros, observar y tomar alguna nota sobre lo observado, pero no puede argumentar nada sin enredarse en sus propios argumentos. Es mucho más digno mirar en silencio que intentar salvar la vida de quien no te ha pedido que se la salves.

Es la misma actitud que el pueblo de Banyoles mostraba ante las acusaciones de Alphonse Arcelin: no tienes derecho a opinar, no te incumbe, no es tu historia, no es tu pueblo.

Lo sorprendente es que Westerman acepta el reproche y se queda varado en sus circunloquios. Se hace un lío con el hilo de Ariadna que ha desenredado al investigar el origen del Negro y acaba sufriendo la parálisis argumental de quien es picado por la araña chovinista: cállate, habla de tus cosas, le dicen. Por eso intenta salvarse añadiendo ese *yo* al título e inflando sus páginas con dudas y caídas de caballo. Sí, nos dice, no tengo derecho, pero me gustaría tenerlo. Fui un joven idealista que quería cambiar el mundo —cuenta Westerman sin contarle así—, por eso estudié ingeniería agrícola, para ayudar a los países pobres a construir infraestructuras que los saquen de la pobreza. Pero luego me fui a esos países, a Haití y a Perú, y descubrí que el mundo y la pobreza son mucho más complicados y que era muy soberbio —e imperialista, y tal vez racista— por mi parte pretender que unos pozos y unas técnicas de cultivo podían salvar del hambre a nadie, porque el hambre, quién me lo iba a decir, no era tampoco el problema principal. Desengañado y culpable, me hice periodista e intenté contar historias de África, pero cuantas más contaba, menos comprendía. Desde fuera, las guerras parecen fáciles de narrar. Desde dentro, los buenos no se distinguen casi nunca de los malos y siempre hay algo que se escapa, no importa lo mucho que leas y lo mucho que viajes. Al final de

cada reportaje sólo hay unos ojos compasivos que te miran con lástima y te dicen en silencio que lo dejes estar, que no es tu guerra ni tu historia, que no la vas a entender nunca y que es mejor que vuelvas a tu casa y dejes que cada cual se mate como quiera.

El pobre Westerman llega a la misma verdad a la que llegamos todos los que contamos historias: que sólo se puede opinar desde la ignorancia. Cuanto más conoces, estudias o vives algo, más confuso e inútil se vuelve tu punto de vista. Por eso tenemos opiniones muy firmes sobre nuestro vecino, con el que nunca hemos hablado, pero somos incapaces de juzgar a nuestro hijo. Por eso escribimos artículos de periódico (tajantes, unívocos, salomónicos) sobre las cosas que no nos importan, y escribimos libros (dubitativos, farragosos, llenos de cerros de Úbeda) sobre las cosas que nos importan.

Creo que Westerman se rinde muy pronto. No comprende que la misma perplejidad es en sí misma un argumento poderoso y un punto de vista cargado de honradez. Asimismo, la impertinencia es una forma de salud y la discusión tiene tantas virtudes para la sociedad como la fruta o el aire libre las tienen para el individuo. Cuando alguien aludido nos reprocha meternos donde no nos llaman, tan sólo se está acurrucando en el confort de sus prejuicios, blindándose contra cualquier contaminación y cualquier viento que pueda hacer vibrar (o refrescar, cuando menos) sus convicciones.

La perplejidad empieza por preguntarse qué hace especial al Negro de Banyoles. El mundo está lleno de cadáveres profanados que se exponen con cartela y vitrina en los museos. Algunos, en mausoleos. ¿Por qué nadie se ofende ante los cientos de momias egipcias del British Museum? Yo guardo el recuerdo impresionado de la momia Juanita, que se muestra en una vitrina refrigerada, con estalactitas de escarcha, en el centro de Arequipa. Es una niña pequeña amortajada que se encontró en un yacimiento junto a un volcán, en perfecto estado de conservación. Se aprecia su gesto como dormido y sus manitas infantiles, que parecen esperar una caricia. ¿No es su desentierro y exhibición pública un crimen contra la familia que con tanto amor preparó su cuerpo y lo depositó con el deseo de que encontrara la felicidad en el más allá? En el museo de la Evolución de Burgos se expone una réplica del cráneo de Miguelón, un individuo que vivió en Atapuerca hace casi medio millón de años. Si sólo se puede ver la réplica no es por respeto al difunto, sino porque el original se custodia en un laboratorio para su estudio. Los paleontólogos creen que es la primera prueba de que los seres humanos se cuidaban entre sí, prestándose atención médica hace medio millón de años. Miguelón fue, no cabe duda, alguien querido cuyo dolor fue compadecido y cuya muerte fue llorada.

Se dirá que no hay comparación posible, que todo eso es historia antigua y prehistoria y que ni los sarcófagos de las pirámides ni las simas donde aparecen los cráneos neandertales se pueden considerar tumbas porque aquel mundo desapareció hace miles de años.

¿De verdad?

Las concesiones de los cementerios caducan cada cierto tiempo y, si la familia no paga la tasa municipal, los operarios sacan los huesos y los tiran a la fosa común para aprovechar la tumba, sin que nadie lo considere una profanación. Por tanto, hay un plazo en que los muertos dejan de serlo y pueden convertirse en piezas de museo o en meros desechos orgánicos. ¿A qué viene tanto escándalo con el Negro de Banyoles? ¿No es, al fin y al cabo, el testimonio de una época pretérita y agotadísima, fruto de una sensibilidad tan extraña a los europeos de hoy como la de los faraones? ¿Qué o a quién se restituye con su funeral? Los responsables de su disección murieron hace siglo y medio, no queda nadie que se pueda hacer cargo de la afrenta y responder al delito de profanación.

La distinción no es histórica, sino conceptual. El Negro de Banyoles se exponía junto a unos

animales y se disecó como el resto de ejemplares de fauna africana que pasaban por el taller de taxidermia de los hermanos Verreaux. Hay una afrenta de origen que no se puede soslayar y que lo convierte en la antítesis de una momia egipcia o inca. La momia Juanita es el resultado de un acto de amor, el homenaje de una familia y de toda una cultura hacia un semejante cuya pérdida les devasta y de la que buscan algún consuelo salvando su cuerpo de la podredumbre. Exhibirla es también una forma de respeto hacia un mundo extraño y misterioso al que Juanita nos abre una ventana de comprensión diciéndonos: mírenme, mis padres me quisieron como ustedes quieren a sus hijos o sus padres los quieren a ustedes. Amortajándome y depositándome en el volcán dieron testimonio de lo importante que era mi vida para ellos y de lo insoportable que les resultaba seguir viviendo sin mí. No soy un trozo de carne hecho cuero, soy un alegato furioso, desesperado y poético contra la muerte, soy la prueba de que no somos bestias insensibles o carroñeras.

La disección del Negro de Banyoles es un crimen contra todos los negros de África y del mundo y, por extensión, un crimen contra la humanidad, no en el sentido jurídico del término, pero sí en el filosófico. Un crimen que por fuerza ha de quedar impune y del que no son responsables ni Frank Westerman —aunque su alma de cooperante humanitario quiera creer que sí—, ni los vecinos de Banyoles —por más que su tozudez nos tienta para culparles—, ni el mismo Francesc Darder, que lo compró en París. En la historia sobran los crímenes sin autor conocido, pero este tiene nombre y apellido: Jules Verreaux, quien una tarde de primavera de 1831 asistió alevosamente al funeral de un joven en una región fronteriza entre los bóers y los nativos, se condeñó para que no lo expulsaran del lugar (tal vez fingió un interés etnográfico por la ceremonia y le dejaron observarla a condición de que mostrara el debido respeto) y volvió por la noche al lugar del enterramiento, trasladó el cuerpo a Ciudad del Cabo y lo disecó como disecaba los leones y las cebras, sacando sus órganos internos, rellenándolo de paja, sustituyendo su columna vertebral por una barra de hierro, y sus ojos por cuentas de cristal tintado. Así, hizo justo lo contrario de lo que hacían los embalsamadores egipcios o los padres de la momia Juanita. Fue mucho más que una profanación. Al margen de cualquier sofisma, también fue un crimen en el sentido más lato y legalista del término: si en 1831 Jules Verreaux hubiese hecho lo mismo en un cementerio francés, un juez lo habría condenado a prisión.

La negritud, contemplada a este lado de la vitrina en la que se exponía a ese Negro al que nadie ha sabido aún poner nombre ni biografía, se convierte también en metáfora de todas las otredades. Según a quién miremos y según quién nos mire, todos podemos ver negros o ser negros nosotros mismos. Es negro quien es señalado como tal, aunque su piel sea tan nívea como la de los cisnes de Rubén Darío.

En Argentina hay negros que no son negros. La Negra Sosa o el Negro Fontanarrosa, por ejemplo. Un negro argentino es un pobre, y no deja de serlo por hacerse rico o famoso. Simplemente, su negritud pasa a ser cariñosa en lugar de acusatoria. En 2001, año del corralito, los burgueses de Recoleta y Barrio Norte, los barrios bien de Buenos Aires, contemplaban desde sus balcones cómo la *negrada* marchaba por sus calles, y corrieron a echar el cerrojo y a meter las joyas en la caja de caudales. Los negros pueden ser blancos y tener apellido italiano, como Maradona, pero es más normal que tengan algún rasgo indígena y el pelo espeso de los guaraníes, como Maradona.

Hubo un tiempo en que los indígenas, en Argentina, eran chinos. No sé si siguen siéndolo. Así los llamaba Ciro Bayo, que era un español loco y bohemio, amigo de bohemios, que emigró a Buenos Aires en 1889 y se propuso viajar a pie hasta Chicago para ver la exposición colombina que celebraba el cuarto centenario del descubrimiento de América en 1892. Como excusa para un viaje,

parece bastante idiota. Qué se le podría perder a un vagabundo filosófico como él en una feria banal y rimbombante como aquella es algo que no me explico y que tal vez no alcanzó a explicarse él mismo, pues se cansó muy pronto de andar y decidió instalarse en Cochabamba, Bolivia, donde vivió largos años enseñando a leer a los niños y recopilando las palabras de la región en diccionarios y tratados etnológicos.

El viaje aquel lo contó en un libro que le publicaron en Madrid sus amigos los Baroja y que tituló *Por la América desconocida*, y si lo traigo aquí es por su capítulo quinto, que cuenta la historia de la cautiva María López.

En su viaje al norte, Ciro Bayo pasó unos días en el poblado de Catriel, un cacique que había sobrevivido a las campañas de la conquista del desierto y mantenía tratos amistosos con el gobierno federal, pero que recelaba de todos los blanquitos que husmeaban por sus dominios. Cuando ya se marchaba, se le acercó una de sus esposas, la cacica María López. Le contó que era española, aragonesa de Zaragoza, donde había sido desde muy joven una cómica de la legua. Allí la contrató una compañía de las que hacían las Américas, y con ella se embarcó para actuar en Buenos Aires y en otras ciudades argentinas. Al entrar en el Río de la Plata, un temporal los alejó muchos kilómetros del puerto y acabaron naufragando en una costa dominada por el cacique Catriel, quien la tomó por su esposa. Tuvieron varios hijos y en algún momento de los primeros años perdió la esperanza de ser rescatada.

Ciro Bayo, que no por bohemio dejaba de ser un caballero español, se ofreció a consumir ese rescate y a llevarla a Buenos Aires, pero María López se negó: «Tengo ya cincuenta años; tengo, además, dos hijos de Catriel y eso tira mucho. Aquí soy la cacica, la reina; en Buenos Aires sería una china despreciable, que encerrarían en un asilo. Mi destino es morir en una ruca y que me entierren en la pampa».

Hay varios estudios históricos sobre las cautivas que confirman que Ciro Bayo no inventó este encuentro. A mediados del siglo XIX eran muy frecuentes los naufragios de barcos europeos que no acertaban a entrar en el puerto de Buenos Aires y acababan a merced de las tribus de la orilla. La tripulación masculina era asesinada o liberada a cambio de un rescate, como hacían los piratas del Mediterráneo. Las pocas mujeres que capturaban, en cambio, se convertían en cautivas. Como relataba María López, lo que al principio fue un secuestro con los años se transformaba en otra cosa. No sólo porque las cautivas se resignaban, sino porque, al esposarse con los notables y los jefes, devenían figuras de autoridad.

Indagué un poco para encontrar pruebas de la existencia de María López, pero el nombre era demasiado común —y quién sabe si era el nombre con que la bautizaron o si estaba bien transcrito—. Ciro Bayo sitúa con vaguedad el cautiverio treinta años atrás, es decir, en torno a 1850, durante la dictadura de Rosas, un periodo demasiado impreciso, y ni siquiera localiza bien la aldea de Catriel. Sin una acotación más breve, era imposible dar con su barco o encontrar un solo documento sobre su viaje, su naufragio o su vida antes de salir de España.

El clan de los Catriel sí está bien documentado en la historia argentina. El jefe de este cuento era Juan Catriel, llamado el Joven, por ser hijo del homónimo Juan Catriel, el Viejo. Fue un líder de los indios pampa asentado en lo que hoy es la ciudad de Azul, a unos trescientos kilómetros de Buenos Aires, y murió en 1886 con un halo de cierta celebridad, pues fue un colaboracionista asiduo de todos los gobiernos y regímenes argentinos y no era raro verlo por la capital, donde los presidentes y los gobernadores lo llevaban al teatro y lo paseaban.

Lo bonito de la historia es que Bayo no se da cuenta de que María López es española hasta que no se dirige a él en español de España. «¿Es verdad que eres gallego?», le pregunta, antes de presentarse ella misma como tal. Es entonces, y sólo entonces (cuando María López le habla de Zaragoza, de su juventud y de su viaje), cuando el escritor repara en que aquella mujer es blanca. Si no hubiera conversado con ella, no le habrían llamado la atención sus rasgos europeos. Hasta ese momento, era una india pampa más, indistinguible del resto de habitantes del poblado. Desde que la oye expresarse en español peninsular, sin embargo, la percibe indudablemente europea, nada china.

Esto indica que hay un daltonismo cultural al detectar los tonos de la piel humana. Sólo señalamos las diferencias cuando vienen ya señaladas por el contexto social. Los treinta y seis tonos de las baldosas de Von Luschan —y los modernos fototipos— son verdades contrastables: la piel humana presenta toda esa variedad de tonos. Sin embargo, no son fáciles de discriminar al primer vistazo. Hace falta mucha sugestión cultural para que nos demos cuenta de que el otro es el Otro. Y viceversa.

En una de esas miles de historias que se cuelan en el ordenador me encuentro con el relato de un padre estadounidense que cuenta que su hijo de cinco años, Jax, le pidió raparse el pelo porque su mejor amigo de clase, Reddy, lo llevaba al cero.

Así, papá, le dijo, como nos parecemos tanto, la profesora nos confundirá.

El padre accedió y Jax se fue tan contento. Entonces llegaba el golpe de efecto en la narración, presentado como un texto corrido hasta ese instante.

Aquí tenéis, escribía, a Jax y a su amigo Reddy, idénticos tras el corte de pelo.

En la foto, dos niños sonrientes y desdentados, rapados ambos: uno blanco (Jax) y el otro negro (Reddy). La moraleja reverberó en millones de ordenadores porque confirmaba que el racismo no es un instinto elemental, sino una mirada cultural fruto de un aprendizaje. Los niños, tan puros ellos, no distinguen entre blancos o negros.

Lo he comprobado en mi propio hijo, sorprendido cuando le dije que uno de sus compañeros era chino y sin que jamás haya mostrado la menor extrañeza ante sus amigos africanos o latinoamericanos.

Pese a las pruebas que se me plantan en la cara, dudo de que el racismo sea sólo una contaminación cultural de la que los niños están libres. ¿Percibiría mi hijo una igualdad tan plana en niños de otro colegio o de otra clase social? La institución escolar es muy tribalista y favorece que los niños sientan que los suyos son los de su aula, los de su curso y los de su centro. Pueden ir a tirar piedras a los del colegio del barrio de al lado, pero cierran filas con los del suyo. Mi hijo no ve negros ni chinos en su clase porque los negros y los chinos están en las clases de los demás, no porque perciba a toda la humanidad sin límites ni banderas.

El *ellos* y el *nosotros* funciona desde la misma cuna, formando un tronco del que van saliendo las ramas que arman la visión del mundo. Al principio, el *nosotros* es minúsculo y confuso: un fluir de babas, mantas, tetas y sudores que se identifican como mamá y, después, papá. El *ellos* es todo lo que está fuera de ese flujo. Poco a poco, el *nosotros* se agranda y el *ellos* se define, y la escuela no es más que una fase de la tribalización, la más importante. Jax y Reddy se ven iguales porque la escuela los ha convencido de que lo son. Si Jax viviera en la Sudáfrica del apartheid, percibiría a Reddy como parte de la masa negra indiferenciada del colegio de los negros, ese sitio terrible al que conviene no acercarse.

El color de la piel sólo importa en un sistema de tribus. En una sociedad mezclada, no es relevante para señalar el *ellos* y el *nosotros*. En el caso de Jax y Reddy influirán más otros factores, como el

dinero o la forma de hablar. En el caso de mi hijo, no le llaman la atención las tonalidades de piel de su clase, pero seguro que percibe con extrañeza otras formas de vida: las cocinas de otras casas, el vocabulario de otros niños y tal vez sus gestos y ritos de clase.

Yo crecí en una España sin negros, es decir, en una España rara, porque España, como gran imperio esclavista, debe todo a los negros. En el siglo XVII, más del diez por ciento de la población de Sevilla era negra. La Barcelona del XIX se hizo con el dinero de los negreros cubanos: toda esa belleza burguesa del Eixample se pagó con latigazos y barracones. La penúltima colonia española, independizada en 1968, fue Guinea Ecuatorial. A mi infancia, sin embargo, le tocó un raro interludio histórico monocromo. Después vinieron las grandes oleadas migratorias, pero me pillaron ya casi adulto.

Los únicos negros que veía, al margen de los de la televisión, donde se incluía a Francine Gálvez, una presentadora de noticias, eran los vendedores de alfombras de la playa. Es una escena tan absurda que a veces pienso que es un recuerdo inducido. En aquella playa mediterránea, atestada de madrileños y franceses atocinados por la mezcla del sudor y la crema solar, caminaban bajo los cuarenta grados de agosto unos jóvenes muy flacos en camisa y pantalón largo que acarreaban alfombras enrolladas. No refrescos ni patatas fritas, que sería lo apetecible, sino alfombras de dibujo persa para salones burgueses.

Una tarde me acerqué a la fuente de la entrada de la playa mientras uno de estos chicos negros se quitaba la arena. Había dejado su cargamento de alfombras enrolladas en el pretil de piedra y se lavaba a conciencia los pies y las manos. Al ponerme detrás de él para aguardar mi turno, sus palmas me impresionaron. Se frotaba unas palmas blanquísimas con un dorso muy oscuro. El joven sorprendió mi mirada impertinente y sonrió como se sonríe a los niños que quieres quitarte de encima.

La fuente es toda tuya, me dijo mientras se secaba las manos en las perneras y cargaba sus rollos.

Perdí el turno porque me quedé viéndole marchar, convencido de que aquel negro estaba teñido de betún, como el rey Baltasar de la cabalgata, y debajo había una piel tan pálida como la mía.

Cuando volví a la sombrilla le dije a mi madre que había visto a un negro pintado porque tenía las palmas blancas. Se rio y me contó que los negros tienen las palmas y las plantas de los pies menos oscuras que el resto del cuerpo, pero que ese chico era un negro-negro, de pedigrí.

¿No ves que el betún se derrite con el calor?, apuntó, como argumento irrefutable.

No sé si me convenció.

Supongo que lo que voy a contar ahora es una reflexión de adulto, esos subtítulos que añadimos a los recuerdos infantiles, que se quedarían en casi nada sin un poco de tramoya y teoría.

Volviendo a casa pensé en esa rareza que intrigaba a tantos forasteros de que el pueblo estuviera separado de la playa. El pueblo donde vivíamos se levantaba seis kilómetros tierra adentro, algo común en toda la costa, donde habían crecido barrios y urbanizaciones playeras para los veraneantes que sólo existen desde que existen los veraneantes y que mantienen su aire de campamento provisional, como si los ayuntamientos no se terminasen de creer eso del turismo y estuviesen preparados para regresar a lo nutriente, a la huerta, al naranjo y al arrozal. No creíamos que la playa formase parte del pueblo porque había una inercia de siglos que consideraba la costa como algo abierto, un flanco expuesto en las defensas. Geográfica y mentalmente, los vecinos vivían en el valle, escondidos del mar.

El valle fue moro hasta el siglo XIII. Mucho más allá, en verdad, pues los reyes valencianos no



desalojaron a los habitantes ni los forzaron a cambiar de lengua ni de religión, pero sí les enseñaron a temer a los otros moros, los que venían de lejos, de la Berbería y de las bases corsas. La playa, hoy gallina de tantos huevos de oro, era un desembarcadero de piratas imposible de defender. Por eso los montes estaban erizados de castilletes y atalayas desde los que se podía ver un barco acercándose y dar la alarma para que todo el mundo corriese a buscar refugio en el pueblo. Abandonados en tiempos modernos, cuando el único terror que procedía del mar eran las medusas, esos castillos devinieron ruinas con leyendas. Muchas de ellas se llamaron Torre de la Mora porque fueron la prisión de una bella y desgraciada princesa árabe obligada a casarse y bla, bla, bla, hasta que rompió su mal de amores arrojándose de lo alto de la más alta torre. Desde entonces, su fantasma se pasea por el monte sollozando y esas cosas que hacen los espectros.

Las torres y sus leyendas recuerdan siempre la amenaza que viene del mar, incluso en una playa atestada. Como niño del pueblo, conocía bien los cuentos y las razones históricas por las cuales las casas se construían lejos de la costa. Mi colegio llevaba el viejo nombre árabe del valle, antes del rebautismo cristiano, por lo que también me habían enseñado que los habitantes de hoy son descendientes de aquellos moriscos que nunca se fueron. Árabes los del pueblo y árabes los del mar, miembros de un mismo *nosotros*. Y, sin embargo, la imaginación popular pintaba más oscura la piel de los piratas. La gente del pueblo, blanca y asustada, moría a manos de pieles bronceadas. No hace falta recurrir a las baldosas de Von Luschan para confirmar que la cantidad de melanina era muy parecida entre atacantes y atacados, pero los segundos se creían menos marrones que los primeros.

Una vez dibujé en el colegio un ataque pirata. Lo hice en el instante en que el barco, con su bandera de las tibias y la calavera, tocaba la playa y los piratas se asomaban a la cubierta enarbolando los sables, muy feroces y desordenados. A la izquierda, los aldeanos huían despavoridos con las manos alzadas al cielo y los ojos desorbitados, en dirección a las casitas del pueblo. Si quedó un poco *Guernica* fue porque no sé dibujar y porque Picasso ha acostumbrado a todo el mundo a percibir la fuerza dramática de los cuadernos de dibujo escolares. La cuestión es que pinté a los piratas de marrón oscuro y a los aldeanos de rosa claro, y creo que lo hice bien, con los colores que la ortodoxia escolar esperaba de aquella recreación histórica.

Sin saber nada de las baldosas de Von Luschan ni de los mapas de Biasutti, aprendí desde pequeño que cuanto más pigmento había en una piel, más salvaje y extranjero era su dueño, lo que también servía para el cabello. Mi madre me define como rubio, por más que mi pelo sea negro, y cuando me burlo de su obsesión aria —justificada en que, durante un pestañeo, fui un bebé rubio—, aclara que tengo un tono de rubio ceniza, que es como decir que el cielo es rojo azulado. A mi madre le pasa lo que a algunos publicistas y a algunos cónyuges: sobreestima mucho la capacidad de los adjetivos para modificar los sustantivos. Las cosas y las personas no cambian porque uno desee cambiarlas, y un hijo moreno no deviene rubio por invocación, como un marido arisco no se vuelve simpático por unas sesiones de terapia matrimonial. Esto parece muy obvio puesto por escrito, pero hay tanta gente convencida de poder cambiar el mundo que no está de más repetirlo. Lo importante, en todo caso, es que mi impostura como rubio habla mucho del prestigio de los tonos suaves en el que he sido educado, más allá de la escuela y sus piratas marrones. La claridad cromática es una forma de ennoblecimiento. Se es rubio como se es hijodalgo.

Ya en la adolescencia, en la época de las pandillas y las tribus urbanas emplumadas y armadas, el papel de malo recaía siempre en el más oscuro del grupo. Los de piel aceitunada, moruna o agitanada eran los sospechosos, esos personajes que hacían equilibrios morales. Vicente, un vecino de la plaza,

era flaco, espigadísimo y de un tono bronceado, más brillo que mate, que su pelo negro y muy espeso se encargaba de acentuar. Le gustaban las figuritas de guerra, coleccionaba soldaditos y tanques y quería ser militar. Paracaidista, decía, porque la base de los paracaidistas estaba en Cartagena, y eso quedaba muy lejos de casa, y todo chico de barrio que se alista en el ejército lo hace para perder de vista el barrio. Ignoro si al final se hizo paracaidista, nadie tenía mucha fe en las virtudes guerreras de un esmirriado como Vicente, pero quién sabe. Perdí el contacto antes de llegar a la edad de la llamada a filas y, además, estábamos condenados a distanciarnos, pues yo era objetor de conciencia, la forma cobarde de oponerse al servicio militar a la que nos apuntábamos casi todos los chicos que nos dejábamos el pelo largo. Vicente no lo llevaba rapado, pero sí corto, a cepillo, dándole un aire, si no castrense, sí un poco fascista.

Todos entendían que Vicente, que apenas hablaba, que suspendía todo lo que se podía suspender y que enrojecía de rabia cada vez que su hermana mayor le soltaba una colleja, soñase con una vida de cuartel. Decían que su madre, abandonada por un marido que a saber adónde diablos se fue, se prostituía para alimentar a sus hijos, y que aun así, en aquella casa siempre faltaba de todo y se vestían con el ropero de Cáritas. En la plaza no sabíamos qué había de verdad y qué de mentira en aquellos dimes, pero nos parecía raro que la madre de Vicente, una señora muy fea con gafas de Rompetechos y voz atiplada, tuviese algún futuro como puta. Quién iba a pagar por eso, decíamos, con la crueldad de los chicos de barrio, y nos la imaginábamos llegando a casa cada noche sin un duro, sin haber cazado un cliente, resignada a volver a la cola de la parroquia. Aún no habíamos descubierto que, en todos los barrios del mundo, una mujer sola que vive con sus dos hijos es siempre una puta para sus vecinos.

Un día que estábamos perdiendo el tiempo en la plaza, quise enseñarle a Vicente un libro ilustrado sobre la guerra civil que tenía en casa.

Como te gustan tanto los tanques, le dije, te gustará ver esos carteles.

Y Vicente subió y yo lo dejé solo un rato en mi cuarto mientras iba al baño y luego Vicente se marchó con el libro dándome las gracias y yo me quedé en casa. Pero, antes de que pudiera encerrarme en la habitación, mi madre me cortó el paso y me recriminó que hubiera dejado a Vicente solo.

¿No ves que tienes dinero en el cuarto? Anda, mira que no te lo haya robado, o cualquier otra cosa. ¿Te faltan discos, te falta algo?

Yo me enfadé muchísimo y me puse a dar portazos.

Es increíble, mamá, ¿cómo puedes sospechar que etcétera y etcétera?

Cuando me calmé, sin embargo, revisé los discos, conté los billetes que guardaba en un tarro y repasé los libros del estante. Había poco que robar en mi cuarto, pero los chicos de aquel barrio sabíamos que los ladrones lo son por pulsión y costumbre, no por codicia. Roban lo que sea, sólo porque está a mano, y luego valoran qué hacer con el botín. Vicente no me había robado nada, y me abofeteé por haberme dejado sugestionar por mi madre. Me sentí apestoso, envuelto en un hedor a prejuicio que me duró todo el día.

Vicente era cobrizo, pero su hermana y su madre eran lechosas. Como nadie había visto al padre de Vicente, no sabíamos si había heredado la piel de aquel hombre, aunque las malas lenguas, que eran las únicas disponibles, decían que no, que el padre —camionero, marino mercante, trapecista o algo así— era más blanco que los niños ucranianos de Chernóbil que venían en verano, y además, guapo y bien plantado. Decían que su hermana Rebeca se parecía mucho a él, y era plausible, porque

Rebeca era guapa y apuesta, y también chula y malhablada. Fue el propio Vicente, a quien le habían contado muchas veces el cuento del patito feo por alusiones, el que especuló sobre su piel una noche de verano.

A mi madre la violaron, dijo. Sé que la violaron y sé que fue un gitano, dijo. Mi padre no es mi padre, sino el gitano que violó a mi madre, y por eso mi padre, es decir, el que tenía que haber sido mi padre pero no lo es, se marchó.

Debía de ser cierto que no conoció a su padre, que este los abandonó mientras su madre estaba embarazada, pero no había forma de saber si a su madre la violaron de verdad y cómo se enteró Vicente. ¿Se lo contó ella misma? ¿Por qué iba una madre a echar sobre su hijo tanta herrumbe y tantos bordes afilados? ¿Para que se infectara también él, recordatorio en carne del abandono del padre? Tal vez se lo inventaba todo el propio Vicente, cuya cabeza, siempre sumergida en silencios espesos de los que apenas se pescaban dos o tres monosílabos, tenía tiempo y distancia sobrados para imaginar cualquier cosa que explicase su tono de piel, y una madre violada por un nómada con atracción de feria era un argumento bien recurrente en aquel barrio de folletines y telenovelas.

Con él aprendí, más que con el vendedor de alfombras que se lavaba en la fuente, y más que con los piratas marrones que pintaba en el colegio, que la piel no necesita estar enferma para convertirse en estigma. Basta con que se parezca a las baldosas oscuras de Von Luschan para hacer de su dueño un sospechoso. No importa de qué. Sospechoso de robos que no comete, sospechoso de no ser hijo de su madre, sospechoso de paracaidismo en la base aérea de Cartagena. Garbanzo negro de la olla, manchita en la familia, delincuente autista.

También aprendí, antes de perderlo de vista para siempre, quién sabe si en el ejército o en cualquier otro sumidero por el que el barrio desaguaba sus desperdicios, que la historia del racismo no sólo está escrita por esclavos haitianos que degüellan a hacendados franceses, ni por reverendos tiroteados en hoteles de Memphis, ni por Santiagos Matamoros, ni por tíos Tom, ni por generales Dreyfus deshonrados en un patio de armas, ni por negreros de Barcelona, ni por reyes católicos con sus Torquemadas, ni por chimeneas de crematorios donde el trabajo os hará libres, ni por Ghandis ni Mandelas. Tampoco por Negros de Banyoles. La historia del racismo, como todas las historias de verdad, está escrita en minúsculas y sólo puede leerse con lupa, al trasluz o con el cabo de una vela para descubrir la tintura secreta de jugo de limón. Sus párrafos están llenos de naderías que pasan inadvertidas a quien las vive, de picores que se desechan y de relámpagos de memorias infantiles que los adultos subliman porque a eso nos dedicamos los adultos, a sublimarlo todo.

Ahí están como prueba esos piratas marrones que pinté con siete u ocho años. Un vestigio tan ingenuo como unas baldosas de colores o un mapamundi coloreado con treinta y seis tonos de piel.

# La Edad Media de la piel

Sucedará sin aviso, como la vejez y el desamor. Un día me daré cuenta de que hace tiempo que no beso a mi hijo. Me esforzaré por recordar la última vez que lo envolví en un abrazo largo y estrecho, oliendo a lo que él huele y manchado de su sudor. No habrá escenas violentas, ni un déjame en paz, ni un empujón. Ni siquiera una broma torpe del tipo: que corra el aire, papá. Los dos iremos entendiendo sin necesidad de pensarlo que su cuerpo se ha independizado del mío. Dejará poco a poco de venir a dormir a nuestra cama y de darnos la mano cuando paseamos por la calle, y un día lo descubriremos libre y redondo.

Ya me pelearé con mi tristeza cuando llegue. No me recreo en ella por anticipar la nostalgia, sino porque esa separación es el comienzo de la Edad Media de la piel, los años oscuros que separan el último beso paternal del primer beso con lengua. Una época en que la piel se queda sola, sin recibir la menor atención, a merced del acné juvenil, del vello, del olor de pies y de la primera sangre menstrual.

Ni siquiera conservamos un recuerdo del *impasse*. En cuanto otras manos —torpes, ansiosas, con más miedo que las nuestras— nos soban los pliegues, borramos de la memoria el barbecho de caricias. Las autobiografías saltan de la infancia al primer beso sin mencionar esos tres o cuatro años tristes (de los once o doce hasta los quince o dieciséis, más o menos), y no los eluden porque sus autores piensen que carecen de interés, sino porque no hay forma de narrarlos.

Entre el amor maternal asfixiante y el sexo, el cuerpo es invisible y sufre una verdadera Edad Media, pero griega. En el medievo cristiano la cultura sobrevivió en los monasterios y siguieron copiándose los tratados de Aristóteles y de Plutarco, pero en la Edad Media griega, esa que dicen que va del siglo XII a. C. al VIII a. C., no sólo se abandonaron las ciudades y se destruyeron todos los gobiernos, sino que se olvidaron de escribir. No hay registros escritos entre esos dos siglos, como no hay memoria del cuerpo en su Edad Media púber. Sin besos, la piel se vuelve ágrafa.

Los padres dan besos cuneiformes, de significado indescifrable para los arqueólogos de nosotros mismos que seremos después. Los amantes dejan escrituras mucho más sofisticadas, aunque no siempre alfabéticas. Los primeros besos y las primeras desnudeces son jeroglíficos e ideogramas. Más tarde vienen palabras sueltas, sintagmas sin verbo emborronados por una saliva mal untada. Antes de alcanzar la mayoría de edad ya nos habrán escrito algún párrafo entero con cierto sentido y un puñado de poemas que nos avergonzarán pero no sabremos borrar. A los veinte nos escribirán varios cuentos, hasta que llegue ese amante con vocación de cónyuge, cuyos besos serán de tipómetro y linotipia, componiendo en la piel una novela rusa con portada al óleo de una mujer a punto de tirarse bajo las ruedas de una locomotora.

No recuerdo mi Edad Media púber, pero sí el momento en que la abandoné, que abre un periodo renacentista, es decir: tumultuoso, sangriento y despótico, lleno de borgias o de guerras médicas, pero también de Fidias y Leonardos. Como el Renacimiento, la edad del deseo se recuerda idealizada, con láminas de la Capilla Sixtina, iglesias jesuíticas y romances de Garcilaso de la Vega, obviando que Europa entera se entregó a la guerra y que Hernán Cortés encerró a Moctezuma.

Nosotros también enseñamos las Capillas Sixtinas de nuestros álbumes de recuerdos y olvidamos la conquista de México. Hablamos del primer amor como si fuese la Laura de Petrarca y no una prostituta frescachona de Caravaggio.

Tengo la desgracia de vivir junto a la plaza donde abandoné mi Edad Media. La plaza del primer beso, la que me activó la piel dormida desde la última vez que mi madre me embadurnó el pecho con Vicks VapoRub. Como paso a diario por las mismas baldosas, no tomo distancia para desenfocar y echar azúcar en los recuerdos, y si pienso en aquel instante vuelvo a llenarme de babas y a sentir el mismo atragantamiento.

Tenía unos quince años juncuales que aparentaban diecisiete, por eso pude coquetear con esa chica de dieciséis que, si yo hubiera sido alguien de quince con aspecto de quince, ni siquiera me habría mirado a la cara. Tampoco ella era la que me gustaba, tan sólo aparecimos el uno frente al visor del otro en aquellas tardes en que aprendíamos a beber en garitos oscuros con fútbol y billar en la parte del fondo. Nos habían unido los bares, pues no íbamos al mismo instituto ni vivíamos en el mismo barrio, pero nos encontrábamos cada viernes a eso de las siete en un antro cuya puerta imitaba la boca de un demonio y tenía una barra acolchada que había conocido días más heroicos e higiénicos. Yo encajaba mejor en el sitio, con mi pelo largo y mis camisetas de Iron Maiden. Ella era una punk con zamarra vaquera y mallas ajustadas, demasiado astrosa para el gusto hortera y lacado de los heavies. Creo que me fijé en ella porque sonreía mucho, y los punkis no sonreían casi nunca, siempre estaban enfadados. Aquel año de 1994 andaban muy pelmas con la revolución de Chiapas. Como cantaba La Polla Records, se sentían los nietos de los obreros que los fascistas nunca pudieron matar. Es decir, como insistía la canción: los nietos de los que perdieron la guerra civil, aclaración tal vez no muy poética pero sí necesaria para quienes no estudiábamos la guerra civil en clase de historia. También era una afirmación osada, pues de todos es sabido que los supervivientes, los que no pudieron matar, son los peores, los más viles y cobardes. Yo no presumiría de ser el nieto de quienes agacharon la cabeza cuando sus amigos enfrentaban el pecho a las balas.

Ella, en vez de andar siempre enfadada y repartir chapas contra la energía nuclear y asistir a conciertos para recaudar fondos para el subcomandante Marcos, sonreía y bebía cerveza con nosotros, sin importarle que la música de aquel antro fuera tan apolítica como pretenciosa, y tal vez por eso empezamos a hablar, quién sabe de qué, y nos gustó hacernos compañía sin mirarnos el pedigrí de nietos de los que perdieron la guerra civil ni presumir de pasamontañas zapatista.

Tras unas noches, un protocolo no escrito dictaba que ya era hora de dejar de hablar y empezar a darle a la lengua de la manera apropiada para nuestra edad y condición, pero ninguno de los dos sabía cómo se hacía aquello. Teníamos un montón de información teórica, mayormente audiovisual, de la que concluíamos una serie de verdades, a saber:

- 1) El primer beso sucedía en algún escenario arbolado y/o bucólico, preferentemente de noche, pero no a oscuras, sino con un foco bien dirigido contra la penumbra por un buen director de fotografía.

- 2) Era prerrogativa del macho iniciar las maniobras de aproximación, en las que no estaba mal vista cierta brusquedad, siempre que no hiciese daño. El modelo para aplicar si se apostaba por una aproximación bruta era el beso de John Wayne a Maureen O'Hara en *El hombre tranquilo*, película que casi nadie había visto entera, pero estábamos al corriente de dicha escena porque salía en *E. T., el extraterrestre*.

- 3) Lo aconsejable para acompañar el beso eran unas ráfagas orquestales compuestas por Max

Steiner o, en su defecto, un interludio instrumental de un clásico de Frank Sinatra, como «When I Was Seventeen», pero con los compases siempre en el clímax, pues la suavidad del piano sólo servía en los minutos de aproximación, no en el ósculo en sí.

4) En un beso de tornillo o morreo, las bocas quedan selladas una con la otra mediante un cierre al vacío que los actores muestran, con fino sentido pedagógico, en escorzo y perfil de tres cuartos, para que los espectadores asimilen bien la técnica de la succión. Los ojos se cerraban por conveniencia estética. Si se dejaban abiertos, el beso parecía una maniobra de reanimación cardiopulmonar. La duración del morreo cinematográfico venía marcada por la duración del pasaje musical de la banda sonora. Sin orquesta, nadie sabría cuándo había que despegar los labios y mirarse tiernamente a los ojos, que era el segundo y último paso.

5) Una vez completado el proceso, se almacenaba en lo más hondo de la memoria, en el espacio rotulado «experiencias inolvidables», subsección «sexo/amor», epígrafe «primer beso». El cerebro se encargaba entonces de convertir todo lo anterior en un momento crucial de la existencia, inapelablemente hermoso y entrañable, que será evocado por el interesado cada cierto tiempo como una cumbre de felicidad mayúscula en la que se refugiará para acumular fuerzas en periodos de tristeza y adversidad.

Toda esta formación teórica tenía un par de lagunas que, en la práctica, postergaban el primer beso:

1) Qué sucedía dentro de las bocas unidas por el sellado de labios. Ningún director había colocado una cámara dentro para enseñarnos el protocolo a seguir con la lengua. Intuíamos que no se trataba de dejarla quieta, que habría que moverla de algún modo, pero no sabíamos cómo ni qué distinguía a un virtuoso del morreo de alguien mediocre o desastroso.

2) Tampoco teníamos claro qué hacer con las manos, porque un abrazo por la cintura es muy estético y siempre queda bien en una escultura y en un cartel de cine, pero como ya teníamos cierta experiencia con la excitación sexual, intuíamos que la lubricidad del beso nos llevaría a querer manosear zonas más blandas y jugosas del cuerpo besado, y nadie nos había dicho si dichas maniobras estaban aprobadas, pues también habíamos visto muchos bofetones en el cine estampados en la cara de capitanes del equipo de fútbol que aprovechaban un beso cualquiera para tocar el culo de la jefa de animadoras. Nadie quería —y yo menos que nadie— acabar con un guantazo por haber ido más allá de lo aceptable.

La chica me contó que vivía cerca del parque, así que me ofrecí a acompañarla y ella aceptó el sobreentendido, pero fuimos dejando atrás cruces y calles, con el parque cada vez más cerca, sin que ninguno de los dos amagara con empezar las maniobras (quiero decir, sin que yo, el macho con prerrogativas, amagase). Pese a mis quince juncuales años, percibí que ella se preguntaba por qué diablos aquel pedazo de imbécil tardaba tanto en hacer lo de John Wayne.

El pedazo de imbécil no esperaba el momento propicio, sino el escenario adecuado, íntimo y solemne, con magnolias o emparrados, o unos naranjitos en flor, cuando menos, junto a un portal enrejado y desierto. Al no encontrar nada parecido en aquellas calles abarrotadas, y apremiado por la cercanía asfixiante del parque, me detuve en seco en mitad de la plaza donde empieza el campus universitario, que no podía estar más iluminada y ajetreada aquella noche, con las terrazas a tope de familias bebiendo cerveza con gaseosa y patatas fritas. Mi protonovia punk entendió que había llegado el momento al fin, y se detuvo también y dio dos pasos hacia mí, pegando su cara de tal modo a la mía que hizo el beso inevitable.

El misterio de la lengua quedó resuelto al instante cuando noté la mía atrapada en una especie de baile frenético de la suya, que daba vueltas y más vueltas, como una centrifugadora. Ejecutaba una limpieza bucal muy esmerada, con pasadas rápidas por todas las cavidades. Yo intentaba mover la mía, pero despacito, por si se enredaba en la suya y no podíamos luego soltarnos. Mientras, respiraba normalmente por la nariz y descubrí que no me ahogaba y que podía prolongar esa situación el tiempo que fuera necesario. Me costó acompasarme a los movimientos circulares de ella, pero, pasados unos segundos que se me hicieron horas, logramos una sincronía aceptable. Quizá un poco monótona, pero correcta: ella movía su lengua en el sentido de las manecillas del reloj y yo daba las horas al revés. Yin y yang, supongo. Cosas de esas de complementarios y opuestos en las que tampoco podía pensar mucho porque me distraía un montón el sabor a tabaco y cerveza de su lengua. ¿Por qué me sorprendía tanto, si habíamos pasado la tarde fumando y bebiendo cerveza? ¿A qué querías que supiera, pedazo de imbécil? No sé, me respondí, mientras intentaba no perder el ritmo del centrifugado: a lavanda, a rosas blancas a la orilla del mar, a moras negras de la infancia, a jabón de la Toja o, qué menos, a flor de azahar. Ni se me ocurrió pensar que yo sabría igual que ella.

El descubrimiento de que las lenguas saben a lo que ha pasado por ellas me perturbó pero no me desagradó. Al contrario. Había algo adictivo en esa mezcla que me animaba y me aislaba del mundo y, sobre todo, me la ponía durísima. Me ladeé un poco porque, a esa distancia, ella tenía que notar mi erección, y temí que se la tomara a mal. Intuía que lo lógico era que la interpretase como un elogio a sus artes centrifugadoras, pero no quería arriesgarme a un bofetón, así que me puse de medio lado, en una postura muy forzada e incómoda que comprometía el equilibrio de ambos. Tampoco sabía qué hacer con las manos, que mantenía discretamente posadas en su cintura, sin ánimo ginecológico. Así estuvimos lo que me parecieron siete eternidades. Cuando nos separamos, estaba dolorido por las torsiones musculares, un poco aturdido y preocupado por cómo recolocármela sin que ella se diera cuenta de que me la recolocaba, tarea imposible sin meter la mano en el pantalón (inciso del narrador que intenta contar hoy lo que pasó en el remotísimo ayer: qué bien nos viene a los escritores en español el pronombre para nombrar los genitales, tanto masculinos como femeninos. Nos falta una palabra intermedia entre polla y pene, y entre coño y vagina, para contar pasajes como este, donde la irrupción de una polla llevaría a la pornografía lo que no aspira a ser más que un número de humor físico, y donde escribir pene daría al párrafo un tono de manual de anatomía y prospecto del todo indeseable. ¿Qué palabra usamos cuando no queremos ser pornógrafos ni médicos? No existe, hay que colocársela y dar por sobreentendido qué se está colocando uno).

Así terminó la Edad Media de mi piel y, si entonces me hubieran preguntado con una encuesta de satisfacción como las de los comercios, me habría visto obligado a sincerarme y a decir que la experiencia me habría resultado muy mejorable. Parece que la Edad Media era algo que todo el mundo deseaba dejar atrás, pero si se preguntaba a un caballero de la orden de Malta o a un monje con derechos feudales, seguramente juzgarían el tránsito al Renacimiento como indeseable. Con lo bien que estábamos en nuestros castillos, amándonos cortésmente entre vidrieras góticas, sin tanta escultura y sin tanto jesuita. Eso me sucedió a mí. Sabía que acababa de superar el rito de paso a mi propio Renacimiento y que dejaba atrás los inofensivos juegos de claustro cisterciense para entrar en la corte de los Borgia y matar o ser matado, pero aquella noche, sobre los adoquines de esa plaza provinciana, sólo sentía mareo y cierto asco. No por ella ni por su boca, que en verdad me habían gustado mucho y estaba deseando volver a centrifugarme dentro, sino por mí mismo. El placer que había sentido no compensaba la culpa de no haber estado a la altura, de haber tardado tanto en

sincronizar mi lengua con la suya y de haber dejado las manos quietas. Mi suspenso era categórico, y el parecido de aquel beso con lo visto en las películas, incluso en las peores, puramente casual.

Cumplí mi promesa de acompañarla a casa y llegamos hasta la puerta de una urbanización de chalets de mucho postín, o que entonces me parecieron de mucho postín, porque yo no había salido de mi barrio de calles en cuesta, tendaderos en la fachada y el sello de los sindicatos en la puerta. Hoy, que sigo paseando por la misma plaza de aquel beso y vivo en un edificio con portero y vistas al bulevar, sé que no era para tanto, que allí viven médicos, abogados y algún comerciante al que no le van del todo mal las cosas, aunque tampoco exageradamente bien. Pero entonces creí que la placa de la empresa de seguridad que presidía el portón estaba puesta para expulsarme a mí. No me atreví a acercarme por si salía un conserje con un bate de béisbol gritándome fuera de aquí, pelanas, no queremos quinquis, o que me diera una descarga eléctrica o se activase un aviso automático a la policía y me detuviesen por violar a la princesa de aquel castillo. Porque eso resultó ser mi ya novia punki: una princesa hija de médicos o de vaya usted a saber qué gente refinada con piano y biblioteca que no iba a dejar impune mi morreo de colegio público de extrarradio.

Ven, no te quedes ahí, me dijo ella.

Y me arrimé, metiéndome en ese portón que no tenía un emparrado, ni hiedra victoriana de novela de las Brontë, ni geranios de patio gitano de Lorca, ni rayos de luna de Bécquer, pero era —vaya si lo era— un escenario mucho más apropiado para un primer beso. En las sombras de la esquina de los porteros automáticos, volvimos a centrifugarnos, esta vez con más pericia por mi parte, que no por la suya, que repitió su síncopa mecánica, lo que me hizo pensar (porque ya podía pensar algo, no estaba tan aturdido como en la plaza) que no debía de ser la primera vez que se centrifugaba con alguien, lo que me avergonzó aún más, porque ella debía de haber notado que yo me centrifugaba por vez primera.

Mantuve las manos castas, pues sabía por las series de televisión que el cortejo humano se despiezaba en fases o citas, como los capítulos de un libro, hasta llegar al coito, que era una parte que se contaba como por encima, muchas veces en elipsis. Sin embargo, ella, mucho más animada en este segundo asalto, tomó mi mano izquierda, la apartó de la cintura y la plantó violentamente en su teta (de nuevo, teta es demasiado obsceno, y pecho, demasiado anatómico: no está hecho el lenguaje español para el amor quinceañero, y no sería justo que me pidieran que solucione yo ahora lo que lleva sin solventarse mil y pico años; así pues, teta se queda). Superada la incredulidad inicial, que me llevó a abrir los ojos un instante para asegurarme de que, en efecto, mi mano izquierda sostenía su teta derecha, tuve que reaccionar con una agilidad que estaba muy lejos de tener y resolver de inmediato el siguiente dilema: ¿convenía apretar, como si ordeñase, o había que masajear con suavidad? Nunca había manipulado una teta (y ahora sí que escribo a conciencia el verbo manipular, aséptico y antipático, porque tocar, lo que se dice tocar, con todas las implicaciones afectivas y poéticas que conlleva tocar, no estaba yo tocando nada, y mucho menos acariciando), así que tracé unos movimientos circulares, acompasados con el centrifugado lingüístico, ni demasiado suaves ni demasiado bruscos, pues temía pasar del placer al dolor, y trataba de imaginar la traslación a mi cuerpo: ¿cómo me gustaría que me acariciasen los testículos? (y no insisto más en esta indecente laguna expresiva del español: mira que verme obligado a escribir testículos en este preciso instante, con todas esas consonantes, que no sabe uno si está hablando de sexo o de etnografía). Pues así, me decía, ni suave ni fuerte. Mi princesa punk me había invitado a su teta derecha y yo debía estar a la altura de ese honor y comportarme como un huésped agradecido y delicado.



Tanto me concentré en la tarea que olvidé disimular la erección, que ella no sólo percibía rotunda, sino que parecía buscar, pegándose muy apretada y frotándose peligrosamente. Las chicas de barrio llevaban la fama, pero mis compañeras de instituto eran unas estrechas sequisimas al lado de mi alegre princesita punk. Y menos mal que un vecino salió del portal y nos obligó a separarnos (ella me empujó, y creo que reprimió una patada y un insulto, para dejar claro ante el vecindario que aquel delincuente venido de la negrísima periferia no era bienvenido en la urba, por muy punki que ella fuera y por mucho que presumiese de ser la nieta de los que perdieron la guerra civil), porque estaba a punto de irme a casa, a mi lejana casa, con los calzoncillos manchados (¿de semen, de fluidos seminales, de poluciones, de lefa, de leche, de corrida? Renuncio a nombrar, en serio, es imposible).

Lo que más me gustó de aquella velada —una vez desaparecido el vecino, un señor con edad de padre que saludó con un gruñido y se marchó a la ópera o a su club de caballeros o a lo que quiera que hagan los ricos por las noches— fue el beso de despedida, beso de verdad, en los labios, sin centrifugados, y un hasta mañana dulce y sonriente, nada punk, casi casi burgués. Y esa certeza me dejó triste y fracasado, medio hombre, apenas un niño que no sabe qué hacer con las manos cuando le plantan unas tetas en ellas, un espécimen defectuoso al que los espartanos, más sabios que nosotros, habrían despeñado.

Emprendí el camino al final de la ciudad decidido a no contar nada de esto a ningún amigo. Al contrario que los demás, que presumían con una cerveza en la mano y abusaban de los detalles y de los gestos para narrar sus primeras incursiones anatómicas como si fuesen Amundsen abriéndose paso por el hielo, yo me guardaría esa noche para mí y ni siquiera me molestaría en urdir una patraña que me dibujara viril y épico. Para qué. Mucho mejor verme a escondidas con ella y no aventar este romance que no se parecía en nada a los que había leído o visto.

Intuía que a los demás les pasaba lo mismo que a mí y que sus primeros besos fueron tan mareantes, torpes y fastidiosos como el mío, y que sólo contaban lo contrario para alimentar un engaño que se transmite de generación en generación desde el primer beso cavernario. En mi mano estaba romper el tabú, plantarme la tarde siguiente ante mis amigotes en el bar cuya puerta imitaba las fauces de un demonio y decir: mentís, todos mentimos. No os gustó una mierda, no disfrutasteis nada. Fue horrible, ¿verdad? Confesadlo, confesad que hubierais preferido estar en cualquier otro sitio en vez de buscando la manera de acompañar la lengua a la suya. ¿Dónde está la gracia, dónde la épica o la lírica? Mienten nuestros padres también, mienten sus cartas de la mili, mienten esos besos al final del verano en la playa de Torremolinos o en las eras de Tarancón o en el guateque del amigo rico que vivía por el Retiro. Mienten nuestros abuelos y sus ay Carmela y sus si me quieres escribir y sus puentes de los Franceses con sus milicianos, qué bien te defienden. Y mienten los bisabuelos y los tatarabuelos, y los amantes de Teruel, y Tristán e Isolda, y Calisto y Melibea, y Romeo y Julieta, esos son los que más mienten. Mienten quienes se enamoran de rayos de luna y mienten todos los donjuanes del mundo y las bobas que por sus brazos han pasado.

Así debería alzarme, cerveza en mano, derribando para siempre ese mito desgraciado que nos atolondra y corrompe. Basta ya de fingir, hablemos claro, caguémonos en el amor.

Como no lo iba a hacer, porque ni siquiera sabía cómo empezar el discurso ni a santo de qué alguien iba a escucharlo en serio, escogí la sombra. Callé, seguí virgen a sus ojos, sin abandonar la Edad Media de la piel, como esas regiones remotas a las que no llegó ni el latín y se mantuvieron rústicas e incultas hasta ayer mismo.

El romance, o lo que fuere, duró lo que dura una primavera, hasta que la noche de San Juan nos

separó y llevó nuestra atención a otras cosas. A la guerra zapatista de México, por ejemplo. Acabábamos de redescubrir la piel, pero nos atraía un tipo con pasamontañas que la camuflaba. El subcomandante Marcos, decían que se llamaba, y yo me preguntaba cómo podía liderar algo un subcomandante, que eso no podía ser, que por encima habría un comandante. Es como si la escuela la dirigiera un subdirector, o el país, un vicepresidente. En los bares donde nos dábamos el lote había carteles y huchas para apoyar la revolución del EZLN, pero nosotros convinimos en ofrecerle sólo apoyo moral, porque no nos sobraban las monedas para tirarlas en huchas y tampoco se nos había perdido nada en aquella selva. Durante unas semanas, la princesa punk y yo nos exploramos con una mezcla de timidez y ansia que no se ha vuelto a dar con nadie. Ese no saber nunca cómo actuar ni qué decir ni qué tocar. Al contrario que los zapatistas, que parecían muy seguros de todo lo que decían y hacían.

Tenía en el brazo izquierdo unas marcas muy raras por las que no me atrevía a preguntar, hasta que ella misma, al sorprenderme mirándolas una tarde que retozábamos entre unos setos del campus universitario, me contó su historia.

Me las hice con una navaja. Si te acercas mucho, puedes leer aún Sid, el resto está más borroso porque no pude acabarlo bien.

Intenté mantener la compostura de hombre de mundo al que ya no le espantan las pasiones humanas, pero tragué saliva y pensé madre de dios: la princesa punk se había escrito en el brazo el nombre de Sid Vicious, el cantante suicida (o algo así) de los Sex Pistols. Cogió una navajita suiza y fue trazando las letras una a una, hasta que la sangre no le dejó ver lo que estaba escribiendo y manchó todo alrededor. Recordé a Carrie, el personaje de Stephen King, cubierta de sangre en la fiesta del instituto, pero a la pobre Carrie la habían bañado con sangre ajena (y animal), mientras que mi princesa punk se había escrito eso ella solita. Tenía un montón de preguntas que no me atrevía a hacer. ¿En qué letra te diste cuenta de que estabas haciendo una gilipollez? ¿Por qué Sid Vicious, si ni siquiera era músico, si no tiene la menor gracia? ¿Qué mierda de héroe es Sid Vicious? Por lo que pude adivinar, aquel intento de *body art* terminó en la sala de urgencias, unas sesiones de curas y una cajita de antibióticos, y supongo que también con la angustia culpable de esos padres médicos, que se preguntarían qué diablos habían hecho tan mal para encontrar a su única hija, la niña de sus entretelas, en el estado previo al ingreso en una clínica psiquiátrica de los Alpes suizos.

Pensaba en esos pobres padres, tan desgraciados en su urbanización de lujo, contemplando el jardín con sendos martinis en la mano, bien preparados por la mucama filipina, preguntándose en silencio qué hacer, si se lo habían dado todo: buenos colegios, un piano, libros infantiles en tapa dura, una minicadena Philips, un curso de inglés en Dublín y vacaciones en hoteles con media pensión en playas del Mediterráneo aún no del todo masificadas. Tenía ganas de decirles que los entendía, que estaba con ellos, que no formaba parte del enemigo. Si ni siquiera me cae bien el subcomandante Marcos, quería decirles, y me entristecía saber que no me creerían, que pensarían que era uno de los que habían echado a perder a su princesita y la habían transformado en ese monstruo punk con cicatrices en los brazos.

Tanto simpatiqué con la causa de aquel matrimonio que empecé a ver a mi novia con sus ojos, y todo se me hizo desagradable y censurable. Qué poco femenina, ciertamente. Y su laconismo, ¿era timidez o antipatía? No hablábamos mucho y ni la relación ni ella se parecían en nada a las relaciones y a las novias de la tele. No tenía amigas con las que parlotear sobre chicos mientras se cepillaban el pelo unas a otras, no se maquillaba, no le gustaba la ropa, no se peinaba esos rizos

negros que le crecían enredados y, hasta donde pude ver —porque la exploración de las pieles tuvo límites impuestos por la edad y el frío de los parques públicos y los portales—, no se depilaba nada, ni siquiera ese mostachito que le ensombrecía el labio.

Tal vez fuera mucho pedirle a un pedazo de imbécil de quince años atontado por el cine y la televisión que apreciase la belleza de lo singular y salvaje, ese pequeño triunfo de la voluntad que era ella, tan morbosamente chicazo, tan libre de cualquier manada y tan despectiva de cualquier modelo de conducta o plan de futuro. Tuve en mis manos una flor silvestre y la desprecié porque quería un rosal como los que había visto en los escaparates de las floristerías. Y no me agarro a esta imagen botánica porque suene fácil, sino porque paseo a diario por el lugar donde di ese primer beso y contemplo al pasar las rosas, begonias y alegrías que lo adornan, para deleite del vecindario, tan imbécil como lo fui yo, que al menos contaba con la excusa (débil, pero excusa) de tener quince años.

Muchos años después de aquel beso y de aquella novia punk, el ayuntamiento de Zaragoza transformó el bulevar y la plaza para meter un tranvía. Las obras duraron muchos meses y convirtieron aquella tristura desangelada en un paseo alegre y bailón, con menos tráfico y muchos paseantes. Al urbanista que diseñó el bulevar se le ocurrió ajardinarlo con vegetación autóctona. Con un sentido muy fino, interpretó el paisaje árido y desértico de los alrededores y creó unos jardines muy chinos, con piedras y arbustillos de la estepa. Además del acierto de ensartar el paisaje en la ciudad misma, resolviendo la contradicción entre ambos, aquellos jardines requerían pocos cuidados y muy poca agua.

Por supuesto, en cuanto los vecinos vieron el resultado, se levantaron en armas contra aquel secarral. ¿A eso llamaban jardines? ¿Dónde estaba la hierba? ¿Y las rosas? ¿Y los setos altos y primorosamente podados *alla manera* de Versalles? Tanto gruñeron y rezongaron y graznaron que el ayuntamiento hubo de darles la razón y plantar flores y plantas tropicales como si Zaragoza, pese a los esfuerzos de Agustina de Aragón, fuese francesa y compitiera por el título de *ville fleurie*, derrochando millones de litros de agua en una región donde apenas llueve una semana al año.

Fui con mi princesa punk tan zafio, violento e ignorante como aquellos vecinos del bulevar con los jardines esteparios. Ciego por las cicatrices de Sid Vicious, no entendí ni intuí la enorme delicadeza de una chica solitaria, dolorosamente consciente de su individualidad, separada del grupo como un ñu cojo. Ese simulacro suicida de escribirse en el brazo el nombre de alguien tan desgraciado como ella misma, que había alcanzado con la muerte la forma más sublime de singularidad. Esa valentía de no parecerse a las series de la televisión, pero tampoco a los nietos de los que perdieron la guerra civil, con quienes tal vez se compartía una estética, pero rara vez una ética, porque la suya era corporal y silenciosa. Una mujer ya libre en una edad en la que todos, yo el primero, vivíamos prisioneros de las moralejas de las teleseries y de las revistas juveniles. También me asustaba esa libertad, la forma en que me animaba a descubrirla, cómo guiaba mis manos por los pliegues que no me atrevía a tocar y la delicadeza con la que escarbaba en los míos. No eran esos movimientos los de alguien acomplejado por su peinado o el vello de su cara. Hasta la manera en que me enseñó y me explicó las cicatrices del brazo denotaba una seguridad impropia de lo que éramos y de lo que hacíamos. Yo he tardado muchos años en aceptar mi cuerpo enfermo y dolorido con la misma alegría con que ella aceptaba ya entonces el suyo, por lo demás perfecto y bellísimo.

Si la recuerdo ahora es porque no puedo volver atrás para darme una paliza o escupirme a mí mismo en la cara. Se cuentan estas cosas como sucedáneo del látigo, para que quede constancia, al

menos, de lo mucho que desprecio a ese pedazo de imbécil, quince años juncales, bueno para nada. Me avergoncé de mi princesa punk, a la que ya ni siquiera llamaba así (simplemente, la tía esa con la que me enrolló hasta que salga algo mejor), cuando era ella la que debía sentir una vergüenza enorme de mí.

Todo acabó la tarde en que me atreví —dios mío, cómo fui capaz de decirlo en voz alta— a sugerirle que había métodos —cera, maquinilla— para eliminar esa sombrita que afeaba su labio superior, y que a Sid Vicious, allá en el cielo de los punkis, no le importaría que se peinase un poco de vez en cuando. Me miró sin rabia. No respondió. Había en sus ojos una tristeza resignada e infinita. Tal vez había visto en mí algo que ni yo mismo veía y creyó en algún momento que podía entenderla. Algo hice o dije que le había dado esperanzas de encontrar en mí a esa persona que no juzga, que acompaña, que no quiere transformar a los demás en lo que no son y que disfruta paseando por jardines esteparios de piedra y cactus sin sentir jamás complejo de jardín inglés y sin empuñar nunca las tijeras de podar. No dijo nada y me miró unos segundos que bastaron para darme cuenta de la barbaridad que acababa de cometer. No lo confieso con ánimo de exculparme, pero me arrepentí nada más decirlo. Ni siquiera me atreví a suplicar un perdón.

No pude empezar peor el Renacimiento de la piel. Por eso sigo añorando la Edad Media que no recuerdo. Por suerte, mi enfermedad me cubrió de escamas, encapsulándome fuera del mundo con un pasamontañas zapatista.

## Cuando acaba la jornada de trabajo

Érase una vez, hijo, una cantante de voz aguda que cantaba como una niña fantasmagórica, componía como un ágrafo y bailaba como un epiléptico. Y, sin embargo, compuso, cantó y bailó una de las canciones más importantes del mundo. Por supuesto, tu padre no apreció la importancia de dicha canción hasta que fue muy adulto, tan adulto como lo ves ahora, ya casi en el desguace, en esta edad en que las cosas se dicen como de pasada porque nadie las escucha. Hay que estar muy sordo y ofuscado para no sentirse interpelado por la letra y arrastrado al baile por la música, pero mientras el mundo bailaba y cantaba esa importantísima canción, yo refunfuñaba desde el fondo del bar, parapetado dentro de un burka de algodón cien por cien con dibujos de grupos heavies, perdiéndome no sólo mi propia adolescencia y arruinando el Renacimiento de la piel, sino despreciando una obra de arte sublime que hablaba de mí más que todas las canciones que he escuchado en la vida.

Para entonces, mediada la década de 1990, ya era una canción vieja, aunque no pasada de moda, porque nació clásica. Entonces sonaba mucho en cualquier ocasión, como suena ahora. Puede aparecer en mitad de una película y es raro que falte en una buena fiesta. Hay más de veinte versiones famosas y se ha reescrito en todos los estilos. Se ha ennoblecido con violines, con voces melódicas, con tiempos de jazz, con guitarras acústicas, con armatostes de heavy metal, con arreglos orquestales y hasta con coros de iglesia. Me gustan muchas de ellas, pero la mejor sigue siendo la primigenia: destartalada, organillera y rústica.

Para aquel que por desgracia fui yo, la frivolidad era un delito de lesa juventud, por lo que me irritaban hasta el escalofrío todas las canciones de las listas de éxitos. El pop era la expresión más banal del consumismo capitalista, y nosotros, los nietos de los que perdieron la guerra civil, no podíamos tolerar esa alienación burguesa y esa celebración idiota de la ignorancia, mientras los zapatistas sufrían en la selva Lacandona. Eran tantos y tan graves los problemas del mundo que parecía imperdonable tanta alegría. Menos mal que vino Kurt Cobain a borrar de un escopetazo la purpurina y el confeti, y con él llegaron un montón de tristes metidos en camisetas de franela con los que, si bien no se podía hablar porque eran lacónicos, podía uno entenderse y condolerse de la marcha catastrófica del planeta. Algunos hasta se suicidaban, pero la mayoría nos contentábamos con suspirar.

Las chicas sólo quieren divertirse, decía la canción. Y no decía más. El estribillo era el todo. ¿Cómo que divertirse, por dios? Las chicas querrán mirar la lluvia tras los cristales de su cuarto propio o escribir versos de Neruda en la carpeta de apuntes. Desde luego, las chicas de mi barrio no querían divertirse nunca. Las más listas querían que la nota les diese para estudiar medicina. ¿Quería divertirse mi exnovia punk? ¿Se estaba divirtiendo cuando escribió el nombre de Sid Vicious con una navaja en el antebrazo?

Si «Girls Just Want to Have Fun» transmite tantísima verdad es porque la cantaba una chica acostumbrada a pasarlo mal. Cynthia Ann Stephanie Lauper nació en Queens en 1953, hija de una madre siciliana y de un padre que se fue a por tabaco y no volvió, como el Conejo de Updike. Creció en un vecindario de inmigrantes, ruidoso y muy gritón, donde notaron pronto que se le daba muy bien

la música. En su familia no eran insensibles al talento y le regalaron una guitarra. A fuerza de machacarla, consiguió una beca para un instituto de artes, donde ingresó a los quince años. Pero aquello no era Salzburgo ni ella componía óperas, así que se distrajo mucho con la ruidera de Queens y no fue capaz de seguir el ritmo calvinista del centro escolar.

Corrían los últimos años hippies y lo raro era no escaparse de casa. Cyndi empezó una vida vagabunda, tocando en bares con serrín en el suelo y trabajando de camarera en los pueblos donde caía. Cantaba bien y enamoraba a los gañanes desde el escenario, por lo que acabó enredándose en un grupo y en un pequeño contrato discográfico. Parecía que todo empezaba a funcionar, pero en 1977 (tenía veinticuatro años) enfermó de las cuerdas vocales y se sumió en una afonía atroz.

Adiós, escenarios. Adiós, contratos discográficos. Adiós, dinero.

Cyndi regresó a la vida que no había abandonado del todo. A preguntar en los bares y en las tiendas si necesitaban personal, a contar los dólares y los céntimos para pagar alquileres y a no divertirse nunca, porque salía muy caro.

Cuando recuperó la voz, se juntó con un par de músicos y encontró eso que todo artista encuentra cuando ya no lo busca: un mánager. Un tipo que los vio tocar, les ofreció correr con los gastos y buscarles bolos y un disco. Decidieron llamarse Blue Angel, y el disco que grabaron resultó un éxito de crítica. Es decir, que gustó mucho a los críticos que lo recibieron gratis para reseñarlo en las revistas, pero nadie pagó un dólar por él. Los ejemplares se quedaron sin tocar en los expositores de las tiendas y volvieron al almacén de la discográfica en las mismas cajas en que salieron. El mánager, tan dispuesto y simpático antes, les dejó colgados y les reclamó además un dineral que Cyndi no podía pagar.

Vuelta al punto de partida. A preguntar en las tiendas del Soho si buscaban una dependienta o una camarera o una cajera.

Cualquier trabajo está bien, necesito la pasta.

Cyndi tenía ya casi treinta años y demasiadas oportunidades perdidas. Ya no era la chica simpática de voz seductora de la que se compadecían los tenderos italianos de Nueva York, sino casi una señora sin oficio ni beneficio que empezaba a incordiar demasiado. Por si fuera poco, aquella afonía le había cambiado la voz. A juicio de algunos críticos y de ella misma, era más expresiva. A juicio de los gañanes borrachos de los bares donde actuaba, era más ratonera y mucho menos sexy.

Según la teoría de los cuentos de hadas, estas alturas de la trama son muy tardías para que entre en escena el caballero salvador. La princesa se ha echado a perder del todo y debe correr la suerte del resto de princesas moras encerradas en lo más alto de la más alta torre: languidecer hasta su muerte, contándose las arrugas, o acelerar el final despeñándose por el barranco. Pero fuera de los cuentos de hadas, los caballeros heroicos aparecen cuando les da la gana, y David Wolff supo de la existencia de Cyndi Lauper una noche en que andaba de copas por Nueva York y se apalancó en el bar donde ella le arrancaba a la guitarra unos acordes desganados y alimenticios. Decir que se enamoró no es exagerado. Le ofreció todo lo que un productor puede ofrecer a una chica con una guitarra en un club de Nueva York a las tantas de la mañana, y Cyndi, que ya estaba harta de que los productores le ofrecieran palacios y jardines, se dejó invitar a las copas y se fue a dormir porque al día siguiente tenía turno doble en el supermercado o en la cafetería o donde fuese.

Pero el tal Wolff era un caballero heroico de verdad, de los de antaño, de esos que irrumpen en los despachos de las discográficas y allí se quedan hasta que consiguen que algún ejecutivo cínico y cocainómano escuche entera (¡no te levantes, que aún no ha terminado!) la maqueta de la que —no lo

dudes, tío— va a ser tu nueva estrella.

Si tú lo dices, le respondieron mientras le extendían un cheque sin demasiado entusiasmo, porque sabían que la única forma de quitárselo de encima era firmarle un cheque.

Se trataba de un contrato con la filial de una discográfica grande. Es decir, que la empresa nadaba y guardaba la ropa. No estaba mal, pero tampoco estaba muy bien. A Cyndi le valía. Grabaría un disco, se lo curraría. Con suerte, ganaría algo de dinero y liquidaría las deudas. No, no estaba mal.

En septiembre de 1983 salió a la venta *She's So Unusual*, y las radios empezaron a pinchar el primer sencillo: las chicas sólo quieren divertirse. La MTV difundió el videoclip, una producción prácticamente casera cuyo reparto estaba formado por la madre siciliana de la propia Cyndi; un luchador famoso de Queens, que accedió a interpretar el papel de rudo padre italiano porque le caía simpática la muchacha, y todos los amigos y colaboradores de la cantante, que, a cambio de unas cervezas, se dedicaron a bailotear y a hacer bulto de la forma más inconsciente y menos profesional posible.

Y, de pronto, el disparate.

La canción devino himno en muy pocas semanas. Las tiradas de los discos se agotaban conforme salían de las máquinas. Se colocó en el número uno en más de diez países, y el número dos en Estados Unidos. Y Cyndi Lauper se convirtió en leyenda.

«Girls Just Want to Have Fun» no era una canción suya. La había compuesto un músico a sueldo de la discográfica, pero Cyndi la reescribió por completo, salvo el estribillo. La letra original hablaba de un gañán picaflor que se acuesta con un montón de mujeres porque, según dice a modo de disculpa, las chicas sólo quieren divertirse. En la voz y las manos de Lauper, esa idiotez machistorra se transforma en un canto de afirmación feminista y *working class*. «Girls Just Want to Have Fun» es la canción socialista más hermosa jamás escrita.

Mi yo adolescente creía que una canción socialista no debía decir, como decía esta, que cuando acaba la jornada de trabajo, las chicas sólo quieren divertirse (*when the working day is done / girls they want to have fun*). Lo correcto sería: cuando acaba la jornada de trabajo, las chicas sólo quieren apropiarse de los medios de producción mediante una acción violenta liderada por una vanguardia revolucionaria que aniquile a todos los capitalistas e instaure la dictadura del proletariado. Pero hasta mi yo adolescente entendía que tales ortodoxias marxistas eran difíciles de rimar, de cantar y de bailar en una pista.

Con el marxismo sucede como con todas las religiones: las lecturas literales de sus textos sagrados estropean la poesía que contienen. El yerno de Marx, Paul Lafargue, pasa por ser el primer hereje que se dedicó a leer a su manera a su suegro, y publicó un opúsculo maldito titulado *El derecho a la pereza*. Que Lafargue fuera un cubano mulato de familia francesa ha inspirado multitud de chistes. Cómo no iba a ser un caribeño el primer marxista en defender el derecho a tumbarse a la bartola. Los alemanes fundadores eran trabajadores a destajo que creían que su movimiento iba de trabajar más. El socialismo no se construía solo ni llenando el movimiento de vagos. Las revoluciones son siempre para quienes se las trabajan.

La idea del ocio que ha propagado la ortodoxia del socialismo es un ocio útil, orientado a la realización completa de la personalidad, algo sólo posible en un mundo sin clases. El sueño dorado de un buen socialista es una sociedad de obreros disciplinados y autoconscientes que en su tiempo libre leen a Shakespeare y escuchan a Bach, apropiándose así también de esa cultura burguesa. El orden de decomiso es el siguiente: se apropia primero uno de la fábrica; luego, de los palacios y los

muebles que contienen, y finalmente, de la cultura en sí. Pero nadie habla aquí de diversión, sino de sacrificios. Todo el proceso es serio y barbado.

Esa es la idea socialista que acabó con Stalin chapoteando en la piscina de Sochi. Tan concentrados estaban en su tarea revolucionaria que no repararon en que quien roba y asesina a un tirano para ocupar su cargo y vivir en su palacio acaba convirtiéndose por fuerza en el mismo tirano. O en algo peor: un tirano convencido de tener la razón. Eso ya lo sabían los griegos, que la mejor forma de convertirte en tu padre es matándolo.

El socialismo de la pereza, o el socialismo lauperiano, empieza por desentenderse del poder. Qué más me da a mí quién mande, si el que manda lo hace siempre igual. El hecho de mandar delata al déspota. Es más, el hecho de querer mandar, el simple deseo de poder, ya revela una personalidad autoritaria con la que es mejor no tener tratos. El socialismo lauperiano se resigna —con una elegancia que habría aplaudido Nietzsche— a que el poder siempre va a joderte. Aunque lo ejerza tu mejor amigo, da igual. El poder, en sí mismo, es una mierda que cae sobre todos los que se someten a él. Por tanto, empecemos por reconocernos entre nosotros. Si el sujeto del socialismo es la humanidad jodida, busquémonos entre nosotros, jodidos del mundo, y leamos a nuestra manera la última arenga del *Manifiesto comunista*, esa que dice: los proletarios no tienen nada que perder más que sus cadenas; tienen, en cambio, un mundo que ganar.

Los socialistas de la barba y el ceño fruncido del socialismo laborioso (a veces, laborista) creyeron que ese mundo que ganar era el del poder político. Por eso unos se dedicaron a presentarse a las elecciones, allí donde había elecciones, y otros se dedicaron a masacrar a la familia del zar, allí donde había zares con familia. Pero el socialismo lauperiano cree que el mundo que ganar no es ese tan banal y maloliente del poder. Ganar el mundo no significa gobernarlo, sino vivirlo como te dé la gana. Los socialistas lauperianos queremos el mundo para bailar, pasearlo y disfrutarlo sin dar explicaciones ni pedírselas a nadie.

Esto, en rigor, no sería un pensamiento socialista, sino anarquista, pero se hace indudablemente socialista en este verso del estribillo: *When the working day is done*. Esto expresa un compromiso firme de los socialistas lauperianos con el trabajo. Como han reconocido que la humanidad jodida es, fundamentalmente, la humanidad que trabaja, no renuncian al trabajo como forma de solidaridad y cohesión social. La doctrina nació en Queens, entre hijos de inmigrantes italianos: el trabajo es lo único que los define. De acuerdo, dice, cumplimos nuestra parte. Somos currantes y curramos, pero al terminar la jornada, somos nuestros, nos pertenecemos a nosotros. Y nosotros somos nuestra diversión.

Al expresarse en femenino, la doctrina tiene mucha más fuerza, porque hasta los socialistas machos más obtusos se conceden a sí mismos cierto derecho a la diversión y a la pereza de los trabajadores. De camino a casa al salir de la fábrica podían parar un rato en el ateneo obrero (ya que la taberna es un antro de alienación, y el cine, propaganda capitalista), pero las chicas no podían desviarse, pues en casa tenían esperando la cena de los niños y la colada. Desde los tiempos de las vestales, las mujeres han podido ser instrumento de diversión para los hombres, pero no divertirse ellas mismas.

En el pueblo gallego donde pasamos los veranos conservan un lavadero con pila de piedra por donde aún corre el agua del río a cuyas orillas se levanta. El ayuntamiento ha colocado unas cartelas de museo explicando la historia del lugar como un homenaje a las mujeres de la villa, que en ese sitio encontraron un punto de encuentro social de charla y risa. La lectura me sume en una tristeza



suave. Lo que quieren decir esos textos es que muchas generaciones de mujeres vivían esclavas de sus propios domus, y el único momento en que podían relacionarse con gente de fuera de su familia y trenzar amistades entre ellas era golpeando la piedra mojada en las mañanas soleadas de invierno hasta cuartearse la piel de las manos. Allí, sin la vigilancia de maridos ni clérigos, se expresaban en libertad, contaban intimidades, se hacían chistes y reían hasta el flato. Se divertían, sí, pero con una diversión histérica y desesperada muy parecida a la de los presos que salen al patio a dar un par de vueltas.

La clave revolucionaria del himno está escondida en una estrofa, en un verso que dice que ella quiere caminar al aire libre o al sol (*I wanna be the one who walks in the sun*). La diversión es social, no se puede ejercer en un lavadero a las afueras del pueblo y escondido de las miradas censoras de los hombres. Mi diversión no es un acto de fe privado del que puedes desentenderte. Mi risa tiene que llegar hasta tu ventana. Ya no vas a poder fingir que no existo. Estoy aquí, en el mundo, y si te cruzas conmigo te vas a enterar de mi jolgorio. Y a lo mejor te despierto mientras duermes. Y a lo mejor te ofendo cuando sales de la iglesia con tu familia. Y a lo mejor te incomodo y te estropeo el silencio decente con el que paseas por los jardines públicos. Si ello sucediera, te jodes, porque las chicas sólo queremos divertirnos, y al lavadero del pueblo puedes irte tú, que yo voy a correr por el centro de la ciudad con mi ropa sucia.

Cyndi Lauper se expone, como chica que quiere divertirse y como artista sobre un escenario o frente a una cámara de cine. Su cuerpo expresa tanto como su voz, y su apariencia aniñada y frágil, casi de porcelana, contrasta mucho con su baile espasmódico y la forma felina con la que se apodera de todo el aire. Cuando Lauper irrumpe en un escenario o sale en un plano, no hay forma de mirar a otro sitio que no sea ella. Tiene ese magnetismo que seduce a los productores discográficos cuando lo ven en un club de Nueva York a las tantas de la madrugada. *I wanna be the one who walks in the sun* es una declaración radical de intenciones: Lauper nunca se esconde, nunca se tapa, nunca hace de sí misma un enigma. Lauper refleja en su piel toda la luz del mundo.

Por eso fue tan trágico que un dermatólogo le confirmara el diagnóstico que se temía: señora Lauper, padece usted una psoriasis muy grave.

Una enfermedad de brujas para la chica divertida que habría sido condenada por bruja en otros siglos.

Llegó tarde, en 2010, cuando su personalidad hacía mucho tiempo que se había diluido en el icono pop, y su cuerpo, su palidez y sus ojos achinados eran a la vez piezas de museo y marcas comerciales registradas. Una psoriasis brutal que le cubrió casi toda la piel con placas enormes, deformándola y convirtiéndola en un monstruo del pantano o una zombi descarnada. Los brotes fueron muy agresivos. Según sus propias palabras, sentía que se hervía. Pasaba los días en la cama con calmantes y antitérmicos, porque sufría accesos de fiebre debido a la incapacidad de la piel para regular la temperatura del cuerpo. El mal se cebó con ella en su peor forma.

Cualquiera en su lugar se habría recluido entre las tramoyas. Lauper, por entonces compositora y productora de musicales en Broadway —con éxito, acababa de ganar un Tony por *Kinky Boots*—, podría haber huido tras la escena y haberse convertido en una sombra con máscara, pero en la fuga habría traicionado su grito de guerra: *I wanna be the one who walks in the sun*. Con la piel escamada, sin el menor recuerdo de la chica que quería divertirse y agitaba las faldas de su vestido rojo de verano por las calles de Nueva York, se propuso mantenerse firme en la doctrina socialista lauperiana. El mundo se iba a enterar de su enfermedad como se enteró de sus ganas de divertirse.

Lauper ha contado muchas cosas de lo que ha llamado, sin ánimo hitleriano, su lucha. Incluso ha enseñado fotos de algunas partes de su cuerpo completamente cubiertas por lesiones eritémicas, más propias de un manual de dermatología que de una revista de música pop. Quiere contar un cuento que termina bien, y con él quiere animar a los enfermos. Es algo común a las escasísimas mujeres famosas que han confesado padecer psoriasis: se exponen para normalizar su mal. Por ejemplo, la nadadora olímpica Dara Torres, obligada por su profesión piscinera a enseñar el cuerpo en bañador. O la modelo Cara Delevigne, que llena sus redes sociales de fotos desacomplejadas e incluso agresivas de sus manchas y placas, en actitud rapera y gansteril, desafiando a cualquiera que tenga algo que decir. O la inclasificable estrella posmoderna Kim Kardashian, que no maquilla ni oculta las lesiones y habla de ellas con naturalidad chabacana.

Por lo general, las mujeres famosas con psoriasis enseñan más y confiesan menos que los hombres famosos con psoriasis. Les mueve, además, un afán solidario y didáctico que va más allá de la autoestima y el descaro. Las pocas mujeres que se atreven a enseñar su enfermedad lo hacen con la intención de echar una mano a los miles de sufridores que la viven con vergüenza y angustia. Le quitan importancia, se ríen, dan consejos prácticos para superar las molestias del día a día y protagonizan campañas de las asociaciones de enfermos y de las sociedades de dermatología. Los hombres, en cambio, no posamos con las manchas, siempre ocultas bajo camisas y chaquetas, y cuando hablamos o escribimos sobre ellas lo hacemos en tono ensimismado y trágico, sin la menor gana de ayudar a nadie ni ponernos como ejemplo. La psoriasis es nuestra corona de espinas, y nuestro relato es de pasión sufriente, pero sin moraleja ni redención, ni por nuestros pecados ni por los de la humanidad. Algunos hombres poderosos incluso pueden usarla a modo de atributo de poder, como se intuye en la carta del tarot de Stalin.

Puede que esto no responda a una diferencia de actitud entre hombres y mujeres, sino a que los mejores testimonios sobre la enfermedad los han escrito hombres intelectuales, y las mujeres de las que tenemos noticia son figuras públicas, pero no literarias ni poderosas. Tal vez nos faltan una Simone de Beauvoir o una Virginia Woolf con psoriasis, capaces de sublimar la experiencia de la piel a través de un filtro intelectual feminista y femenino.

Cyndi Lauper sintió desde el diagnóstico la necesidad de convertirse en una especie de virgen de los milagros ante la que los leprosos y sarnosos del mundo pueden dejar sus exvotos. Santa Cyndi Lauper demuestra con su palabra lo cerca que el socialismo (incluso el lauperiano) está siempre de la religión y cuán fácilmente se transforma en ella.

Lauper se puso a disposición de las sociedades de dermatología y de los colectivos de pacientes para difundir su experiencia y sus consejos. Por ejemplo, recomienda mucho evitar el estrés, algo que ella, muy nerviosa por naturaleza, sólo consiguió a través del estudio y la práctica del reiki. Cuidar la dieta, evitando grasas, chocolates y alcoholes, era también muy importante.

¿Qué más cosas? Pues dedicar tiempo a una misma. Reservar cinco minutitos cada día que nada ni nadie pueden violentar. Tener un espacio, un cuarto propio. El yoga por la mañanita al despertar. Y meditar, meditar mucho. Ella seguía a una gurú tibetana, Pema Chödrön, cuya voz la llevaba al nirvana o por ahí cerca, pero también recomendaba, por ser más asequible para el gran público, una *app* de meditación para teléfonos móviles de Russell Simmons.

Y buen rollito, claro. Y sonreír y querer a tu familia y dejarte querer.

Venga ya.

Y una mierda, Cyndi.

Cualquier enfermo grave de psoriasis sabe que no hay forma de meditar cuando la piel te pide que te rasques y que nada cambia por zamparse unas onzas de chocolate, untar pan en la salsa de un guiso o apurar la botella de vino de la cena.

Lo que funciona son las drogas. Las duras y las caras. Las que fabrican grandes empresas sin gurús tibetanos.

Y Cyndi lo sabe.

Vaya si lo sabe.

En 2018, la estrella del pop Cyndi Lauper lanzó su última canción, titulada «Hope». A años luz de la mayoría de sus éxitos, es una tonadita que da palmadas de ánimo inspirada en la lucha de la autora contra su psoriasis. Insiste, eso sí, en el núcleo de la filosofía socialista lauperiana: mírame, dice, y míranos. Es coherente con el empeño de hacer protagonistas a quienes en la vida sólo son actores de reparto o figurantes. Pero, más allá de eso, «Hope» es un espanto cursi que desmerece la frescura y la gracia de la mejor Lauper. Insta a mirar a quien la sociedad oculta o a quien se oculta a sí mismo por miedo a esa sociedad. Insta a ver a los monstruos, pero los monstruos están tapados en el vídeo musical. Incluida la propia Cyndi, que a sus sesenta y cinco años tal vez no se sienta tampoco con ganas de corretear con vestidos de verano por las calles de Queens.

Crítica y banal, pero de una banalidad plana, no como la banalidad militante y polimórfica de antaño, «Hope» sólo puede animar a las almas más simples del purgatorio de los sarnosos.

Pero lo importante de «Hope» no es la canción, ni la música ni la letra. Lo importante es que no ha sido producida por ninguna discográfica ni por nadie del negocio musical. El editor y promotor del tema es Novartis, una de las mayores empresas farmacéuticas del mundo y la comercializadora de Cosentyx, uno de los mejores fármacos contra la psoriasis.

Cyndi Lauper podrá repartir mucha esperanza con versos desganaos y podrá dar muchos consejos para meditar y respirar acompasadamente, pero lo que le ha salvado han sido los chutes de Cosentyx, un medicamento biológico complejísimo desarrollado en los laboratorios más vanguardistas y secretos.

Novartis lleva muchos años centrándose en el tratamiento de la psoriasis desde la raíz. Es decir, que no trata los síntomas, como se hacía antes con cremas y corticoides —y como se sigue haciendo en los casos más leves—, sino que desactiva los mecanismos biológicos que los provocan. Desde que se descubrió que la psoriasis es la expresión cutánea de un grupo de enfermedades autoinmunes mucho más profundas, la investigación se ha centrado en cómo alterar el sistema inmunológico del paciente para que deje de atacarse a sí mismo. Porque suprimir las defensas es fácil, como sabe cualquier enfermo de cáncer: es, básicamente, lo que hace la quimioterapia. La clave está en hacerlo de forma que sea a la vez eficaz (es decir, que blanquee la piel y elimine el resto de síntomas, como la artritis y el reuma) y segura (es decir, que no deje al paciente indefenso y condenado a vivir en una burbuja aséptica para no morir de un resfriado).

No me parece mal que el socialismo lauperiano, fundado para vindicar la diversión de las chicas de los barrios obreros, acabe siendo un instrumento del capitalismo internacional. Lo que suena feo es que lo esconda tras el reiki y la meditación y no se atreva a hablar a las claras. La Cyndi Lauper de 1983 que quería caminar bajo el sol se habría mostrado partidaria de los chutes de Cosentyx y habría cantado: cuando la jornada de trabajo termina, las chicas sólo quieren curarse la psoriasis mediante métodos científicos probados. Las chicas no quieren perder el tiempo con mantras tibetanos ni sustituir el café por agua de chía. La Cyndi Lauper de 1983, al fin, convocaría a su mánager, a su

madre siciliana y a sus amigos gritones de Queens y, bailando con espasmos robóticos y agitando un vestido rojo, asaltaría la fábrica de Novartis y repartiría dosis de Cosentyx entre todos sus admiradores aquejados de psoriasis. Ella misma les pincharía con jeringuillas desechables cantando sin parar que las chicas sólo quieren divertirse. La Cyndi Lauper de 1983 sacaría a bailar una conga a la gurú tibetana Pema Chödrön mientras hacía burlas y cuchufletas de sus cánticos sagrados.

Cyndi Lauper y yo parecemos condenados a no coincidir nunca en el mismo lado de la vida. Mi yo adolescente, que despreciaba sus ganas de divertirse y no entendía la grandeza de su socialismo, se habría tomado muy en serio las técnicas de meditación de Pema Chödrön y sus consejos paracientíficos de hoy, mientras habría denunciado la instrumentalización de su mensaje por las malvadas industrias farmacéuticas, utilizando alguna frase del subcomandante Marcos como apoyo argumental. En cambio, mi yo de hoy, que admira y se rinde ante el socialismo lauperiano de las chicas que quieren divertirse, no puede con el misticismo orientalizante de «Hope» Mi yo joven está con su yo vieja, y su yo joven está con mi yo viejo.

Algo tan grande como «Girls Just Want to Have Fun», cuyo peso en la cultura de occidente es muy superior a la mayoría de los artistas y escritores que se elogian en las secciones de cultura de los diarios importantes, no se echa a perder por una baladita de autoayuda financiada por Novartis tantos años después. Lo bueno de las obras maestras tempranas es que redimen a sus autores de toda la decadencia posterior: un chispazo de genialidad juvenil vacuna contra una vejez desorientada.

Los sarnosos, los monstruos, las brujas, los leprosos y todos los que viajamos juntos río abajo en la nave de los locos, atracando en los lazaretos de las orillas, no encontraremos la menor esperanza en «Hope», pero podemos echarnos a bailar con «Girls Just Want to Have Fun» mientras los cuerdos, los bronceados, los guapos, los atletas y los repeinados se burlan en la orilla a nuestro paso. Podemos seguir proclamando nuestro derecho a caminar al aire libre y a divertirnos. El socialismo lauperiano vibra en cada una de las más de veinte versiones de una canción que nos abofetea y nos abronca por compadecernos tanto. No te rasques y enseña. Mira y que te miren.

Me habría gustado entenderlo en aquellos años de camiseta negra en que no caminaba bajo el sol y me escondía al fondo de los bares, pero entonces aún no era el monstruo que soy ahora.

# Conversaciones con un rey de piedra

Además de flores y hierba espesa, en la plaza donde di el primer beso hay un rey de piedra. En el pedestal se lee: *Zaragoza, a su gran rey Fernando el Católico*. El gran rey está de pie y da la espalda al centro. Mira a las afueras, como queriendo irse. Si fuese una obra de arte contemporáneo se titularía *Homenaje a un rey que desprecia a quienes le homenajean*, lo que le acercaría mucho al divismo pop moderno. Dan ganas de colocarle detrás un grupo escultórico de *paparazzi* que le pregunten a gritos: majestad, ¿adónde va? ¿Por qué nos abandona? ¿Volverá algún día?

El gran rey sostiene la espada con la izquierda y recoge la derecha en el lomo, como un paseante distraído. Pese al espadón, no hay marcialidad, ni siquiera majestad. Se lo ve aburrido, como esos jubilados que merodean a su alrededor. Si en vez de espada portase un periódico enrollado, Fernando el Católico no se distinguiría de cualquier otro señor de la plaza.

La estatua es importante no sólo porque fue testigo de mi primer centrifugado lingüístico, sino porque marca el limes de mi ciudad. Rara vez rebaso el cuerpo del rey. Cuando salgo de casa, camino casi siempre hacia el norte, en dirección al centro. Cuando voy hacia el sur es porque me dirijo al hospital, y eso queda fuera del mundo civilizado.

Ahora saludo con cierta frecuencia al gran rey porque he retomado la rutina del enfermo tras unos años de descreimiento, cuando me convencí de que la piel no merecía un sacrificio tan grande y que la peregrinación al hospital era para débiles y frívolos. Porque yo, a diferencia de todos esos peleles ahogados en los vasitos de agua de su propia pequeñez, podía tolerar unas manchas y unos picores e incluso podía aceptar la mirada impertinente de los demás. No todo el mundo vale para enfermo como no todos valemos para estudiar.

Creo que el buen enfermo necesita un poco de fe. Sin ingenuidad no se puede seguir la disciplina; sin creer en los milagros, no hay forma de aguantar las consultas médicas. Esto lo entendí leyendo uno de los cuentos para adultos de Roald Dahl, que se titula «Jalea real».

Una recién nacida que no se alimenta y pierde peso. Unos padres angustiados que ya no saben qué hacer. El padre, apicultor, encuentra la solución en la jalea real, esa sustancia milagrosa de altísimo poder nutritivo. Para convencer a la madre de que debe administrárselos a la cría, cita un estudio: «En México, en 1953, un grupo de físicos iluminados empezó a prescribir dosis mínimas de jalea real para cosas como neuritis cerebral, artritis, diabetes, autointoxicación por tabaco, impotencia masculina, asma, crup, gota... Hay una pila de testimonios. Un famoso agente de bolsa de Ciudad de México contrajo un caso particularmente obstinado de psoriasis. Se volvió desagradable físicamente. Sus clientes empezaron a darle la espalda y su negocio se resintió. Desesperado, empezó a tomar jalea real (una gota con cada comida). *Presto!* Se curó en quince días».

Aleluya, milagro.

Lo de Roald Dahl es un cuento, y por eso es tan verdadero. Habla de esa pócima rara y carísima o de ese unguento elemental y asequible que todos los monstruos esperamos encontrar. Nos los han prometido médicos y familiares, gente que pasaba por allí, individuos que conocen a otros individuos a los que les fue muy bien. Deberías probarlo. Por intentarlo nada pierdes. ¿De cuántas

jaleas reales habré tenido noticia? ¿De cuántos agentes de bolsa mexicanos curados por un remedio infalible me habrán hablado en todos estos años?

Dahl escribe sobre el comercio de la esperanza, el más rentable de todos los mercados, parecido a los pactos diabólicos: ¿qué monstruo no vendería el alma que no tiene a cambio de pasear desnudo con orgullo por cualquier playa? El alma, en el caso de mi enfermedad, suelen ser los órganos internos. Los riñones y el hígado. Porque lo que no cuenta Roald Dahl es que ninguna jalea real cura gratis. La mitología está llena de Narcisos que se arruinaron a cambio de poder mirarse al espejo sin vergüenza. Aunque sólo fuera un vistazo en el estanque, justo antes de ahogarse, pagando así el precio más caro, pero incluso mientras se ahogaban, con esa conciencia aguda de la muerte inminente, la mayoría pensó: ha merecido la pena.

Mi primera jalea real se llamaba ciclosporina. Es un medicamento antirrechazo que se receta a los que tienen un órgano trasplantado. Funciona como inhibidor del sistema inmune, pero poquito: baja las defensas lo justo para que no ataquen al órgano nuevo y no se produzca una reacción de rechazo. Al administrarlo, descubrieron que tenía un efecto beneficioso sobre varias enfermedades autoinmunes. No las curaba, porque esas no se curan, pero mitigaba e incluso eliminaba los síntomas. En el caso de la psoriasis, hacía desaparecer las manchas o las reducía mucho.

Cuando la dermatóloga me habló del milagro de la ciclosporina, yo estaba harto de cremas, pomadas, emplastos, sesiones de rayos UVA y baños de brea. Me faltaba probar las sanguijuelas y los encantamientos, así que celebré con mucha emoción la propuesta de tomar tres pastillas diarias y olvidarme de todo lo demás.

Sólo hay un problema, me dijo. La ciclosporina es muy tóxica y se acumula en los riñones, que no son capaces de eliminar las toxinas. Pasado un año, hay que abandonar el tratamiento para evitar un fallo renal. Eso, si todo va bien y no hay que suspenderlo enseguida.

También podía afectar seriamente al hígado y al corazón, por eso debía llevar unos controles estrictos: tomarme la tensión cada dos días (y abandonar las pastillas al menor signo de hipertensión) y analizarme la sangre y la orina cada mes. Como soy un tipo grandote, me correspondía una dosis alta: seiscientos miligramos al día en tres pastillas de doscientos. Es decir, mucho trabajo para los riñones. Demasiado.

¿Y qué más da? Sélleme la receta y déjeme salir corriendo a la farmacia. Qué importa que mi interior se pudra si puedo presumir de exterior. Nadie me va a mirar los riñones ni las arterias. Echarlos a perder es un riesgo aceptable a cambio de acabar para siempre con las miradas de los viajeros del tren y de los compañeros de oficina. Sélleme la receta, tengo que empezar a tomarlas hoy mismo. Quiero ser normal. Normal. No me prometa bellezas ni juventudes de las que ni entiendo ni necesito. Ofrézcame tan sólo la normalidad, la disolución en la masa, el traje gris, ser 999.999 entre un millón. Haga, por favor, que dejen de mirarme.

Hágame invisible, se lo ruego.

Abracadabra, pata de cabra, que este monstruo desaparezca de nuestra vista para siempre.

No estuvo mal aquella mano de santo, sobre todo en el primer año. Las manchas remitieron muy sensiblemente y volví a enseñar los brazos sin hacer filigranas al remangarme la camisa. Pero la enfermedad aprendió pronto y, a partir del segundo año, el efecto fue menor. Mis anticuerpos locos habían encontrado la forma de burlar los ataques. Me estaba destrozando los riñones a cambio de nada.

En 2014 alcancé el máximo de tolerancia a la ciclosporina. Aunque no había tenido apenas efectos

(los riñones aguantaban bien, pese a todo, y la tensión, un poco disparada a veces, no se alteró demasiado), el protocolo médico me obligaba a parar, pues la toxicidad es acumulativa y persistente. Era mi segundo tratamiento de dos años, ya no me iban a sellar más recetas. Además, apareció la artritis, compañera de viaje de las manchas en la piel. Dolores en las manos y en los pies, pero sobre todo en la columna, cuyas articulaciones entre las vértebras, formadas por una especie de gel, se iban calcificando. La ciclosporina no tenía jurisdicción sobre esa expresión interna y mucho más filosófica de la psoriasis exterior. La dermatóloga concluyó, con el gesto cansino de las dermatólogas que ya lo han visto todo, que era el momento de pasar al siguiente nivel.

Metrotextato fue la palabra que salió de aquella consulta. Probaremos con metrotextato, dijo, antes de pasar a los biológicos. Y se puso a escribir a mano en mi historial, y yo la contemplé en silencio, maravillado por cómo crecía ese manuscrito, y un poco divertido también por lo arcaico de los rituales. Era el año 2014 y aún documentaban cada acto médico en aquellos impresos que guardaban en sobres enormes. Utilizan la tecnología más avanzada para intentar curarme, pensaba, pero lo escriben todo como en el siglo xv. La enfermera, con la misma liturgia, rellenaba y sellaba volantes para una batería de pruebas: neumotórax, electrocardiograma, análisis de esto y de lo otro, vacunas, la rutina de costumbre. Los cogí en silencio y los guardé en mi bolsa de tela.

El tratamiento será en el hospital, me dijo, ya no tendrás que venir a esta consulta.

Un nuevo rito de paso en la vida del enfermo crónico. La llegada de la madurez. Consuela saber que del hospital no se va más allá, es el último estadio, el de los enfermos pata negra. Ya podía mirar por encima del hombro a los que frecuentaban ambulatorios y consultas especializadas: yo iba al hospital, como los enfermos profesionales. Ya no me dedicaría a la psoriasis como un aficionado en sus ratos libres, sino a tiempo completo.

No dije nada para no herir el orgullo de mi dermatóloga, pues a los médicos les gusta que sus pacientes no sepan de qué les están hablando cuando enumeran tratamientos, pero el metrotextato era muy familiar para mí. Sabía que es un inhibidor enzimático, es decir, un medicamento que bloquea la síntesis de ciertas moléculas y, por tanto, impide que el cuerpo fabrique una serie de enzimas, entre ellas, el ácido fólico. El metrotextato se desarrolló en los años cuarenta con el propósito exclusivo de impedir la producción de ácido fólico, después de que uno de los genios médicos del siglo, Sidney Farber, descubriese que los niños con leucemia de su hospital de Boston mejoraban cuando se reducía ese ácido.

He visto correr el contenido de muchas bolsas de metrotextato a través de tubos de plástico. En el mismo contexto en que lo usaba el doctor Sidney Farber: inyectado en las venas de un niño enfermo de leucemia. Por eso no dije nada mientras la dermatóloga terminaba de cumplimentar mi historial y numeraba las hojas, que ya necesitaban encuadernación después de tantos años de emplastos, baños de brea, cremas, rayos y pastillas. ¿Qué podía decirle? ¿Que incluso sabía las dosis pediátricas recomendadas? ¿Que había visto administrar tantos goteros de metrotextato que podía infundirlos yo mismo, como enfermero experto, pero sin título? ¿Que conocía al dedillo la biografía del doctor Farber y sabía que, hasta sus hallazgos y su trabajo genial, los médicos como él se limitaban a edulcorar con morfina la muerte de los niños a los que les tocaba atender? No podía decirle nada de eso porque mi hijo no se curó, y el metrotextato que le metieron, que fue una ínfima parte de toda la quimioterapia que circuló por sus venas, no sirvió de nada, por lo que el nombre de esa sustancia no evoca en mí un hito en la historia de la medicina, sino mi dolor, el que llevo siempre inflado en un hueco debajo del esternón.

¿Cómo decir algo así y romper el clima de indiferencia que toda consulta médica necesita? Ni la enfermera habría podido seguir sellándose volantes ni la doctora habría acertado a rellenar con soltura el resto de mi historial. Aquello era dermatología, es decir, el país de lo banal. Allí la gente va a quitarse verrugas y a mirarse al espejito mágico. Allí se habla de hidratación y de colágeno. A lo sumo, de cómo inciden los granos en tu entorno laboral, si les das asco a tus compañeros o si tu jefe te manda al almacén para que no causes mala impresión a los clientes. De sobra sabía, por las encuestas que me hacían rellenar sobre cómo afectaba la enfermedad a mi vida cotidiana y a mi autoestima, que a los dermatólogos les preocupa mucho si follas o no, y si follas bien, satisfactoriamente, pero les traen sin cuidado los estados neblinosos del alma y, desde luego, las tristezas incurables. En la consulta se abordan los complejos físicos que vienen en las revistas de moda, nada más. Patas de gallo, celulitis, estrías, etcétera. Por eso la doctora siempre parece decepcionada o incluso sarcástica cuando marco la casilla «nada» en la pregunta de cómo afecta el mal a mis relaciones sexuales. Se ve que no se lo cree. Alguna vez he puesto «un poco» para contentarla, y creo que agradeció que le echase melodrama. Al leerlo, puso cara de ya lo sabía yo.

Desde mediados del siglo XX, el metrotexato se usa para tratar la artritis y ciertas enfermedades autoinmunes, pues la inhibición del ácido fólico tiene un efecto antiinflamatorio potentísimo. Aunque es muy tóxico, un riñón sano puede filtrarlo razonablemente bien, y no conlleva los efectos devastadores de la quimioterapia convencional: ni arrasa el sistema digestivo ni hace que se caiga el pelo, aunque sí puede dañar seriamente el hígado y los pulmones. Yo era el candidato ideal para recibir unos buenos chutes, y las pruebas que me encargaban tenían por objeto averiguar hasta qué punto mi cuerpo podía soportarlos.

Dije adiós y la doctora levantó un momento la vista para sonreírme y despedirse hasta la próxima visita.

Ya nos veremos en el hospital, recordó, como un profesor que acaba de conceder el título a un buen alumno.

Cerré la puerta, me monté en un ascensor atestado y salí a la calle con paso rápido, alejándome de aquel edificio triste de la sanidad pública que no se había reformado desde los tiempos del doctor Sidney Farber y de cuyos pasillos y escaleras emanaba aún un aire hospiciano a desinfectante y hombros encogidos, los de todos esos celadores apostados en las esquinas, como Carontes huraños a los que ya no pagan por remar.

No había desayunado, pero no tenía hambre. El estómago se anudó y me invadieron unas náuseas leves. Metrotexato, me decía, como quien canta para sus adentros una melodía pegadiza. Metrotexato. Deambulé por el barrio de la plaza de toros, por calles que hacía años que no frecuentaba. Era una zona descuidada y vieja, con ropa tendida y bombonas de butano en los balcones, algunos solares y tipos sospechosos de cualquier crimen que me miraban con sorna desde las puertas de los cafetines del hampa. Metrotexato, pensaba, y mis zapatos pisaban baldosas rotas y charcos añosos. Me desorienté un par de minutos, hasta que reconocí el arco de la iglesia de Santiago el Mayor, donde solían montar guardia las putas más tristes de toda la ciudad. Estaban a todas horas, chupadas, pálidas, precadavéricas, pero el ayuntamiento debió de llevarlas a otro sitio, porque ya no quedaba ni rastro de ellas. Inhibidas, como el ácido fólico. Habrá quien piense que la ciudad está mejor sin ellas, más sana. El metrotexato municipal elimina las manchas visibles, como esas pobres putas, pero deja un montón de toxinas en las casas sin aire acondicionado de cuyos balcones salen gritos, flamenquito y olor a fritanga.



Qué feo está eso, me dije, usar la enfermedad como metáfora para explicar la ruina de estos barrios y las miserias de la política municipal. Me odio mucho cuando caigo en ese lugar común que ni siquiera parece una metáfora, sino un uso normal del lenguaje. Susan Sontag escribió un librito titulado *La enfermedad y sus metáforas*, en el que aprendí lo aberrante que puede ser trasladar la semántica de la enfermedad y la salud para explicar fenómenos sociales y políticos. Cuando se compara la corrupción con un cáncer, cuando se dice que una democracia no tiene buena salud, cuando los políticos se refieren a sus proyectos como *tratamientos* o cuando se habla de una nación como si fuera un paciente que necesita cirujanos de hierro o doctores que traten la enfermedad del desempleo o de la pobreza, todo se enfanga de una abyección invisible, porque se refuerza la noción clásica de la enfermedad como pestilencia. Algo que debe ser extirpado, sajado, intervenido. En vez de ser objeto de cuidados, el enfermo se convierte en un foco que erradicar, y eso se traslada a la forma en que se habla de él.

Antes de que el coronavirus se erigiera en la peste contemporánea, con la furia de las peores plagas, el cáncer, epítome de todas las enfermedades pasadas y presentes, se prestaba a la belicosidad más que todos los demás males. Richard Nixon declaró *The War on Cancer* el 23 de diciembre de 1971. Lo hizo con la solemnidad con que se declaran las guerras de verdad, con la firma pública de una ley. Destinó mil quinientos millones de dólares a financiar investigaciones y tratamientos, la mayoría de ellos inspirados en los hallazgos de la medicina de guerra: sin las armas químicas, no existiría la quimioterapia. Casi medio siglo después puede decirse que la guerra de Nixon está perdida en la mayoría de los tumores, aunque abundan los propagandistas que presumen de lo contrario, reforzando así esa retórica militar y trompetera que tan mal se conjuga con el silencio de los pasillos hospitalarios y la serenidad gimiente de las camas.

La enfermedad es una forma bastarda de identidad, una condición acuosa en la que el enfermo no sabe nunca qué pensar de sí mismo. En el mundo de los sanos las cosas están muy claras y es fácil encontrar disfraces y papeles para interpretar la función. Se puede vivir como padre, como enamorado, como profesional de esto o de lo otro, como atleta, como rico, como pobre, como guapo o como aficionado del Real Betis Balompié. Como enfermo, en cambio, nadie sabe vivir, y sin embargo, la diabetes es una seña de identidad más profunda que cualquier otra marca de clase o de nación. ¿No se define mejor cualquiera por diabético que por francés?

La idea del enfermo como luchador surge tanto de la necesidad del propio sufriente de que el espejo le devuelva la imagen digna de alguien que aún controla su vida como de la idea de la peste. La metáfora bélica es un resorte que salta en la boca de cualquiera: voy a luchar, vamos a vencer, no te rindas.

Es una forma torpe de consuelo, pero esto es redundante, porque todos los consuelos son torpes. La elegancia tiene siempre un toque cínico y autodestructivo.

Dirán que no tenemos derecho a cuestionar el consuelo de nadie, que nada hay de malo en aferrarse a la ilusión de que si un enfermo madruga, hace sus abluciones, sonrío y se muestra en todo momento fuerte y animoso, está luchando contra su mal. Y es verdad: no cabe reproche para quien no soporta su propia fragilidad. El reproche es para los demás, para los que animan desde la grada, para los que agitan los puños y escriben pancartas, para los que aplauden y gritan no te rindas. Porque, al hacerlo, están culpando al enfermo de su enfermedad. Le están diciendo que si no se cura es porque no se esfuerza lo bastante, y le están echando encima la responsabilidad de animarlos a ellos. Son los sanos quienes necesitan ver enfermos felices, para espantar la bicha y almibarar su hipocondría.

También para poder tratar con ellos, porque nadie quiere visitar a un enfermo gruñón, deprimido o cínico. Nadie quiere dar fuego a un enfermo de cáncer que ha decidido seguir fumando, pero todos le regalan caramelos si deja el vicio.

Pensando en esto me acordé de la muerte de una tía, hace casi veinte años. Le diagnosticaron un cáncer atroz que ya había hecho metástasis. Nunca fue al médico, pese a los síntomas que se notaba, y cuando los dolores y sangrados se hicieron insoportables, no había ya tratamiento posible. La ingresaron y murió en pocas semanas. Yo vivía entonces con mi bruja, la de las cartas del tarot, y me acerqué al hospital a ver a mi tía, con toda mi familia. En aquella época yo fumaba un poco, más por los porros que por el tabaco, y en los hospitales se podía fumar aún. Había que salir de la planta, pero en los pasillos y en las salas de espera la gente chupaba ansiosa sus pitillos y atiborraba de colillas los ceniceros. Salí de la habitación a fumarme uno y se me acercó un señor mayor con la bata del hospital. Calvo, con unas manos largas y artríticas.

¿Serías tan amable de darme un cigarrillo, chaval?, me dijo.

Cómo no, caballero, sírvase, le dije, ofreciéndole la cajetilla abierta.

Le di lumbre, que protegió haciendo pantalla con sus manos arbóreas y, tras dar una sola calada, prorrumpió en toses. Era una tos terminal, del averno, que venía de lo más hondo de unos pulmones que debían de ser ya sólo ceniza.

Gilipollas, me dije, estás en oncología y le acabas de dar un cigarrillo a un enfermo de cáncer, ¿en qué estás pensando?

Fui a darle unos golpecitos en la espalda y a preguntarle si estaba bien, si llamaba a alguien, pero el hombre, mientras la tos menguaba, negaba con sus manazas.

Gracias, de verdad, gracias, alcancé a oírle.

Dio un par de caladas más, tosió de nuevo, pero ya no intenté nada, persuadido por sus gestos. Apagó el cigarro dejándolo a la mitad.

Ay, qué bueno, le oí decir mientras se despedía con la mano derecha y volvía a la planta.

Me sentí muy culpable y decidí no contar el episodio a nadie, no fuera a venir un hijo furioso, buscando al idiota que le dio tabaco a su padre. Pasado el tiempo, sin embargo, me sentí un poco orgulloso. Aquel señor tenía ya medio cuerpo en el agua del Leteo y seguro que el cigarro fue una de sus últimas transgresiones. Se sabía desahuciado y vino a mí huyendo de una familia que le había quitado la sal, el vino, el chorizo y el tabaco, en sacrificio religioso por una salud que jamás iba a volver. Aquello era una despedida de sí mismo a la que tenía derecho, pero que los hijos, solícitos, les suelen negar a los padres moribundos.

Aunque ya no fumo, prefiero dar lumbre que caramelos de menta; tabaco antes que consejos, y una copa cargada antes que palabras de ánimo. Creo que la fatalidad no necesita consuelos, sólo compañía y algún chiste para pasar el rato.

El mundo, por lo general, opina lo contrario.

Esa forma de jalear a los enfermos sirve para segregarse a los fuertes de los débiles. La sociedad ampara y agasaja a los optimistas que luchan y desecha a los cascarrabias que piden cigarrillos en los pasillos del hospital. Es una forma posmoderna de embarcarlos en la nave de los locos o de ponerlos en cenizas y llevarlos al lazareto. Al fin y al cabo, si han decidido no luchar y revolcarse en su propio nihilismo, merecen el oprobio y el asco de la plebe. No deberían ni recibir la visita de los voluntarios que llevan café aguado por las habitaciones de hospital y dan a probar ese bizcocho casero que hace mi madre y está tan rico. Venga, coja un trozo, que lo hace sin azúcar, para que usted

pueda comerlo también.

Los hospitales de la Edad Media eran edificios donde se ejercía la hospitalidad con los caminantes, que eran huéspedes. Como los caminantes solían llegar muy maltrechos y los hospitales ofrecían muchos servicios reparadores, poco a poco se fue asociando la institución con la cura de los huesos. Tan importante como reposar de las fatigas del camino era desinfectar las heridas y secar las ampollas de los pies. Pero los primeros hospitales que pueden considerarse antecedentes directos de los de hoy surgieron en torno al siglo xv, y eran una mezcla de dispensario, lazareto y manicomio, gestionados por la caridad de alguna orden religiosa y financiados por las almas pías de la ciudad, que, al encerrar a los pestilentes, se ahorraban encontrárselos por las calles. Hasta la revolución de la medicina moderna, estos edificios fueron la antesala de la muerte, un lugar donde compadecerse de los que agonizan, de los locos y de los inmundos, lejos de la mirada pública.

Algo de eso persiste en la forma en que se siguen concibiendo: retirados, con una frontera clara con el mundo de los sanos, llenos de prohibido entrar y de laberintos donde se pierde cualquier extraño. Los pacientes ya no están allí para morir —no todos, al menos—, pero sí para que el mundo no los vea. Quien piense que esto se explica por preservar su intimidad no ha estado enfermo ni ha visitado muchos hospitales. El enfermo renuncia a cualquier forma de intimidad en cuanto firma los papeles del ingreso. No hay sitio para el pudor en ese bosque de sondas y batas abiertas por el culo.

Los médicos más reflexivos y menos solipsistas son sensibles y promueven el diseño de hospitales integrados en el mundo de los sanos. No tanto para que los sanos vean a los enfermos como para que los enfermos no se sientan desterrados. El hospital infantil Sant Joan de Déu de Barcelona diseñó una sala de quimioterapia a ras de calle con una pared completamente acristalada, pero tintada. Así, los niños conectados al gotero ven los coches y a los peatones como si estuvieran tomando un helado en una terraza, pero los peatones no los ven a ellos. Están, efectivamente, a salvo de su mirada compasiva o asqueada, pero no se sienten apestados. Los peatones ven una pared de espejo, lo cual es también una metáfora hermosa: el enfermo eres tú, paseante.

Esos detalles, cada vez más frecuentes, revelan una toma de conciencia que nada tiene que ver con los símiles bélicos. Quien altera los diseños hospitalarios tradicionales no cree en luchas ni combates contra largas enfermedades, sino en la fragilidad humana. Hay un salto triple mortal entre considerar al enfermo un luchador o un ser humano que sufre. Hay varios abismos morales de distancia entre quien da ánimos al enfermo y quien le ofrece conversación sin juzgarlo, aunque sólo sea para escuchar sus gruñidos, quejas y maldiciones.

Pero, por más que esta sensibilidad se abra paso entre el follaje, la idea del enfermo que lucha no sólo persiste, sino que domina la espesura social hasta la asfixia. Está tan normalizada que no le puedes reprochar a un animador sus ánimos sin que se ofenda.

No se debe pensar mientras se pasea, me digo. Todas estas ideas confusas me abruman porque no voy escuchando música para atontarme y camino por mi ciudad sin propósito. Si uno deambula, la mente se pone a deambular con él, por las mismas calles rotas y secundarias. Tan pronto entra en las avenidas como busca la sombra en una plaza como se detiene frente a un escaparate o se desorienta en una bifurcación. Pienso cosas ya pensadas muchas veces, doy vueltas y no llego a ningún sitio. Pienso en el hospital porque no quiero llegar a él, porque me martillean las tes y las equis del metrotexato. Creo que pensando sobre la historia de los hospitales y sobre la enfermedad como pestilencia seré capaz de controlar lo que me va a suceder. No busco consuelo. Me parece que no busco consuelo. Busco algo de dignidad, entrar en mi nueva condición de enfermo profesional con

firmeza y distancia. Busco vestirme de dandi y contemplar a las doctoras y a las enfermeras como si fueran el servicio de una mansión que ya no puedo pagar. Quiero vivirlo todo con esa altivez del noble arruinado que no sabe que lo está porque nunca ha mirado el saldo de la cuenta bancaria. Argumento contra quienes entienden la enfermedad como una lucha porque no soporto que me vengán con mandangas y quiero darme el gusto de ladrar al primer idiota que me inste a ser disciplinado y valiente.

Me incomoda la seriedad. Metrotexato es una palabra muy seria que se usa para asuntos muy serios, y mi piel no lo es. Por más que Valéry escribiera que no hay nada más profundo que la piel y por más que yo no deje de parlotear sobre ella, la piel no debería importar tanto. Debería ser un asunto para maquilladores, no para médicos. ¿Por qué no basta el balneario? ¿Por qué no me retiro una temporada a Alhama de Aragón y languidezco, tumbado largo sobre mi propia frivolidad? A los hospitales no se debería ir por cuestiones tan livianas. Le estoy robando el metrotexato a un niño que lo necesita de verdad.

Sí, ya sé, me sigo diciendo, también está la artritis, y ese dolor de espalda que no soporto, y el avance de las manchas, que cuando inundan todo dejarán de ser un asunto estético para afectar al funcionamiento interno del cuerpo. Que sí, que he leído mucho, que una psoriasis sin tratar puede desembocar en otras enfermedades, incluido el cáncer, y que este dolor de columna puede llevarme a una silla de ruedas. Lo sé, todo eso lo sé, me digo —y sospecho que empiezo a decírmelo en voz alta, porque dos señoras me han mirado como se mira a los que hablan solos por la calle—, pero hasta ahora sólo jugábamos a los monstruos. Incluso era divertido dar miedo a los remilgados o escuchar las diatribas de mi madre sobre cómo mi mala conducta —qué mal comes, cuánto bebes, qué poco te has cuidado, siempre de cachondeo y durmiendo a deshoras— había sido castigada con esta lepra bíblica. Pasar al hospital y al metrotexato anulaba toda la diversión y me colocaba en el lado serio de las cosas.

Llevaba más de una hora dando vueltas y había acabado de nuevo en el bulevar que conduce al hospital, que empezaba a llenarse de ciudadanos con prisa que subían y bajaban del tranvía y se encaminaban a sus casas con una barra de pan bajo el brazo. Yo también debería comprar pan y volver a casa a preparar la comida, a esa casa llena de mi propio polvo grueso, a dejar manchitas de sangre en las sábanas y a barrer las escamas que forman montoncitos por el pasillo. Paré frente a una panadería, pero no me decidí a entrar. Seguía sin hambre, así que enfilé el bulevar de Fernando el Católico hacia el sur, como un viejo que apura el sol. Era una mañana rarísima de primavera en una ciudad que no tiene primaveras y que suele pasar del frío aullador al calor ecuatorial en una semana. Era una mañana en verdad primaveral, propia de países más civilizados. Parecía idiota perdersela en casa, o eso me dije, para demorar el paseo.

Grupos de estudiantes cruzaban la plaza de San Francisco en todas las direcciones. Salían y entraban del campus, que tiene su portón en el flanco este: una estructura de granito erigida en tiempos fascistas donde se lee en letras romanas *Ciudad Universitaria*, como se podría leer igualmente *El trabajo os hará libres* o *Duce, Duce, Duce*. La plaza está diseñada a modo de claustro, un cuadrado con soportales, y hasta el santo al que está dedicada evoca la austeridad y el recogimiento que los aspirantes a sabio necesitan para alcanzar la sabiduría. En el centro, la estatua del gran rey católico, rompiendo cualquier idealismo escolástico y recordando que todo aquello es una expresión de poder. Vulgarísima, como todas las expresiones de poder. Un pastiche grosero donde los ganadores de la guerra quisieron mezclar la academia con la propaganda nacionalcatólica.

Por suerte, nadie parece verlo. No hay urbanismo que resista el trasiego cotidiano de los estudiantes. Sus pies frotan la aspereza del granito hasta dejarlo más suave que un canto rodado, y la cerveza barata de los bares actúa sobre los discursos de propaganda como el metrotexato sobre el ácido fólico. A quién le importan ya los vencedores de aquella guerra. Si supieran las cosas que todas esas generaciones de alumnos han hecho con su legado, las ofensas que el gran rey católico se ha visto obligado a contemplar, las vomitonas que ha habido que limpiar, las carcajadas que han agrietado esa solemnidad rectilínea. Hasta dos chavales que se identificaban como los nietos de los que perdieron la guerra civil se morrearon con avidez entre aquellas piedras levantadas por los que ganaron la guerra civil.

Ya estoy de nuevo comparando la ciudad con un cuerpo. Me dejó llevar en cuanto me siento en un banco. No puedo evitarlo, que me perdone Susan Sontag: la ciudad es un cuerpo vivo. No sé si lo digo como metáfora o de verdad estoy convencido de que las piedras, los cables y las farolas tienen vida, como mi querida bruja —qué será de ella, ojalá haya ganado mucho dinero haciendo publicidad— creía que, si alguien tocaba su baraja de tarot, se desimantaba. Pienso en la ciudad, en esa plaza, como un gólem. Alguien la moldeó y le insufló vida con la ilusión de que obedeciera siempre a su voluntad. Pero el encantamiento no funciona. El gólem conoce a otra gente, desarrolla sus propias ideas, se cuece en otros hornos y se deja pintarrajar por paseantes. Los alcaldes erigen plazas y avenidas para su mayor gloria y la de sus grandes reyes, pero luego los estudiantes las convierten en otra cosa. De aquel fascismo ya sólo queda un aire pegado a las cortinas, como la mancha de tabaco del techo que dejó aquel abuelo que murió hace tanto.

Mi cuerpo sufre la misma erosión que las plazas fascistas. Cualquier proyecto que tuviera pensado para él hace veinte años ha fracasado. No me angustia. Ni siquiera me entristece. Hasta ese instante, convivía en paz con mi monstruosidad. Era lo que el tiempo había hecho conmigo, como el óxido y las grietas maquillan las calles.

Me sincero ante esa estatua que me hace tanta gracia porque las confesiones importantes hay que hacérselas a quien no le importan. De eso han vivido los curas, de escuchar pecados que les traían al paio. Si les importasen, no podrían absolverlos. Gran rey que das la espalda a la ciudad que dice quererte tanto, no voy a ir al sitio que miras. Porque me acabo de dar cuenta de que miras al hospital. Tienes una urgencia médica que no se aprecia a simple vista. Un ataque de gota, que es muy de reyes. Quiero decirte que no voy a ir a que me inyecten el metrotexato. O a que me den pastillas, no sé cómo lo administran. Me da igual. ¿Sabes que en el ambulatorio me han hecho una cartilla de enfermo crónico? Está escrita en español y en inglés y debo llevarla cuando viajo al extranjero, por si me tienen que atender, para que los médicos sepan mi diagnóstico y el tratamiento que sigo. Es como llevar un sello de *muy frágil* estampado en la frente. Tú, que te pasaste la vida en el extranjero, como príncipe de tantos países, no llevaste nada parecido. La monarquía empezó a declinar cuando los reyes recibieron sus cartillas de enfermos crónicos. La propia monarquía se interpretó como una enfermedad. En fin, que me pierdo y monto un discurso político. No voy a seguir este tratamiento. Estoy cansado. No quiero hacerme amigo de una enfermera mayor, de esas que están a punto de jubilarse y las ponen a administrar goteros de metrotexato en horario de mañana, sin guardias nocturnas ni pacientes difíciles. No quiero ser víctima de esas bondades.

Como al gran rey todo esto, francamente, le importaba un bledo, me ahorré la réplica que cualquier persona de carne me habría dicho. Me ahorré que me llamaran idiota, que me enumeraran las ventajas de curarme, que me señalasen lo muy infundados que eran todos mis miedos y lo muy

retorcidos y fuera de lugar que eran mis pensamientos, incluida esa línea que me une a mi hijo muerto a través de la palabra metrotexato.

Qué buena charla, gran rey Fernando el Católico. Creo que te voy a contar siempre mis proyectos. No los cuestionas, no te llevas esas manos de piedra a la cabeza. Ni siquiera me miras. Eres el consejero perfecto.

Aquella mañana de primavera de 2014 dimití de la enfermedad y permití que floreciera a placer. Dejé de ir al médico, alegando que no tenía tiempo para tanta tontería, y nadie me echó de menos. Incluso podía darle a mi cobardía un par de brochazos de barniz social. ¿No es egoísta pretender que la sanidad pública dilapide en mis manchitas de la piel unos recursos enormes que podría emplear en tratar mejor a los niños? ¿Con qué derecho parasitaba el sistema para quitarme unas escamitas? ¿Estaba obligada la sociedad a financiarme la autoestima? ¿Debería pagarme también la ropa y la crema hidratante?

Me levanté, me despedí del gran rey con un gesto, compré una barra de pan y me fui a casa, muy satisfecho con mi determinación. Casi me creía mis propios argumentos, de tan bien expuestos, porque todo lo que se piensa en un paseo de primavera suena lúcido. Si fuera invierno o verano, estas frases habrían salido tiritonas o alucinadas y me habría resignado a ir al hospital y a chupar todo el metrotexato que dispusiesen, pero la primavera es persuasiva. Además, me creía fuerte.

Eso es lo más inverosímil de todo. Sentía vigor y seguridad sin ninguna justificación. Creía que unas manchitas no me iban a condicionar la vida. Bastaba un poco de arte en el vestir que consistía en renunciar a las camisetas y a los pantalones cortos. Siempre habría algún impertinente a quien le llamara la atención verme con una camisa abotonada en plena canícula, pero había aprendido de Stalin a escoger telas de algodón livianas y transpirables con las que se podría pasear por el Sáhara sin apenas sudar. Más difícil sería esquivar la playa, teniendo como tenía un hijo pequeño enamorado de la arena y de las olas, pero siempre podíamos buscar calas y fondeaderos medio desiertos, que aún los hay, y tostarme al sol como un John Updike cualquiera.

Eran inconvenientes menores con los que se podía vivir bien, y a cambio me ahorraba la humillación de explicar la enfermedad como una lucha, algo que, más allá de todos los escrúpulos morales que ya he escrito, me da mucho pudor e incluso vergüenza ajena cuando se lo oigo a otros. «En guerra con la piel» se titula el capítulo de sus memorias en el que John Updike habla de su psoriasis. No es el discurso de la lucha contra la enfermedad, pero acepta su retórica militar, más elegante y sutil, aunque en el mismo sentido. Cyndi Lauper también habla de su lucha contra la psoriasis. Iósif Stalin no, porque no hablaba de estas cosas y su guerra era contra todo el mundo. Sería un demonio del tarot, pero al menos no cayó en el tópico.

Si aceptaba el tratamiento y seguía su rutina, un día me vería hablando de mis combates, de mis derrotas y victorias, de tácticas y de estrategias, de posiciones ganadas y de partes de bajas.

No sólo me sentía tan fuerte como para aguantar la enfermedad sin tratamiento, sino que me creía capaz de escapar de los lugares comunes.

Estaba muy equivocado, claro, y no le puedo reprochar a la estatua de piedra del gran rey Fernando el Católico que no me mostrase mi error, mi exceso de confianza y mi soberbia.

Aun así, cada vez que la rebaso camino del hospital para una nueva consulta o una tanda de análisis, me vuelvo y le recrimino entre dientes: ya podrías haberme dicho algo, gran rey de las pelotas.

He vuelto al seno de la unidad de dermatología. Un seno que huele a desinfectante y a prisas, como

todas las unidades del hospital. He vuelto como vuelven los hijos fracasados: sin dinero y mascullando una disculpa ininteligible para no perder el último poso de orgullo que me queda.

La enfermedad me ha vencido. Ha tomado mi cuerpo como nunca antes, y he tenido que rendirme a su poder, reconociendo que abarca mucho más que lo estético. Ya no es una cuestión superficial de vergüenza. Ya no se trata de salir del hotel deprisa, antes de que la camarera descubra las manchas de sangre de la sábana y me miren como sospechoso de no sé qué. Ya no se trata de pasar calor en verano. Todo eso ha degenerado en una incomodidad aguda y persistente, en un fastidio crónico que me impide dormir y me apalea hasta la extenuación cada noche. Estoy perdiendo catastróficamente la lucha conmigo mismo, y no hablo aquí en términos metafóricos: mis anticuerpos enloquecidos han tomado el control absoluto del cuerpo.

Hay días en que ninguna postura alivia el dolor. Me cuesta entrar y salir del coche, no me puedo sentar, y algunas veces, tras acostar a mi hijo en esas noches que estamos solos mientras su madre trabaja, me he derrumbado con un ruido sordo en el sillón, casi llorando de impotencia, sintiéndome pusilánime, roto e inservible. Tras leer el cuento, apago la luz y le suplico que me deje irme, que no puedo quedarme a hacer mimos, que no soporto estar tumbado, ni sentado en la cama, ni de pie. Que necesito arrastrarme hasta el salón, engullir algún analgésico y esperar con los ojos cerrados a que el dolor mengüe lo suficiente para que me permita leer un rato o distraerme de algún modo. Me abochorna pedirle eso a un niño de siete años, no tener fuerzas para fingir delante de él como fingen todos los padres. Me avergüenza cargarle con miserias que no son suyas. Qué clase de padre soy.

Por eso he vuelto al hospital, humilde y derrotado, reconociendo que nunca me debí dejar atrapar por todos mis sofismas sobre la enfermedad. Vuelvo, si no sabio, un poco menos imbécil.

He completado toda la batería de pruebas, el mismo protocolo que se aplica a los candidatos a recibir quimioterapia. En un examen preliminar, han clasificado mi psoriasis como grave, sobre todo por la extensión de las lesiones. He pasado por rayos, analíticas, vacunaciones y electrocardiogramas. Pero, sobre todo, por la humillación más vieja de la historia de la medicina: la exploración diagnóstica. Desnudo en medio de la consulta, las manos enguantadas de la doctora miden las lesiones de cada parte del cuerpo. Primero, la cabeza. Luego, las extremidades superiores y el tronco. Luego, las piernas y los pies. Al fin, glúteos y genitales. De cada parte va soltando cifras que no retengo y que la enfermera anota diligente en un formulario abierto en el ordenador. Puntúa tres categorías en cada sección del cuerpo: eritema, infiltración y descamación. Doy cifras dispares para cada categoría, pero en general son altas. Todo eso sirve para calcular el PASI (*Psoriasis Area and Severity Index*), el índice que usan todos los dermatólogos del mundo para entenderse entre ellos. Es mucho más fácil reducirnos a un número en una escala para poder meternos en un tratamiento o en otro. En mi caso, una mera formalidad, porque ya han decidido a simple vista qué van a hacer conmigo.

No te muevas, que voy a sacar unas fotos.

Y la doctora agarra una cámara digital muy antigua, que guarda en una caja donde se lee Dermoderm o Dermoflux o Dermoalgo, lo que indica que el cacharro fue uno de esos regalos que las compañías farmacéuticas reparten a los doctores en los congresos. No me hace ilusión que mi torso o mi brazo acaben ilustrando un artículo de una revista médica o proyectados a tamaño gigante en el aula magna de cualquier facultad, pero hay que entender a la fuerza que el arte de curar es un saber acumulativo y comunitario que se nutre del pudor de los pacientes. Si nosotros, desasistidos y desnudos, no compartiésemos nuestra fragilidad con los estudiantes y con los especialistas de todo el

mundo, la medicina seguiría siendo una forma de curanderismo con sanguijuelas y conjuros. Aun así, maldita la gracia de servir como ejemplo.

Vamos a empezar hoy mismo el biológico, me explica la doctora quitándose los guantes, y pienso que menos mal que sé qué es el biológico, porque no parece dispuesta a explicarme gran cosa. La aprecio mucho, pero es una médica *old school* y su tiempo no está para perderlo en explicaciones que la mayoría de los pacientes ni quiere ni puede entender, por más que muchos enfermos crónicos estén tan al día de la literatura de su enfermedad como los especialistas que los tratan.

Brinco levemente en la silla, mientras me termino de abotonar la camisa. No esperaba empezar ya. Creía que faltaban protocolos, más pruebas, más visitas, más paseos por los pasillos del hospital.

¿Ya está? ¿Hoy?

Hoy vas a recibir la primera dosis. El tratamiento es escalado. Empezamos con una posología de seguridad y en tres meses valoramos los resultados. Si se reducen significativamente las manchas o incluso desaparecen del todo, seguiremos con ello. Si no, buscaremos otra fórmula.

Sé que lo que me propone funciona muy bien, que cuatro de cada cinco pacientes ven cómo la enfermedad desaparece en un setenta y cinco por ciento en un mes, y que algunos alcanzan el cien por cien. Sé, porque estoy leyendo el consentimiento informado, que los efectos secundarios son de risa (me falta leer el prospecto, donde ya no hacen tanta gracia). Tengo que contener la alegría porque la doctora reprime los brillitos de esperanza que me asoman en los ojos.

No tiene por qué funcionar, cada cuerpo es distinto, veremos paso a paso.

Entiendo su escepticismo, pero qué le costará ser un poco celebrativa. Sabe perfectamente que el tratamiento funciona casi siempre y soy tan sensato y escéptico como ella, no me voy a enredar en mis propias ilusiones. Suéltese, pienso, sonríame al menos un poco, levante la vista del ordenador y de los papeles y volantes y dígame que todo va a ir bien. Pese a toda mi experiencia hospitalaria, no me resigno a que haya que elegir entre el cariño y la eficiencia, aunque siempre he sentido pena por esos médicos que despuntan, con su personalidad roída por tanto estudio, tantas noches sin salir, tanto sacrificio. Mientras el mundo se emborracha y enloquece a su alrededor, ellos se concentran en sus libros, tejiendo un capullo de misantropía que tiene por propósito curar a los demás. Tal vez la única manera de ser un buen curador sea guardar las distancias con la humanidad. Casi siempre lo entiendo y no me molesta, pero esa doctora me acababa de firmar una receta para el santo grial, el verdadero, no una estafa con hierbas aromáticas ni un disco de meditación tibetana, sino el remedio auténtico soñado durante siglos, y un momento así merecería un brindis o, cuando menos, una frase memorable de las de cruzar rubicones.

Nos vemos en tres meses, se despidió, y antes de que yo saliera, ya estaba leyendo el historial del siguiente enfermo.

Un poco aturdido, sin creermelo aún que asisto al primer día de mi posible curación, camino al edificio contiguo y busco la farmacia, que es una habitación moderna y luminosa muy distinta del resto del hospital, construido hace cincuenta años con la moda funcional y displicente de hace cincuenta años. La farmacia, en cambio, tiene una sala de espera agradable y limpia, con sillas cómodas (¿qué les costará comprar sillas que no parezcan diseñadas por un torturador nazi refugiado en Brasil?) y un sistema de turnos y de puertas cerradas que respeta la intimidad de cada paciente e impide que los demás se enteren de qué medicamentos va a retirar. La farmacéutica me da la enhorabuena por empezar el tratamiento y habla de la revolución de los biológicos. Me explica que son células vivas diseñadas en laboratorio, por lo que debo guardarlas en la nevera, y me pregunta si



estoy al día con las vacunas.

Verás qué bien, me dice, y es la primera vez que alguien con bata blanca me anima y me felicita.

Me da cajas para dos meses y me cita para ir a recoger más cuando se me acaben.

Pues no, la profesionalidad no es incompatible con el cariño, pienso mientras salgo con mis dos cajas y llamo a Cris por teléfono, emocionado.

Ya tengo la droga, le digo, ya puedo pincharme.

Me falta un último trámite: que me enseñen a administrármela. Subo al hospital de día de reumatología, que queda justo enfrente del de oncología, por lo que sorteo a varios pacientes calvos que arrastran sus goteros o pasean aburridos junto a las máquinas de café. Menos mal que no fumo, me digo, porque me dan ganas de repartir cartones de tabaco entre estos desgraciados y darles lumbre.

Tengo que preguntar por María Jesús, sin más indicaciones de quién es María Jesús. La gente del hospital se trata como la gente de los pueblos. Sube ahí y pregunta por Fulano, dicen, y los pacientes vamos con el papelito, equivocándonos varias veces de planta y de pasillo hasta que damos con Fulano, que resulta ser alguien muy importante que se hace cargo de nuestra intemperie y que siente —con razón— que el hospital se vendría abajo sin él. Por eso todos le necesitan. Por eso nos mandan a sus dominios. María Jesús me lleva a su consulta y me vuelve a dar la enhorabuena por empezar el tratamiento, como si me acabara de casar (tal vez debería repartir puros habanos en vez de cigarrillos), rellena una ficha con mis datos y me da la bienvenida a su hospital de día, que también es mi casa. Me da su teléfono, al que puedo llamar de ocho a tres con cualquier duda, e insiste en que puedo presentarme en su consulta cuando quiera para preguntarle lo que surja, aunque me parezcan tonterías, que nunca me quede con dudas o con angustias.

Estoy a punto de levantarme y abrazarla, pero me comporto. Es la primera vez que me siento, además de tratado, cuidado. No hay rastro de la semántica bélica, sólo profesionales que entienden la fragilidad de los enfermos.

Como eres un paciente crónico y ya has pasado por todo, habrás leído un montón y seguramente no te voy a contar nada que no sepas, pero prefiero contártelo todo desde el principio, me dice.

Me explica mi enfermedad, lo que se sabe de ella. Me insiste en que no tiene cura, pero sí se puede parar mediante las sustancias monoclonales que me voy a inyectar, que recorren el cuerpo como cazarrecompensas, buscando y destruyendo los anticuerpos que causan la inflamación. Si funciona —que va a funcionar, me dice—, lo primero que notarás será una reducción de la fatiga, ese cansancio que siempre sientes va a desaparecer.

Levanto la vista, asustado. Desde que vivía con la bruja Patricia en Madrid nadie me había leído el alma como ella. Cansado, eso es: estoy cansado. Agotado. Me levanto con la sensación de no haber dormido y me acuesto como si hubiese coronado tres montañas, pero nunca lo relacioné con mi enfermedad. Creía que era una mezcla de flojera y estrés, que la vida me venía grande e intentaba abarcar demasiado de ella. De unos años a esta parte he cultivado una intolerancia grosera y altiva hacia los débiles y los quejosos. Cuando alguien me lloriquea porque no puede más, porque está desbordado, porque no llega a chapotear en su vaso de agua, le desprecio con rabia. He conducido mi fatiga con resignación monástica, sintiéndome incluso culpable de ella, diciéndome que no podía dejarme vencer y que no había más salida que seguir esforzándome. Era una cuestión de simple autoestima, no me habría perdonado caer en ninguna forma de postración o indolencia. Por eso me asqueaban los vagos y los ñoños, con un asco nacionalsocialista, exterminador.

María Jesús sabía que estaba cansado. Describió mi ánimo y mis fuerzas mejor que yo mismo, que siempre las sobreestimaba, y no tuvo que recurrir al tarot para ello. Le bastaban sus conocimientos científicos.

No dije nada, sólo asentí. Mostrarle mi asombro y mi gratitud estaba fuera de lugar. No podía balbucearle lo comprendido que me sentía y cómo sus palabras, enunciadas con el más elemental aire descriptivo, se me habían clavado en el costillar.

La inflamación causa fatiga crónica, me dijo, y su desaparición es la primera mejora que sentirás. Luego se reducirá o remitirá por completo el dolor de las articulaciones y, finalmente, irán desapareciendo las manchas, ojalá todas.

Ni a los peregrinos de Lourdes se les prometen tantos milagros seguidos. Y ni siquiera debía ir al hospital. La ciencia médica había avanzado tantísimo que había eliminado el engorro de la disciplina cuartelera. Yo mismo me administraría las inyecciones, como me iba a enseñar. Vienen con un mecanismo sencillísimo: sólo hay que pinchar presionando fuerte en la piel y dejar que el émbolo baje solo hasta que un clic indica que la dosis está administrada. Se retira y listo.

Lo normal, me dijo, es que empieces a notar efectos muy apreciables en un mes.

Imposible, me digo. La Ítaca de este viaje no pueden ser unos pinchazos indoloros que me asesto en la tripa cada quince días. Tiene que haber trampa. ¿Dónde están los ungüentos, los baños de brea, las cremas de corticoides que hinchan el hígado, las sustancias letales que destruyen los riñones, los achicharramientos de lámparas UVA, las dietas, los consejos deportivos y las esperas interminables en salas y pasillos de consultas externas?

Salgo del hospital radiante y caminando por la sombra: tengo miedo de que el sol estropee las células que atesoro en las cajas. Voy hecho todo un idiota, un converso en la fe del progreso. ¿Cómo voy a tragarme discursos sobre la barbarie y la decadencia del mundo cuando me acabo de beneficiar del culmen de la civilización? Llevo en una humilde bolsa de fécula de patata biodegradable (no de plástico atroz) el esfuerzo de muchas generaciones de científicos y el resumen de mil revoluciones y luchas sociales que han permitido que toda la sociedad me ofrezca gratis una epopeya de siglos que yo jamás podría pagar. Ese es el verdadero milagro, el de vivir en un país que no sólo puede permitirse este derroche, sino que lo considera indispensable, una seña de identidad, un cimiento de su convivencia. Debería abrazar a cada viandante y agradecerle su parte alícuota en la realización del milagro. ¿Cómo voy a mirar con asco y desprecio un mundo que me acaba de entregar algo mejor que El Dorado y que el manantial de la eterna juventud?

Al pasar por la estatua del gran rey, que me mira de frente en el camino de vuelta del hospital, le increpo. Qué sabrás tú de grandeza. Qué sabrás tú de aventuras y de logros sobrehumanos. Llevo en esta bolsa algo mejor que todo tu reinado, todas tus Granadas y todas tus Américas. Algo que ni tú ni tus padres ni tus hijos ni tus nietos ni nadie de tu época alcanzó a comprender jamás. Aquí, en estas cajitas, tengo condensada toda la compasión que es capaz de producir la humanidad.

Qué sabrás tú, gran rey de piedra, de mi especie degenerada.

Deja que te cuente uno de mis cuentos de monstruos, que aún me queda alguno por contar.

# El peine del patrón

Érase una vez un hombre pendenciero, el más chulo de su barrio, donde había muchísimos chulos. Llevaba siempre un peine de carey en el bolsillo de la camisa, que le gustaba vestir con los dos botones de arriba desabrochados. Cuando estaba nervioso, sacaba el peine y se lo pasaba por ese pelo largo y rebelde que nunca se inclinaba al rigor de la gomina.

Para ya, Pablo, tienes el pelo perfecto.

Victoria Eugenia sonreía con todos los dientes mientras le susurraba a su marido que se estuviera quieto, que estaba dando la nota, que no eran momento ni lugar para bravadas ni machadas.

No estás en tu casa, Pablo, haz el favor.

Vaya que no estaba. En ninguna de sus casas, bien se notaba. Allí no se podía tomar un periquito, ni plantar los pies sobre la mesa, ni ponerse a gritar por el teléfono. ¿Quién se creía que era el Castaño ese? Impresionarle a él, nada menos que a él, con modales de rey de Francia. Le gustó su ocurrencia y se la susurró a su mujer:

Este se ha creído el rey de Francia. Que se sujete bien la cabecica, no la vaya a perder.

Ay, Pablo, que te estés quieto ya con el peine. Dámelo, que yo te lo guardo.

Ni se había dado cuenta de que estaba peinándose otra vez. Lo metió en el bolsillo y miró a la esposa con esa firmeza del que antes se dejaría emascular que arrebatar el peine.

Queridos amigos, bienvenidos a chez Castaño. ¿Les han ofrecido ya algo de tomar, están atendidos?

Castaño se presentó con un smoking hecho a su medida corpulenta de soldado. Parece un puto pingüino, pensó Pablo, notando que los cuerpos fornidos y entrenados como el de su anfitrión siempre parecen hinchados y ortopédicos cuando se visten con tanta pompa. Un militar asesino, pues no otra cosa era Castaño, no puede refinarse con un par de facturas de sastre. Su mujer, sin embargo, estaba encantada con la visita. Parecía incluso avergonzada de él, no sólo por su forma compulsiva de peinarse, sino por su sencillez y por esa gallardía callejera que un día, hace tanto tiempo ya, le hizo temblar las piernas de colegiala.

Piernas de colegiala, ha pensado. Qué horror, a ver si este imbécil saca pronto algo de tomar, que se está poniendo el aire como de bolero.

No puedo presumir de una colección como la suya, señora, pero quisiera corresponder a su generosidad del otro día con los placeres mundanos de esta casa que es la suya.

Los placeres mundanos, esos que no tenías en la selva, ¿eh, Castañito?

En cada sitio, lo que corresponde, querido Pablo, todo Ulises merece una Ítaca. Bien lo sabes tú, aunque a ti te guste más lo rústico de la hacienda, ¿verdad?

Discúlpele, Fidel, ya sabe cómo es, atajó Victoria Eugenia.

No sé qué me tiene que disculpar este huevón.

Nada, Pablo, claro que nada. Entre nosotros no tenemos que disculparnos nada. Y no quería ofenderte, patrón, todo lo contrario: celebraba tu espíritu pionero, la forma en la que desbrozas el paisaje. Son las personas como tú las que han hecho esta tierra, a machetazos, despejando la selva

para llevar la civilización a lo salvaje, como Lope de Aguirre o como el Libertador. Yo sólo soy un guardián que necesita descanso de sus guardias. Pero siéntense, no estén ahí parados.

El salón era, no cabía otro adjetivo, versallesco. Unos techos que se perdían en las alturas donde las lámparas de araña apenas dejaban ver el artesonado de madera. Angelotes por acá, panes de oro por allá, esculturas y jarrones por todas partes. No le impresionaba aquello —el poder no impresiona a quien de verdad tiene el poder—, tan sólo le incomodaba esa ínfula de aristócrata, esa forma tan poco viril de gastar el dinero. La semana anterior, Victoria Eugenia enseñó a Castaño los áticos del edificio Mónaco, y este no pudo contener su asombro. Le temblaron las piernas cual colegiala —esta vez sí, aquí sí va bien lo de las piernas de colegiala— al ver todos los cuadros que guardaban allí, tan apretadicos en las paredes. Era la colección de su mujer, él no le hacía mucho caso, pero a fuerza de oír hablar de ella se había quedado con algunos nombres: Dalí, Botero, Rodin, Mitoraj, Arango... A Castañito se le iban los ojos de un cuadro a otro, no se lo podía creer, y Pablo percibió el temblorcillo levísimo que delata la codicia. Se nota en los labios, por eso los hombres con bigote —como él— lo saben disimular y no hacen el ridículo.

Señora, le dijo a su mujer entonces, tiene usted la mejor colección de arte de América Latina.

¿Usted cree? Me ha tomado tiempo, eso es verdad.

La mejor, señora, la mejor.

Como se sintió de verdad halagado por el privilegio de visitar aquellos áticos, Castaño invitó a los Escobar a comer a su casa, y allí estaba Pablo, con un vaso de whisky en la mano y esa sensación de pequeñez tan molesta. Rehuía la mirada de su mujer al tiempo que reprimía el impulso de echar mano al bolsillo de la camisa para sacar el peine. Sabía lo que pensaba Victoria Eugenia: que aquello sí era vida. Les servían criados y camareros de verdad, no sicarios de la calle que manchaban toda la cocina para preparar un periquito. Nadie se paseaba por el salón con pistolas al cinto y no había metralletas apoyadas en las mesas. Quizá el ambiente fuera en exceso fino. Un poco recargado, sí. Hortera, incluso, pero maduro. Pablo seguía teniendo el mismo gusto que cuando robaba coches en el barrio. El dinero sólo sirvió para tener mucho de lo que le gustaba, no para que le gustasen otras cosas. Si antes le gustaban los coches, ahora tenía decenas. Si antes le gustaban las camisas, ahora tenía guardarropas enteros. Si antes le gustaba tener un peine, ahora se hacía traer cajas enteras desde Estados Unidos. Por supuesto, ella podía comprar todo el arte que quisiera y contratar a los decoradores más caros y hacerse traer los muebles de Europa y de donde le diese la gana, pero él no se iba a convertir en un señoritingo como Castaño. Él, como bien le había dicho, era de los que desbrozaban la selva.

Fidel Castaño pertenecía ciertamente a otra raza. No de guerreros, como quería él. Ni siquiera de los sicarios, que vienen del pueblo. Castaño, con su ejército de paramilitares desplegado en la selva, era de los que creen que se puede controlar un país sin mancharse las manos. Para ellos, la guerra son dibujitos en un mapa, y las tropas, chinchetas de colores. Hablan de eliminar objetivos, casi nunca de matar, y no oyen los tiros ni ven los sesos de sus víctimas. Por eso encargan smokings a los sastres de Nueva York y se rodean de sirvientes con cofia y librea, para poner capas entre el mundo y ellos.

Esa idea de manejar el destino por control remoto sonaba abyecta para el chulo pintón que era Pablo, porque a él le gustaba el mundo y le gustaba amasarlo y darle la forma que él quería. No había salido de las calles empinadas de Envigado para esconderse en palacios. Se pasearía por todo el país como se paseaba por su barrio, en moto, pitando a las chicas en las esquinas, invitando a los

amigos en las heladerías. El escenario se había hecho más grande, pero la obra y el actor eran los mismos, con la misma camisa abierta y remangada, el mismo peine de carey y el mismo pelo indomable.

Cuando asumió su cargo de representante, quiso entrar en el Capitolio de Bogotá con la misma guisa que paseaba por las aceras de Envigado. No llevaré traje de paño, dijo, y se presentó en la puerta decidido a reformar de una vez por todas la prosodia elitista y burguesa del congreso. Pablo Escobar era el pueblo en marcha, el hombre colombiano de verdad, sin afeites ni almidones. Pero el portero, que quería ser más pueblo que el pueblo, le cortó el paso.

Ah, no, señor representante, me va a perdonar, pero las normas de la casa son muy estrictas y usted no puede acceder al recinto en mangas de camisa.

Bramó, maldijo, escupió y amenazó. ¿Cómo podía el pueblo negarle la entrada al pueblo mismo? ¿No se daban cuenta de que Colombia estaba cambiando? ¿No veían que al fin entraba en esa casa alguien que hablaba paisa sin vergüenza, que se reía con todos los dientes y que llamaba pan al pan y vino al vino? Desde Bolívar no pasaba nadie tan digno de entrar ahí. Barrarle el paso era una ofensa a la democracia, y debía saber, porterito, que en ningún otro sitio del país que no fuera la mismísima plaza Bolívar se atrevería alguien a decirle a él, Pablo Escobar, cómo debía vestirse.

No hubo nada que hacer. El propio portero le ofreció una de las corbatas que guardaban para emergencias como aquella —y era sorprendente que alguien hubiera previsto la emergencia de que un representante apareciera sin corbata— y alguien de su séquito corrió a buscar una chaqueta. Y así, humillado, vencido, como un arlequín que se disfraza de príncipe, el Estado colombiano le recordó que aún no era lo bastante fuerte para pasearse por los salones de la patria como si fueran suyos.

La chaqueta le picó y la corbata lo estranguló. Apenas le salieron las palabras en aquella primera sesión, de tan fuerte que apretaba la condenada. Toda una vida de confort y libertad se apagaba entre tejidos ruines que dejaban la piel crujiente y roja. Intuyó, mientras se rascaba la espalda y los brazos, que aquel no era el sitio donde él dejaría huella y sería recordado con amor patriótico. Su lugar estaba en los estadios, en las plazas de toros, en las verbenas y romerías, en el baile callejero y en el ruido de las carreras de coches. No se convertiría en ningún líder sentado en aquel escaño, bajo aquellos óleos y entre tanto ujier perruno y resentido. En el fondo, le estaba agradecido a aquel portero de mierda: su impertinencia le había recordado quién era, de dónde venía y por qué diablos estaba allí. Aquella corbata y aquella chaqueta tenían la inmensa virtud de hacerle consciente de su cuerpo, de su sudor, de sus picores: ese trozo de carne embutida era Pablo Escobar, carajo, y Pablo era calle y pueblo, no palacio y traje.

Por suerte, aquellos días en que soñaba con la presidencia de la república quedaron atrás. Debió haberse dado cuenta en el instante en que el portero le cortó el paso. Debió haberse dado media vuelta y renunciar a su sillón. Cuántas humillaciones se habría ahorrado con una retirada temprana. Su error, como siempre, fue obstinarse, creer que podría aguantar la presión de la corbata y el picor de la lana. Bajo los techos de la mansión de Castaño revivió aquel sofoco y se sintió aplastado contra el suelo, mirando desde abajo un paisaje que siempre fue demasiado alto para sus ciento sesenta y siete centímetros.

Oye, Victoria, ¿cómo se come esta mierda?

Ante sí tenía un juego de alicates y tenazas dispuestos como los bisturíes en un quirófano. Se fijó en los comensales. Esa chica finísima, que debía de ser miss Antioquia o algo así, tenía una destreza fenomenal. Abría las pinzas de la langosta sin tocarla con los dedos, e iba sacando toda la carne con

ayuda de una especie de espatulilla. Cuando la carne formaba un montoncito, la pinchaba con el tenedor y se lo llevaba a esa boquita pintada que estaba pidiendo un buen mordisco. Se fijó en que su mujer tampoco se daba mala maña con esas herramientas. Su bicho rojo yacía diseccionado en mil trozos. ¿Dónde habrá aprendido esta a comer así?, se dijo.

Puedes abrirlo con las manos, está bien visto, le susurró.

Nadie usa las manos, querida, y no sé cómo desmembrar esta cosa.

¿Quieres que te la prepare?

Lo que faltaba, que Castaño vea que mi esposa me da de comer como si fuese un subnormal.

¿No te gusta la langosta, Pablo?, dijo Castaño. ¿Prefieres que te preparen otra cosa más sencilla?

Hijoputa.

Sí, claro que prefería algo más sencillo. Algo que se pudiera comer sin hacer el ridículo y acompañado de papas y arepas.

Decapitó el crustáceo con el cuchillo, sosteniendo el cuerpo apenas con dos dedos, y extrajo con el tenedor algo de carne. No se atrevió con patas ni pinzas. Lo troceó un poco todo y le pareció que quedaba un plato de desperdicios bastante parecido al de los demás invitados. Con gusto lo hubiera echado a los perros, después de emprenderla a tiros con su cara bigotuda, la del bogavante o langosta o como se llamase.

Para los postres estaba ya hartísimo de Castaño y sus castañas, de vino francés y de queso roquefort traído del mismo Roquefort (como si él no pudiera traerse el pueblo entero de Roquefort en un avión Hercules con sólo chasquear los dedos), de trufas italianas y de caviar del Caspio. Como apenas comió, se pasó la velada observándolo, y empezó a detectar un amaneramiento insólito. Tal vez era el smoking, o la mantelería, o los jarrones y las cortinas, pero parecía poco hombre. Reía fuerte pero contenido, como si le diera apuro soltar una risotada. Apenas juraba y usaba un lenguaje remilgado que no le había oído en otras ocasiones. Se sentaba recto y no agasajó ni una vez a las muchachas, con las que él no coqueteaba porque estaba su esposa delante, pero ningún hombre, y menos un hombre de la talla y músculo de Fidel, podía quedarse callado ante tales hembras.

Y tanta comida francesa. Y tanta ostra, qué cosa tan repugnante, las ostras, por mucho que se bañen en jugo de limón. Y tanto licorcito y tanto champancito.

Castaño, quién lo iba a decir, estaba pasando a oscuro.

Cuando invitó a tomar el café en el salón contiguo, el anfitrión se sentó en uno de los sillones junto a miss Antioquia, y Pablo se fijó en la forma en que apoyaba el culo y cómo se recogía las perneras de los pantalones para no arrugarlas. Sentadito en el borde, sin apoyar la espalda, parecía uno de esos ministros de Bogotá que estudiaron en Harvard.

¿Cómo le gusta el café, señor?, preguntó un camarero.

Tráigame un periquito.

Con gusto, concedió el camarero.

Ay, dijo Castaño desde su trono, a Pablo le gustan los periquitos, como buen paisa que es. Yo tomaré un *espresso doppio*, por favor.

Se ve que este no es paisa, le susurró a su mujer. Nació en París, la reina de Francia esta.

Lo ha dicho en italiano, corrigió ella.

Pues la reina de Italia, carajo.

Y sacó el peine para darse dos pasaditas rápidas.

Aquello no se terminaba nunca. Empezó a sudar y a notar apreturas en el cuello, como si lo

estuviera ahogando una corbata fantasmal. ¿Cuándo podría irse sin que se enfadara Victoria Eugenia? Ella parecía tan feliz en aquella salsa de marisco. Se movía como si hubiese pasado media vida entre príncipes, la estaba gozando de veras, y él sólo tenía ganas de salir con el coche y conducir por los caminos de la hacienda, pisar hierba, sentir la humedad de la selva abriéndole los poros de la piel, pasear con el torso desnudo junto al río. ¿Qué tocaba ahora? Los licores, claro.

¿Unos digestivos, Pablo?

Digestivos, dice, como si fueran pastillas para cagar.

Sí, qué diablos, llenen el vaso hasta arriba, no hay quien aguante sobrio todo este teatro.

Castaño aprovechó el ínterin, en el que las damas fueron a retocarse al baño y los camareros despejaron el servicio de café, para acercarse a su invitado y sentarse a su lado. Demasiado cerca, para el gusto de Pablo, que se echó hacia atrás en el sofá en un intento de mantener cierta burbuja de seguridad entre su cuerpo y el otro. De nada le sirvió, pues Castaño, a quien el smoking no le dejaba moverse con la elasticidad que buscaba, se acercaba más y llegó a rozar con su pierna la de él. A Pablo le pareció que iba a colocarle una mano en el muslo, pero se reprimió.

¿Sabes qué es lo mejor de esta casa, Pablo?

Todo, Fidelito, todo, tienes una casa lindísima, a mi mujer le encanta.

Me alegra, aunque me apena un poco no tener una colección de arte a su altura, qué lástima no poder corresponder a la generosidad que tuvo de enseñarme sus cuadros.

Cuando quieras, puedes venir a verlos, ya lo sabes.

Sí, claro, y esta es vuestra casa, también. Lo mío es tuyo.

Y tanto que sí.

No lo decía literalmente, pero de acuerdo, un poco sí. A fin de cuentas, estamos juntos en el negocio. ¿Quieres más whisky? Mozo, por favor, otra copa para el señor. Gracias. Qué gusto que las mujeres se hayan ido a sus cosas, así podemos hablar tranquilos los hombres. Ya era hora, ¿no?

Bueno, Fidelico, tú y yo lo tenemos ya todo más que hablado.

No me refiero a eso, me refiero a la amistad, a disfrutar, a bromear.

Ya, eso, claro, sí.

Como te decía: ¿sabes qué es lo mejor de esta casa?

¿Que no tiene micrófonos?

Eso espero, pero no. Lo mejor es la sauna y el hidromasaje. Jacuzzi, lo llaman. Tiene un circuito maravilloso: el agua te da masajes, luego hay una piscina de agua helada, bañeras de burbujas... Hasta he contratado a dos masajistas que me traje de Miami y que hacen unas cosas divinas con aceites y lodos. ¿Has visto mi piel? ¿Has visto qué suave y qué brillo? Toca, toca, acaríciala.

No te voy a tocar, carajo, ¿estás loco?

Si es para que veas cómo funciona. Mira, Pablo, te he notado muy tenso toda la velada. Podemos decir que nos lleven las bebidas y nos relajamos en el agua, verás qué estupendo. Tú no tienes jacuzzi, ¿verdad que no?

Qué voy a tener.

Pues deberías tenerlo, no sabes qué maravilla te pierdes. Anda, ven, que nos preparan unos albornoces. Y si te da vergüenza desnudarte del todo, te traen un bañador. ¿Cómo te gusta, de pantaloneta o slip? Aunque lo mejor es no llevar nada, también te lo digo, así los chorrillos entran por todas partes.

¿Qué dices, Castaño?

Ven, que te lo enseño.

Tú no me enseñas nada —y sacó el peine y se peinó cuatro, cinco, seis, siete veces—. ¡Victoria!  
¡Victoria! ¿Dónde estás? Nos vamos.

Pero, hombre, ¿ya tan pronto?

¡No me toques, te digo que no me toques!

Calma, Pablito, te pido disculpas si te ofendí en algo. Por favor, no te vayas.

¡Victoria! ¡Victoria!

Aún tuvieron que esperar un rato en la puerta a que le trajesen el coche y le abriesen la verja. Salió de la mansión casi derrapando, y no redujo la velocidad hasta pasadas unas cuadras. Su mujer miraba por la ventanilla, sin hablar.

Maricón de mierda.

Pero, Pablo, ¿qué ha pasado?

Que es un maricón, ya lo has oído.

¿No será que te da vergüenza, por lo de tu piel?

¿Vergüenza de qué vergüenza? Yo me paseo en pelota ahora mismo, me tiro a cualquier alberca como dios me trajo al mundo, no tengo nada de lo que avergonzarme. ¿O es que te avergüenza a ti? Dime, ¿te avergüenza a ti? ¿Te pasa a ti algo con mi piel?

No, Pablo, ¿cómo puedes decir eso? Es que lo estábamos pasando tan divinamente, no sé por qué te has ido así.

Tú te lo estabas pasando bien. Tú y sólo tú.

Ay.

Puto maricón hijoputa.

¿Pero qué pasó?

No quiero decirlo, ¿me oyes? No quiero decirlo. Y se acabó, no se habla más de este asunto. Y que no vuelva a verlo por el Mónaco ni por ningún sitio. Si quiere ver cuadros, que se los pinte él.

Aparcó en el garaje de un edificio alto del centro de Medellín, en la casa que más cerca quedaba, porque dijo que tenía ganas de ducharse.

Pero si te ofreció un baño y no quisiste, dijo ella, y no dijo más, porque él le recordó con la mirada que no quería oír hablar del tema. En el mismo ascensor se empezó a desabotonar la camisa y entró en el apartamento con el torso al aire, empapado en un sudor frío y rasposo. Pasó directamente al baño y atrancó la puerta.

Desde joven tuvo el vicio de tomar duchas muy largas por la mañana, después de desayunar. Se levantaba tarde, porque era de rutina noctámbula, y tras el segundo café se encerraba en la ducha y dejaba que los asuntos del mundo se embrollasen sin él. Ese era el verdadero poder: desaparecer bajo el agua un par de horas con la certeza de que nadie aprovecharía ese tiempo para desbaratarle un plan. Nadie tendría el valor de desviar un pago o quedarse con una carga o alterar un cuaderno de cuentas aprovechando su ausencia. Quien necesita estar encima de todos los negocios no tiene poder, sólo lo aparenta. ¿No decían que el Cid ganó batallas muerto? Porque los moros se cagaban al ver su figura a lo lejos. Con sólo saber que el patrón existe y que puede salir de la ducha en cualquier momento, la organización siente el miedo y el respeto que precisan para seguir funcionando.

Tal vez sólo intentaba borrarse aquellas marcas, esas manchitas o placas que le salían a veces hasta en la cara y que servían a la policía para discriminarle de sus dobles. No tiene nada en la cara, decían los agentes de la DEA que lo seguían, así que no es Escobar, y casi siempre acertaban, los



hijoputas. En la ducha también se siente la fragilidad del poder: parece fuerte como el caudal que sale de la regadera a presión máxima, pero acaba flotando por la habitación y condensándose en el espejo, donde puede eliminarse con una pasada de toalla. Así puede acabar eliminado él. Una simple mucama puede hacerlo desaparecer con dos movimientos de brazo. Lo siente en la impotencia de la ducha con sus manchas. Todos los poderosos que han sufrido la enfermedad la han contemplado con la misma incredulidad: ¿cómo es que pueden imponer su antojo en los lugares y en las cuestiones más complicadas y variadas, pero no blanquear esas manchitas si no es con maquillaje? En la ducha es fácil ser sabio y concluir que, al final, no somos más que un cuerpo que se arruga y enrojece.

Aquel Castaño preparaba algo contra él. ¿Debió complacerle? No dejarse manosear, sino compartir un baño inocente. Podía haber engañado a miss Antioquia para que los acompañase, aunque con su mujer por ahí sería difícil. Pero podría haberla mandado a casa, o de compras. Mira, Victoria, tenemos que tratar de negocios, le habría dicho, y se habría metido tan ricamente con la muchacha esa. Y entonces, qué más le daba a él que Castaño estuviese enfrente o donde se le antojara. Que aprenda a tratar a las mujeres, así tal vez se le curaba lo suyo.

¿Lo interpretó mal? Al fin y al cabo, es un guerrero. Nadie puede cuestionar la hombría de Castaño. Ha hecho de todo en la selva, pero en la selva no hay mujeres. En la selva se pasa mucho tiempo con los compañeros. Duermen juntos, comen juntos, juegan juntos. Maldición, es inevitable que acaben jodiendo juntos. Si nadie les lleva hembras, tendrán de desfogarse de alguna forma. Como los presos en las cárceles. Por eso él nunca debe marchar preso. Y, si marcha, tiene que repartir muchos sobornos para que entren todas las mujeres que quieran, que nunca falten cuando se las necesite, no vaya a terminar proponiéndoles baños de hidromasaje a los de la celda de enfrente.

Si Castaño no preparaba nada antes, sin duda ahora debía hacerlo. Había mucha rabia en la última mirada que le lanzó y en la forma en que ordenó al valet que buscara el coche. Pobre Victoria, creía que no se bañaba porque le daba vergüenza enseñar sus manchitas. Qué poco conocía los demonios humanos. Qué poco sabía del deseo. La culpa era suya, pero ya no había remedio. A veces creía que su mayor monstruosidad fue seducirla, esas piernas de colegiala en aquella esquina de Envigado. Qué fácil fue, pobre niña. Trece años tenía, aunque le parecieron más, por las tetas tan grandes, sobre todo. Qué sabía ella del mundo fuera del mundo que él le había contado. No sabía nada de la forma en que se miran algunos hombres, no sabía nada de lo que les gusta en la cama a algunos hombres. Por eso era su esposa, porque no sabía nada de esas cosas en las que tan expertas eran las demás chicas. Virginia, por ejemplo, lo habría entendido al instante, sin palabras. Habría calado a Castaño antes de la primera insinuación y lo habría solucionado sin ruido, con ese lenguaje de signos tajante que manejan las mujeres que saben de lo que hablan. Pero fue a la cita con Victoria, no vio venir al maricón y ahora se ha ganado otro enemigo. Un mal enemigo. Un enemigo de las remil putas.

¿Y qué podía hacer? ¿Dejarse dar por el culo para salvarlo? Si empezaban una guerra, guerra tendrían, pero no iba a meterse en el jacuzzi para darle gusto al pervertido ni para ahorrarse unos pocos muertos.

Dos horas y dieciséis minutos después, Pablo Escobar salió del baño y se dirigió, desnudo y chorreando, al dormitorio, dejando en el suelo de madera un rastro de huellas y charcos. Escogió una camisa roja de las muchas que colgaban del vestidor, planchadas con todo el esmero que el patrón reclamaba. Escogió unos pantalones claros, tirando a azules, y tomó un peine de carey de un cajón de la cómoda que estaba lleno de ellos. Se repasó los pelos hasta conseguir cierto orden anárquico. No se peinaba con raya, pero tampoco soportaba el caos del despeine. Había un método en su forma de

colocarse esos pelos, que iban en apariencia de un lado a otro. Se contempló un rato en el espejo. Se atusó un poco el bigote. Sonrió como para la portada de una revista y no pudo evitar soltar una pequeña carcajada.

No me extraña que los vuelvas locos, le dijo al espejo.

Cerró el cajón de los peines, metió en el bolsillo de la camisa el que tenía en la mano y salió de la habitación pidiendo a voces un periquito y el teléfono.

# Mi griego

Stalin y Escobar eran buenos padres. A su manera, se preocuparon por sus hijos como cualquier padre amoroso, y no ahorraron besos ni abrazos, aunque a menudo estos asfixiaran como los de un oso cavernario. Su monstruosidad hería el mundo mientras protegía la casa. Al final, sus crímenes fueron tantos y tan brutales que acabaron agrietando los cimientos y provocando goteras en los cuartos donde dormían los niños, pero la fuerza de su mal —no sé expresarlo de una forma menos pueril: cuando el mal es tan puro, se vuelve ridículo— nunca apuntó hacia ellos. ¿Cómo no vas a terminar tarado si tu padre se llama Stalin o Escobar? Nadie duerme a pierna suelta durante un terremoto o bajo un huracán. No puedes vivir junto a quien provoca las catástrofes y salir ileso de ellas.

Temo que mi hijo recoja una moraleja perversa: ¿le estoy enseñando a desconfiar de mí? ¿Le estoy contando que, por mucho que nos queramos y por muchos libros de Roald Dahl que le lea y por muchas cosquillas que le haga antes de la Edad Media de la piel, soy un monstruo para el mundo? No como el Gran Gigante Bonachón, que ha renunciado a comer niños, lleva una dieta vegetariana de tubérculos asquerosos y regala sueños felices cada noche a los pequeños que duermen con las ventanas abiertas, sino como los gigantes Sanguinario, Tragacarnes y Quebrantahombres. Le insinúo que cuando le doy el beso de buenas noches y me voy al salón dejando la puerta de su dormitorio entreabierta, me dedico a firmar ejecuciones sumarísimas o a encargar asesinatos a sicarios tatuados.

Si nos preocuparan tanto los crímenes de nuestros padres seríamos mucho mejores personas de lo que seremos nunca, pero creo que nos importa muy poco a quién matan cuando salen de casa, siempre que al volver nos revuelvan el pelo con una caricia, nos llamen con el sobrenombre íntimo que nadie más usa y nos traigan un regalito. Lo que de verdad tememos es que sean monstruosos con nosotros.

Yo quiero creer que no soy un miserable, pese a mis miserias. Quiero creer que mis vergüenzas no son tantas como para que algún día mi hijo tenga que decir que, a pesar de lo que cuentan de mí, en casa no fui un monstruo, que leía muy bien los libros de Roald Dahl, que sabía poner la voz del Gran Gigante Bonachón y que, aunque no podía agacharme ni cogerlo en brazos, nunca dejé de jugar con él ni de invitarlo a batidos de chocolate. Es cómodo creerlo si me comparo con monstruos superlativos. Al lado de Stalin, todos somos santos. Por eso debo compararme con alguien como yo, cuya maldad comparta escala con la mía. Un monstruo doméstico y anodino sin ficha policial ni procesos abiertos en el tribunal de La Haya. Quizá un señor con pantalón corto y cazamariposas, un tipo tímido y despistado del que las señoras se compadecen y no quisieran como yerno. Alguien de quien yo no pueda inferir la menor maldad, más allá de las que vienen dadas por las debilidades de costumbre: un poco de egoísmo, un poco de mala crianza y otro poco de deseo mal contenido. Alguien que haga daño, como todos lo hacemos, por idiotez y no por voluntad.

Admiro mucho a ese personaje con pantalón corto y cazamariposas, tanto por los libros que escribió como por las cosas que dejó dichas y por la vida digna y tierna que dejó macerar y que es un ejemplo de la dignidad y la ternura que quisiera para mi propia vida. A mí también me gustaría envejecer en un hotel suizo a orillas de un lago, junto a mi mujer, desayunando tostadas con

mantequilla en la terraza los días de sol. Pero esto es un deseo del hombre de cuarenta años que soy ahora, porque los libros de Vladimir Nabokov no me emborracharon a la edad en que los idiotas nos emborrachamos de literatura y de otras cosas que suponemos bellas.

Me enamoré de Nabokov cuando la psoriasis me había convertido en el adulto áspero, hogareño y un poco gordo que soy ahora. Aún no tenía hijos, pero pronto llegarían y descubriría que no tenía el menor motivo para sentirme sabio. Si coger a mi hijo en brazos por primera vez me hizo un ignorante que necesitaba aprender a vivir desde el principio, leer los libros de Nabokov me descubrió que tampoco sabía nada sobre literatura. Todas las horas gastadas junto al flexo, todas las páginas que robé a la calle, a los amigos y a las novias que no tuve se revelaron banales y grumosas.

Aquel ruso blanco, por supuesto, no era el zarista cruel y frívolo que me había imaginado, pero esos zaristas sólo existían en algunas novelas de ambiente parisino escritas por comunistas, donde princesas *salonards* en la ruina organizaban sesiones de espiritismo para sacarles unos francos a los bobos del *fabourg Saint-Germain*. Bajo la etiqueta de rusos blancos se escondía una humanidad ambulante y sentimental cuyos miembros sólo tenían en común dos cosas: el idioma y que no eran bolcheviques. Había derechistas, terroristas y admiradores de Hitler, claro que sí, pero también mencheviques, socialdemócratas y liberales fervientes como Nabokov padre, que murió asesinado por sus ideas en 1922. Y luego estaban los desgraciados del pelotón, los vladimires que venían de una infancia perlada y tuvieron que acostumbrarse a la intemperie y a ser desahuciados por caseros racistas. En este grupo estaba mi querido cazador de mariposas, que salió de Rusia con veinte años apenas cumplidos como quien se va de beca Erasmus, con la intención de seducir a todas las rusas de Europa —blancas y de otros colores, no hacía discriminaciones por tonos de Von Luschan—, a quienes prometía curar de morriña y melancolía con unas estrofas escritas para ellas.

Hasta que la acidez del exilio se le fue pegando a la flora intestinal. Se acabó el dinero, mataron al padre, y a Lenin le sucedió Stalin. Rusia era pasado y ya no futuro, un puñado de recuerdos infantiles a los que volver en tardes ociosas. El presente era pura supervivencia: la obsesión por conseguir marcos, las triquiñuelas para ahorrar un poco en el alquiler, el deseo de que el traje de hace unos años siga pareciendo nuevo. Y cuál será el siguiente país, en qué idioma se tendrán que pelear con los caseros, hasta cuándo les tolerarán en el barrio.

Quisiera contarle a mi hijo un cuento sobre mariposas y playas protagonizado por el niño Vladimir, pero no ahora. Ahora quiero recrearme en la crudeza de lo adulto, mirarme en los ojos de ese hombre en la treintena al que los intelectuales del exilio ruso en Berlín, en París y en Londres llamaban Sirin, el hijo de aquel famoso Nabokov que tantos discursos dio en la Duma. Un hombre delgado que busca desesperadamente una conferencia, un artículo, un adelanto o una traducción de alguna de esas prosas que lleva años escribiendo y que nadie comprende muy bien. Un hombre que mendiga un puesto de profesor en Inglaterra o en Estados Unidos, en cualquier sitio, no importa, pero lejos de Alemania y más lejos aún de Rusia. Un hombre casado con una mujer llamada Vera y padre de un niño pequeño llamado Dmitri.

¿Cómo puede alguien tan frágil y tan proclive a ser arrollado por los vendavales del siglo xx convertirse en la némesis del monstruo Stalin? Lo imagino en mangas de camisa, aprendiendo a no cruzar los sietes para pasar por un occidental que domina el inglés, pues los ingleses no cruzan los sietes con una raya como hacen los rusos. No quiere delatarse como exiliado, no quiere que ese trazo en el número lo descubra como el hijo de un aristócrata arruinado que añora el palacio y la finca con siervos. Por supuesto que preserva el idioma ruso como su madre guarda las fotos de familia, pero

cuando escribe en inglés, escribe como un inglés: está dispuesto a asimilarse, a borrarse a sí mismo si con ello se asegura una vida decente para él y su familia. Su manera limpia y directa de estar en el mundo escenifica —y nadie lo sabía, ni siquiera él mismo— la derrota de Stalin. Mientras Nabokov aletea en las pensiones oscuras del exilio, el totalitarismo de Stalin fracasa, pues no ha alcanzado ese todo que lo totalitario pretende. Nabokov triunfó porque ni siquiera se planteó presentar una batalla. Fue su terquedad en el vivir, tan parecida al vuelo corto y despreocupado de una polilla, la que le alzó sobre el diablo sanguinario del tarot.

Y, sin embargo, desde aquella irrelevancia oscurísima, había una conexión con la piscina de Sochi que alguien más atento a lo esotérico debería haber apreciado, si no entonces, sí con los años, cuando se maduran los recuerdos y se ensucian con significados. En julio de 1936, el mismo mes en que el *Vozhd* seguía desde su dacha el juicio a Kámenev y Zinóviev, Vladimir Nabokov empezó a rascarse y se quejó del primer brote feroz de lo que llamaría su griego, por ese nombre pedante que se gastaba: psoriasis.

Sin dinero para consultas médicas, empezó a tratarse con el remedio de la abuela más viejo recomendado para el mal, los baños de brea. Pero, como nos ha sucedido a muchos de los que hemos llenado la bañera y rociado esa pestilencia oleaginosa sobre el agua hasta conseguir un barro alquitranado, el tratamiento sólo sirvió para irritarle más.

En enero de 1937, el año de las grandes purgas soviéticas, Vladimir dejó a Vera y a Dmitri en el pisito de Berlín en el que vivían y se marchó a París para preparar el terreno del segundo exilio. Alemania se había convertido en territorio hostil: Vera era judía y el gobierno nazi había nombrado como interlocutor para los exiliados rusos al asesino del padre de Nabokov. Como otros intelectuales, Vladimir había tejido redes en Francia y esperaba servirse de ellas. La idea era conseguir algo de dinero a través de colaboraciones, encargos y charlas, y entablar relaciones con periódicos y editores franceses para asentarse en el país. Mientras, alquilaría una casa barata para pasar los meses de verano, tirando de amigos que conocían a amigos que conocían a amigos. La intención era mudarse en abril durante unos meses a la Costa Azul; más tarde, ya verían. París estaba descartado por caro, pero tampoco podían vivir muy lejos, pues Vladimir tenía que viajar con frecuencia a la ciudad y dejarse ver por salones y redacciones.

Todo este plan se hacía contra la burocracia que aplastaba a los refugiados que moteaban los barrios pobres de las capitales europeas. Vladimir y Vera eran apátridas: la nueva URSS no los reconocía como ciudadanos y la vieja Rusia ya no existía. Para ellos, la Sociedad de Naciones había creado los pasaportes Nansen, que eran unos documentos de papel malo y muy fino que se rompían con los sellos. La mitad de los países no los reconocía, y la otra mitad lo hacía después de mucho papeleo. Cruzar las fronteras, y no digamos ya mudarse con un niño pequeño y unos pocos muebles, suponía para los Nabokov una cefalea de citas en consulados y copias por triplicado en las que se consumían casi todas sus fuerzas. Los rechazos, los sobrecostes y la inquina de los funcionarios acabaron minando el matrimonio, que discutía mucho por un futuro imposible de planificar. Nabokov tenía claro que había que mudarse a Francia, donde tenían amigos rusos. Vera, en cambio, veía mejor Bélgica o Italia. Cuando Vladimir fue a París a dar sus charlas y preparar el terreno, aún no se habían decidido. Todo eso sucedía mientras él vivía el peor y más furibundo brote de la enfermedad, que, según algunos de sus biógrafos, lo llevó a pensar en el suicidio.

El 27 de enero de 1937 Vladimir escribió a Vera sobre su psoriasis: «El griego me tortura tanto (no duermo por la noche porque está furiosamente irritado, y eso afecta en gran medida a mi estado

de ánimo) que decidí ir a ver a un médico, ya que se está poniendo peor desde el *précipité blanc*. Esta estúpida brea me está afectando de un modo terrible».

Al día siguiente, en una postdata, escribe: «Estuve en casa de M. con Liusia, luego fui al médico. Sugiere que me ponga unas inyecciones, veinte por veinte fr. cada una. Me negué».

Veinte inyecciones por veinte francos, es decir, cuatrocientos francos, el equivalente a un mes de alquiler. Mejor seguir rascándose.

El 1 de febrero de 1937 escribe: «No te hablaré de los sufrimientos insoportables que me impone el griego; la picazón no me deja dormir y toda la ropa blanca está cubierta de sangre: terrible. Hay un nuevo bálsamo, pero no me atrevo a utilizarlo, pues dice “*Sali[t] énormément le linge*”». Y concluye: «Todo estaría de maravilla, de no ser por la maldita piel».

El 4 de febrero insiste: «La psoriasis está empeorando. Haré algo al respecto a mi vuelta de Londres. De vez en cuando tengo un sueño: cubrirme de unguento de la cabeza a los pies y pasar un mes acostado en un hospital». Y más abajo: «Mi ropa blanca está en tan mal estado que fue demasiado embarazoso dársela a Jeanne y tuve que llevarla a una lavandería donde limpiar una camisa cuesta por lo menos tres francos».

Cuando leo estas cartas, en las que la angustia por la psoriasis se confunde con la angustia por derrochar tres francos en la lavandería, mi admiración por el escritor se convierte en ternura de amigo y de compadre enfermo. Me ofrecería a lavarle las camisas junto con las mías, con las que puedo lavar, con las que no tienen ya en el tejido unas manchas imborrables que han dejado de ser rojas para volverse negras.

No sólo le avergüenza la colada. Alojarse como invitado en casas de amigos es un tormento al que no le queda más remedio que someterse, pues no puede permitirse alquilar una habitación. Acepta pasar unos días en casa de Chernávina, que le ofrece compartir habitáculo con su hijo. El 8 de febrero escribe: «Y lo lamento mucho, pues preveo que estaré diabólicamente incómodo en una habitación ya habitada, especialmente debido a mi psoriasis (que me amarga por completo la existencia, pero me da miedo iniciar un tratamiento antes de partir a Londres)».

Pese a todo, le gusta subrayar que la enfermedad es lo único malo de su vida. Se esfuerza por convencer a Vera de que se está abriendo camino en Francia y de que pronto vivirán todos juntos en el nuevo país: «Mi psoriasis no deja de empeorar, aunque con respecto a todo lo demás me siento de maravilla». (10 de febrero de 1937).

El 15 de febrero de 1937: «Sigo sufriendo horriblemente por la psoriasis: ha alcanzado dimensiones hasta ahora nunca vistas y es especialmente desagradable que mi cara esté llena de manchas. Pero lo más terrible es la picazón. Sueño locamente con paz, pomada y sol».

Dos semanas después escribe desde Notting Hill, en Londres, donde se hospeda en casa de unos emigrados rusos, como siempre. En Londres han salido las cosas bien, parece que avanzan los contactos con editores y con antiguos compañeros de Cambridge (adonde ha vuelto de excursión y ha visitado los *Backs*, los jardines traseros de los *colleges* que dan al río Cam, donde compuso sus primeros versos buenos). El 2 de marzo escribe: «Parece que podré conseguir gratis un tratamiento con una lámpara de rayos ultravioleta para mi griego».

Los rayos PUVA (radiación ultravioleta enriquecida) eran una forma muy novedosa y casi experimental de tratar los casos graves de psoriasis en los años treinta, y todavía hoy se siguen usando. Un tormento del que, sin embargo, me he librado. De todas formas, la palabra fundamental de la frase es «gratis». Vladimir está feliz de que las cadenas de favores mutuos entre emigrados le

sirvan para tratarse la piel. Esta carta es un punto de inflexión en su brote. Los rayos empiezan a funcionar.

El 10 de marzo escribe desde París: «He estado garabateando la obra, levantándome tarde, yendo al tratamiento de rayos ultravioleta cada día a las tres: el sol de montaña me ha sido de ayuda, por lo menos para mi carita, de lo contrario tendría un aspecto totalmente indecente. El picor en el cuello más o menos ha pasado. Pero cuán terriblemente he sufrido todas estas semanas, qué aspecto tenía mi ropa blanca a causa de la sangre. Nunca en mi vida he sido tan *utterly miserable*. Este tratamiento no me cuesta nada. Al final de las sesiones la doctora también me inyectará mi propia sangre: se supone que ayuda mucho. Bien porque te he escrito, bien por el sol lila o porque te veré dentro de tres semanas, hoy estoy totalmente alegre».

El humor ha cambiado del todo, lo que me lleva a pensar algo que comentaré a fondo más abajo: no es el estado anímico el que agrava la psoriasis, mediante la llamada somatización, sino la psoriasis misma la que agria el carácter. En cuanto se blanquea, desaparece también la irritación en las palabras, las frases se vuelven risueñas y los adjetivos pierden toda su escamación.

El 6 de abril Nabokov está tan entusiasmado con su tratamiento que se atreve a recomendarle a Vera a su doctora para que le cure los nervios y los dolores causados por la tensión de vivir sola en Berlín con un niño de tres años: «Mi doctora, Kogan-Bernstein (la más santa de las mujeres y la excelente doctora que me aplica un tratamiento de luz durante una hora al día, que en cualquier parte costaría cien francos por sesión, en lugar de gratis), dice que los baños de barro de Franzensbad son perfectamente reemplazables (...) por baños eléctricos, que ella te administraría».

Vaya con la doctora Kogan-Bernstein, más que científica, santa. Aunque sin propasarse. Hay cosas que Vladimir aún no se atreve a probar, y lo entiendo, pues suenan a sangrías medievales y sanguijuelas. El 12 de abril escribe: «Hoy, de hecho, se suponía que la doctora iba a someterme a una operación experimental (sacarme sangre de una vena para inyectármela en otra), pero “los estudiantes” tratan de disuadirme con vehemencia; además, mi griego está mejorando muchísimo con el sol».

El 15 de abril, la mejora es casi una curación: «He engordado, estoy bronceado, se me ha pelado la piel». Apenas volverá a mencionar el griego en la correspondencia. Aunque también es cierto que esa correspondencia se interrumpe enseguida, pues el matrimonio se reúne al fin, tras cinco meses de separación, y pasa el verano en Cannes, hablándose a la cara y sin mandarse cartas. Vladimir acompaña a Dmitri a la playa todos los días y ambos se bañan en un Mediterráneo amable, idéntico al mar de su infancia, cuando no tenía pasaporte Nansen y viajaba en coche-cama, en un compartimento para él solo. Todo ha cambiado, pero su hijo sigue siendo un ruso veraneando en la Costa Azul, como lo fue él.

Sólo una presencia perturba la paz estival de aquellas primeras semanas. Al salir de la pensión de la mano de Dmitri, Vladimir se encuentra con una mujer parada en mitad de la calle que le contempla muy seria. Intercambian unas pocas palabras, tensas, y parece que él le dice a ella que se marche. Ella no hace caso y sigue al padre y al hijo a cierta distancia hasta la playa. Vladimir y Dmitri se bañan, juegan en la orilla y se sientan a tomar el sol y a ensuciarse, y Vladimir tiene la sangre lo bastante fría como para fingir que vive un día de playa normal. A unos pocos metros, silenciosa, la mujer asiste a la felicidad ajena sin quitarle ojo, solitaria y seria. Su presencia inquieta a los bañistas.

Pasado el mediodía, poco antes del almuerzo, Vera se une a los hombres de su familia en la playa,

y como la mujer no se ha marchado, pero tampoco hace ademán de acercarse o de volver a hablar, Vladimir se ve obligado a explicar algo:

Esa mujer es Irina. Ha venido desde París, le he pedido que se marche.

Vera asiente y lanza una mirada discreta. La familia sigue jugando con el niño como si fuera un día normal de ese verano tan anormal, y cuando llega la hora de comer, se marcha, tomando cada padre una mano de Dmitri. La mujer se queda sentada un rato más y se marcha también. No la volverán a ver.

Irina Guadanini era una delicada rusa de treinta y un años que conocía a Nabokov de los círculos de exiliados. Se había casado con un señor belga, pero el matrimonio fue un desastre y, cuando Vladimir llegó a París en enero de 1937, ella vivía con su madre y escribía unos versos que años más tarde se revelaron intensos y poderosos. Madre e hija asistieron a una lectura pública del escritor, confesándole ambas su admiración. Empezaron a verse en los cafés, y a los pocos días pasó lo que suele pasar cuando dos adultos que se sienten solos y un poco perdidos tan lejos de Rusia se gustan un poco.

Pese a que Irina se convirtió en una debilidad irresistible, no da la impresión de que Nabokov pensara jamás dejar a su familia por ella. Vera era la única persona del mundo en la que confiaba de verdad y no soportaba la idea de vivir sin su hijo. En *Habla, memoria* escribió algunos de los párrafos más hermosos que un padre ha escrito jamás sobre su bebé, evocando los paseos que daba por Berlín en 1934 y 1935 empujando el carrito. Recuerda la forma de la barra, la presión que ejercía para sortear los bordillos y la sensación gaseosa y narcótica de saberse padre de una criatura tan maravillosa. Pero Irina tampoco fue una aventura frívola. Nabokov se enamoró como sólo él, niño cursi educado por los versos de Pushkin, podía enamorarse. A sus treinta y siete años estaba muy lejos de ser un cínico. Nunca lo fue, de hecho. Nadie que cace y estudie mariposas puede caer en el cinismo.

Irina fue, como sabemos todos los nabokovianos, un amor de los que empapan la esponja que contienen los huesos. Dicen los que imaginan un Nabokov cruel —tal vez porque nunca se han cruzado con una Irina en su vida, tal vez porque no soportan la grandeza sencilla de un lepidopterólogo— que la utilizó, que se comportó con ella como un macho violador, que entretuvo en sus pechos la ausencia de Vera y que la tiró a la calle en cuanto volvió la esposa legítima. Nada de eso es cierto.

Desde el primer encuentro supo que iban directos a unos bancos de niebla densísimos tras los cuales sólo podía haber arrecifes y acantilados donde estrellarse, pero ¿quién se podía resistir a las insinuaciones de una mujer como Irina en aquella primavera francesa? ¿Quién podría decir no al único placer que ofrecía un exilio de francos contados y habitaciones compartidas? Otro más burgués, más templado y con menos versos escritos, quizá. Nabokov no, desde luego. Nunca había rechazado un cuerpo femenino y no iba a ser el de aquella chica tan triste y pálida el primero.

El romance —y está bien llamarlo así, mucho mejor que aventura o engaño— coincidió con ese brote salvaje de psoriasis que le fue describiendo a Vera en la correspondencia, por lo que el pensamiento mágico, que en un ruso con querencias metafísicas siempre es un charco que se pisa con facilidad, se activó: su piel expresaba la angustia de engañar a Vera y de otorgar esperanzas falsas a Irina. La culpa se convertía en placas y en escamas y manchaba de sangre las sábanas y las camisas. Apoyaba esta teoría la creencia —aún hoy difundida— de que el estrés afecta a la piel y exagera o incluso provoca sus enfermedades.



La mayoría de los biógrafos han comprado la explicación paranoide de Nabokov, y hoy se lee en cualquier biografía suya que la tensión y la mala conciencia por el amor de Irina causaron ese brote.

Desde que se sabe que la psoriasis es la expresión epidérmica de una enfermedad autoinmune mucho más compleja, ya no se sostiene la relación con el estrés. Los brotes vienen y van por causas ajenas al comportamiento del individuo. Son los anticuerpos enloquecidos los que los provocan, y estos no entienden de dilemas morales ni se sienten aludidos por la tensión emocional. Un anticuerpo no sufre por tener que elegir entre la esposa y la amante. Cuando la ciencia no tiene capacidad de contradecir el pensamiento mágico —e incluso cuando la tiene—, demostramos un talento descomunal al relacionar causas y efectos. Cualquier cosa que nos suceda explica las manchas de la piel, y como casi siempre nos sucede algo y son rarísimos los minutos de felicidad en los que no nos angustia nada, siempre va a haber una explicación para cada brote.

Creo que fue la enfermedad la que influyó en las decisiones de Nabokov y no al revés. En vez de explicar la psoriasis como respuesta física a un dilema sentimental, es más razonable explicar la reacción de Nabokov por el efecto de la psoriasis. Dado que pensaba que las manchas eran fruto del debate interior que estrujaba su alma, se convenció de que aquello no estaba bien y que debía arreglarlo antes de que fuera demasiado tarde. Sin psoriasis, el poeta galán que había en él habría anulado por completo al padre de familia que intentaba sacar adelante a los suyos en una Europa imposible. Se habría dejado llevar por todo el romanticismo mal digerido que arrastraba desde San Petersburgo y habría hecho lo que hacen los héroes de las novelas rusas: perderlo todo por amor. La psoriasis actuó como un recordatorio encarnado de sus obligaciones con Vera y Dmitri. Al tomar recado de escribir y contarle a su mujer lo mal que lo pasaba, la desesperación del picor y la vergüenza de la sangre, se convencía a sí mismo de que su lugar estaba donde se había colocado antes de aspirar la piel de Irina. Por eso rompió con ella, explicándole que necesitaba a Vera y a Dmitri, y nada más volver a ver a su mujer, se lo confesó todo.

Como en los melodramas, Vera le preguntó si se había enamorado de Irina o era un capricho de picaflor. A Vladimir le debió de costar mucho responder que estaba enamorado, que Irina había despertado algo desgarrador en él. Entonces, para no romper el guion melodramático de la buena esposa comprensiva del que Vera no se apartó, lo animó a irse con ella. Deberías ir a buscarla, le dijo, sabiendo que eso significaba que ella se quedaba sola con un niño de tres años en un país donde no quería vivir. Él se negó. No sé de qué forma —pues la expresión oral no era su fuerte, él era escritor—, le hizo saber que no cambiaba el amor de Irina por el suyo, que ella era mucho más importante y que podía vivir sin Irina si Vera lo perdonaba.

Y lo perdonó. Vera siempre perdonaba. Todo y sin condiciones.

Vladimir le pidió a Irina que le devolviese sus cartas, pues sólo contenían, dijo, exageraciones de escritor. Eso sí fue cruel. Qué necesidad había de hacer creer a la muchacha que había impostado su amor, cuando ambos sabían que no era cierto.

Nabokov pronto cumpliría cuarenta años y podía presumir de haber sorteado los desagües del siglo. Había sobrevivido a los bolcheviques y a los nazis, y mientras tantísimos exiliados se hundían en el asco y la indigencia, Vera y él habían armado una vida sencilla y modesta, tan frágil como la de cualquier europeo de la época, pero en la que no faltaban nunca un plato en el almuerzo ni un juguete para Dmitri por navidades. Gracias al dominio del inglés, se traducían él mismo sus obras y conseguía colocarlas en el mercado anglosajón, que empezaba a hacerle caso. Ya no dependía tanto de los poco ventilados círculos rusos, cada vez más concéntricos y miserables conforme la URSS se afianzaba

como la única Rusia posible. La decisión de abandonar a Irina formaba parte de esa podredumbre suave que algunos llaman madurar y que permite pisar fuerte la calle cada mañana al salir de casa sin sentir demasiado asco de uno mismo.

Si la guerra no se hubiera colocado en medio, los Nabokov habrían llevado una vida discreta y feliz en cualquier lugar de Francia, pero en 1939 se impuso un nuevo exilio que acabó, un año después, llevándolo a Estados Unidos, donde el joven Sirin se convertiría en el viejo Nabokov al que leemos hoy. Irina se quedó en París, cada vez más pobre y deprimida, preparándose para que la posteridad la honrase como la mayor víctima de la lascivia de un ruso muy lascivo.

Porque no hay que engañarse: Nabokov es *Lolita*. Por mucho que los nabokovianos andemos locos con *Pálido fuego*, *Habla, memoria* o sus novelas de ajedrez, o nos droguemos como fumadores de opio con el humo genealógico de *Ada o el ardor*, *Lolita* es y será siempre el torbellino donde confluyen todas las aguas que echó a correr el escritor. No se le juzgará por ningún otro libro y toda su vida será siempre leída como un reflejo de la de Humbert Humbert, el violador de niñas.

Este juego de proyecciones y sublimaciones de deseos criminales (la idea de que Humbert Humbert revelaba la personalidad verdadera del escritor, reprimida por un yo consciente) debía de hacerle mucha gracia, pues si algo detestaba Nabokov era el psicoanálisis. Nunca citaba a Freud por su nombre, sino que lo llamaba el estafador vienés y cosas así, y nada le parecía más ridículo que la interpretación de la literatura (y de los sueños, de los que se ocupó mucho) como expresión de un inconsciente. Educado en una tradición simbolista muy fina, Vladimir creía que la poesía de las imágenes no merecía el tratamiento grosero y simplista del psicoanálisis. Su metafísica, que se levanta frase tras frase, mediante una técnica de caleidoscopio, buscaba una verdad que nada tenía que ver con el mecanicismo soez de quien entiende la perversión como el impulso fisiológico reprimido de aguantarse un pedo y tirárselo en un libro por no hacerlo en el salón. Cuando trabajaba un símil, Nabokov intentaba manifestar una idea del tiempo simultáneo: todo sucede en el mismo instante. El pasado, el presente y el futuro son dimensiones superpuestas. En sus libros, también en *Lolita*, las cosas suceden a la vez y constantemente. Un hombre es niño y viejo en la misma escena. Él mismo, en sus memorias, evoca un recuerdo infantil de su padre que se funde con la imagen de su cadáver en el ataúd. Su padre vive y muere al mismo tiempo. Sólo alguien cuya infancia sucedió en un país perdido al que no se puede volver sabe expresar algo tan difícil de entender.

Por eso, aunque apenas volvió a referirse a su griego en los papeles privados, ese brote de culpa y picor y camisas blancas llenas de sangre aparece en toda su obra. Esa idea de la piel como algo vergonzoso y sublime, el miedo a tocar y a ser tocado, la ropa como protección y distancia, e incluso la oscuridad, esa forma de representar la memoria como un cuarto en penumbra, son reflejos nada freudianos, sino metafísicos, de aquellos meses de 1937.

El Humbert Humbert de *Lolita* recuerda que, en París, donde vivió más o menos los mismos años que Nabokov (de 1935 a 1939) y con la misma pobreza, tenía una bañera «dentro de la cual me sentía como Marat, pero sin ninguna doncella de cuello blanco que me apuñalara». Cualquier letraherido que sufra psoriasis se ve como Marat en su bañera. No se sabe qué mal sufría el revolucionario, porque no se puede diagnosticar a alguien que lleva más de dos siglos muerto, pero los dermatólogos aficionados a la historia y a la literatura han jugado a dar veredictos a partir de las descripciones de los síntomas que hicieron el propio Marat y otros testigos. El más plausible es que padeciera dermatitis herpetiforme, una enfermedad que hoy se cura sacando el gluten de la dieta. Marat —cómo no— se alimentaba a base de pan y galletas, lo que debía de agravar enormemente sus picores.

Todos los que sufrimos de la piel somos Marat en la bañera. David nos pintó a todos en su cuadro.

Como buen cazador, Humbert Humbert detecta a las presas por el olor. Le gustan de las nínfulas —las niñas que le pierden— sus pieles naturales, no corrompidas por la cosmética que embadurna a las mujeres adultas. Detesta el olor a desodorante y nada le embriaga más que el sudor ácido de una niña que juega en el parque. Admira también las imperfecciones que delatan la infancia: una rodilla despellejada, por ejemplo, que contiene en su herida la piel que fue y la piel que será, el dolor presente y todos los dolores futuros. Un raspón que señala la mortalidad y la eternidad a la vez, con ese juego de tiempo simultáneo sin el que no se puede entender una página de Nabokov.

No quiero perderme en *Lolita* porque llegará un momento en que no sabré si hablo de lo que escribe Nabokov o de lo que escribo yo ahora mismo. Siempre que nos perdemos interpretando a los escritores a los que amamos, en realidad interpretamos nuestras palabras. Lo que hemos creído leer en ellos es lo que no hemos sabido expresar antes de leerlo. Ya no sé si definiendo la metafísica temporal de mi pobre cazador de mariposas o mi empeño banalísimo de vivir a la vez en el primer beso de adolescencia y en el cuarentón de piel enferma que pisa hoy las mismas baldosas y se cruza una y otra vez consigo mismo en dimensiones superpuestas. Buscamos la sincronía del tiempo para reconocernos en cada momento de nuestra vida, como única forma de comprender que todos esos extraños que pasaron por la misma plaza somos nosotros. No que fuimos, sino que seguimos siendo.

De algún modo difícil de comprender, sigo besando a aquella chica en la plaza, sigo contemplando la carta de Stalin en aquel piso de Cuatro Caminos, sigo teniendo miedo del metrotexato y sigo leyendo la misma página de Roald Dahl. También sigo abrazando el cadáver de mi hijo y sigo llevando el pelo largo, y me rasco la primera mancha de psoriasis antes de saber qué es la psoriasis mientras escribo esta línea y me rasco otras manchas, casi veinte años después. Esto se sabe, no se entiende. Se percibe sin más, como se despliega la vida en una tirada de tarot.

Tal vez haya que sentirse como Marat en la bañera para aceptar que todo sucede aquí y ahora, que todo ha sucedido ya y que todo sucederá. Que soy yo quien manchaba las sábanas en París en 1937 y yo quien iba a las sesiones de rayos gratuitas. Hay que rascarse como se rascaba Marat para comprender que amar a Irina es una forma de añoranza de Vera, y que tener a Vera en la playa con Dmitri es una forma de echar de menos a Irina. Mancharlo todo de sangre, transformarse en monstruo y sentirse culpable —y creer que la monstruosidad es la expresión de esa culpa— ayudan a aceptar el mundo como se presenta en las mañanas de verano de 1937 en la playa de Cannes: luminoso, con un poco de viento, con más promesas de las que un día puede cumplir, y con la determinación de no volver la mirada a la mujer que está sentada muy quieta a pocos metros de nosotros.

# Impuro

Apenas cuarenta kilómetros separan Qumrán de Jerusalén, pero en el mundo antiguo eran más que suficientes para hacer de ese valle un lugar aislado. Nunca ha dejado de serlo del todo, como prueba el hallazgo en 1947, un año antes de la fundación del Estado de Israel, de los ochocientos cincuenta rollos de pergamino que hoy se conocen como los Manuscritos del Mar Muerto, aunque los expertos prefieren llamarlos «de Qumrán», y que llevaban dos mil trescientos años enterrados. Son uno de los descubrimientos arqueológicos más importantes de la historia, y una fuente de conocimiento hondísima para reconstruir la vida de los judíos antiguos más raros, de la época de los macabeos o incluso anterior. Digo judíos raros porque son los documentos de una comunidad apartada, recelosa del poder de Jerusalén y de la corrupción de las ciudades. Como los colonos ultraortodoxos actuales, eran personas que creían que la única forma de vivir en plenitud su fe era aislarse del resto del mundo. Los manuscritos más antiguos están datados en el siglo IV a. C. y hablan de muchas cosas, pero hay uno de ellos, el 1QS, que destaca sobre la mayoría y fue estudiado a fondo por Millar Burrows, el erudito bíblico de Yale que descubrió los rollos. Se titula, en hebreo, *Serekh hayachad*, pero se le conoce como la *Regla de la Comunidad*.

Para unirse a las secta de Qumrán no bastaba el deseo de retirarse de la civilización, sino que había que someterse a una disciplina histérica e inflexible. Vivir en aquel pedazo de tierra seca, abrazando una vida de miseria y privación, era un privilegio del que muy pocos se hacían merecedores. Había muchísimos motivos por los que un aspirante podía verse golpeado con la puerta en las narices y obligado a desandar los cuarenta kilómetros de desierto hasta la pérfida Jerusalén. En la *Regla de la Comunidad* se exponen casi treinta razones (desglosadas cada una en múltiples razoncitas) por las que la secta de Qumrán consideraba impuro a un judío y le vetaba la entrada al santuario. Entre las más importantes, las enfermedades de la piel.

Quienes tuvieran eccemas, granos, placas, Petequias o manchas de cualquier tipo no sólo no podían relacionarse con la comunidad, sino que tenían prohibido moler olivas para hacer aceite o manipular cualquier alimento que tuviese por destino Qumrán, pues lo mancillarían y le contagiarían su impureza, afectando a todos los miembros de la secta. A los estudiosos les ha llamado la atención esa insistencia obsesiva en la pureza y las abluciones: la comunidad de Qumrán estaba todo el día en remojo (algo sencillo pese a vivir en uno de los lugares más áridos del planeta, pues se hallaban muy cerca del mar Muerto y a escasa distancia de un río). Había que lavarse antes y después de cada comida, y prácticamente antes de emprender cualquier actividad ritual, doméstica o social. Es probable que los más devotos, los que cumplían a rajatabla las normas, fueran las personas más limpias que habitaron el mundo antiguo y todos los mundos posteriores. Ni los cirujanos de hoy superan sus estándares.

Es normal que una comunidad obsesionada con la pureza rechace lo que la mayoría de la gente considera el signo de impureza más evidente y más relacionado con la falta de agua y de jabón. La tiña y la sarna (que, con gusto, no pica, según se dice de los guarros) son las más habituales, pero casi cualquier enfermedad se asocia al efecto de no ser muy aficionado al agua corriente.

Cuando aquella mancha del brazo que me rascaba mientras vivía con la bruja en el piso de Cuatro Caminos se convirtió en un grupo de manchas que necesitaron que un médico les echase un vistazo, mi madre, miembro destacada de la secta de Qumrán, dictaminó que había cogido algo en ese estercolero donde vivía. Lejos de su vigilancia, sin duda me había abandonado a la desidia de los gorrinos. A saber en qué catres me tiraba a dormir la mona, cada cuánto lavaba la ropa y en qué condiciones teníamos la cocina. No se equivocaba del todo: siendo generoso, el piso no estaba para recibir visitas y ni el baño ni la cocina hubieran superado nunca una inspección de sanidad, pero jamás he perdonado una ducha diaria ni he llevado sucia la ropa. Qué más daba, el caso era que aquella dermatitis seborreica (primer diagnóstico perezoso de un médico que apenas observó las manchas y no creyó necesario remitirme a un dermatólogo, pues eso se iba en dos días con una crema de nada) resumía los efectos de vivir lejos de una madre. Así se pierden los hijos en cuanto se alejan del hogar y se descuidan y comen a deshoras a saber qué comistrajos y beben demasiado y trasnochán y, en definitiva, se marchitan y se van convirtiendo en monstruos. En monstruos guarros.

Una de las causas más poderosas de la vergüenza y la angustia que sienten los enfermos de la piel es que el mundo los toma por cerdos. No les dejan entrar en Qumrán ni en ningún sitio. Desde luego, no en el vestuario de un gimnasio ni en una piscina municipal. Hasta hace muy poco, tampoco les dejaban formar parte de determinados cuerpos profesionales, como la policía. ¿Confiaría alguien en un policía con manchas en la piel? O peor: ¿acataría la autoridad de un agente con escamas en las manos o en la cara? Un consenso social ha pensado siempre que no, que había que mantener en cuarentena a los sarnosos.

Conforme el colágeno pierde elasticidad y los años suman arrugas, la piel se llena también de manchas, forúnculos y vellos incómodos, como un reflejo del desgaste que la edad ha provocado en toda la persona. Nos volvemos cínicos, tenemos suciedades, pecados y crímenes de los que no nos gusta hablar. Vivir es el proceso mediante el cual perdemos la pureza. Nacemos con ella y la vamos estropeando con cada pequeña traición, cada mentira, cada fracaso y cada rencor. Por eso la piel de los niños es pura y lisa, y la de los ancianos está llena de batallas y vergüenzas.

Un racista considera impura cualquier piel que encaje en las baldosas de Von Luschan que no son las suyas. Para otros, la impureza es la misma piel, sobre todo la femenina, por eso prohíben enseñarla. Desde un punto de vista antropológico —que es una forma tan literaria y banal de leer el mundo como cualquier otra novelaría—, esto puede explicarse por la rareza de no tener vello. Los seres humanos somos unos de los poquísimos mamíferos terrestres que no tenemos el cuerpo cubierto de vello, y eso se debe a que sudamos mucho. Usamos el sudor para regular la temperatura interior del cuerpo, que necesitamos mantener constante en treinta y seis grados y medio. Sudar es una de las cosas que mejor sabemos hacer. No tener un pelaje que estorbe la sudoración es una gran ventaja que permite que ahorremos energía y seamos más eficientes.

De los animales peludísimos que fuimos una vez sólo conservamos un poco en la cabeza, otro poco en los genitales y una pelusilla más o menos espesa en las piernas, los brazos, las axilas y el pecho. Esta desnudez, que apenas compensamos con la ropa, nos permite hablar con la piel. Como es una superficie lisa que admite pigmentos (no sólo los externos, sino los que fabrica la propia piel, la melanina, con la que podemos jugar de forma muy sofisticada y mostrarnos pálidos o bronceados según nos apetezca) y muchas intervenciones (agujeros, adornos, laceraciones, marcas de todo tipo), nos hemos acostumbrado a expresarnos con ella y a transmitir a los demás una idea de quiénes somos. Con vello no podríamos jugar de la forma en que jugamos y perderíamos nuestra condición

humana.

La doctora Nina G. Jablonski, que ha escrito una historia de la piel, cuenta que uno de los días más difíciles de un estudiante de medicina es su primera disección anatómica. Sobre la mesa se encuentra un cadáver zurcido mil veces, que ha pasado por unos cuantos cursos y que apesta a formol y a ungüentos conservantes. Sin embargo, mantiene su apariencia humana. Tras los remiendos, la rigidez y la gomosidad se adivina aún la persona que fue. Si los estudiantes están hechos de la madera de la que se hacen los médicos, vencerán su asco y todas sus ganas de huir y matricularse en la facultad de Derecho y tomarán el bisturí con la diestra o con la zurda. Muy fuerte y firme, dirigirán el filo hacia el pecho o la barriga o la parte del cuerpo que les haya indicado el profesor. Ese es el instante crucial, la barrera tras la cual no podrán desdecirse.

Sajar la piel por primera vez, aunque ya no sangre y parezca cuero, es una experiencia durísima que requiere una mezcla de inconsciencia, coraje y brutalidad. Hay que aplicar fuerza en la incisión y esta tiene que ser lo bastante grande para que quepan las manos y deje curiosear el interior. Sin embargo, una vez ejecutada, el estado mental del alumno se transforma. El joven nervioso empieza a comportarse como un médico, con distancia, seriedad y sin pasión. Las vísceras, los músculos y los huesos se le presentan como en los libros de texto y puede tratarlos como materiales de trabajo, como las piezas de un motor que hay que reparar.

¿Qué ha sucedido tras el corte con el bisturí? Que ha dejado de ver la piel. Al asomarse al interior de un cuerpo, el estudiante puede poner en marcha sus conocimientos sobre anatomía sin pensar que está desportillando a una persona. Desde este punto de vista, el Negro de Banyoles es una paradoja, porque fue deshumanizado precisamente por conservar el atributo más humano, la piel, en un proceso inverso al de una cirugía sanadora.

En los segundos en que baja el bisturí hacia el cuerpo, una conciencia de humanidad se agudiza y trata de frenar la trayectoria del brazo. Con los años, si el estudiante se convierte en cirujano, sistematizará el gesto y necesitará tragar menos saliva, pero conservará un ademán de aquella aprensión, por eso se dice que no está bien que los cirujanos operen a sus amigos y familiares o se dejen operar por ellos, porque su oficio consiste en que no perciban del todo que manipulan algo humano. Sin un extrañamiento, sin una especie de trance, no hay manera de que las manos se muevan con la destreza necesaria.

Es la piel y sólo la piel lo que nos identifica como seres humanos, por eso su estado es la medida de nuestra humanidad. Los fanáticos de Qumrán creían que un enfermo con llagas o marcas no era digno de llamarse humano o pertenecía a aquella parte corrompida de la humanidad, que se desgaja de su cuerpo principal como los colgajos de un leproso se separan de su carne.

Cada vez estamos más dispuestos a sacrificarnos por aparentar la pureza cutánea que nos exigen los líderes de Qumrán. Nos depilamos, nos exfoliamos, nos hacemos la manicura, nos metemos en cámaras de oxígeno y nos echamos cualquier crema que prometa reparación, juventud o bienestar. Lo puro y lo impuro marcan el ritmo de los hilos musicales de las perfumerías, que deberían tener forma de pilas bautismales para hacer honor a su función sacramental.

La venta de cremas, lociones y perfumes supone en mi país un negocio de casi siete mil millones de euros anuales. Frente a eso, los ciento cincuenta y siete millones que ingresan las clínicas de cirugía estética parecen poca cosa, pero el dinero que generan estas operaciones crece en torno a un nueve por ciento cada año (lo que, en términos financieros, es una barbaridad y hace de estas empresas una inversión muy lucrativa). Cientos de miles de puestos de trabajo dependen

directamente del deseo de pureza de millones de personas que cada mañana le preguntan a su espejito mágico quién es la reina más bella. Y esto, sólo en España, donde hay un cirujano plástico por cada cincuenta mil habitantes (la quinta tasa más alta del mundo). En términos mundiales, el volumen de negocio marea y sofoca.

No puedo escribir mucho rato sobre cremas y perfumes porque sufro hiperestesia olfativa y empiezo a sentir náuseas al cuarto párrafo. No puedo entrar en una perfumería sin marearme ni puedo sentarme junto a una persona que se haya rociado con colonias y lacas. Mi mujer se ha resignado a una existencia inodora, sin gotitas de Chanel, sin vaharadas, sin ese gesto de tocador antiguo que consiste en vaporizar una nube de perfume y atravesarla con la cara para que se adhiera a los poros como un fantasma. Yo tampoco huelo a nada. A jabón neutro, a champú de supermercado sin olores añadidos, a desodorante suave. Aspiro a no delatar mi cuerpo en las narices de los demás.

Llevo en el fondo de los huesos del cráneo la memoria de aromas fuertes. La sal de algunos sudores, el amargor de algunos pezones, el almizcle de algún flujo. Sabores mamíferos y húmedos, entre la penumbra y el desmayo, que me abren la boca y me bombean sangre en la polla. No soporto que las lociones y las pócimas de laboratorio se mezclen con ellos. Diría que me gustan puros, pero eso sería caer en una paradoja, porque lo que me excita y atonta es su impureza, lo lejos que están de cualquier noción de higiene moral, racial y decente.

No entraré jamás en la cueva de Qumrán, pero no importa, porque tampoco he caminado desde Jerusalén para postularme a la secta. Mi sitio ha estado siempre con los impuros, a la intemperie, sin maquillajes ni cremas. Desde que me pinché en la planta del pie con aquella jeringuilla en la playa de mi infancia (¿era una aguja? Ya sé, sería una ramita, una astilla, cualquier cosa, pero si fue una jeringuilla entonces, lo sigue siendo ahora), me refugié entre los tarados. Tal vez el punto rojo no se vea. Yo mismo no lo encuentro, aunque me cuesta tanto girar el pie para escudriñar la planta que lo mismo sigue ahí, inalcanzable para mi cuello rígido y mi espalda inútil. Es mejor no verlo, así lo puedo suponer. Como los recuerdos, que sólo importan si los hechos no los desmienten, por eso hay que cuidarse de las pruebas y de los documentos. Hay que huir del dato y confiar sólo en el eco del pinchazo. Imaginar la herida, no verla. Así latirá como siempre, como a mis ocho años, rojísima, luminosa y terrible. Por esa puerta me entró toda la suciedad del mundo, que en el año 1987 era el sida. ¿Cómo me iban a aceptar en Qumrán si llevaba en la planta del pie Sodoma, Gomorra y la furia de Nabucodonosor?

Hay una soberbia majestuosa en el gesto de los anacoretas de Qumrán: en vez de apartarse del mundo, apartaron el mundo de ellos. Se erigieron en el único mundo posible y dejaron fuera todo lo que no era tal, decidiendo con sus normas prolijas cómo podían ingresar en la humanidad los desgraciados del exterior. Convirtieron el planeta, con todos sus países, sus bosques, sus océanos, sus montañas y sus desiertos, en un erial pagano y sucio, literalmente dejado de la mano de dios, donde los expulsados, la hez, nos refocilamos en el barro, enfermamos, fornicando y aullando. Algunos se arrastran hasta la cueva. Caminan los cuarenta kilómetros que hay desde Jerusalén y suplican, por piedad, un sitio al fondo. Pero los ermitaños son implacables y no dejan entrar a ningún sarnoso. Fuera de aquí, perros. Atrás, sucios engendros, no profanéis con vuestra mugre el templo puro que hemos erigido en la orilla de este mar tan calmo.

A las puertas de Qumrán, miles y miles de perfumerías, balnearios, peluquerías y clínicas de cirugía estética venden esperanza por un precio razonable más impuestos. Allí acuden los impuros con las tarjetas de crédito en la mano, creyendo que la pureza se puede comprar y que obtendrán un

certificado en forma de piel tersa, joven y sana. Blanca, fina, brillante. Un salvoconducto para entrar en Qumrán. Pero no hay profesional de la estética que pueda purificar lo impuro, ni crema que hidrate las asperezas del colágeno endurecido.

No sois humanos, nos dicen desde el fondo de la cueva. Podríamos sajaros con un bisturí sin que nos temblase el pulso porque vuestra piel es falsa, está corrupta, y al embadurnarla con afeites sólo la amortajáis, muertos vivientes, patéticas criaturas del desierto. Esperad ahí fuera el fin de los tiempos. Secad al sol de Judea vuestros cueros ya resecos y no molestéis a los que sí tenemos piel y por eso pensamos y amamos y nos compadecemos los unos de los otros.

Podríamos tomar la cueva al asalto. Yo, cojeando, porque el punto rojo escuece hoy como ayer. Somos muchos más que ellos, nos bastarían unos pocos palos para forzar la puerta y arrasar todo el templo, pero ¿para qué? ¿Para ser como ellos? ¿Otra vez la historia del bolchevique que mata al zar y se convierte en el zar? Aunque a algunos de los que vagan por los eriales les angustie su propia impureza y luchen por limpiarla con productos exfoliantes a cien euros el frasco, otros celebramos la maldición y la suciedad. Nos reconocemos en la suma de nuestros defectos y sabemos que estamos vivos en la medida en que somos capaces de molestar a los puros.

La vida como una molestia, eso es. Pero una molestia para los demás. Que nos tengan que ver, llagados y fétidos, cada vez que asomen la nariz de la cueva para ventilar su interior. Que no les quede más remedio que vernos tendidos al sol o caminando bajo él, como en una versión zombi de la canción de Cyndi Lauper.

Hace años le pedí a una doctora un remedio para que la gente dejara de mirarme. Hoy quiero que se jodan y me contemplen. Los de Qumrán y los de Jerusalén, porque estos tampoco me quieren cerca, y yo creo que vivir en sociedad exige imponer la presencia propia al otro. No se puede apartar lo incómodo ni vale meterse al fondo de la cueva. Las personas aparecen como agujas enterradas en la arena de la playa, sin que podamos hacer nada para no pincharnos con ellas. Podemos caminar con asco y de puntillas. Podemos tantear cada paso como si la playa estuviese minada por los nazis y nosotros acabásemos de desembarcar con un casco, un fusil y una cantimplora. Aun así, ningún escrúpulo de artificiero evitará que las pisemos.

Sólo hay una clase de puros, pero los impuros, que nos definimos por el único rasgo de no ser bienvenidos en las cuevas de Qumrán, somos muy distintos entre nosotros. Algunos viven en sus propias cuevas metafóricas, permeables al mundo, pero también opacas. No me refiero a los que se gastan miles de euros en afeites, sino a quienes persiguen la belleza, sabiendo que esta es fugaz y a la vez eterna. Dedicán su vida entera a buscarla, a veces con un cazamariposas en la mano, y son felices si la adivinan unos pocos segundos suspendida sobre las hojas de un rosal o posada en el tronco de un árbol.

Son esos ingenuos, tan impuros como tú y como yo, hijo mío, quienes me reconcilian con el desierto donde vivimos. Por eso quiero terminar estas historias que algún día te contaré con una de esas criaturas. En una playa, bañándonos, como hemos hecho tantas veces. La protagoniza un niño como el que se pinchó con la jeringuilla infectada de sida, como el que tú eres, como todos los niños que por primera vez entienden, a pocos metros de sus padres, que el mundo es inabarcable y desolador, pero que también se puede chapotear en él y tragar arena. Si pensaran un instante —y no, porque los niños no piensan; por suerte para ellos, pensar es de adultos—, entenderían que no hay felicidad sin porquería, que la pureza es un atributo de la neurosis, y que nadie ha rozado la beatitud sin sentir antes la piel crujiente y dolorida.



## Mariposa en vasco

Érase una vez un niño ruso de diez años que llegó con su madre y su hermano a Biarritz, en el verano de 1909. Era una escena invisible, es decir, normal, porque un niño ruso rico de diez años, por más que fuera acompañado por un aya, un preceptor y un criado, no llamaba la atención en una ciudad balneario llena de niños rusos acompañados por ayas, preceptores y criados. A diferencia de la mayoría de las ciudades balneario, Biarritz se conserva más o menos igual que cuando la vio el niño ruso. El hotel Carlton (que hoy son unos apartamentos de lujo, con la misma entrada porticada para que las señoras esperen a que el *concierge* abra la portezuela de su coche) no se había abierto, aunque estaba construyéndose, y al Casino le quedaban veinte años para su inauguración, pero el Hôtel du Palais tenía ya esa displicencia rococó, las olas hacían la misma espuma sobre el Rocher de la Vierge y los novios aprovechaban los mismos escondrijos en los acantilados para meterse mano. Biarritz es una de esas ciudades que hicieron de una vez para siempre, en aquellos años felices en que los franceses creían que Francia era el mundo, su propia cueva de Qumrán, y todo lo que quedaba más allá de sus fronteras era barbarie. Aún hoy muchos franceses lo piensan, pobrecillos.

Más de un siglo después, recorrer Biarritz es pasear por una forma encantadora de soberbia. La ciudad es toda carcasa, no hay que dejarse engañar por los escaparates de Cartier ni por los restaurantes caros: la nobleza ya no existe, ni siquiera en las suites con vistas al mar del Hôtel du Palais. Como toda la costa (como todas las costas), está sembrada de horteras que arrastran sus sandalias y beben sangría porque creen que Biarritz ya está en España. Pero el decorado se mantiene y obliga a los veraneantes a mantener cierta pose altanera, por respeto a los rusos blancos de la Belle Époque, cuyos fantasmas deben de aullar todavía en los bufaderos de los acantilados.

Yo conocí Biarritz unos setenta y cinco años después de aquel niño ruso, sin aya, ni preceptor, ni criado. Mi padre, como el suyo, conocía bien el Hôtel du Palais, pero porque visitaba al gerente a menudo para venderle aspiradoras industriales. Eran los tiempos de la moqueta, antes de que los hoteles descubriesen los suelos de madera, y mi padre trabajaba como comercial para una de las firmas más importantes del sector. Los fines de semana volvía a nuestra casa en España, donde yo vivía con mi madre, para no cambiarme a un instituto francés, pero durante los veranos nos íbamos todos a Francia. Él seguía vendiendo aspiradoras y nosotros poníamos cara de asco en la playa, que es una manera muy francesa de veranear.

Mi padre llegaba por la mañana al Hôtel du Palais, sacaba del maletero su máquina de muestra y enseñaba a los jefes del hotel cómo funcionaba. ¿Ve esta mancha de compota? Una pasada y como nueva. ¿Ceniza, fluidos corporales, café, vino, barro de los días de lluvia? Sin problema. Con esta maravilla, será como si estrenaran moqueta a diario. Por supuesto, le incluimos el servicio técnico y prestamos una asistencia completa. ¿Cuántas van a encargar? Calculando el número de habitaciones y las plantas del hotel, no menos de diez máquinas, ¿verdad? Quince sería lo ideal, pero entiendo que la economía nos tiene a todos fritos, ya sé, ya sé, mi jefe también me pide que recorte gastos. ¿Diez, entonces? ¿Sólo siete? Venga, cómpreme ocho al menos y le regalo los recambios.

Gracias a las máquinas aspiradoras de limpieza de moqueta en seco que vendía en todo el sur de

Francia, y cuyas comisiones constituían su sueldo, yo conocí Biarritz. En realidad, el apartamento donde pasábamos los veranos estaba en Anglet, que es donde vive la gente, pero cuando había que dar un paseo se daba por Biarritz, como los rusos blancos nos habían enseñado (son tres ciudades en una: Biarritz, Bayona y Anglet; en Biarritz, la gente pasea; en Bayona, la gente hace recados con notarios y va al teatro; y en Anglet, la gente vive y se aburre). Yo estaba empezando a dejar de ser ese adolescente atrincherado, decepcionado por su primer beso, no muy distinto de los sectarios de Qumrán, por lo que volvía a ir a la playa, que no me parecía más un sitio frívolo donde el capitalismo escenificaba su violencia simbólica, sino el lugar ideal donde pasar la tarde con un baño y una novela.

Para pasear, Biarritz, pero las playas buenas estaban en Anglet. Eran las playas grandes que quedaban inmediatamente después del faro, que son mucho mejores que las biarrotas, tan de postal, pero los rusos no lo sabían, porque no entendían nada de arenas ni de mares. Además, esas playas caían en despoblado, eran anchas y ventosas, sin casetas para cambiarse ni camareros que trajeran refrigerios. La playa que nos gustaba se llamaba (y se llama) *Chambre d'Amour*, y cuenta la leyenda que su nombre se debe a una gruta donde se refocilaban desnudos dos amantes muy jóvenes que, entretenidos como estaban en la exploración de sus propias cavernas, no advirtieron que subía la marea hasta que inundó la cueva y los ahogó. Tiempo después, cuando todo el pueblo los había dado por perdidos, alguien entró en la cueva y encontró los dos esqueletos abrazaditos, en pleno coito post mortem. Como, para aquel entonces, la playa era más francesa que vasca (unos vascos jamás habrían dado tanta importancia a unos huesos podridos), el paraje fue bautizado como *Chambre d'Amour*.

En aquellos tiempos seminudistas de finales del siglo XX en que casi todas las muchachas francesas iban con tres centímetros de tela, los justos para cubrir el pubis (fue una época fugaz, antes del retape posterior, seguramente instigado por la poderosa industria de los bañadores, que había visto su negocio peligrar por la generalización del *top-less*), uno de los atractivos de esa playa era la cantidad de parejas que imitaban a los de la leyenda, pero sin buscar escondrijos. Como si el nombre tuviera algún poder mágico, la playa se había convertido en una verdadera cámara del amor donde el chico pudoroso y puritano que yo era tenía que echar la vista al horizonte o al suelo si no quería fijarla en una de esas parejas y sufrir una vergonzosísima erección imposible de ocultar.

Pero aquello sucedía al norte del faro, fuera del escenario de Biarritz, donde la decencia y los lenguajes alambicados de la seducción aún rechinaban como rechinan los tio vivos de madera. No me consta que el niño ruso que llegó en el verano de 1909 se aventurase jamás tan lejos de la Francia civilizada, ni siquiera para cazar mariposas monarca. Ni su aya, ni su preceptor, ni su criado habrían consentido que anduviese por los mismos sitios donde los lugareños fornicaban.

Un atributo de los rusos blancos y de todos los nobles y ricos de aquel entonces era que no sabían nadar. El baño, hasta tiempos recientes, siempre fue cosa de pobres y de judíos sectarios de las cuevas de Qumrán. Han sido los campesinos y los mendigos quienes han chapoteado en lagos, pozas, ríos y playas, mientras los ricos contemplaban la estampa desde la ventana del palacio, porque a los ricos siempre les ha gustado ver a los pobres hacer sus cosas de pobres, como prueban los tapices costumbristas de campesinos segando o el cine neorrealista italiano. A fuerza de verles nadar, decidieron apropiarse también de esa actividad recreativa y, hasta ese momento, gratuita, y mandaron construir ciudades como Biarritz en las mejores costas de Europa. Las costas soleadas, pero no mucho, se entiende. La cantábrica, de Asturias a las Landas, era perfecta para esta nueva afición marítima, por lo que las reinas españolas y los emperadores franceses del siglo XIX la motearon de

hoteles encantadores con forma de tarta nupcial y palacios en lo alto de acantilados románticos. Así nacieron las modernas Santander y San Sebastián. Y Biarritz, diseñada por el mismo maestro pastelero que trazó las calles del Sardinero y de la Concha.

Fue, de hecho, una reina española, Isabel II, la de los tristes destinos, la que arrastró a la corte y a los nobles y a los poderosos que querían lucir palmito y presumir de prerrogativas reales, a San Sebastián y Santander. Desde muy niña, a la desgracia de ser huérfana y de cargar sobre sus hombros la mayor crisis política de la España de su tiempo, sumó una enfermedad cutánea que los médicos de palacio diagnosticaron como ictiosis, neologismo formado a partir de la palabra griega *ictis*, que significa pez. Según los médicos franceses que la describieron, consistía en la formación de escamas parecidas a las de los peces. A Isabel II, tal vez por darle un toque nobiliario a un mal tan vulgar y puñetero, le dijeron que padecía un tipo de ictiosis llamada nacarada, por el color de nácar de las escamas.

Según un artículo de Xavier Serra Valentí, un dermatólogo aficionado al arte que se dedica a estudiar enfermedades cutáneas que aparecen en cuadros y esculturas, casi con toda seguridad Isabel II sufría lo que hoy se llama psoriasis. No importa aquí tanto el diagnóstico (que, tanto tiempo después, sólo puede ser especulativo) como el remedio que le aconsejaron. Lo único que podía ayudar a la reina eran los baños de ola. El sol y las sales del mar tenían un efecto muy beneficioso. Por eso, la joven y descocada reina se convirtió en la primera monarca veraneante de España, pero no inauguró esa costumbre por placer, sino por prescripción facultativa. No quisiera dar la sensación de que la psoriasis de los poderosos y de los influyentes explica toda la historia, pero si Isabel II no hubiera sufrido esa ictiosis nacarada, tal vez el aspecto de Santander y de San Sebastián sería hoy muchísimo más rústico y vulgar.

En cualquier caso, fuera como medicina o como diversión, la reina y los cortesanos se encontraron con un pequeño problema: llevaban siglos sin tocar el agua, y las olas daban mucho miedo.

Querer bañarte y no saber nadar, en un mar como el Cantábrico, tan propenso al enfado y al azote, es un inconveniente que los ricos solucionaron como solucionan todos sus problemas: pagando a alguien pobre. En Santander, la tarea de bañarlos recayó sobre los maromos, llamados así porque estaban a cargo de las maromas o cuerdas gruesas para amarrar barcos que, enganchadas al pretil, se usaban para que las damas y los caballeros se agarrasen a ellas durante los baños de ola. El maromo—un mozo montañés del valle del Pas o de Liébana— ayudaba a entrar y salir del agua a los banqueros torpes y a las señoritas de pitiminí.

En Biarritz los maromos se llamaban *baigneurs* y, en vez de aldeanos cántabros, eran muchachos de caserío que apenas sabían tres palabras de francés, pues habían bajado de las montañas vascas de alrededor con el propósito de ahorrar unos pocos francos antes de volver con la *ama* y el *aita* a pasar el invierno ordeñando vacas y cuajando leche en el *kaiku*. El trabajo de la playa no era muy distinto al del caserío: había que llevar a los señorones y a las señoronas al mar como se llevaban las ovejas al prado, y preocuparse de que no se perdiera ninguna. Remojaban a aquellas rusas blancas como si fuesen bolsas de té y, una vez infusionadas, las devolvían a la arena.

De más está suponer todos los roces involuntarios, los equívocos, los sofocos y las humedades no marinas que provocaba este contacto intercultural e interclasista entre ganaderos vascos y nobles rusas. Además, no nos importa, porque el niño del que venía a hablar y del que apenas he dicho nada tenía diez años y aún no había desarrollado el menor interés en otros cuerpos que no fueran el suyo.

A él, mucho más liviano y escurridizo, también lo remojaban los *baigneurs*, pero los brazos de

roble de estos profesionales playeros no dejaron en su memoria el mismo légame que otra figura subalterna e imprescindible para los bañistas que no sabían nadar: el encargado de los vestuarios. Aquellos nobles no podían quitarse el traje de baño y vestirse de calle solos, necesitaban la asistencia de un viejo jorobado «de arrugadas sonrisas resplandecientes» (según el niño recordó y escribió al hacerse adulto), que tal vez en su juventud fuera *baigneur*, pero que por edad y galones había ascendido a ese cargo, equivalente al de palanganero o ayuda de cámara en un palacio.

Al viejo jorobado, que recogía los bañadores empapados y llenos de arena que el niño arrojaba al suelo de listones azules de la caseta, le cayó bien ese principito ruso tan repipi, y se enteró de su debilidad por las mariposas. Hablando en francés con él, supo que las perseguía por las tardes entre setos, aprovechando los paseos por acantilados y bosques. Aunque sus padres alentaban y celebraban esa pasión, algunos la consideraban enojosa, pues hacía los paseos interminables y obligaba a estar pendiente del niño, que podía ser devorado por cualquier lobo, caerse por un precipicio o ser raptado por un asaltador de caminos. El viejo, en cambio, la juzgaba encantadora, y le escuchaba hablar de ella mientras le colocaba a los pies una palangana llena de agua caliente para entrar en calor antes de secarle con suavidad, pasándole una toalla gruesa por todo el cuerpo.

Un día le enseñó cómo se decía mariposa en su lengua. Muchos años después, el niño, ya casi anciano, aún recordaba el término, «conservado desde entonces en una célula de cristal» en su memoria: *misericoletea*.

Ya se sabe que las células de cristal de la memoria se empañan y rompen a menudo, por lo que, cuando el niño se hizo mayor y quiso escribir el recuerdo en uno de sus libros, recurrió a un diccionario de vasco para asegurarse de que mariposa se decía así. La palabra que más se acercaba, de las siete que encontró, era *micheletea*.

La palabra común que el vasco normativo emplea para decir mariposa es *tximeleta*, que no se parece en nada a *misericoletea*. Pero el vasco es una lengua unificada y normalizada en tiempos muy recientes, por lo que conserva una grandísima variedad dialectal, especialmente rica en el léxico de la naturaleza: un pueblo de gentes de los bosques tiene infinidad de palabras para nombrar plantas y animales. Por eso, es muy poco probable que un vasco del Labort de principios del siglo XX utilizase la misma palabra que aprenden los alumnos de las ikastolas hoy. Además de *tximeleta*, he encontrado otras trece palabras que significan mariposa y que se usan en distintos valles y pueblos: *pinpilinpauxa*, *inguma*, *zintzitoil*, *txiruliru*, *txiribiri*, *farfail*, *tximirrika*, *txilipitaina*, *sorgin-oilo*, *matxita*, *mitxirrika*, *jainkoilo* y la que el niño sostenía que es la que más se parece a la que pronunció el jorobado (aunque, como yo, no está muy convencido): *mitxeleta*. Además de estas, *kriseilu* y *maritxu* son mariposas en sentido figurado y coloquial, para referirse a los candiles y a las comadres, respectivamente.

Me da rabia que *misericoletea* se parezca vagamente a *mitxeleta*, hasta el punto de que sea razonable pensar que el niño, llamado Vladimir Nabokov, oyese la segunda palabra y la entendiese como la primera. Ojalá no se pareciese a ninguna de las dieciséis palabras que he transcrito. Ojalá aquel jorobado le hubiese regalado al niño ruso una forma única de nombrar las mariposas, un abracadabra que sólo aludiese a las especies locales, a las mariposas vascas de los montes que quedaban a la espalda de aquella caseta de baño.

Pero lo que de verdad me gustaría muchísimo es que todo hubiera sido una invención del Nabokov adulto. Imagino al jorobado sin sonrisa arrugada ni resplandeciente. Más bien, huraño, cansado de secarles el culo a los nobles rusos que no saben nadar. Servil, pero distante, amparado en la

proverbial barrera cultural que imponen los prados y los caseríos. Imagino al niño ruso indefenso ante aquel monstruo, lejos de toda protección de ayas, preceptores y criados, violentado por el agua de la palangana, demasiado caliente para sus pies, y esa toalla espinosa que le desollaba el torso y los brazos cuando las manos de madera del viejo la frotaban con todas sus fuerzas. Encerrado con él en la caseta que olía a pino, con la puerta atrancada, el pobre niño sólo podía cerrar los ojos e imaginar que aquel ser era otro, bondadoso y sutil, que le enseñaba a decir mariposa en vasco. Así soportaba toda aquella violencia.

Me imagino la decepción del viejo Nabokov cuando, al consignar este recuerdo, comprobase en los diccionarios que había una palabra real que se parecía vagamente al término que su memoria había inventado para mariposa. Maldición: existe. ¿Y si no se lo inventó? ¿Lo vivió de verdad? Es terrible que las cosas sean como recordamos. Nada puede haber peor que un dato que confirme que el recuerdo corresponde a unos hechos vividos, porque mientras los guardamos, las células de cristal de la memoria tienen la consistencia de los cuentos que se cuentan antes de apagar la luz de la mesilla. En rigor, no existen. No existen, como los monstruos. Soportamos el peso de la memoria porque tenemos la esperanza de haberlo inventado todo.

Por eso sigo pensando que me infecté de sida en aquella playa, a una edad muy cercana a la de Nabokov cuando aprendía a decir mariposa en vasco y a la de mi hijo cuando se duerme tras explicarme que las brujas no existen, porque no he encontrado un solo dato que lo confirme. Así puedo seguir regando y cebando el recuerdo, incluso viendo el punto rojo, y dormirme creyendo que no despertaré por la mañana. Si en uno de mis paseos al hospital, un papel del laboratorio confirmase que no me lo he inventado, que la jeringuilla existió y que los virus que contenía se han activado más de treinta años después, me vería obligado a creerme todos los demás recuerdos que me cuento y que cuento a los demás, y la vida dejaría de ser una ficción hecha de omisiones y exageraciones para convertirse en un acta notarial. No me asustaría la perspectiva de la muerte, sino la idea de creerme mis propias historias.

¿Estuve de verdad todos esos veranos en la *Chambre d'Amour*, apenas unos metros más allá de donde Nabokov se cambiaba el traje de baño? ¿Fingimos ser rusos blancos aunque sólo vendíamos las máquinas que limpiaban la moqueta que pisaban los rusos blancos? En el paseo lo parecíamos, con nuestros helados y nuestra forma de sentarnos en los bancos de las rocas. Era cosa del decorado, supongo, el poder de las calles de Biarritz. Hasta el peor de los actores puede parecer Hamlet si cruza el escenario con una calavera en la mano. ¿Qué edad tenía yo? ¿Diecisiete, dieciocho? Demasiado mayor para seguir enfadado con el mundo y demasiado joven para reconciliarme con él.

Sentado en una silla plegable, un poco altivo, fingiendo que leía un libro que no me interesaba nada, me miraba a veces la planta del pie y recordaba el punto rojo. Seguía ahí, confundido con alguna dureza. No había en mi piel más marcas que el punto rojo del pie, pero ya me sentía invisible y ajeno. Nadie me bañaba. Ningún jorobado me traía una palangana de agua caliente. No sabía cómo se decía mariposa en vasco. Solitario, lector, enfurruñado, me preguntaba qué hacía ahí, rodeado de francesas coquetas y vascos robustos, nietos y bisnietos de aquellos *baigneurs* de Nabokov, que ahora hacían su trabajo de meter y sacar chicas del agua por mero placer. Ni siquiera tenía un cazamariposas para fingir que perseguía algo así como la belleza.

Muchos años después, un amigo me contó que estaba yendo a sesiones de hipnosis para extraer los recuerdos reprimidos de su infancia traumática. Aunque yo, que creo en fantasmas y en el tarot, no era la persona más adecuada para reprochárselo, me atreví a preguntarle por qué gastaba su dinero

en semejante pamema, y le cité además un libro que acababa de leer, *El mito de la memoria reprimida*, donde se demostraba que la técnica del psicoanálisis y de otras puestas en escena de diván son armas de sugestión muy poderosas que sirven para implantar recuerdos falsos. Te hacen creer que has vivido cosas que no has vivido, y la autora del libro, una psicóloga canadiense que trabajaba como perito en los tribunales, lo había demostrado implantando deliberadamente recuerdos falsos en muchos pacientes a través de un experimento. Estaba convencida de la eficacia de su método, que usaba la liturgia del psicoanálisis: te puedo hacer recordar lo que yo quiera, decía.

Eso ya lo sé, me respondió mi amigo, pero los pocos recuerdos de mi infancia que guardo son tan malos que pago con gusto para que me los cambien por otros. No quiero que saquen nada reprimido, sino que me inventen una infancia nueva, feliz.

Yo no tengo queja alguna de la versión de mi infancia que han formado mis recuerdos. Me gusta la jeringuilla en la planta del pie y esa conciencia de la muerte que me inculcó, pero no me importaría pagar unas cuantas sesiones de hipnosis y psicoanálisis para crearme otra adolescencia. Una más parecida a la de los descendientes de los *baigneurs*, menos pensante, menos lectora, menos grave, menos imbécil y más desnuda. Una juventud crédula, que no reaccionase con una mueca de suficiencia, sino con envidia, cuando le contaran cómo encontraron los huesos de los amantes en la gruta de aquella playa.

# La costumbre

El 25 de junio de 2019, la agencia de noticias EurAsia Daily divulgó un vídeo de pocos segundos que mostraba a un hombre en la cama de un hospital respondiendo a algunas preguntas en ruso. Decía que se llamaba Alexander. Presentado como un hombre-momia, la cámara recorría su cuerpo desnudo para mostrarlo cubierto de heridas que supuraban todo tipo de fluidos infecciosos, de la cabeza a los pies. Parecía víctima de un incendio o de un ataque con armas químicas. Un texto al comienzo del vídeo advertía de la crudeza de las imágenes, lo que podía actuar como disuasión o como reclamo. La viralidad de la historia, que en pocas horas se coló en millones de ordenadores, sugiere lo segundo.

La agencia de noticias acompañaba el documento de una información en la que aclaraba que Alexander había sido hallado en un paraje recóndito de la región de Tuvá, en la frontera entre Rusia y Mongolia, y que las heridas eran producto del ataque de un oso. Decía la historia que el animal, tras coserle el cuerpo a zarpazos, lo había arrastrado a su cueva y lo había almacenado en su, digamos, despensa, para devorarlo después. Como Ulises en la cueva de Polifemo, Alexander aprovechó un despiste del oso y escapó arrastrándose, hasta que unos excursionistas lo encontraron.

El asunto podía haberse quedado allí, pero cuando el vídeo llegó a las redacciones de los periódicos británicos, los redactores se hicieron algunas preguntas. Cosa extraña, pues los periodistas, sobre todo los británicos, no suelen mirarle el diente a los caballos regalados. Publican la historia con el titular más escabroso posible, y hasta mañana. Pero esta vez, quién sabe por qué, decidieron contrastar los datos con las fuentes. Había varios puntos oscuros en la nota de la agencia entre los que destacaban dos: el comportamiento del animal y la localización del hospital donde se grabaron las imágenes. No hacía falta ser etólogo para saber que los osos no guardan comida para después. Los depredadores se zampan las presas que cazan en el momento de cazarlas. En cuanto al hospital, estaba en Aktobe, una ciudad del noroeste de Kazajistán situada a más de tres mil kilómetros de la región rusa de Tuvá, donde apareció el infortunado Alexander. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Un par de llamadas telefónicas bastaron para confirmar la falsedad de la historia. El director del hospital de Aktobe le contó al *Daily Mail* —según publicó este periódico el 29 de junio, cuatro días después de conocerse el vídeo— que el hombre identificado como Alexander tenía cuarenta y un años y era su paciente. El vídeo se había grabado en su clínica, ignoraba por quién ni con qué propósito, pero aquella persona no estaba siendo atendida por el ataque de un oso. Alexander padecía un caso extremadamente virulento de psoriasis que llevaba mucho tiempo sin tratarse, porque sufría una depresión. Se había abandonado hasta deformarse por entero, pero ya estaba en manos de los dermatólogos y el pronóstico era moderadamente optimista.

La mitología es la segunda costra que cubre la piel enferma. La única manera en que los leprosos pueden ver disculpada su condición es que tenga un origen heroico. A veces, no hace falta ni que el enfermo invente leyenda alguna, ya la inventan los cronistas por él.

En 1956, Ernest Hemingway andaba de viaje por España para ver corridas de toros. Tenía

cincuenta y siete años y aparentaba algunos más, pero su presencia seguía imponiendo a quien se cruzaba con él, con sus carcajadas y su trato confianzudo. Cuando llegó a Zaragoza, un periodista jovencísimo de veintiséis años llamado José Luis Borau (que luego fue crítico de cine y, más tarde, director) se acercó hasta el Gran Hotel para hacerle una entrevista. Me parece que Hemingway no estaba muy parlanchín aquella tarde o no se tomó en serio al pollopera que le había interrumpido la siesta, porque la crónica se recrea mucho en la impresión que el escritor provocó en el cronista y contiene muy poquitas declaraciones del autor, y eso es señal de que el pobre Borau se quedó corto de material y tuvo que tirar de atmósfera y de costumbrismo para rellenar el enorme hueco que el periódico le había asignado.

Borau se fijó en unas manchas en las manos y en la cara de Hemingway, pero no se atrevió a preguntar por ellas —nadie se habría atrevido— y las atribuyó, con absoluta naturalidad, al sol del Kilimanjaro. El aventurero, el escalador de montañas, el trotamundos de los cinco continentes, llevaba en la piel recuerdos de sus hazañas, como los marineros que se tatúan los pasos de ecuador o los cruces del cabo de Hornos.

No andaba desnortado del todo, el joven Borau, pues aquellas manchas eran demostraciones de una vida, pero no de la exposición al sol de África, sino de la sobreexposición a las bebidas destiladas, entre otras muchas jaranas. En 1956, el autor de *París era una fiesta* sufría ya de una hemocromatosis, acompañada de diabetes, serios problemas hepáticos y una hipertensión disparatada. Es sorprendente que su muerte aconteciese por suicidio y no por alguna de estas causas que le provocaban graves problemas de piel y, finalmente, incluso un cáncer cutáneo.

No faltará quien incluya el alcoholismo entre las razones mitológicas de cualquier marca en la piel, pero Borau, más apegado a la beatería de una ciudad de provincias en pleno franquismo, prefirió las nieves del Kilimanjaro como explicación más aceptable para sus lectores que los hielos del whisky que se embaulaba el escritor mientras le respondía con monosílabos.

Por qué no me habré inventado un ataque de osos o no habré dejado que crean que mi piel está así por todas las veces en que me acosté con Mata Hari y luché contra Fu Manchú. Me ha faltado un cantar de gesta para que, cuando el joven José Luis Borau viniera a entrevistarme, me describiese con esa mezcla de compasión, asombro y reverencia que pocos seres humanos son capaces de inspirar. ¿Cómo puedes sentir pena y envidia a la vez por la vida de alguien? Alegrarte de no tener su piel y desear al mismo tiempo estar en ella. Hay que modular muy bien la mitología con la que uno se acicala, manejando sobre todo los silencios —es mejor que los demás rellenen con suposiciones todo aquello que ignoran de ti—, y no alzar nunca la voz ni presumir en exceso.

No he aparecido en un hospital de Kazajistán con zarpazos de oso y he contado siempre mi monstruosidad con un encogimiento de hombros. He culpado a la genética, que es como culpar a dios, pero sin ganas de blasfemar. Sin mitos ni redenciones, mi piel sólo da asco. Soy uno más de los muchos desgraciados que cruzan los pasos de peatones a diario. Puedo despertar compasión, pero no envidia, porque no hay una odisea detrás de mi piel, no son quemaduras provocadas por la huida de una Troya en llamas ni la consecuencia de haberme bañado en la laguna Estigia en busca de mi padre.

Ha pasado un tiempo desde que empecé a pincharme las dosis que me entregan en el hospital. Me inyecto cuarenta miligramos de adalimumab cada dos semanas mediante un mecanismo muy ingenioso que hace que sólo tenga que acercar la aguja a la piel y el émbolo baja automáticamente. En apenas un mes, el ochenta por ciento de las manchas han desaparecido. Se han ido blanqueando casi a ojos



vista, como por ensalmo.

El dolor desapareció casi del todo a los pocos días de la primera dosis, por lo que he dejado de tomar analgésicos, a los que era adicto de una forma peligrosa y transgrediendo todas las advertencias de médicos y farmacéuticos (incluso cambiaba de farmacia a menudo, para que no me llamaran la atención por consumir tanto, como un yonqui). La noche en que dejé la analgesia, después de leerle a mi hijo el capítulo de Roald Dahl que nos tocaba, apagué la luz y me tumbé con él en la oscuridad.

Papá, te has tumbado conmigo, dijo él, emocionado.

Al día siguiente se lo contó a su madre: mamá, ¿sabes que papá se tumbó ayer en la cama conmigo?

No sabía cuánto me echaba de menos, ni la distancia que mis articulaciones rígidas y rechinantes habían impuesto entre nuestros cuerpos. No sabía cuánto le echaba de menos yo a él. Tengo que aprovechar y abrazarlo y tocarlo antes de que llegue la Edad Media de la piel y todo sean portazos y te odio y ojalá no hubiera nacido y esas cosas que se dicen cuando hablan las hormonas. Sentarme en el suelo, tirarme, hacer peleas de primates, trepar, romper jarrones a balonazos. Tampoco estoy para inscribirme en un equipo de atletismo, pero ya puedo ser un padre animalizado y bestial, como siempre he querido ser.

También me voy de los hoteles con la cabeza alta, sabiendo que no he dejado una sola mancha de sangre en las sábanas.

Ahora me desnudo lentamente y me miro un rato en el espejo antes de meterme en la ducha, mientras el agua corre. Quedan manchas, pero muy finas, apenas rojeces. Veinte años después, me he reencontrado con todo mi cuerpo. Estaba ahí, no lo contemplaba para no compadecerme de mí mismo. Evitaba mi reflejo y empañaba los cuartos de baño para sentirme seguro entre el vapor. Ahora me paseo desnudo por la casa como no recuerdo haberlo hecho y siento el aire de la mañana en el culo y en los testículos y en los pezones y no estoy seguro de tener derecho a ese placer, pero no me importa, pues no se lo estoy robando a nadie.

Creo que te estás gustando un poco, me dijo Cris al sorprenderme en uno de mis desfiles nudistas por el pasillo. Me gustas más tú, respondí, porque era la única respuesta que cabía. Y entramos en el dormitorio y se desnudó también y nos metimos en la cama con la ventana abierta de par en par, a la hora a la que hacen el amor los adúlteros en los baños de la oficina, y cuando acabamos de gemir y de desplazar el somier al centro de la habitación, ella me dijo que a partir de ahora sería siempre así, que no aceptaba más penumbras, ni persianas bajadas ni velas débiles para crear sombras. Que se me acabaron las estrategias para ver sin ser visto, que el resto de nuestras vidas llevaría luz dramática cenital, sin claroscuros ni *sfumati*.

Cuarenta miligramos de adalimumab cada quince días. Ya está. Un émbolo que baja automáticamente ha encaminado mi vida hacia un final feliz que suena muy tramposo y que miro con suspicacia. Porque esto no sirve para un cuento: no se puede cerrar una historia con una sustancia milagrosa que cure los males. Las cosas no pueden acabar así, siendo felices y comiendo perdices. Me cuesta tanto creer este final como las apariciones marianas o las intercesiones divinas que hacen que los ciegos se levanten y anden.

Será cuestión de tiempo, hasta que me acostumbre a contar mi vida de otra forma. Ahora sólo debería alegrarme y disfrutar de mi cuerpo reconquistado. Nada más.

Y, sin embargo.

No hay épica, pero sí costumbre. He vivido media vida como enfermo de psoriasis y no podré enfrentarme a los años que me quedan sin ella. Me he identificado con un montón de monstruos, me he contado a través de sus vidas, me he rascado en sus propias llagas y me he dolido en sus huesos. He recogido sus historias para contárselas a mi hijo y que entienda a qué raza pertenece su padre y de dónde viene él mismo, pues en su ADN lleva la misma errata que yo y, aunque es raro que la psoriasis pase de padres a hijos —suele saltarse una o dos generaciones—, puede que algún día empiece a rascarse la misma heridita del brazo que empecé a rascarme yo a los veinte años, en aquel piso de Cuatro Caminos, frente a las cartas del tarot. Y entonces debería saber qué otros monstruos le han precedido y en qué espejos ha de mirarse. Porque el del baño ya no servirá. Tendrá que hacer como yo: mirar a los demás para evitar mirarse a sí mismo.

Es fascinante la capacidad de reparación de la piel. Las células sanas sustituyen de inmediato a las enfermas, y allí donde hubo placas durante años no queda ni una impregnación fantasmal. Pero el carácter permanece. De algún modo que no sé explicar, sigo siendo un leproso con un cencerro atado al cuello que no debe alejarse mucho del lazareto. Creo que siempre lo seré, que jamás perderé del todo el hábito del camuflaje, que siempre miraré las sábanas al levantarme en busca de manchas de sangre, que evitaré vestir camisas blancas y que guardaré una distancia huraña con el resto de la gente para que no descubran, al tocarme, que no soy digno de entrar en Qumrán. De la enfermedad sólo persistirá la vergüenza.

Seré una bruja de incógnito que renuncia a sus poderes, pero seguiré existiendo como bruja. Sin eccema, sin saliva azul, sin fuego en las pupilas.

## *Gratitudes y deudas*

Dice Mario Vargas Llosa que el escritor se documenta para mentir con conocimiento de causa. No tiene sentido añadir una bibliografía o un aparato crítico a una narración como *La piel*, y entiendo que muchos escritores se resistan a redactar una coda como esta (para mí, obligada) en la que parece que revelo todos los trucos del libro. Es privilegio del mago guardarse los secretos, y podría ampararme en él, dado que he manejado libérrimamente las referencias históricas y literarias que me ha dado la gana para hacerlas decir lo que me convenía que dijeran, como en cualquier relato, pero la urbanidad y la decencia exigen que mencione un puñado de libros que me han acompañado en la escritura y sin los cuales este no existiría, como las brujas.

Entre las varias obras de referencia sobre aspectos anatómicos, antropológicos e históricos que he manejado destaca el estudio de Nina G. Jablonski *Skin. A Natural History*, y el clásico de Ashley Montagu *Touching. The Human Significance of the Skin*. Desde un punto de vista más específico, fueron muy interesantes las lecturas de *Psyche of the Skin: A History of Self-harm*, de Sarah Chaney, que estudia a fondo la forma en la que maltratamos la piel por motivos estéticos, por enfermedad mental o por convención social (lo que me ayudó mucho en el pasaje de la novia protopunk y su laceración con las letras del nombre de Sid Vicious), y *Face Paint: The Story of Makeup*, de Lisa Eldridge, que me hizo entender qué nos lleva a dilapidar fortunas en las perfumerías.

Creo que no es casual que todos estos libros estén escritos por mujeres. En general, las mujeres han estudiado los aspectos más prácticos y serios de la piel, apegadas siempre a la experiencia cotidiana, intentando explicar su importancia social sin añadir especulaciones. En cambio, las obras escritas por hombres —sirvan las páginas precedentes como ejemplo— se escoran más hacia la filosofía y la literatura. Para alguien como yo, que defiende que no hay diferencias entre la escritura de mujeres y de hombres, esto es muy frustrante, pero la evidencia bibliográfica me obliga a señalarlo: quien quiera aprender algo útil sobre la piel, que lea a las mujeres que han escrito estos libros maravillosos y rigurosos. Quien quiera poesía sobre la piel, que lea a los hombres que han levantado castillos de metáforas en torno a ella.

*Quod erat demonstrandum*, al buscar libros más generales que traten la piel desde un punto de vista histórico, me abismé en los tres volúmenes monumentales de *Historia del cuerpo* coordinados por Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello, uno de esos proyectos historiográficos descabellados que sólo emprenden los intelectuales franceses educados en el enciclopedismo. Algunos escritos dispersos de Martin Heidegger recogidos en el volumen *Observaciones relativas al arte-la plástica-el espacio* también me hicieron pensar en la forma en que adherimos significados a la piel y su relación con el resto del cuerpo, influyendo mucho en la música de fondo de este libro. En la clasiqüísima *Historia de la locura*, de Michel Foucault, está esa nave de los locos o esa balsa cuya imagen recurrente he usado en casi todos los capítulos y en la que me sigo sintiendo a la deriva. Foucault ha influido mucho en la forma en que entiendo la exclusión y la inclusión en la sociedad, que no hace falta decir que es el armazón de *La piel*. Sin embargo, el filósofo al que más gratitud debo es Ernst Cassirer, que padecía de psoriasis, y cuya vida de estudio en la borgiana y fantástica

biblioteca Warburg estuve tentado de incluir en este libro, aunque finalmente ha sido una de sus muchas omisiones.

La historia de Stalin bebe de muchas fuentes, entre las que destacan las dos obras que Simon Sebag Montefiore le dedicó al dictador: *Llamadme Stalin* y *La corte del zar rojo*. El trabajo de Frank Westerman sobre el Negro de Banyoles (*El negro y yo*) ha sido ampliamente citado en el capítulo sobre el racismo. La historia de John Updike está inspirada en un breve pasaje de sus memorias, tituladas *A conciencia*, pero el propio Updike escribió una novela protagonizada por un enfermo de psoriasis titulada *El centauro*, que es mucho más famosa que su autobiografía. Para escribir sobre Cyndi Lauper me apoyé en *Cyndi Lauper: a Memoir*, firmado al alimón por la propia Lauper y Jancee Dunn. De entre los muchos libros que ha inspirado la figura de Pablo Escobar me quedo con los dos de su hijo (*Pablo Escobar, mi padre* y *Lo que mi padre nunca me contó*) y el de su mujer, *Pablo Escobar: mi vida y mi cárcel*.

Mención más detallada requiere el caso de Vladimir Nabokov, objeto de mis pasiones letraheridas desde hace tiempo, y del que no puedo dejar de citar su *Habla, memoria* ni las *Cartas a Vera*, donde sus lectores conocimos el efecto devastador que la psoriasis tuvo en él. Imprescindible es *Vladimir Nabokov (Los años rusos)*, primer volumen de la biografía de Brian Boyd, y calificaré sólo de interesante la también algo insidiosa *The Secret History of Vladimir Nabokov*, de Andrea Pitzer. No obstante, donde entendí la relación del escritor con la piel fue en sus propias obras, empezando por *Lolita*, todo un tratado de sensualidad y perversión, y siguiendo por *Ada o el ardor*, *Pálido fuego* y el resto de sus grandes títulos. Pero hay uno, menos conocido, poco reeditado y perteneciente a su etapa europea, que me resultó revelador y definitivo: *Invitado a una decapitación*. Sin ánimo de agotar una literatura inagotable, aconsejaría al lector lego que empezase por esta obra maestra.

Olvido (o dejo de mencionar deliberadamente) infinidad de lecturas que me han llevado a *La piel*. Entre ellas, la novela titulada precisamente *La piel*, de Curzio Malaparte, que nada tiene que ver con este libro (y poco con la piel misma), más allá de compartir una perspectiva autobiográfica. Es decir, que de ambos libros pueden creerse lo que les plazca.

El rey de piedra del capítulo de las conversaciones con un rey de ídem es en realidad de bronce, pero me convenía tomarme la licencia de convertirlo en piedra porque los reyes de bronce son menos reyes, como reyes de consolación, y yo necesitaba un rey con todos sus atributos de realeza, labrado y no fundido, caro y no barato. Como esta, el libro está lleno de nombres cambiados, de omisiones y pistas falsas. Unas veces lo hago para proteger intimidades ajenas que no merecen ser violadas por mi verborrea. Otras veces, por puro capricho, porque queda mejor decir que algo sucedió en otro sitio o que una persona es algo que en realidad no es. Nada de eso importa, aunque conviene aclararlo, porque la verdad nunca está en los datos, y eso lo sabe cualquier lector.

Por supuesto, hay también obras de arte, películas y conversaciones con amigos sabios sin las cuales no habría escrito una sola línea de esta obra. Van algunos nombres que me han influido, casi siempre sin pretenderlo y, a menudo, sin ser conscientes de que me estaban ayudando a escribir este libro (algunos, sin saber siquiera que lo estaba escribiendo y que sus palabras y su ejemplo me impulsaban a seguir escribiéndolo y me ayudaban a pensarlo): Cristina Delgado, Pilar Álvarez, Iguázel Elhombre, Edu Galán, Carlos Alsina, Ella Sher, Karina Sáinz Borgo, Estrella Simal, Elvira Lindo, Andrés Trapiello, Rosa Belmonte, Rubén Amón, Guillermo Altares y algún que otro etcétera. En lontananza y a contraluz, no me olvido nunca de Claudio López de Lamadrid, sin cuya generosidad jamás habría ganado la confianza que necesitaba para abrir la espita literaria que me ha conducido

hasta esta misma palabra. En cierta forma, es el editor vicario de *La piel*, con permiso de Pilar Álvarez y de Pilar Reyes.

La lista podría ser mucho más exhaustiva, pero prefiero resumir todas las influencias en una sola película.

En 1985, mientras atravesaba una de sus peores crisis personales y artísticas, Martin Scorsese estrenó *After Hours* (que en España se tituló, sin que nadie haya sido condenado por ello hasta la fecha, *Jo, qué noche*, traducción que me niego a utilizar), un cuento juguetón, lo que los críticos llamarían un divertimento, que se alejaba mucho de las ambiciones a las que había acostumbrado al público en tragedias complejísimas y mitológicas como *Taxi Driver* o *Toro salvaje*. *After Hours* cuenta una noche absurda en el Soho de Nueva York protagonizada por un oficinista apocado que se queda sin dinero para un taxi ni para el metro y acaba viviendo una serie de aventuras bufas y disparatadas con personajes muy extraños. En el fondo, es un homenaje a las novelas de Henry Miller, que se citan explícitamente.

Uno de esos personajes de la noche es una chica a la que conoce en un *diner* y de la que se enamora. Es una chica rubia, triste y joven que le lleva al *loft* que comparte con una escultora agresiva y macarra. En el flirteo, ella le habla de cicatrices. Hay gente llena de cicatrices, dice, enigmática, y él se empieza a obsesionar. Intuye que la chica dulce y atractivísima que acaba de conocer está cubierta de laceraciones, y busca una manera de escapar, pues le repugna y asusta la idea de hacer el amor con alguien cuya piel está destruida. En un descuido, escapa del *loft*, pero pierde el dinero en el ínterin y se ve atrapado en el barrio, por lo que acaba regresando. Allí descubre que la chica ha muerto. Está en su cama, cubierta por una sábana. Espantado, pero aún mezquino, toma una punta de la sábana y la aparta despacio para destapar su cuerpo desnudo. Descubre entonces que la chica no tiene una sola marca en toda su piel.

Habré visto *After Hours* no menos de veinte veces. Es una de mis películas favoritas y la considero una cumbre en el genio de Scorsese y en la historia del cine, pero es ese plano del actor Griffin Dunne destapando el cadáver caliente de una chica lo que envuelve y explica este libro. Scorsese no muestra el cuerpo más que un instante, para colocar la cámara enseguida ante la cara de Dunne, en cuyos ojos vemos el arrepentimiento, la idiotez, el alivio y la desolación. Su mirada condensa siglos de miradas sobre la piel ajena. Ahí están todos los prejuicios, todas las acusaciones, todas las violencias, todo el racismo y todo el asco. Ahí, en ese gesto dramático, se contienen todas las páginas de este libro.

Zaragoza, abril de 2020

Edición en formato digital: mayo de 2020

© 2020, Sergio del Molino

Autor representado por The Ella Sher Literary Agency, [www.ellasher.com](http://www.ellasher.com)

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: Detalle *Autoretrato* (1765-68), Joseph Wright of Derby / Album / akg-images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-5454-2

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

**Sergio del Molino nos lleva a un territorio que nos pertenece a todos: la piel.**

**El autor de *La España vacía* vuelve para hacer que nos miremos como nunca lo habíamos hecho.**



«Tendrá que hacer como yo: mirar a los demás para evitar mirarse a sí mismo.»

Los monstruos existen y se pasean entre nosotros, quizá seamos nosotros mismos. Este es el punto de partida de la nueva obra de Sergio del Molino, un viaje que esta vez nos enseña a mirar hacia el territorio más común y a la vez el más individual: la piel humana. Una grave psoriasis, que llena el cuerpo de costras y hace imposible mostrar la desnudez, le sirve al narrador para analizar la vida de diversos personajes conocidos que han sufrido las consecuencias de la mala piel. La vergüenza de sentirse observado y la necesidad de ocultarse, la cultura de la imagen y de la hipermedicalización, el racismo y el clasismo son paradas de este viaje por los secretos que cubrimos con la ropa y que hacen de nuestra piel una frontera con el mundo.

#### **La crítica ha dicho:**

«Sergio del Molino es un escritor excelente, me parece que es uno de los escritores más brillantes de mi generación y que realiza unas indagaciones de una honestidad brutal, con una mezcla de crudeza y de ternura que me interesa mucho.»

Andrés Neuman

«Un escritor agudo y agridulce, mordaz y elegante, contemporáneo y abisal.»

Mariano García, *Heraldo de Aragón*

«Excelente prosista, capaz de hacer relevante lo trivial con el solo poder de la palabra exacta y la formulación imaginativa.»

Ricardo Senabre, *El Cultural*

**Sergio del Molino** (Madrid, 1979) es escritor y periodista. Premio Ojo Crítico y Tigre Juan, entre otros, por *La hora violeta*, es autor también de las novelas *Lo que a nadie le importa* (2014) y *No habrá más enemigo* (2012). Su ensayo *La España vacía* (2016), ganó el premio de los Libreros de Madrid al Mejor Ensayo, Premio Cálamo al Libro del Año y uno de los diez mejores libros de 2016 en España según *Babelia*. Su última novela es *La mirada de los peces* (2017). Mantiene varias colaboraciones en diversos medios de comunicación, como *El País*, *Onda Cero*, *Mercurio* o *Eñe*.



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

[La piel](#)

[Las brujas no existen](#)

[La carta del diablo](#)

[Una piscina en Sochi](#)

[El monte mágico](#)

[La chica más guapa de Sandy Ground](#)

[Brevísima historia del racismo](#)

[La Edad Media de la piel](#)

[Cuando acaba la jornada de trabajo](#)

[Conversaciones con un rey de piedra](#)

[El peine del patrón](#)

[Mi griego](#)

[Impuro](#)

[Mariposa en vasco](#)

[La costumbre](#)

[\*Gratitudes y deudas\*](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Sergio del Molino](#)

[Créditos](#)